

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.

R. 8616

XIV-376

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

FOR

UNO QUE NO LO ES.



La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

VOL. I.

MADRID,
IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1842.





JOVE LLANOS.

Personages celebres del Siglo XIX



JOVE LLANOS.

En su persona y en el trato privado ofrecia la imájen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y esquisito gusto del nuestro.

TORERO. — *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.* T. II, lib. 8, pág. 112.

Complácese algunas veces la naturaleza en crear génius privilegiados que forman época en su siglo, contribuyendo á su rejeneracion, sin que por eso hayan dejado de tener que luchar contra las preocupaciones, y de haber encontrado una tenaz resistencia en los intereses existen-

(*) El uso comun ha hecho de los dos apellidos uno solo, pero nosotros los usamos separados, como lo ha hecho el Sr. Cean Bermudez, y segun firmaba el Sr. Jove Llanos.

tes. Pero vencedores de aquella lucha, adquieren numerosos partidarios, y se hace inmensa su popularidad, en compensacion de sus poderosos esfuerzos para la reforma de las costumbres y de los abusos.

Entre los españoles ilustres que mas honor han hecho á su patria en estos últimos tiempos, ocupa un lugar distinguido el ilustre personaje cuya biografía vamos á bosquejar, ya se consideren sus virtudes políticas y morales, ya sus altos empleos y destinos, ya su próspera y adversa fortuna, y ya finalmente su vasta instruccion y esquisitos conocimientos en jurisprudencia, en humanidades, en historia, en economía pública, bellas artes y otras ciencias. Los que hayan leído sus eruditas y elegantes obras en estos ramos, especialmente el *Informe sobre la ley agraria*, y los que hayan tenido conocimiento de su probidad, honradez y bondadoso carácter; de su ardiente celo en mejorar y propagar la instruccion de la juventud; de las graves comisiones que le confirió el Gobierno; de su infausto ministerio de Gracia y Justicia; de la injusta persecucion y atroz encerramiento que sufrió en un castillo de Mallorca por espacio de siete años; y por último

de sus trabajos como hombre político en los primeros años de la guerra de la independencia, no podrán menos de apreciar su memoria, ni dejar de mirar con interés cuantas noticias pertenezcan á la vida y hechos de un hombre tan ilustre y digno de perpétua alabanza.

¡Si el honrado ministro de Gracia y Justicia de Carlos IV levantara su noble frente desde el sepulcro en que descansa, y tendiera la vista sobre la España, objeto constante de su celo ilustrado, y viera el estado á que ha quedado reducida la majistratura en nuestros tiempos! ¡si viera las discordias, los odios y desgracias que sobre su patria se han desencadenado! ¡si viera en fin olvidadas todas las máximas de buen gobierno, todos los principios de orden, todas las reglas que para la prosperidad y ventura de su patria, procuró difundir con ilustrado y ardiente celo, retrocedería sin duda espantado; y sumergido en inmensa afliccion, preferiría la paz de su sepulcro á la horrible tormenta que experimentamos.

Tambien él en su época gozó de aura popular; tambien fue perseguido y atropellado por sus sanos principios, y porque mas previsor sin duda

y tal vez mas ilustrado, preveyó los males que á su patria habian de causar la propagacion de ciertos principios, y la falta de observancia de ciertas costumbres nacionales. En el curso de este escrito nos haremos cargo, al paso que narremos los altos hechos, los conocimientos y virtudes, los escritos y padecimientos del Sr. de Jove Llanos, de sus principios políticos para la organizacion de un gobierno representativo en España. Demos ya comienzo á nuestra tarea.

D. Gaspar Melchor de Jove Llanos nació en Enero de 1744 en la villa de Gijon, principado de Asturias, que puede vanagloriarse de haber producido varios varones ilustres, así en las armas como en las letras. Fue su padre D. Francisco Gregorio Jove Llanos y Carreño, rejidor y alférez mayor de la villa y concejo de Gijon, y caballero ilustre de aquel principado, y de Doña Francisca Apolinaria Jove Ramirez, hija del Marqués de San Esteban del Puerto, señora de estremada hermosura y acrisolada virtud y piedad.

La fortuna que no les fue muy favorable en proporcionarles crecidas riquezas, les dió una numerosa prole, pues D. Gaspar tuvo otros cuatro hermanos y cuatro hermanas. Agoviados los

padres con el peso de tan crecida familia , cuidaron sin embargo de darles la educacion cumplida que su paternal solicitud deseaba y que su clase exijia ; y dedicando á los demas hijos á la carrera militar y otras , pensaron destinar á Don Gaspar á la de la iglesia , enviándole al efecto á Oviedo para continuar sus estudios de filosofía en aquella universidad , donde descubrió un talento despejado, y singular penetracion para comprender el oscuro é intrincado método de la escuela scotista. A los trece años de edad fue ordenado de primera tonsura , y obtuvo un beneficio simple , de presentacion de una tia suya , con cuyo auxilio pudo continuar sus estudios , hasta que pasó á la ciudad de Avila , en la cual obtuvo los grados de bachiller y licenciado en cánones, granjeándose por su aplicacion la proteccion y cariño del célebre prelado D. Bernardo Velarde y Cienfuegos , el cual descubriendo en él las mas brillantes disposiciones , y para que aquel gran jénio no quedase sofocado en la oscuridad y se pudiese desplegar con lucimiento en teatro mas público y respetable , le trasladó á la universidad de Alcalá de Henares , proporcionándole una beca canonista con voto en el insigne colejio mayor de

San Ildefonso. Grande fue el sentimiento de sus compañeros que se vieron privados de este modo de su dulce trato y amabilidad. Allí continuó D. Gaspar sus actos escolásticos substituyendo varias cátedras, y siendo nombrado colejial mayor en 1764, á los veinte años de edad, hasta que en 1766 se resolvió á hacer oposicion á la canonjia doctoral de Tuy.

Detúvose en Madrid á recojer las cartas de recomendacion que consideró necesarias para aquella empresa; y cuando se preparaba ya para marchar á Galicia, sus muchos y buenos amigos y parientes (entre los que se contaba su tío el duque de Losada, sumiller de Corps) considerándole mas á propósito para la majistratura, por su talento despejado, su instruccion, sus prendas personales, y otras circunstancias que indicaban que podria ser útil al bien del Estado, de la nacion y de él mismo, le obligaron á desistir de su intento de continuar la carrera eclesiástica: desde aquel momento se puso la mira en una de las plazas de alcalde del crimen que habia vacantes en las Audiencias de la Península.

No era tan fácil entonces como ahora conseguir una toga. Dos veces consultó la Cámara

de Castilla, y hasta en la segunda y por influjo de sus muchas relaciones, no pudo obtener Don Gaspar en octubre de 1767 una plaza de alcalde de la cuadra de la Real Audiencia de Sevilla, distincion muy singular en aquella época para un jóven de veinticuatro años, edad en que apenas podia tener grandes conocimientos prácticos en jurisprudencia; pero era ya conocida su probidad, y su talento le recomendaba cumplidamente. Hubo sin duda intriga ó influjo en su nombramiento; pero feliz influjo el que proporcionó un resultado escelente, empleando y poniendo en evidencia á un jóven de tan distinguidas prendas.

Todos los tiempos tienen sus ridiculeces; pero era al menos mas respetable é inspiraba mayor consideracion la peluca que usaban en aquella época los majistrados, que las greñas, barbas y bigotes que usan muchos de los del dia, y que mas que majistrados respetables les hacen aparecer como guerreros ó como elegantes petimetres entregados á toda la veleidad de la moda. Fue Jove Llanos á tomar las órdenes del Conde de Aranda, presidente del Consejo á la sazón, quien reparando en la gallarda figura y el her-

moso pelo que adornaba la cabeza del jóven magistrado ; y mirándole con atencion le dijo: «¿ con que V. estará ya prevenido de su blondo pelucon para encasquetársele como los demas golillas? Pues no Señor : no se corte V. el pelo ; yo se lo mando. Haga que se lo rizen en la espalda como á los ministros del Parlamento de Paris , y comienze á desterrar tales zaleas , que en nada contribuyen al decoro y dignidad de la toga.» Este fue el oríjen y la causa de haber sido Jove Llanos el primer magistrado que se presentó sin peluca en los tribunales. En aquellos tiempos , una orden , aunque verbal del Conde de Aranda , era demasiado respetable para no ser obedecida.

Las jentes , que la ignoraban , murmuraron , como suelen cuando ven alterar los usos y costumbres antiguos , contra D. Gaspar , cuya figura y prendas personales contribuyeron no poco á hacer sospechar que era el autor de aquella novedad. Era Jove Llanos de estatura proporcionada , de cuerpo airoso , cabeza erguida , blanco y rojo , ojos vivos , piernas y brazos bien hechos , pies y manos como de dama , y pisaba firme y decorosamente por naturaleza , aunque algunos creían que por afectacion. Era limpio y aseado

en el vestir, sóbrio en el comer y beber, afable en el trato, y elegante en la conversacion; hermanaba con todas estas prendas la de ser religioso sin fanatismo, estudioso antes de dar un parecer, pero enérgico en sostenerle; agradecido con sus protectores, constante en la amistad, y dotado de un ánimo jeneroso que olvidaba las injurias dirigidas únicamente á su persona. Tales eran la figura y prendas del jóven majistrado cuando llegó á Sevilla, precisamente en dias de Semana Santa, por lo que llamó mas la atencion del pueblo el verle con el traje de toga sin peluca, ostentando su hermoso y bien rizado pelo, su aire noble, y su gallarda presencia. El nuevo Alcalde era objeto de la conversacion de todos, y señaladamente entre los abogados, relatores, escribanos y demas dependientes del tribunal, que al verle tan jóven le creian accesible á sus desig-nios. Mas su trato afable, los obsequios que la nobleza le dispensaba, su porte y entereza, tardaron poco tiempo en horror las primeras ideas del público y en desengañar á los curiales.

Muchos y meritorios fueron los trabajos con que el jóven D. Gaspar se distinguió en la Audiencia de Sevilla, tanto en la Sala del crimen

como en la civil á que ascendió despues; alternando aquella importante obligacion con el continuo estudio de las ciencias políticas y económicas, y de la literatura; concurriendo á empaparse mas y mas en estos conocimientos á la tertulia del Asistente de aquella ciudad D. Pablo de Olavide, y siguiendo ademas importante correspondencia con los primeros hombres políticos de la nacion.

Hemos dicho que no podia tener gran práctica en la jurisprudencia, entendiendo por tal el conocimiento de las fórmulas del foro, que jamás han sido muy sencillas en España; pero como era incansable en el estudio, y como en él la larga lectura iba acompañada de penetracion y discernimiento, en breve llegó á ser mas práctico que los que llevaban muchos años de carrera; y como tenia suma facilidad en escribir, apenas se redactaba escrito alguno de consideracion en que él no trabajase. Lleno de humanidad, conoció cuan horrible era la prueba del tormento, entonces aun vijente, y la templaba en cuanto estaba de su parte. Conoció tambien que las cárceles en vez de ser un castigo, debian ser solo un sitio destinado para la seguridad de los presuntos reos, y por lo tanto hacia que fuesen tratados en

ellas con caridad verdaderamente evangélica. Por entonces se vió en el tribunal la famosa causa de Castañeda, asesino de su mujer embarazada. Presumian muchos que Jove Llanos daría muestras en su dictámen de un carácter enérgico y justiciero; y sin embargo, de lo que las dió fue de un tacto fino y de una filosofía pocas veces sentada como base de un parecer fiscal: atribuyó el delito á un frenesí de zelotipia de que probó estar poseído. Muy luego pasó á ser oidor en el mismo tribunal, y esta vez no fue la intriga la que le valió el ascenso, sino su mérito superior comprobado ya. En esta época fue cuando pensó en reformar sus estudios, y en dirigirlos al filantrópico fin del bien de sus semejantes. Entonces palpó las contradicciones que á veces existían entre las leyes y las costumbres, y fue cuando escribió su famosa comedia intitulada *El delincuente honrado*, á la cual puso el epígrafe siguiente, que encierra toda la moral del drama: «*Es una cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.*»

Así empleaba los ratos de ocio que le proporcionaban los dias feriados, que eran muchos en aquella época, sin faltar jamás á sus obligaciones.

Dedicábase tambien á la poesia , considerando este ramo de las humanidades como uno de los que deben entrar en el plan de la instruccion pública , y como parte no pequeña de la erudicion y literatura española. Entonces compuso tambien la tragedia *Pelayo*, que salió como era regular , con los defectos que debian esperarse de un jóven inesperto. Su juicio y su talento se los hicieron conocer : la dejó dormir dos años ; volvió sobre ella en 1771, y acabó de correjirla en el de 72. Quisieron sus amigos que la imprimiese , y se resolvió á ejecutarlo en 1773 , para lo cual escribió un prólogo en que esponia los motivos que habia tenido para su publicacion y para seguir el gusto y estilo de los franceses. Acompañaba ademas una larga y erudita disertacion sobre la existencia de D. Pelayo, que habia escrito con motivo de satisfacer á las dudas que acerca de esta misma existencia manifestara D. Gregorio Mayans en la defensa del Rey Witiza que acababa de publicar en Valencia. Todo estaba pronto para imprimirse, y sin embargo no se verificó , á pesar del empeño de la amistad , por el miedo que tenia á las tragedias, y la desconfianza con que leia la suya. Deseaba sin embargo verla representar, pero la

consideracion de que entregar la copia á los cómicos era lo mismo que darla á la imprenta, como lo habian hecho en Barcelona con *El delincuente honrado*, sin su consentimiento, le separó enteramente del intento. Consiguiólo no obstante en 1782, haciéndola representar por aficionados en Gijón; y sin embargo de los muchos aplausos que tuvo y del buen desempeño de los actores, ni aun con esta prueba se determinó á imprimirla.

Otra tragedia emprendió Jove Llanos con el título de *Los españoles en Cholula*. Llegó hasta el tercer acto de los cinco de que debía constar; pero sus graves ocupaciones, y la desconfianza que tenia de sí mismo en este género de composiciones, nos privaron de otro drama, que acaso hubiera escedido en mérito al *Pelayo* por haberle principiado en mejor tiempo, en edad mas madura, y con mayores conocimientos del arte. (*)

A mediados de agosto de 1778 se recibió en Sevilla con sentimiento universal la noticia de haber sido ascendido el Sr. Jove Llanos á Alcalde de casa y córte, y él mismo vertió lágrimas al

(*) Véanse las *Noticias anatómicas* de las obras de Jove Llanos, por D. Juan Agustín Cean Bermúdez. — Madrid 1814. *Obras de Jove Llanos*, por D. Wenceslao de Linares y Pacheco. — Barcelona 1810.

separarse de aquella hermosa ciudad. A su llegada á Madrid, recibió las visitas de todo lo mas lucido de la corte, que miraba ya en él uno de los hombres mas ilustres del pais; distinguiéndose entre los que se esmeraron en agasajarle el fiscal del Consejo D. Pedro Rodriguez Campomanes, por cuyo medio hizo conocimiento con los hombres mas instruidos de la capital, y entre ellos D. Francisco Cavarrús, con quien estrechó D. Gaspar una íntima y constante amistad. La Sociedad Económica Matritense, la Academia de la Historia, la de la Lengua y la de Nobles Artes de San Fernando, se apresuraron tambien á abrir sus juntas al gran político y literato, y en ellas comenzó aquella série no interrumpida de trabajos que ilustran las memorias de dichos cuerpos, y que tanto habian de realzar su merecida reputacion.

Seguíase por aquel tiempo el voluminoso expediente formado en el Consejo de Castilla sobre Ley Agraria, y acerca del cual habian escrito diferentes Memorias varios vocales de la Sociedad de Amigos del pais de Madrid; pero habiendo presentado el Sr. Jove Llanos, que era uno de ellos, el plan que debia seguirse para trabajar el

informe pedido por el Consejo , quedó encargado de realizar tan árduo trabajo. Aquel informe, obra no de un dia sino de muchos años , pues no se publicó hasta 1795 , es sin duda alguna uno de los trabajos literarios que mas honran á su autor , pues parece imposible pudieran hallarse reunidas en tan temprana edad, tantos y tan profundos conocimientos , tan clara comprension, tan maduro juicio y tanta lójica: su obra realzó mas y mas el concepto que de su elevado mérito se tenia formado , é hizo su nombre famoso en Europa y en América. La Academia de la Historia le confirió muchos encargos y comisiones, y escribió la *Memoria sobre las diversiones públicas* que se encuentra en sus obras.

Vivia Jove Llanos en la mayor amargura, deseando dejar el destino que ejercia , tan contrario á sus pacíficas inclinaciones y humano carácter, cuando en 1780 fue nombrado Consejero de las Ordenes Militares; nombramiento que causó la mayor satisfaccion á D. Gaspar , porque le quitaba la odiosa y pesada carga de Alcalde de corte , colocándole en un Consejo tan ilustre. Una de las primeras y honrosas comisiones que se le confirieron , fue la de visitar el convento de San Marcos

de Leon , y de autorizar con su presencia la solemne eleccion de Prior ; marchó á dicha ciudad , y en el camino tuvo el placer de ver salir á su encuentro á D. Juan Melendez Valdés , con quien desde Sevilla habia seguido una larga correspondencia literaria. Pasó desde allí á su pais para desempeñar otras comisiones , y seria demasiado prolijo enumerar los beneficios que D. Gaspar hizo al mismo y al reino de Galicia, que tambien recorrió , dando impulso á las obras de pública utilidad , visitando y describiendo detenidamente sus caminos, monumentos y establecimientos científicos , y hasta fomentando el amor á las bellas letras y al teatro , pues entonces fue cuando , como hemos dicho, permitió representar su tragedia del *Pelayo*.

De regreso á Madrid , y despues de haber informado sobre el desempeño de sus varias comisiones , continuó trabajando incansablemente en el Consejo de las Ordenes y en las varias Academias y Sociedades de que era individuo , pronunciando en ellas discursos famosísimos , entre otros el de *distribucion de premios de la Academia de San Fernando* , el de la *recepcion en la Academia Española* , el pronunciado en la Junta de Co-

mercio sobre *la libertad de las artes en España*, y otros muchos de no menor mérito; alternando tan sérios trabajos con la composicion de varias de sus poesías sueltas, y de sus famosas sátiras.

La vida de Jove Llanos puede dividirse en dos grandes épocas, feliz y afortunada la una, y llena de sinsabores la otra. Puede decirse que hasta la muerte de Carlos III, vió aumentarse progresivamente su fama, y fue dichoso; mas no asi desde principios del reinado de Carlos IV, pues entonces, si bien fue siempre en aumento su crédito, principiaron sus desgracias, pues le alcanzó una parte de la en que habia caido su íntimo amigo el Conde de Cavarrús, y á consecuencia de ella fue políticamente desterrado de la córte, pasó á Salamanca bajo el pretesto de visitar y arreglar los colejos mayores, y luego á Asturias donde fijó su residencia durante once años, los mas felices acaso y mas útiles de su larga y laboriosa vida. Colocado en la villa de Gijon como un jénio benéfico é infatigable, al paso que instruia á sus paisanos en los medios necesarios para sus adelantamientos, influia con el Gobierno para apartar los obstáculos que á ello se oponian; visitaba las minas de carbon de piedra, é

impulsaba su elaboracion ; trazaba caminos , levántaba murallones contra las olas y embates del mar ; creaba establecimientos de instruccion y beneficencia , y principalmente el famoso *Instituto Asturiano* , cuya memoria ha quedado para siempre asociada á su nombre ; desempeñaba frecuentes comisiones del Concejo ; recorria las provincias de Leon , Zamora , Astorga , Salamanca , Valladolid , Valencia , Búrgos , Rioja , Santander , y las tres Vascongadas , estudiando sus leyes , sus costumbres y su aspecto físico , y consignando todas sus observaciones en multitud de escritos.

Desde aqui principian las desgracias de Jove Llanos , pues aunque algunos las cuentan desde que salió desterrado á Gijon en 1790 , jamás , como hemos dicho , fue mas dichoso , ni vivió mas contento. De aquella tranquila y provechosa residencia fue arrancado impensadamente en 1797 ; el Gobierno conocia su mérito , pero se habia declarado su enemigo irreconciliable el Príncipe de la Paz ; llegó una época en que conoció este que debia hacer algun sacrificio á la opinion pública ; y disipadas las nubes que oscurecian el cielo cortesano , y reintegrado en el favor el Conde de Cavarrús , recibió el Sr. Jove Llanos despa-

chos del Príncipe de la Paz, en que le encargaba varios informes; y cuando se preparaba á evacuarlos, se halló sorprendido con la noticia de haber sido nombrado Embajador á Rusia. Los que con buena intencion contribuyeron á arrancarle de su retiro para elevarle á mas alto y distinguido destino, le precipitaron en la cima de las pesadumbres, de las persecuciones, y de todos los males que le acompañaron hasta el sepulcro. Gran sorpresa le causó su inesperado nombramiento, pero solícito por el bien de sus conciudadanos, se dirigia á la capital, y todavía duraban en el pueblo de Gijon los regocijos y alegría que inspiraba la elevacion de su protector y padre, cuando llegó la noticia de haber sido nombrado Jove Llanos Ministro de Gracia y Justicia; nombramiento que estendiéndose rápidamente por toda la nacion, pareció anunciar una época de ventura.

Al llegar al puerto de Guadarrama se encontró Jove Llanos con el Conde de Cavarrús que habia salido de Madrid á su encuentro, y le informó de las interioridades de Palacio, de las intrigas cortesanas, del mal estado de los negocios, y le refirió lo que habia precedido á su

nombramiento de Embajador y Ministro. Que dueño de la confianza de Godoy, le pronosticó con claridad y firmeza su inevitable ruina, semejante á la de D. Alvaro de Luna, sino buscaba prontamente dos sugetos de ciencia, probidad y reputacion, que le dirijiesen y ayudasen á restablecer el Reino y su opinion, proponiéndole á él y á Saavedra. Que la Reina le habia desechado, resultando de ello el destinarle á Rusia para no verle; el modo como insistió sobre su primera propuesta para Ministro de Gracia y Justicia, volviendo á intimidar al Príncipe con la amenaza de su indispensable caida; y cómo dispuso este que el Rey le nombrase, á lo que hubo de condescender la Reina, aunque contra su voluntad, por no descontentar á Godoy.

Estremecióse Jove Llanos con aquella relacion, y determinó regresar á Asturias desde allí, sin entrar en la córte; pero tanto le instó el Conde, esponiéndole las fatales consecuencias de aquel paso, que se resolvió á sacrificarse por su patria y á probar cuantos medios estuviesen á su alcance para el bien de sus conciudadanos. A la mañana siguiente pasaron al Escorial, y apeándose en la casa del Ministerio, tuvo allí una

larga conversacion con Cavarrús y Saavedra, en que les decia: « Todo amenaza una ruina próxima que nos envuelve á todos. Crecen mi confusion y afliccion de espíritu... El Príncipe (de la Paz) nos llama á comer á su casa: vamos mal vestidos. A su lado derecho la Princesa: al izquierdo, en el costado, la Pepita Tudó: este espectáculo acaba mi desconcierto: mi alma no puede sufrirle. Ni comí, ni hablé, ni pudo sosegar mi espíritu.» Huyó de alli y estuvo en su casa toda la tarde inquieto y abatido, y por la noche pasó á la Secretaría de Estado; alli tuvo una acalorada conversacion con Cavarrús y Saavedra sobre su repugnancia, retirándose despues á su cuarto, donde pasó la noche sin dormir.

Recibióle bien la Familia Real, y aun el mismo favorito; pero en breve cambió de aspecto la escena. Llovian de todas partes felicitaciones á S. M. por haber nombrado Ministro á Jove Llanos, cosa que Godoy no podia ver sin un interior despecho; y asi fue que desde aquel momento se juró la pérdida del que era objeto idolatrado de la estimacion pública. Aumentóse esta con el teson y la enerjía con que luchó Jove Llanos contra cuantos obstáculos se oponian á

sus ideas de rejenecacion y buen orden; en union con Saavedra , hizo al Rey representaciones llenas de entereza, manifestándole el origen de todas las calamidades públicas. Fue tal su efecto, que entusiasmado el Rey, corria á contar á la Reina cuanto le referian , y esta todo lo apoyaba y celebraba , al paso que lo sentia en su corazon, pues preveia que el término á donde se dirijian aquellas exposiciones , era la ruina de su favorito, como causa principal de los males que se intentaban remediar. ;Triste situacion la en que habia llegado el pais, y cuyas consecuencias han sido tan trascendentales, causando los trastornos y desgracias que despues se han experimentado!

Viendo Godoy el descontento del Rey y el horror con que le miraba, se halló en la precision de renunciar la Secretaría de Estado que hacia ya tiempo despachaba. Entonces era, segun algunos, la ocasion de haber acabado con el Príncipe de la Paz ; pero la honradez y gratitud de aquellos dos virtuosos Ministros, creyeron suficiente separarle de los negocios para poder hacer el bien de la nacion ; y lo consiguieron con un decreto en que se llenaba al favorito de honores y distinciones. No correspondió la gratitud á aquella

jenerosidad; antes al contrario, se buscaron modos eficaces para deshacerse de aquellos dos celosos Ministros. Atacado Saavedra por una enfermedad aguda, no pudo seguir en el despacho; y aunque Jove Llanos estaba mejorado de los cólicos que le acometieron en el Escorial, y que habian tomado mayor incremento en Aranjuez, se halló un pretesto, que manejado por la calumnia con todas las artes y recursos que dictaban la envidia y el temor, produjo el decreto de exoneracion de su Ministerio en 15 de Agosto de 1798, á los nueve meses y siete dias de haber tomado posesion de él. Asi se consiguió lo que tanto se deseaba, quitando al reino dos apoyos que le hubieran sostenido en su decadencia, dándole vigor y prosperidad, y evitando tal vez los grandes males que mas adelante sobrevinieron.

Tal es la compendiada historia del corto Ministerio de Jove Llanos; pudiendo asegurarse que en tan poco tiempo y en medio de una aguda enfermedad, de angustias, estorbos y persecuciones, procuró la seguridad y sosiego de los que hasta entonces habian vivido en destierros y prisiones; el pronto despacho de los negocios, la libertad de poder disponer los dueños de sus casas

y haciendas; el abrigo de los literatos, y el amparo de los huérfanos y viudas: promovió la instrucción pública en una larga y sábia esposicion que hizo al Rey sobre este interesante objeto: la proteccion de las artes, del comercio y de la industria: el libre fomento de la agricultura; y en fin cuanto le dictaron sus luces, su celo y su insaciable amor por el bien público para que la nacion prosperase.

Destituido Jove Llanos del Ministerio de Gracia y Justicia, se le nombró Consejero de Estado con el sueldo correspondiente, y se le confinó á Asturias á seguir las comisiones que habia tenido anteriormente. Despidióse del Rey y de la Reina, manifestándole aquel que quedaba satisfecho de sus servicios, pero que tenia muchos enemigos; y esta, que ninguna parte habia tenido en su exoneracion. Pasó á tomar las aguas de Trillo; y por último se trasladó á Asturias, donde se entregó con ahineo al fomento de su amado Instituto, y demas establecimientos de su creacion. Tambien en esto quedaron desvanecidas sus mas gratas esperanzas. En 1801 se esparcieron por Asturias varios ejemplares del *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, en castellano, impresos en

Londres en 1799, con algunos elogios hechos á Jove Llanos por el traductor. Escribió al Ministro de Estado la novedad, se le contestó que recojiese los ejemplares que pudiese, y no habiendo podido lograrlo de ninguno, lo avisó. El resultado fue prevenirle que se abstuviese en adelante de escribir á ningun Ministro; y poco tiempo despues descargó sobre su cabeza la horrible tempestad. Oigamos como la pinta el mismo Jove Llanos en su representacion dirigida desde la Cartuja, en la Isla de Mallorca, el 24 de Abril de 1801.

«Sorprendido en mi cama al reyar el dia 13 de Marzo último por el Rejente de la Audiencia de Asturias, que á nombre de V. M. se apoderó súbitamente de mi persona y de todos mis papeles; sacado de mi casa antes del amanecer del siguiente dia, y entre la escolta de soldados que la tenian cercada, conducido por medio de la ciudad y pueblos de aquel Principado hasta la capital de Leon; detenido allí, y recluso en el convento de Franciscanos descalzos por espacio de diez dias, sin trato ni comunicacion alguna; llevado despues entre otra escolta de caballería, y en los dias solemnes de nuestra relijion, por las provincias de Castilla, Rioja, Navarra, Aragon

y Cataluña, hasta el puerto de Barcelona; entregado allí al Capitan jeneral, y de su órden nuevamente recluso en el convento de Nuestra Señora de la Merced; y finalmente, como si se quisiese dar un ejemplo de rigor en mí, ó como si ya no fuese digno de pisar el continente español, embarcado en un correo, trasladado á Palma, presentado á su Capitan jeneral, y conducido al destierro y confinacion de esta Cartuja, he sufrido con resignacion y en silencio por espacio de cuarenta dias, todas las fatigas, vejaciones y humillaciones que pueden oprimir á un hombre de honor: he pasado por el bochorno de aparecer como reo en medio de mi nacion que me vió llevar con escándalo á mas de doscientas leguas de mi domicilio, y arrojar á esta parte de sus mares; y por fin estoy padeciendo en una vergonzosa reclusion las mas crueles privaciones, sin que hasta ahora se me haya notificado órden alguna, ni hecho saber cual puede ser la causa de tan duro é ignominioso tratamiento. »

Habia dirigido la anterior representacion á su amigo y apoderado D. Juan Arias de Saavedra, á quien el Marqués de Valdecarzana, Sumiller del Rey, y primo de Jove Llanos, habia ofrecido

entregarla á S. M.; pero habiéndola recibido no se atrevió á presentarla. No teniendo en Madrid otra persona de su entera confianza, determinó estender otra representacion, en 8 de Octubre de aquel año, y enviarla con copia de la anterior á su capellan D. José Sampil, que habia quedado en Gijon cuidando de su casa y haciendas, para que pasase á la córte á proporcionar el modo de ponerlas en manos de S. M. Averiguáronlo los agentes del Gobierno, y los satélites de Marquina prendieron á Sampil al entrar en Madrid, le condujeron á la cárcel de la Corona, donde le molestaron con amenazas y malos tratamientos por espacio de siete meses, y le llevaron despues á Oviedo con la precision de presentarse todos los dias al reverendo Obispo. Igual tratamiento tuvo en Barcelona D. Antonio Arango, mayordomo del Marqués de Campo Sagrado, por haber hallado entre los papeles de Sampil una carta suya, y creer que podia haber tenido parte en la direccion de las representaciones; pero no habiendo resultado ningun indicio, se le puso en libertad despues de cuatro meses y medio de rigurosa prision.

Ocupábase Jove Llanos en aquella reclusion en hacer obras útiles á la Cartuja de Baldeanusa,

y entreteniéndose en el estudio de la botánica, viendo con desprecio la vanidad del mundo y sus deleznales atractivos, cuando fue arrancado de aquel retiro el día 5 de Mayo de 1802, y llevado con estrépito y en medio de tropa al castillo de Bellver, situado en un alto cerro á media legua de la capital de aquella Isla.

Fácil es conocer que el motivo de aquella traslacion fueron las representaciones encontradas en poder de Sampil; pero el del rigor y mas estrechez con que fue tratado despues, dimanó de la imprudencia de un sugeto desconocido, que condolido de la dura situacion de Jove Llanos, sin contar con él, sacó una copia en Madrid de las dos representaciones, y la presentó al Rey.

El día 14 de Octubre en que se celebraba el cumpleaños del Principe de Asturias, señalado para celebrar tambien su boda, y en el momento en que la plaza principal de Mallorca y los buques de su puerto empavesados anunciaban aquella solemnidad con salvas de artillería, subian el alto cerro un nuevo destacameneo para relevar al antiguo, y un nuevo gobernador para reemplazar al que antes mandaba el castillo de Bellver. Llegó entonces á tal punto el encono y rabia

del Gobierno, que olvidando los sagrados derechos de la humanidad, no permitió á Jove Llanos el auxilio y desahogo que necesitaba en la enfermedad que padeció de resultas de la inflamacion de una parótida, de la dolorosa operacion de abrirla, y de una larga y molesta curacion. Siguióse á aquella dolencia un principio de cataratas, para cuyo remedio convinieron los médicos en que eran necesarios los baños de mar. Se los concedió el Gobierno, pero en medio del paseo público, y con tan ignominiosas precauciones, que le presentaban á la vista de las jentes como un espectáculo de lástima y de desprecio. Indignado el pundonoroso Jove Llanos, prefirió quedar ciego á sufrir la vergüenza del público; pero al fin se le permitieron los baños en lugar mas retirado, aunque con las mismas prevenciones, y desde entonces consiguió con ellos algun alivio, y con el paseo que daba con este motivo por las tardes, debido mas bien á la reflexion del General de la Isla que á la sensibilidad de sus fieles enemigos.

Lejos de entregarse Jove Llanos á su dolor jimiendo por su desgracia, y de abatirse por tantos años de crueles padecimientos, los pasó es-

cribiendo á hurtadillas obras útiles, llenas de erudicion é ingenio, que serán consultadas por mucho tiempo. Las descripciones *del castillo de Bellver, la de la Lonja de Mallorca, la de la Catedral, y su correspondencia*, muestran el temple de su alma y su tranquilidad inalterable en medio de los contratiempos de la vida.

Han estrañado algunos que el Sr. Jove Llanos, durante su larga prision en Mallorca, no se ocupase de algun trabajo histórico de grande importancia, desconociendo la imposibilidad en que su misma situacion le colocaba, para hacerse con los materiales necesarios. Sin embargo estudió detenidamente la historia de aquella isla; y ademas de los escritos de que hemos hecho mención, habia empezado tambien unas interesantes notas para ilustrar la crónica del Rey Don Jaime el *Conquistador*.

En estos entretenimientos pasaba el tiempo sin mas trato que el del centinela y del criado que entraba á servirle. Pero llegaba el momento en que la Providencia permitia que se realizaran los grandes acontecimientos de 1808: en 5 de Abril de aquel año recibió el Sr. Jove Llanos la primera Real orden que se le comunicó despues de

su prision en Asturias, y cuyo tenor era el siguiente: «Excmo. Sr. — El Rey Nuestro Señor D. Fernando VII se ha servido alzar á V. E. el arresto que sufre en ese castillo de Bellver, y S. M. permite á V. E. que pueda venir á la corte. Lo que comunico á V. E. de Real orden para su inteligencia y satisfaccion. Dios guarde á V. E. muchos años. Aranjuez 22 de Marzo de 1808. — El Marqués Caballero. — Sr. D. Melchior Gaspar de Jove Llanos.» Tales y tan lacónicas y mezquinas frases incomodaron á Jove Llanos, pues mas que su libertad le interesaba la restauracion de su honor mancillado. Asi fue que no quiso aparecer en la capital de la Isla, y corrió á esconderse en la Cartuja de Baldenuza, donde pasó la Semana Santa en compañía de aquellos sacerdotes, que le recibieron con muestras de la mas sincera alegria. Desde allí dirigió una representacion al Rey pidiendo se juzgase su causa en un tribunal; pero cuando debia recibirla, ya no existia Carlos IV en el Trono. Embarcóse para el continente y llegó á Barcelona en 20 de Mayo, y allí supo los acontecimientos de Madrid del dia 2, la elevacion de Murat á la Rejencia de España, y la ausencia de la Familia Real. Pasó despues á Zaragoza y se

trasladó á la villa de Jadraque, reuniéndose allí con su especial amigo D. Juan Arias de Saavedra. Considerábase D. Gaspar tranquilo, y confiaba que con el reposo y los aires de la Alcarria conseguiria recobrar la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu.

Pronto se desvaneció tan halagüeña esperanza; al siguiente dia recibió un posta de Madrid con orden de Murat para que inmediatamente se presentase en la corte. A los pocos dias, otro despachado desde Bayona con órdenes de Napoleon para que fuese á sosegar á Asturias, y anunciándole que José le habia nombrado Ministro de lo Interior. De todo se escusó apoyado en el malísimo estado de su salud, y á pesar de las muchas instancias de varios amigos suyos y del mismo Cavarrús, que seguian el partido francés. Restablecido un poco de su salud, recibió otro posta enviado por la Junta jeneral del principado de Asturias, anunciándole haber sido nombrado vocal de la Central que iba á establecerse. ¿Qué habia de hacer el hombre que salia achacoso de una reclusion de ocho años, á los 65 de edad? Su entendimiento claro y su ilustrado patriotismo le dictaron la senda que debia seguir. Decidióse

por la causa de España y por la causa del pueblo. Infortunios le esperaban tambien en ella; desgracias y desengaños grandes y tanto mas sensibles, sufriendolos en el último período de una tan noble y trabajada existencia.

Decidido á desempeñar tan penoso encargo, pasó á Madrid á mediados de Setiembre, y conferenció con algunos diputados de otras provincias, con el fin de desvanecer las intrigas de los que se habian reunido en Aranjuez, poniendo á la cabeza de la Junta Central, instalada en aquel sitio, al Conde de Florida Blanca; renunció las dietas de que habian de gozar los diputados, contentándose con el sueldo de Consejero de Estado que disfrutaba. La historia ha apreciado ya los trabajos que Jove Llanos realizó en la Junta para la organizacion del nuevo Gobierno y la convocacion de las Córtes jenerales del Reino, y seria imposible seguirle en ellos. Los principios políticos de Jove Llanos estaban en contradiccion con los de muchos de sus compañeros, pues su intento era dar en las Córtes representacion al clero y á la nobleza, formando con ellos una sola Asamblea separada, á imitacion de la Cámara de Pares en Inglaterra. Creia que no solo era

asequible, sino fácil, aplicar la teoría de su Cuerpo legislativo á la Monarquía de España, y espuso las doctrinas y principios políticos que profesaba, en la elocuente y vigorosa Memoria que dirigió á sus compatriotas en defensa de la Junta Central. Asi pues, ya en aquella época conocia el Sr. Jove Llanos la necesidad de equilibrar y contener el ímpetu de las Asambleas políticas, dando en ellas representación constante á los intereses perennes de la sociedad. Los que le acusaban de querer introducir en España las instituciones inglesas, pugnaban á su vez por poner en observancia en la Península los principios de la Asamblea Constituyente de Francia. Todos convenian en imitar al extranjero en las nuevas instituciones, y solo discordaban en si habian de ser las que habian conducido á la Francia á una anarquía sangrienta, ó bien las que habian elevado á Inglaterra al mas alto grado de prepotencia. Triunfaron por desgracia los primeros en la formación de la Constitución de 1812, y conocidos son los males que á la nación ha causado la adopción de tales principios, desacreditados ya en el día, y sustituidos en la Constitución de 1837 por otros, que sino son los mas á propósito para dar

al Trono toda la estabilidad, y á las instituciones toda la duracion necesaria, distan por lo menos mucho de los que en aquella época se proclamaron. Los trastornos que la España ha sufrido desde aquel suceso, y la adopcion de los buenos principios que en parte ha triunfado despues, justifican la ilustrada prevision del Señor Jove Llanos.

Las opiniones que, como hemos dicho, profesaba Jove Llanos, le atraieron muchos enemigos á quienes no pudieron desarmar sus virtudes, y las manifiestas y grandes pruebas que de su patriotismo habia dado. Sirva entre otros documentos de ejemplo la contestacion dada por Jove Llanos al General francés Sebastiani, cuyo tenor es el siguiente :

«Sr. General: yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de sus manos el augusto encargo de defenderla y rejirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos

67340-2

derechos de nuestro Rey, nuestra religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de rejenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Eúropa entera reconozcan, que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su Rey y de su libertad contra una agresion, tanto mas injusta cuanto menos debia esperarse de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, firmeza y sabiduria para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atrozes males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exije, y encuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿á quién serán imputados estos males? ¿A

los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian jenerosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, Sr. General, no os dejéis alucinar: estos sentimientos que tengo el honor de espresaros, son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo, que los propósitos que les atribuis son tan injuriosos como ajenos de la jenerosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos.»

«En fin, Sr. General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, segun nos decís, profesa vuestro Rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vues-

tros soldados, no es el teatro mas propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno de su filosofía, y vos, Sr. General, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirá mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que me proponeis, si la suprema Junta Central lo aprobare. Entre tanto recibid, Sr. General, la expresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla 24 de Abril de 1809.— Gaspar de Jove Llanos. — Excmo. Sr. General Horacio Sebastiani. *

Esta respuesta, digna de la pluma y del patriotismo del autor, fue aplaudida en todo el reino, tanto por su estilo noble y elevado, como porque pintaba los verdaderos sentimientos que animaban, á la gran mayoría de la nacion. (*)

(*) Para mayores detalles, así sobre este punto, como sobre la conducta, opiniones y disgustos del Sr. Jove Llanos en la Junta Central, puede consultarse la interesante obra del Sr. Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.*

Instalada la primera Rejencia del Reino en 1810, y habiendo depositado en ella su autoridad la Junta Central, el Sr. de Jove Llanos, aflijido su corazon al verse envuelto en las calumnias é improperios que levantaron y publicaron los perturbadores de la tranquilidad pública contra todos los diputados de la Junta Central, luego que los vieron destituidos del mando y gobierno de la nacion, y reducidos algunos á la indijencia, pidió licencia para volver á su casa á recobrar su salud, y que se le señalase para su subsistencia el sueldo á que se le juzgase acreedor. No consintió la Rejencia que se separase ni dejase su plaza de Consejero de Estado; pero le concedió licencia para permanecer en Gijon todo el tiempo que necesitase para cuidar de su salud, desempeñando las comisiones que habian estado á su cargo en el reinado de Carlos IV, con la prevenicion de que recuperada su salud deberia reunirse al Consejo de Estado, *para coadyuvar con sus notorias luces, acreditado celo y acendrado patriotismo á la salvacion de la nacion*; dejando á su arbitrio el no percibir la mitad de su sueldo en beneficio de la patria, como lo habia ofrecido.

Varias dificultades se ofrecian á Jove Llanos

para emprender su viaje; ocho mil reales escasos, único fruto de sus largos y penosos servicios en 42 años, formaban todo su peculio. Al irse á embarcar con su compañero el Marqués de Campo Sagrado en la fragata *Cornelia*, halló á su bordo á otros seis Vocales de la Junta Central que regresaban á Galicia; y como empezase entonces á susurrarse en Cádiz, que todos los que habian sido miembros de aquella Junta huían á su patria, con las riquezas que habian robado en el anterior Gobierno, tan terrible calumnia puso al incorruptible y pundonoroso Jove Llanos en estado de no poder seguir su viaje. El desden y desatentas miradas de la chusma de la fragata, y las noticias de los que iban y venían á bordo desde Cádiz, acabaron de confirmar tan desagradables rumores, que Jove Llanos y Campo Sagrado trataron de destruir, haciendo á sus autores un público desafio en un cartel que dirijieron al redactor del *Diario de Cádiz*, y cuya insercion rehusó la Junta superior de aquella ciudad. (*) Como se susurrase tambien que la misma Junta comenzaba

(1) Véanse la Memoria de D. Gaspar de Jove Llanos y las notas puestas en ella

á dar ciertos pasos contra los de la Central , resolvió Jove Llanos pasar á Cádiz á averiguarlo, pero se lo estorbaron los compañeros por no esponerle á algun desaire ó insulto. En tan amarga situacion , se le ofreció para salir de ella el trasbordarse al bergantin Ntra. Señora de Covadonga, pronto á dar la vela para Asturias , verificándolo con aprobacion y pasaportes de la Rejencia , y destruyendo de este modo las imposturas que los perturbadores habian difundido, de que los ocho Vocales de la Central estaban arrestados en la fragata Cornelia.

Salió al fin de Cádiz el 26 de Febrero de 1810 en el citado bergantin , y arribó el 6 de Marzo á la ria de Muros de Noya , en Galicia , despues de una peligrosa travesía. La primer noticia que alli tuvo fue la de haber ocupado los franceses las Asturias , y posteriormente el pesar de verse incomodado por parte de la Junta principal de Santiago , que mandó reconocer y recojer sus papeles, como si fuese un enemigo de la causa pública.

Peor suerte tuvieron los diputados de la Central que se hallaban en la fragata Cornelia , encerrados en el Castillo de San Fernando , despues de

haber sufrido duros, indecentes é injustos procedimientos en la bahía de Cádiz. Aquellos ultrajes y las calumnias divulgadas por los anarquistas contra los individuos de la Junta Central, escitaron al Sr. Jove Llanos á escribir la Memoria citada en la nota anterior, aprovechando el tiempo y vagar que le proporcionó su larga residencia en Muros.

Libre Gijón del yugo de los enemigos, resolvió pasar á aquella villa, y tuvo la satisfacción de entrar en ella el 6 de Agosto de 1811 á las voces de « *viva el padre de la patria, viva el bienhechor de esta villa y de toda la provincia* » con que le aclamaba el pueblo, y entre el repique jeneral de campanas y el estruendo de la artillería de la plaza. Triunfo honroso, debido al jénio, á la virtud y á los injustos padecimientos, pero que era la última aureola que debía lucir para él. El Instituto Asturiano habia sido profanado durante su ausencia, y al momento pensó en su reparacion, porque para Jove Llanos no habia un momento de descanso cuando de la utilidad de sus semejantes se trataba.

Desgraciadamente no tardaron los franceses en presentarse de nuevo delante de Gijón; Jove Llanos se embarcó precipitadamente en un pequeño ber-

gantín vizcaino, sufriendo una horrorosa tempestad que duró ocho días, al cabo de los cuales pudo arribar con mucho trabajo al miserable puerto de la Vega, en los confines de Asturias, con intención de trasladarse después á una fragata inglesa; pero no habiendo podido salir á la mar por el mal tiempo, que parecia se conjuraba también en contra suya, fue acometido en Vega de una ejecutiva pulmonia, que terminó en dos días su existencia, en 27 de Noviembre de 1811 á los 66 años de edad.

Divulgada inmediatamente por toda España la noticia de la muerte del Sr. Jove Llanos, fue recibida con jeneral sentimiento de la nacion y particular de los tribunales, sociedades y academias científicas; y las Córtes jenerales y estraordinarias, queriendo dar un testimonio público y honrar la memoria de tan ilustre español, por un decreto especial de 24 de Enero de 1812 le declararon *benemérito de la patria*.

La junta de Asturias, reunida entonces en Castropol, envió dos de sus Vocales para asistir al funeral. Sepultóse su cadáver de modo que pudiera ser trasladado á la parroquia de San Pedro de Gijón, al lado de sus padres.

Tal es el ilustre personaje cuya vida hemos bosquejado, dedicada constantemente y con infatigable celo, á la prosperidad de su país y á la ilustracion y progreso de sus conciudadanos. Sus obras hablan por él; y si no puede obtener la reputacion de distinguido poeta, el voto jeneral le presenta como dechado de saber, de buen gusto, de elocuencia, de integridad y de pundonor caballeroso. Sus estensos conocimientos é inmensa erudicion admiraron á sus contemporáneos, y su nombre será prounciado siempre con veneracion y acatamiento por cuantos estimen en algo el título de españoles.







LORD WELLINGTON.

Personages celebres del Siglo XIX

LORD WELLINGTON.

La fortuna ha tratado mejor á Wellington que él á ella.

NAPOLÉON.—*Memorial de Santa Elena*. T. VII, pág. 277.

El día en que terminó la inmensa cuestión de la emancipación católica de la Irlanda, fué un día memorable en los anales de Inglaterra. Aquella medida, que llamaba de repente á dos ó tres millones de hombres á la vida civil y política, ajitó violentamente los espíritus; los periódicos ultra-torys tenían cada mañana un ataque epiléptico; el *Morning Journall* y el *Standard* declaraban que el Rey, firmando el *bill*, firmaba su abdicación; que el papismo, el abominable papismo iba á pasear por todas partes la

tea incendiaria , y que habia llegado para la Inglaterra su postrer día. Casi toda la aristocr acia se indignaba de ver   uno de sus hijos , su esperanza y su gloria , ser el primero en poner una mano profana sobre el edificio venerando del *State and Church* (el Estado y la Iglesia).

Si hubi erais entrado en la Cámara de los Lo-res el día 2 de Abril de 1829, cuando la sesion en que fue presentado aquel famoso *bill*, hubi erais visto levantarse del banco ministerial, en medio de los murmullos de los *torys*, un personaje de elevada estatura, con el vestido abrochado hasta la barba, flaco, tieso y seco, con una nariz arqueada, una cara larga en demasía, facciones muy pronunciadas, pero con poca expresion. Su voz era árida, descolorida, sin animacion alguna, pero firme, lucida y precisa; decia que las circunstancias no le permitian oponer una resistencia mas prolongada   los votos de la Irlanda; que la emancipacion era desagradable, pero que lo era mas todavía la perspectiva amenazadora de una guerra civil. El *bill* fue aprobado. Aquel personaje que asi arriesgaba su popularidad, haciendo   despecho una cosa grande, y que acababa, por esta misma cosa hecha   su

pesar, de tener estóicamente la víspera un desafío á la pistola con Lord Winchelsea, anglicano fogoso, era Arturo Wellesley, Duque de Wellington, jefe del Gabinete á la sazón, y en el día, como entonces, el hombre mas ilustre, mas popular, mas territorialmente aristocrático, y sobre todo el mas feliz de Inglaterra. En el escudo de armas del noble Duque se lee esta divisa: *virtutis fortuna comes*. Si el mote fuese cierto, si la virtud y la dicha fuesen siempre compañeras, Wellington seria enormemente virtuoso; pues talvez no hay dos ejemplos de una fortuna tan maravillosa y constante. Noble de corta fecha, su nombre oscurece en el día los nombres mas grandes de las mas antiguas razas normandas. Solo él puede decir que durante veinte años de guerra jamás deshonró sus banderas una dispersion ó derrota; sin ser deudor á la naturaleza de aquella audacia de inspiracion, de aquel fuego sagrado que constituye el jénio, triunfa del mayor jénio moderno; sin una gran capacidad política, lleva á cabo en política lo que no habian podido hacer Pitt, Fox, y Canning. Soldado feliz bajo un Gobierno constitucional, ha tenido el raro privilegio de no tener que luchar jamas contra la

desconfianza, la injusticia ó la ingratitud. El agradecimiento de su país ha igualado, sino ha excedido, á sus servicios; la Inglaterra le ha dado palacios, le ha llenado de millones, y le ha hecho mas grande y opulento que un Rey. Todos los Soberanos de Europa le han enriquecido con dotaciones, colmado de títulos y cubierto de grandes cruces; la Francia misma ha visto aquel nombre fatal inscripto por la mano de un descendiente de Carlos VII, en la lista de sus Mariscales. Enemigo declarado de cuanto lleva el nombre de democracia, ha disfrutado este hombre todos los beneficios de la popularidad, siu hacerle ningun sacrificio. *John Bull* (*) se ha atrevido una ó dos veces á arrojar piedras á sus ventanas; no hizo mas que haerles poner enrejados, y al siguiente dia, *John Bull*, que no puede estar reñido con él mucho tiempo, le aplaudia, dispuesto á castigar al atrevido que osase hablar mal de su héroe. Ultimamente acabamos de ver á la imprenta inglesa enfadarse sériamente porque una Reina de diez y ocho años, con las distracciones muy naturales de los primeros dias de su luna de miel,

(*) Nombre que se da en Inglaterra al populacho.

se había olvidado de preguntar con regularidad por la salud del viejo y apoplético guerrero.

Recorriendo la carrera militar y política del Duque de Wellington, hojeando los doce volúmenes de partes que hizo publicar hace dos años, y que comprenden la historia de sus campañas en la India, en Dinamarca, en Portugal, en España y en Francia, se admira uno de la firmeza, perseverancia é imperturbable sangre fría que le distinguen; tiene uno que confesar que Napoleón ha sido demasiado severo, por no decir injusto, para con él; que si la fortuna le ha protegido mucho, ha sabido sostenerse siempre al nivel de ella; y que si no es uno de aquellos jénios raros que dominan y reasumen un siglo, es por lo menos un gran talento, que ha ganado lejitimamente una buena parte de su gloria.

Arturo Wellesley es el hijo tercero de Gerardo Colley Wellesley, Vizconde de Mornington, cuya familia acababa de ser recientemente ennoblecida en la persona de su padre Ricardo Colley Wellesley, creado Baron de Mornington en 1746. Arturo nació en Dungan-Castle, en Irlanda, el 1.^o de Mayo de 1769; en ese año tan fecundo en que nacieron Napoleón, Sault, Canning,



Chateaubriand, Walter-Scott y tantos otros hombres ilustres de todas clases. Primero fue educado en Inglaterra, en el colejio de Eton; y despues enviado á Francia, á la escuela militar de Angers, que disfrutaba entonces de una reputación bastante grande. A los 18 años, en 1787, entró á servir en clase de abanderado. El crédito que disfrutaba su familia le hizo atravesar rápidamente los grados inferiores; en 1788 era teniente; capitán en 1791, mayor en 1792, y por último, teniente coronel en 1794. Entonces fue cuando hizo su primera campaña en la retirada de Holanda, bajo las órdenes del Duque de York. Encargado del mando de una brigada en la retaguardia, el jeneral en jefe hizo mencion honorífica de él.

En 1796 marchó á la India con su rejimiento, y el año siguiente, habiendo sido nombrado Gobernador jeneral de las posesiones inglesas su hermano mayor, Lord Mornington, despues Marqués de Wellesley, el jóven coronel pudo pronto ejercitar sus elevadas facultades militares en un mando superior; acababa de estallar entonces la guerra entre la Compañía y el famoso Príncipe indio Tipoo-Sayb. Habiéndose proporcionado los

ingleses la cooperacion del *Nizam* (Príncipe) de los Maratas, Wellesley fue colocado á la cabeza de las tropas aliadas, bajo el mando en jefe de Sir Harris. Cuéntase que en una primera y empuñada accion, en el ataque de un bosque fortificado, el mismo hombre que habia de brillar mas adelante por su aptitud friamente intrépida en medio del peligro, se mostró un tanto conmovido del silvido de las balas indias, y se fue muy ajitado á dar parte á Sir Harris del mal éxito de su expedicion. Los biógrafos ingleses que refieren este hecho, no olvidan recordar la historia de Federico II, huyendo del campo de batalla de Mollwitz. Contentémonos con añadir que el jóven Wellesley, vuelto al dia siguiente de su emocion, se apresuró á reparar su derrota apoderándose del malhadado bosque.

El 4 de Mayo de 1799, despues de un asalto de los mas encarnizados, los ingleses se apoderaron de Seringapataam, capital del reino de Mysore; Tipoo-Sayb fue encontrado muerto bajo los escombros, y el jóven Wellesley, uno de los primeros que entraron en la ciudad, quedó encargado de las funciones de Gobernador. Al año siguiente derrotó á un jefe de partidarios, Hon-

Scindiah-Waugh, que habia ido á hacer una correría en el territorio de la Compañía con 5,000 hombres. Tratóse por un momento de dar á Sir Arturo el mando del cuerpo de tropas que salió de las orillas del Ganges á las órdenes del jeneral Baird, para ir á pelear con los franceses en las orillas del Nilo; Wellington y Bonaparte se hubieran encontrado frente á frente quince años antes. Una enfermedad grave le impidió hacer parte de aquella expedicion, que ademas no consiguió su objeto, pues no llegó á Ejipto hasta despues de la evacuacion.

La última gran guerra de la India estalló en 1803; los Maratas orientales se sublevaron dirigidos por Scindiah, jefe astuto y diestro, especie de Abd-el-Kader del Indostan, fatigando á los ingleses, atacándolos de improviso, arrastrándolos en su persecucion, y escapándoseles siempre. Sir Arturo fue encargado de alcanzarle y vencerle á toda costa. A fuerza de actividad y perseverancia logró verificarlo en Assye, en el Deccan, el 23 de Setiembre de 1803. El Marata tenia 10,000 hombres de infantería mandados por oficiales europeos, 40,000 caballos y 100 piezas de artillería. Sir Arturo tenia 6 ó 7,000 hombres. La

batalla fue sangrienta y por mucho tiempo disputada; matáronle á Wellesley dos caballos, perdió la tercera parte de sus soldados, pero los enemigos quedaron destruidos. La última y decisiva victoria de *Arqaum* terminó la guerra con la sumision definitiva de Seindiah. Los habitantes de Calcutta erijieron un monumento en honor de Wellesley, el cual fue nombrado jeneral, y creado caballero de la Orden del Baño.

Tres años despues, en 1806, volvemos á encontrar al vencedor de *Assye* y de *Arqaum* ocupado tranquilamente en hacer maniobrar una brigada en una pequeña ciudad de Inglaterra. Sin embargo, Wellesley no estuvo mucho tiempo en inaccion; los habitantes de Newport, en la Isla de Wight, le nombraron Diputado en la Cámara de los Comunes. En el mismo año de 1806 fue cuando se casó con Miss Pakenham, jóven irlandesa, hermana del Conde de Longfort. Con este motivo he oido referir una anecdota, que si es verdadera es característica. Parece que el matrimonio se había tratado antes de ir á la India Sir Arturo, y entonces era un casamiento de inclinacion; en el intervalo, Miss Pakenham tuvo unas fuertes viruelas que dejaron en su rostro

erueles señales; Sir Arturo, á su vuelta, enfriado ya por la ausencia, encontró á su prometida enteramente desfigurada: no pudiéndose ya casar con ella por inclinacion, y no queriendo faltar á su palabra, se casó por deber. Segun dicen, aquella union fue poco feliz.

En 1807, despues de la caida del partido de Fox y de Lord Grenville, fue nombrado Wellesley Secretario de Estado de Irlanda, siendo Virey el duque de Richmond. El jóven jeneral permaneci6 poco tiempo en aquel nuevo destino. Cuando se decidi6 la agresion brutal de la Inglaterra contra la Dinamarca, Sir Arturo fue agregado á la expedicion bajo las órdenes de Lord Cathcart; él era el que mandaba la accion de Kioge, donde fue derrotado el jeneral dinamarqués Linsmar; y despues del bombardeo de Copenhague, tuvo el encargo de recibir la capitulacion de la ciudad. Hasta aqui las grandes batallas dadas en la India por Sir Arturo habian hecho poco ruido en Inglaterra; no estaba aun en primera línea, y solo en este momento, en 1808, principia el brillante período de su vida militar. La España, invadida por Napoleon, se sublevaba por todas partes; el Portugal, ocupado por Junot, principiaba

á sacudir el yugo de aquel Ajax loco y enredador. La Inglaterra, consecuente en su odio contra Napoleon, se apresuró á aprovecharse de la ocasion de una nueva lucha. Sir Arturo Wellesley, que acababa de ser nombrado teniente jeneral, obtuvo el mando de la division que se envió al pronto á la Coruña. Bastante mal acogido por los patriotas gallegos, el jeneral se decidió á dirigirse á Oporto y á desembarcar en Portugal. Un primer encuentro con las tropas de Junot tuvo lugar en Roliça; pocos dias despues, el 21 de Agosto, en Vimiero, Wellesley obligó á Junot á retirarse precipitadamente sobre Lisboa. La repentina llegada al dia siguiente de Sir Hugh Dalrympe, nombrado jeneral en jefe, impidió al vencedor aprovecharse de su victoria. El 30 del mismo mes se firmó la famosa capitulacion de Lisboa, conocida por el nombre de *Convencion de Cintra*, y segun la cual los franceses debian evacuar el Portugal con sus armas y equipajes, y regresar á Francia á espensas de la Inglaterra. Al mismo tiempo que Napoleon manifestaba su desagrado á Junot, la Inglaterra acusaba al jeneral Dalrympe ante un tribunal militar. Sir Arturo Wellesley se apresuró á ir á Lóndres para defender en el Par-

lamento un acto cuya responsabilidad no pesaba sobre él. Dalrymple fue depuesto de su mando, y reemplazado por el mismo Sir Arturo, que regresó a Lisboa el 22 de Abril de 1809. Veremos en otra parte (*) como Sault, que acababa de entrar en Portugal, entregado á sus propias fuerzas y privado de la cooperacion de Victor, fue sorprendido en Oporto por el jeneral inglés, y se vió precisado á retroceder, haciendo la hermosa retirada que admiró al mismo Wellesley, que se acuerda siempre de ella, y la cita aun como una maravilla de táctica.

Evacuado del todo Portugal por los franceses, Sir Arturo recibió la orden de penetrar en España para combinar un plan de campaña con la Junta. Ilega á Almaraz, se reúne con el jeneral español Cuesta, y el 21 de Julio de 1810 da al mariscal Victor y al Rey José la indecisa batalla de Talavera. Por ambas partes se cantó victoria. El Parlamento inglés dió un voto de gracias á Sir Arturo, uniendo á él una pension de *dos mil libras esterlinas*. El Rey le elevó á la clase de Par, con el título de Lord Vizeconde Wellington

(*) Véase la biografía del Mariscal Sault.

de Talavera. Victor tuvo que replegarse sobre Madrid, pero Wellington no pudo seguir adelante. Soult y Ney iban rápidamente sobre él desde Estremadura con fuerzas superiores, y por otra parte Massena entraba en Portugal. Se apresuró á repasar el Tajo para cubrir á Lisboa. Entonces mandó ejecutar las famosas líneas de *Torres Vedras* que se estendian desde el mar al Tajo; atrincheramientos formidables, en que el talento de la fortificación se desplegaba con todo su lujo, y ante los cuales Massena retrocedió espantado.

Poco tardó este último en verse aislado, y no recibiendo de Francia dinero, víveres ni soldados, no pudo sostenerse en Portugal, y verificó su retirada. Wellington volvió á entrar en España, se dirigió sobre Ciudad-Rodrigo, tomándola por asalto á los once dias de abierta la trinchera; igual suerte cupo á Badajoz, y entonces Wellington á la cabeza de un ejército formidable, compuesto de ingleses, portugueses y españoles, entró resueltamente en Castilla, y dió la célebre batalla de los Arapiles, donde derrotó á Marmont, general hábil, pero constantemente desgraciado. Soult, que estaba sitiando á Cádiz, abandonó la Andalucía y llegó precipitadamente, combinando

sus movimientos con el jeneral Souham, sucesor de Marmont; mientras Wellington, detenido con todo su ejército delante de la ciudadela de Búrgos, por un puñado de hombres mandados por el intrépido jeneral francés Dubreton, vió de repente comprometida su línea, perdió la ofensiva y se vió obligado á retirarse rápidamente sobre Portugal. Napoleon, falto de hombres á causa de la desastrosa campaña de Rusia, dejaba cada dia mas desguarnecida la España. Lord Wellington pasó á Cádiz en 1813 para tratar personalmente con la Rejencia, y entonces se le dió el título de Jeneralísimo de los tres ejércitos combinados de Inglaterra, Portugal y España, y se le confirió un poder supremo.

Entonces principió la brillante campaña de 1813 y 1814, que es en el dia uno de sus mas bellos títulos de gloria. No es posible seguirle en todas sus operaciones, desde la batalla de Vitoria, tan funesta para las armas francesas, hasta la indecisa victoria de Tolosa. Observaremos sin embargo, y sin que por esto tratemos de rebajar los conocimientos de Lord Wellington, que las circunstancias le fueron extraordinariamente favorables. El ejército francés estaba desmoralizado, disemi-

nado y debilitado sin cesar por Napoleon, que sacaba de él los mejores soldados para la lucha terrible que sostenia entonces en Alemania. Los jenerales franceses, libres de la mano de hierro que les sujetaba, les mantenia en la línea de su deber, y les empujaba hádiante, daban rienda suelta á sus rivalidades, obraban aisladamente sin direccion comun, sin unidad, y por lo tanto sin resultado. La impericia de José Bonaparte era poco á propósito para ocurrir á aquellos inconvenientes; y la llegada de Soult, que acudia precipitadamente desde el campo de batalla de Bautzen, lo remedió un tanto; Wellington se encontró enfrente de un estratéjico consumado. Por ambas partes se maniobró con habilidad, pero Wellington, superior en número, pasó los Pirineos. Es inútil repetir lo que hemos dicho en otra parte con respecto á la batalla de Tolosa: contentémonos con añadir, que Wellington confiesa él mismo, con gran candor, en sus partes, que cuando entró en la ciudad, despues de abandonada por los franceses, no encontró en ella mas trofeos que un solo cañon, y aun creemos que desmontado.

Todos los partes relativos á la campaña de

España y Francia, son del mayor interés para apreciar las cualidades particulares del noble Duque, que es un singular hombre de guerra. No es ni un acuchillador intrépido como Murat ó Ney; ni un estratéjico atrevido, lleno de expedientes y de recursos, como Soult ó Massena. Menos es todavía una cabeza épica, fecunda en creaciones gigantescas y repentinas, como Napoleón. Es sencillamente el jeneral mas inglés de los tres reinos. La flemma, la enerjía y la tenacidad se combinan en él en unas proporciones inmensas. Acepta la batalla, pero nunca ó casi nunca la da. Es algunas veces flojo é imprudente en el ataque, pero siempre admirable en la resistencia. Nada le sorprende, nada le turba, nada le conmueve, y es para él tan indiferente el entusiasmo como el desaliento. Se ha observado que en los dos enormes volúmenes consagrados enteramente á operaciones militares, no se halla ni una vez sola la palabra *gloria*. Para Wellington es una palabra sin sentido. Ignora ó desdeña los recursos de la oratoria, y no tiene tampoco la sublime sencillez de Nelson, que una hora antes de la batalla de Trafalgar, se contentaba con decir á sus marinos: «La Inglaterra espera de vosotros

que cada cual cumplirá con sus deberes: » todas las alocuciones del Duque de Wellington pueden reducirse en el fondo á estas palabras, poco mas ó menos: «estais bien vestidos, bien pagados, bien alimentados; el que de vosotros falte á su deber será ahorcado.» Unase á esto la esactitud de un negociante, el amor del órden llevado hasta la minuciosidad, y el respeto mas escrupuloso, hasta por los derechos mas insignificantes que la guerra atropella con tanta frecuencia. Este jeneralísimo de los tres ejércitos forma columnas de cifras como Bareme, y distribuye á cada uno de aquellos cuerpos, al mismo tiempo y con la misma severidad que la reprension ó el elojio, su contingente de capotes, de calzado, de víveres y dinero.

Hay sobre este punto una carta curiosa de Lord Wellington á Lord Bathurst, desde San Juan de Luz, en que el Duque se queja detenida y amargamente al Ministro. El Gobierno, dice, le deja carecer de todo. Le es imposible vencer sin dinero; el ejército está lleno de deudas, y para completar aquel cuadro, añade con un perfecto tono de verdad: «no me atrevo á salir de mi casa á causa de los acreedores que me acosan públicamente, pidiendo el pago de lo que se les



debe.» Recuérdese que Wellington estaba entonces en país enemigo, y mandando cerca de 100,000 hombres; recuérdese como pagaban ciertos jenerales franceses sus deudas en Italia y en España, y tal vez se encontrará algo de extraño en el vencedor que se oculta en su casa para librarse de los acreedores de su ejército.

Después de la abdicación de Napoleón, Lord Wellington pasó á París, pero se detuvo allí muy corto tiempo. Elevado á la clase de Duque (había sido ya nombrado Feld-Mariscal después de la batalla de Vitoria), hizo un viaje triunfal á Londres, y no tardó en ser enviado al Congreso de Viena como representante de la Inglaterra. Los habitantes de aquella capital le acogieron dignamente; M. de Metternich le obsequió á su modo, un tanto parecido al de Catalina de Médicis; y como por su exterior grave y frío, el ilustre guerrero se parece á Enrique IV, y como tiene la debilidad de las grandes almas, y las hermosuras austriacas gustan mucho de la gloria, hizo numerosas y diferentes conquistas. El Congreso *baila y no marcha*, decia el agudo Príncipe de Ligne; y al mismo tiempo estallaba como una bomba la noticia del desembarco de Napoleón.

En Viena apenas podian creer áquel acto , que calificaban de locura , asegurando los mas entendidos que Napoleon pereceria á los primeros pasos. Lord Wellington le conocia mejor á él y á la Francia: « si ha desembarcado , está en París , » dijo á alguno ; y se apresuró á ponerse á disposicion del Congreso, que le nombró jeneralísimo de los ejércitos aliados. En seguida pasó apresuradamente á los Países Bajos , para concertar allí un plan de campaña con Blucher, y triunfar otra vez en el mas mortífero de todos los combates de gigantes que forman la iliada imperial.

Todo el mundo sabe la historia , ó mas bien todo el mundo ha leído una historia de la batalla de Waterloo ; y como por lo menos hay cincuenta de ellas , sin que una se parezca á la otra , no tengo yo gana de ser el cincuenta y un estratégico de gabinete, para discutir si realmente Wellington fue sorprendido en sus cantones ; como lo dice Napoleon , ó si no lo fue , como lo dice Wellington , y después de él Walter-Scott ; si la batalla estaba ganada por los franceses , como lo dice Napoleon ; si estaba indecisa , como lo dice Blucher ; ó ganada por los ingleses , como lo dice

Wellington; si la culpa fue de Grouchy, como lo dice Napoleon, ó si Grouchy no pudo hacer cosa mejor, como lo dicen él mismo y el jeneral prusiano Muffling.

Lo que hay de positivo es que el ejército inglés, inferior en número, sostuvo sin romperse durante cinco horas, segun unos, y siete segun otros, los encarnizados ataques de las primeras tropas de Europa, mandadas por el mayor guerrero de los tiempos modernos. Napoleon mismo dice (*) que los ingleses estuvieron admirables, añadiendo que las disposiciones de Wellington no valieron nada. ¿Pero entonces, cómo se explica, que tropas, por muy valientes que sean, colocadas en una mala posicion, mandadas por un mal jeneral, resistieran un dia entero á las reiteradas cargas de los coraceros de Kellermann, al choque de la guardia vieja, dirigida por Ney, y á las maniobras de Napoleon? Porque al fin es positivo que cuando los prusianos llegaron, cuando Bulow atacó la retaguardia, los rejimientos escoceses se habian dejado hacer pedazos sin perder una pulgada de terreno; las ventajas parciales

(*) Véase el T. VII del *Memorial de Santa Elena*.

conseguidas por los franceses en el bosque de Hougoumont y en la Granja de la Haye-Sainte, habian sido conquistadas de nuevo, tan pronto como perdidas.

Paréceme mas justo y verdadero, no el comparar dos hombres de los cuales el uno es incomparable, pues seria injuriar al mismo Lord Wellington que ha dicho siempre de Napoleon: « es el maestro de todos nosotros, » sino colocar enfrente de aquella águila posada sobre las alturas de la Granja de la *bella alianza*, al leopardo inglés, arrimado á las laderas del *Monte San Juan*. Para aquella la sublime impetuosidad del ataque, para este la fria tenacidad de la resistencia; el Duque de Wellington vió sin pestañear á su estado mayor, menos un solo hombre, caer alrededor de él. Seiscientos oficiales y quince mil soldados muertos ó heridos, cubrian el campo; no hay duda que sin la llegada de Blucher, el ejército inglés, rendido por sus largos esfuerzos y por los ataques reiterados sin cesar, hubiera tenido que retirarse; pero la batalla se hubiera perdido siempre con honor.

Después de la batalla de Waterloo, la influencia de Lord Wellington se aumentó naturalmente;

se adelantaba sobre París con un ejército victorioso, y aunque Blücher no le estaba materialmente subordinado, ejercía sin embargo mucho ascendiente sobre el generalísimo prusiano. Cuando se aproximó á París, todo el partido revolucionario, teniendo á su cabeza á Fouché, recurrió á Lord Wellington, y fue considerado como el árbitro supremo, cuya decision debía influir sobre los destinos de los partidos en Francia. Fouché negoció con mucha actividad con Lord Wellington acerca de la ocupacion de París; y en una conversacion con Luis XVIII, le indicó el noble Lord, que el Ministerio Talleyrand y Fouché era el único que podia realizar la union de los realistas y de los amantes de la libertad. La combinacion de Lord Wellington quedó pronto destruida, y la influencia personal del Emperador Alejandro substituyó á la acción íntima y continua de Lord Castlereagh y de la Inglaterra: el Duque de Richelieu sucedió á Mr. de Talleyrand.

Los acontecimientos que siguieron son demasiado conocidos de todos para que sea preciso detenernos mucho en ellos. Digamos solo en elogio del Duque de Wellington, que despues de la capitulacion de París se opuso con todo su poder

á las brutalidades de Blucher; especie de vándalo que no pensaba más que en fuego y sangre. Nombrado jeneralísimo del ejército de ocupacion, y residiendo como tal en París, dejó escapar el Duque una hermosa ocasion de ser grande: el mariscal Ney, á quien se juzgaba, se dirigió á él invocando el art. 12 de la Capitulacion de París, y la misma mariscalía imploró su apoyo. Lord Wellington contestó que el art. 12, como todos los demas, era solo relativo á la cuestion militar; que su objeto era garantizar las personas designadas en él de las tropas aliadas solamente, pero que no era ni podia ser el de prejulgar en manera alguna la posicion de aquellas mismas personas con respecto al Gobierno actualmente existente, ó al que debia ser llamado á sucederle. No hay duda que este argumento puede sostenerse, y el caracter bien conocido del Duque de Wellington no permite dudar que lo hiciera de buena fe; pero cuánto mas bello hubiera sido para él, que era entonces omnipotente, desafiar la cólera de Castlereagh, y decir á Luis XVIII: «Tomo á este hombre bajo mi salvaguardia; nos hemos visto muchas veces sobre el campo de batalla, y recientemente aun desafié con intrepidez

el fuego de mis soldados; es un héroe: no quiero que muera de la muerte de los traidores.» Ney se hubiera salvado, y la Europa entera hubiera elojado á Lord Wellington. El ilustre inglés no lo alcanzó; su razon fria y seca se presta poco á las inspiraciones espontáneamente generosas; sus qualidades son negativas. No hace lo que es malo; y cuando hace el bien, es siempre dentro de los estrictos límites del deber. ¿Cómo explicar sin embargo este otro hecho que pesará sobre su memoria? Lord Wellington es considerado con razon, pues jamás lo ha desmentido, como el principal autor del duro cautiverio de Napoleon; se dice que él mismo designó el horrible peñasco de Santa Elena. A su vez el grande Emperador en el lecho de muerte, próximo á comparecer delante de Dios, desciende hasta escribir en su testamento el nombre del individuo que en 1818 habia intentado asesinar á su enemigo. (*) No sé qual de estos dos hechos es mas triste. Al citarlos me he acordado del testamento de Luis XVI

(*) Un fanático bonapartista le disparó un pistoletazo yendo en su coche, pero Lord Wellington no fue herido. Esto sucedía en el momento mismo en que el Duque abogaba porque se disminuyese el ejército de ocupacion.

perdonando á sus jueces, y del *Príncipe negro* sirviendo él mismo á la mesa á un Rey vencido.

Después de la evacuación del territorio francés y del tratado de Aix-la-Chapelle, Lord Wellington volvió á Londres, colmado de honores, y poseyendo una fortuna inmensa. Entonces principió su carrera política; llamado á tomar asiento en la Cámara de los Lores, aceptó el empleo de Gran Maestro de la artillería, durante el Ministerio de Lord Liverpool. Al ascender Canning al Ministerio, fue enviado al Congreso de Verona, donde luchó cuanto pudo contra la intervención de la Francia en España. «En vano se acariciaba, dice M. de Chateaubriand (*), al sucesor de Marlborough para separarle de la política de su país. Era tiempo perdido. Su Gracia, para librarse del fastidio que le causábamos, buscaba en Verona alguna de los *Ursinos* que pudiera escribir al margen de nuestros despachos interceptados: *para casada, que...*»

Habiendo muerto en 1827 el Duque de York, hermano del Rey, Lord Wellington le reemplazó en la dignidad de Comandante en jefe de los ejércitos ingleses; y poco después principió á columbrarse en la Cámara de los Lores su oposi-

(*) Congreso de Veroni, T. I, pág. 116.

cion contra las tendencias liberales de Canning. Después de la muerte de este último, el débil Ministerio de Lord Goderich, no pudo impedir por mucho tiempo la entrada de los tony's en el poder, y en Enero de 1828 fue nombrado el Duque de Wellington primer Lord de la Tesorería. Sir Roberto Peel fue el orador y el representante de aquel Gabinete en la Cámara de los Comunes. Tory de nacimiento y de corazón, pero tory ilustrado; Lord Wellington consiguió á fuerza de franqueza, dar cierta popularidad á su Ministerio. Arrastrado por el imperio de las ideas, cedía sin disimular sus repulsiones, y sin fingir simpatías que no tenía; pero cedía. Así fue como apoyó el bill de emancipacion, declarándole perjudicial. Así fue como calificó la victoria de Navarino de suceso funesto (*untoward event*). La revolucion de Julio fue un golpe que le conmovió fuertemente, pero no procuró evitarlo. Cuando en 1830 se presentó el bill de reforma, Lord Wellington declaró que combatiría fuertemente todo proyecto de reforma, y á la primera ocasion se apresuró á ceder el puesto al Ministerio Whig de Lord Grey. En 1832 volvió á aparecer un momento en el Ministerio bajo la presidencia de Peel, y se retiró casi al instante.

A pesar de las muchas enfermedades que le aquejan, el viejo soldado no ha dejado de tomar una parte activa en los negocios de su país. Ha hablado en las cuestiones más importantes, siempre con la gravedad y fría razón que le caracterizan.

Hay sin embargo en la conducta del Duque, en los momentos en que escribimos, una contradicción tan manifiesta en sus opiniones como político y su sentimiento del deber militar, que solo puede explicarse por el maquiavelismo del Gobierno inglés, que sean cualesquiera y de cualquiera de los dos partidos que allí se disputan el poder los que lo ocupen, atiendan solo á los intereses de su país. Verificada en España la sublevación de Setiembre de 1840, que arrojó del Trono á la Reina Cristina, y confió la Rejencia del Reino al General Espartero, volvieron en Inglaterra los torys al poder, y el Duque de Wellington á formar parte de aquel Gobierno. A pesar de las tristes consecuencias de tan incalificable trastorno, que no puede justificar la política; que la honradez rechazará siempre, el Gobierno inglés, del cual es parte Lord Wellington, no solo ha aplaudido aquel trastorno, no

solo ha dado distinguidas muestras de aprecio á su jefe y promovedores; sino que por boca de Sir Roberto Peel ha manifestado en pleno Parlamento que el Gobierno establecido en España despues de la revolucion de Setiembre, era el mejor que habia habido desde la muerte del difunto Rey. Solo, como hemos dicho antes, pueden explicarse por los intereses materiales de la Gran Bretaña; los elogios hechos de la revolucion y de los revolucionarios por el Gobierno tory. Solo asi puede concebirse que un Gabinete en que deben tener alguna influencia los nobles sentimientos de lealtad, y los ríjidos principios de la disciplina militar del Duque, apruebe, elojie y patrocine la deslealtad y la insubordinación. Tal vez cuando vea que no consigue el objeto que á tal contradicción le indujo, vuelva á la observancia de sus principios; pero ni esto borrará su inconsecuencia, ni le librá de la nota de tory ultra revolucionario.

El estado de miseria á que se hallan reducidas en Inglaterra las clases manufactureras; por efecto del impulso dado á la maquinaria y á la fabricacion, y de la falta de suficiente salida para los jéneros, han dado lugar á tumultos y escandalosas escenas promovidas por los operarios pi-

diendo pan y aumento de trabajo. El Gobierno se ha visto precisado á adoptar medidas enérgicas de represion, y á emplear la fuerza armada. El Duque de Wellington ha sido nombrado por la Reina, á pesar de su avanzada edad, Comandante general de todas las tropas de Inglaterra. Seguros estamos que cualesquiera que fuesen los compromisos en que pudieran ponerle las circunstancias y su elevado encargo, jamás faltará á la obediencia como súbdito, á su deber como caballero, ni á su obligacion como militar.

Muchos biógrafos ponen en boca de Madame de Stael que Lord Wellington es un *hombre limitado*. No sé de donde han podido sacarlo, y sospecho mucho que es invencion del primer autor del descubrimiento; además de que las palabras no estan acordes con la opinion de cuantos han visto á Lord Wellington en París, y el entusiasmo bien conocido de Madame de Stael; hace un singular juego con ciertas páginas refulgentes de las *consideraciones sobre la revolucion francesa*, en que se ensalza el noble Duque mucho mas allá de sus méritos. Es evidente que Lord Wellington no es un águila en política, que tal vez sabe mandar mejor un ejército que gobernar una nacion;

pero es también indisputable; que aun así ha desplegado ciertas cualidades de firmeza, de actividad y de elevación que le son propias. Lo que en la guerra, lo mismo que en los negocios, ha formado principalmente la preponderancia de Lord Wellington, es una seguridad imperturbable que no es una fanfarronada, pero que mas bien tiene origen en una especie de fatalismo instintivo; del cual se burlaba Napoleon, al paso que en el fondo lo profesaba por lo menos tanto como César. De ningun modo puedo explicar mejor mi pensamiento sobre este punto, que refiriendo el gracioso dicho de un francés colocado en alto puesto, un dia de gran recibimiento en la embajada de Inglaterra, señalando á Lord Wellington: «veis al Duque; decia; luchando denodadamente contra su gota, y esforzándose con su vestido dorado de guardian de los cinco puertos en tomar una postura de Hércules, como lo ha representado Chantrey, en Hyde-Park» pues bien, este personaje tiene tal confianza en su estrella, que si hace seis meses le hubiese dicho alguno: la Reina os espera en Westminster para casarse con vos y con vuestros 72 años, al momento hubiera marchado, ajustándose su cinturón, como un hombre que

va á hacer la cosa mas sencilla y natural del mundo.»

En resúmen, cuando el Duque de Wellington haya muerto, la Inglaterra echará de menos su mayor capacidad militar desde Malborough; y sino pierde en él un gran jénio político, perderá seguramente un gran carácter.







MI. PETERS.

Personages celebres del Siglo

M. THIERS.

Mr. Thiers, no ha sido medido, al nacer, en la falda de una Duquesa.. Medita sin esfuerzos, produce sin agotarse, anda sin cansarse, y es el viajero de ideas mas rápido que conozco.

CORMENIN. — Oradores parlamentarios.

Entrese en la Cámara un dia de gran debate parlamentario, échese una visual á la estrecha jaula, adornada de mármol, que sirve de tribuna, y véase ajitarse en ella á aquel hombre pequeño, que solo descubre la cabeza: tan exigua es su estatura. Aquella cabeza está adornada con un rostro suficientemente feo, un poco jesticulante, pero viva, movible, espresiva, orijinal, y como suspendida á un enorme par de anteojos.

Mientras nuestros *honorables* acaban su murmullo á guisa de estudiantes, examínese el contorno caprichoso de aquellos labios delgados y encojidos como los de Voltaire, por los cuales anda paseándose de continuo la sonrisa mas sutil, mas sarcástica é inquisitorial del mundo.

Por último, se restablece el silencio; el orador va á hablar: escuchese, ó mas bien, si la organización del oyente es un poco delicada y musical, principie por taparse los oidos, y vaya abriéndolos poco á poco, pues la voz que va á escuchar es una de aquellas voces agudas, chillonas, estridentes, que pasmarian á Lablache y harian tiritar á Rubini. Es cierta cosa dudosa, anormal, anfibia, que no es masculina ni femenina, sino mas bien del jénero neutro; y el todo está fuertemente polvoreado con un acento provincial.

Y sin embargo, aquel hombre pequeño, sin exterior, sin apariencia, sin órgano, es nada menos que Mr. Thiers, uno de los personajes mas eminentes de la época; uno de los oradores mas potentes de la Cámara. Aquel pecho débil, tiene acentos escuchados casi siempre con atención, y muchas veces aplaudidos con frenético entusiasmo;

de aquella larinje aflautada, sale una palabra clara como el cristal, rápida como el pensamiento, sustancial y recojida como la meditacion.

Si por ventura se dice ahora que este mismo Mr. Thiers, historiador célebre y periodista influyente, Ministro, Presidente del Consejo, Diputado, miembro de la Academia Francesa, grande oficial de la Legion de honor; y condecorado con todas las Ordenes del mundo; que este mismo Mr. Thiers, colmado hace cerca de diez años de todos los favores de la gloria y de la fortuna, hace apenas diez y seis que era solo un pobre hombre salido de la clase mas ínfima, sin cruz ni blanca, sin nombre, sin figura, sin protectores; sin amigos, espuesto á vejetar oscuramente en una oscura y pequeña ciudad de provincia, sin haber recibido de la naturaleza otra cosa que un gran talento y una no menor ambicion; pero nada de lo que sirve al talento, nada de lo que presta espaldas á la ambicion: si se dice todo esto, no podrá menos de confesarse que Mr. Thiers debe sin duda mucho á la fortuna, pero que tambien es hijo de sus obras; y que ha sido precisas una mirada muy segura, una fuerza de voluntad muy indomable, y una singular tenacidad para as-

cender desde tan bajo , tan alto y tan aprisa.

Mr. Thiers ha tenido furiosos detractores y encomiadores hiperbólicos; los unos le han presentado como el hombre de Estado modelo , el piloto indispensable, el Napoleon del sistema representativo; los otros como un arlequin político, un farsante gubernamental sin moral y sin fe, un Bosco de tribuna; algunos han pretendido que si Bossuet habia podido escribir un libro grande sobre las variaciones de los protestantes, se encontraria fácilmente materia para hacer uno en folio; en las variaciones políticas de Mr. Thiers.

En todo esto hay cosas ciertas y cosas falsas; pasion en favor y pasion en contra. Separar el bien del mal, la lisonja de la maledicencia; disecar y discutir la personalidad política de Mr. Thiers, es cosa demasiado grave y espinosa para que la emprendamos aqui. Esta clase de libros, que se dirijen á todos, cuyo objeto no es imponer al público una decision formulada *a priori*, sino colocarlo en situacion de formular la suya, no son ni requisitorias, ni informes, ni panegíricos, ni libelos; son pura y sencillamente biografías, sin mas mérito que su misma sencillez, diciéndolo todo y no discutiendo nada; un poco ineultas,

un poco áridas tal vez, pero imparciales y verdaderas cuanto es posible. Y la verdad tiene tambien su mérito en los tiempos que corren; un argumento encuentra siempre un argumento contrario que le rechaza; un hecho no puede negarse, y nada hay tan testarudo como un hecho.

Sentado esto, vamos á contar fiel y minuciosamente á Mr. Thiers. No le explicaremos, hágalo el que quiera ó pueda.

Luis Adolfo Thiers, nació en Marsella el 26 jerminal, año V (16 de Abril de 1797). Por parte de su madre (*) pertenece á una antigua familia de negociantes, que habia llegado á una estremada pobreza, y por la de su padre á la clase trabajadora. Si no nos engañan nuestros recuerdos el padre de Mr. Thiers era de oficio cerrajero. De todos modos este es un título mas de gloria para el Ministro.

Quando se reorganizó la universidad; el jóven Thiers, por la intercesion de algunos parientes maternos, obtuvo una beca en el Liceo imperial de Marsella, donde hizo todos sus estudios; estudios brillantes sobre todo en los últimos años, y

(1) Se dice que la familia materna de Mr. Thiers es la de donde salieron José y Andrés Chenier.

que dejó en 1815, á la edad de 18 años, para ir á seguir los cursos de la facultad de derecho de Aix. Allí habia tambien otro hijo del pueblo que acababa de salir del Liceo de Aviñon, y con quien hizo pronto Mr. Thiers estrecha amistad. Era Mr. Mignet, que se ha adquirido tambien despues una brillante reputacion de historiador y publicista, y cuyo nombre es inseparable del de Mr. Thiers; tanto á causa de una comunidad de talentos, como por la comunidad de simpatía y afecciones que se ha conservado constantemente entre los dos amigos de la escuela.

Hojeando el *Digesto* y el *Código civil*, solo lo necesario para salir bien de sus exámenes, los dos jóvenes se dedicaron con pasion al estudio de la literatura, de la filosofía, de la historia y hasta de la política; y Mr. Thiers cuya alma ardiente y ambiciosa tenia una especie de presentimiento de un brillante porvenir, (*) representaba ya en la escuela el pequeño papel de jefe de partido, voceaba, alborotaba, peroraba contra el Gobierno

(*) Hemos oido contar muchas veces sobre esto asunto la historia más ó menos auténtica de una vieja vendedora de manzanas en la puerta de la escuela de derecho, á la cual Mr. Thiers decia siempre al pasar: «Los tiempos son malos, buena vieja; tened paciencia; cuando sea Ministro

de la Restauracion, evocaba los recuerdos de la República y del Imperio, se hacia malquerer de sus profesores, detestar del comisario de policía, adorar de sus camaradas, y obtenia, contra viento y marea, el premio de elocuencia. Este último hecho, bastante gracioso, merece particular mencion.

Tratábase del elojio de Vauvenargues, señalado por la Academia de Aix, buena y tranquila Academia que, sirviéndonos de la palabra de Voltaire, ha sabido siempre, como una mujer honrada, no hacer hablar jamás de ella. Mr. Thiers se puso en la cabeza conseguir el premio y envió su manuscrito. El trabajo fue hallado eminentemente superior; por desgracia la tentativa de Mr. Thiers habia hecho ruido, su nombre fue descubierta ó adivinado de antemano; y como no habia otro concurrente que mereciese el premio, los doctos miembros del Areopago, antes que adjudicarlo al pequeño jacobino, difirieron el curso para el año siguiente. En la época fijada

vendré á buscaros en un coche de cuatro caballos para llevaros á mi palacio.» La pobre mujer afirmaba tristemente con la cabeza. No sabemos á punto fijo si el Ministro se ha acordado de las promesas del estudiante.



el manuscrito de Mr. Thiers volvió á aparecer nuevamente; pero en el intervalo habia llegado de París una produccion que eclipsaba todas las demas, y que se apresuraron á premiar, concediendo sin embargo á la obra presentada por Mr. Thiers el humilde honor de un *accessit*. Pero grande fue el chasco de los señores académicos de las Bocas del Ródano, cuando al abrir el pliego del laureado parisiense; se encontraron que el vencedor era el mismo Mr. Thiers, el cual habia tenido el maligno placer de mistificar á la digna Academia, tratando el asunto bajo un punto de vista nuevo, mandando copiar esta última composicion por una mano estraña, haciéndola viajar de Aix á París y de París á Aix, y acumulando de este modo el premio y el *accessit*.

Mr. Thiers, despues de recibido abogado y de algunos insignificantes debates en el foro de Aix, conoció que en aquella ciudad enteramente patriicia, en una época en que el nombre y la cuna tenían aun gran parte en la apreciacion de un individuo, le seria difícil salir de la oscuridad en que la suerte le habia hecho nacer.

Con esta idea se decidió á ir á probar fortuna á París en compañía de su Píladés, Mr. Mignet.

Los dos amigos llegaron á la capital ricos de talento y esperanzas, pero bastante pobres de numerario. Los primeros meses de su residencia fueron poco brillantes, si hemos de dar crédito á un escritor (*) que describe de este modo su modesto alojamiento: «Hace muchos años que subí por primera vez los innumerables escalones de una sombría casa de huéspedes situada en el fondo del sùcio y oscuro pasaje Montesquieu, en uno de los barrios mas populosos y de mas bullicio de París. Abrí con un vivo sentimiento de interés, en el cuarto cuarto, la mugrienta puerta de una pequeña habitacion que merece ser descrita: una modesta cómoda y una cama de nogal, componian todo el ajuar que completaban cortinas de tela blanca, dos sillas y una pequeña mesa negra mal sostenida por sus pies.»

Tal era el lugar ocupado por el futuro Presidente del Consejo, nada parecido por cierto á la graciosa casa de la plaza de San Jórje, donde Mr. Thiers, vuelto á la vida privada, descansa en el seno de los estudios literarios de las fatigas de la vida ministerial. De todos modos el pobre

(*) Mr. Loeve-Weimar. *Hombres de Estado de Francia y de Inglaterra.*

abogado de provincia oscuro y desconocido, no pierda su tiempo aguardando á la fortuna con los brazos cruzados. Sabe que la Diosa es caprichosa y lijera, y que es preciso cojerla al vuelo, y aun atropellarla si es necesario. En verdad sea dicho, la fortuna se mostró muy condescendiente con Mr. Thiers. Era al principio de 1823, durante el Ministerio Villèle, en medio de la restauracion; Manuel, el grande orador, acababa de ser espulsado violentamente de la Cámara, y el espulsado del dia anterior era el poder del dia. Mr. Thiers vió á la primera mirada el papel que le tocaba, á él plebeyo y ambicioso, bajo un Gobierno aristocrático, y se dirigió á Manuel, hombre del Mediodia, hombre de franqueza y de corazon, que le alargó la mano, le presentó á Mr. Laffitte, y le hizo admitir entre los redactores del *Constitutionnel*, el coloso sobre aquella época. La posicion era hermosa, y Mr. Thiers supo aprovecharla; dotado eminentemente del espíritu de polémica, se hizo notar por la verbosidad y audacia de sus artículos; y el jóven periodista tardó poco en ser introducido en las reuniones mas brillantes de la oposicion, en casa de Mr. Laffitte, de Mr. Casimiro Perier, de Mr. Flahaut, del Baron Luis,

el primer hacendista de la época, de quien llegó á ser comensal y discípulo, y hasta en casa de Mr. de Talleyrand, que como es sabido, no se franqueaba con todo el mundo, pero cuya mirada penetradora adivinó los recursos de aquella cabeza meridional.

No era esto todo; reuniendo á una portentosa facilidad de estilo una memoria sorprendente, una soltura de hablar prodijiosa, una no menor comprensión, Mr. Thiers tenia tiempo para satisfacer las exigencias de la imprenta diaria, recorrer las sociedades, hablar con frecuencia, escuchar mucho, y apropiarse en seguida con la meditacion y el estudio, el fruto de sus conversaciones con los principales actores del gran drama revolucionario. Antiguos restos de la Constituyente, de la Asamblea Legislativa, de la Convencion, del Consejo de los Quinientos, del Cuerpo Legislativo, del Tribunal, Jirondinos, de la Montaña, antiguos jenerales del Imperio, proveedores de los ejércitos revolucionarios, diplomáticos, hacendistas, hombres de pluma, hombres de espada, hombres de cabeza, hombres de brazo, á cuanto de todo esto quedaba, pasaba revista Mr. Thiers; preguntando al uno, rodeando al otro para hacerle

hablar, escuchando con el oído derecho á este, y con el izquierdo á aquel, y despues reuniendo, coordinando en su cabeza todas aquellas conversaciones interrumpidas, regresaba á su casa, se ponía de bruces sobre el *Monitor*; y añadía una página mas á la hermosa *Historia de la revolucion francesa*, que tardó poco en publicarse, y aseguró desde el momento á Mr. Thiers una de las posiciones literarias mas brillantes de la época.

El plan puramente narrativo que hemos adoptado, no nos permite desenvolver aqui todo nuestro pensamiento sobre esta obra capital. Diremos solo que el trabajo de Mr. Thiers, consagrado esclusivamente á ensalzar la gran comocion de 89, encierra bellezas de primer orden, asi en el estilo, como en los cuadros, en los estudios rentísticos y políticos, y como apreciacion de las personas y de las cosas. Para un hombre que apenas ha visto otro fuego que el del hogar doméstico, la parte militar, sobre todo, está tratada con una claridad de esposicion estratéjica, una firmeza de pincel que tiene algo de adivino; y segun los hombres competentes, los volúmenes dedicados á las campañas de Italia, son verdaderas obras maestras en su jénero. Por otra parte, tambien segun el parecer

de muchos, la obra de Mr. Thiers encierra un vicio fundamental, que procede de la movilidad misma del autor. Mr. Thiers, desde el principio, partiendo de un punto de vista puramente fatalista, pasa al través de los hombres y de las instituciones, admirando á todo el que triunfa y hasta que cae, y á toda institucion mientras subsiste y hasta que se desploma; para Mr. Thiers la culpa es siempre del vencido, la razon del vencedor. Es un sistema de completa indiferencia, es la deificacion del buen éxito.

Conducido de este modo á prestar á crímenes inútiles la disculpa de una fatalidad irresistible, al legitimar casi en nombre de la fuerza de las cosas, las espantosas carnicerías de niños, de jóvenes, de mujeres y de ancianos que, lejos de preparar la nacion para la libertad, sirvieron solo para desmoralizarla y arrojarla palpitante á los pies de un déspota; Mr. Thiers, rejuveneciendo antiguas teorías, se ha hecho jefe de escuela, y como acontece siempre, los discípulos han ido mas allá que el maestro; se han visto en consecuencia á pequeños apóstoles del terror, con barba ó sin ella, feroces por moda y no por instinto, no reparar en sus discursos en veinte mil cabezas por lo que

ellos llaman un principio; como si esa cosa vaga, oscura, abstracta, mudable, controvertible, que en política todos los partidos adoran á su antojo con el nombre de principio, equivaliese á la sangre del último gañan; de donde resulta que muchos de aquellos á quienes Mr. Thiers, siendo Ministro, ha querido probar con argumentos de una energía incontestable, que su sistema era malo, hubieran tal vez podido responderle teniendo su libro en la mano: «¿Cómo es esto, Maestro; nos fusilais? Somos vuestros discípulos, descendemos de vos en línea recta, sois nuestro principio, y nosotros somos vuestras consecuencias; lo que vos habeis puesto en hermosas pájinas, queremos nosotros ponerlo en práctica.»

Volvamos á Mr. Thiers.

Su libro hizo ruido, despertó algunos odios, muchas simpatías, y desde aquel momento se colocó al autor entre los hombres mas eminentes y mas avanzados de la oposición liberal. En aquella época fue cuando un oscuro librero aleman, llamado Schuhart, se unió á él con un jénio benéfico, y le puso en relaciones con el Baron Cotta, otro librero del lado de allá del Rin, hecho millonario y gran señor, el cual sintiendo por

Mr. Thiers un magnífico entusiasmo, le regaló una acción del *Constitucional*, valor que ha decaído un poco despues, pero que era entonces muy productivo. Poseedor Mr. Thiers del título de propietario del *Constitucional*, bajó de su cuarto piso, se hizo elegante, frecuentó el café de Tortoni, montó á caballo bien ó mal, y fue á pasear al bosque. En cuanto al pobre Schuhart dicen que se volvió á pie á morir de hambre en su país.

Pronto dejó de estar contento Mr. Thiers con la oposicion volteriana, gastada y monotoná del *Constitucional*. El órgano del viejo liberalismo le pareció un poco mohoso, necesitaba algo mas nuevo, mas jóven, mas democrático. Fundó en 1828 el *Nacional*, bajo el patronado rentístico de los principales de la izquierda, con la coloboracion de Armando Carrel, y de las cabezas mas ardientes del partido revolucionario.

Entonces principió aquella lucha ardiente, tenaz y hábil, que Mr. Thiers dirijió contra el Gobierno de la Restauracion. Combate de todos los dias, en que Mr. Thiers estuvo constantemente sobre la brecha, estrechando al Ministerio Polignac, en el inflexible círculo de la Carta, escara-

muzeándole sin cesar, echándole en cara lo que hacia y lo que dejaba de hacer, no permitiéndole ni el bien ni el mal, ni la debilidad ni la grandeza, y acuchillando de una misma plumada los hechos odiosos y los hechos nacionales, las invasiones de la Congregacion y la expedicion de Arjel.

¿Habeis visto alguna vez á un toro luchar en vano contra un tábano que se pega á sus costillas, á sus ojos, á sus orejas, á sus narizes, le aturde con sus zumbidos y le pica en mil partes? Furioso el animal, muje, espumea, se tuerce y arrolla, y no pudiendo conseguir deshacerse de su infatigable enemigo, acaba muchas veces por arrojarse de cabeza en un abismo. El Ministerio Polignac era el toro, Mr. Thiers fue el tábano, y los decretos de Julio fueron el abismo.

En la mañana del 26, todos los periodistas se reunen en las oficinas del *Nacional*; Mr. Thiers estaba en su puesto. Se redacta una protesta colectiva; Mr. Thiers es uno de los primeros en firmarla. Era un acto de valor, pues jugaban sus cabezas los firmantes. Pronto hizo el pueblo tambien su protesta en la calle, y la firmó á tiros. Mr. Thiers, despues de haber declarado que es preciso atenerse á los medios legales, se va á

meditar bajo las sombras de Montmorency, y el 29, despues de la batalla, hace su entrada en París. Ya veremos sin embargo mas adelante que Mr. Thiers tiene momentos de verdadera intrepidez. Ganada la victoria, Mr. Thiers tomó una parte activa en todas las medidas cuyo objeto era volver á levantar el edificio monárquico. El 30 de Julio por la mañana pasó á Neully, de parte de Mr. Laffitte, para instar al Duque de Orleans á que aceptase las funciones de Lugar-teniente jeneral del Reino.

Despues de establecido el Gobierno de 9 de Agosto, Mr. Thiers fue nombrado Consejero de Estado, y se le encargó el desempeñar, sin título, las funciones de Subsecretario del Ministerio de Hacienda, bajo las órdenes del Baron Luis. El primer Ministerio de Julio, formado apresuradamente de elementos incompatibles, tardó poco en disolverse. Los unos querian movimiento, los otros el *statu quo*. Los unos querian represion, los otros la propaganda; estos últimos vencieron, y Mr. Laffitte fue Presidente del Consejo. Se ha querido suponer que el Rey ofreció entonces al joven Consejero la cartera de Hacienda, que rehusó escusándose en su juventud, y no queriendo ser

Ministro antes de tiempo: el hecho necesita confirmacion. De todos modos, Mr. Thiers recibió oficialmente el título de Subsecretario de Estado, cuyas funciones desempeñaba, y soportó, siendo Ministro Mr. Laffitte, la crisis rentística mas terrible que ha experimentado la Francia desde 1830. Los cuidados de la presidencia del Consejo absorbían á Mr. Laffitte, y su jóven colega dirigia realmente aquella parte de la administracion.

Las ideas rentísticas de Mr. Thiers, como la mayor parte de sus actos, han sido juzgadas con diversidad. Un folleto sobre el sistema de Law, publicado por él durante la restauracion, anunciaba ya estudios profundos sobre la materia. Su sistema de transformar el impuesto de *repartition* en impuesto de *cotizacion*, que debia doblar casi la masa imponible, ha sido declarado por unos inmoral y peligroso, y por otros lógico, atrevido, y único capaz de subvenir á las inmensas necesidades del país.

Nombrado Mr. Thiers en la misma época Diputado por Aix, hacia sus primeros ensayos en la Cámara, donde tenia entonces un disfavor marcado y casi universal. Penetrado aun anteriormente de los recuerdos de la Convencion,

Mr. Thiers remedaba á Danton, pronunciaba frases de efecto, queria salvar la Polonia, libertar la Bélgica, pasar el Rin y democratizar el globo. Sus ideas belicosas espantaban á los tímidos, y sus discursos campanudos cansaban á todo el mundo.

El Ministerio Laffitte fue de corta duracion; la exaltacion de los espíritus, los motines, la actitud hostil de los Gabinetes extranjeros, las alarmas de la industria, las exigencias siempre en aumento de los partidos extremos, reclamaban al parecer un sistema de represion en el interior, y de conciliacion en el exterior, contrario á las ideas de la administracion del 3 de Noviembre.

Entonces se formó, en 13 de Marzo de 1831, el Ministerio Casimiro Perier, Ministerio diametralmente opuesto al precedente por sus tendencias y por sus actos. La oposicion, que se habia reunido á Mr. Laffitte, esperaba contar en sus filas á Mr. Thiers; pero su primer discurso fue un ataque virulento contra el programa de la oposicion. Tan repentina transformacion hirió profundamente á Mr. Laffitte, aflijó á la izquierda, alegró al centro, y admiró al público. Los amigos de Mr. Thiers han explicado aquel brusco cambio por consideraciones de patriotismo; han dicho que,

viendo la inminencia del peligro, Mr. Thiers habia creído de su deber sacrificar sus convicciones, sus amistades y sus simpatías, á la salud de la Francia, que creía podia solo asegurarse con el sistema Perier. De todos modos, hubo desde aquel momento entre el ex-Presidente del Gabinete de 3 de Noviembre, y el porta estandarte del Ministerio de 13 de Marzo, una marcada frialdad, que despues ha ido siempre en aumento.

Durante el curso de la sesion, el innovador Mr. Thiers no quiere ya mas innovaciones. Mr. Thiers, el propagandista y el guerrero, aborrece la guerra y la propaganda, y proclama en alta voz la necesidad de la fusion y de la paz. Cuando llega el momento de disputar la herencia de la *Patria*, conociendo el Gobierno que la institucion es atacada con demasiada viveza, la abandona. Mr. Thiers solo la defiende, y en esto se muestra mas ministerial que el Ministerio mismo. Por lo demas, el discurso pronunciado en aquella ocasion por Mr. Thiers, es en extremo notable; el orador se transformó como lo habia hecho el hombre político. Renunciando á los movimientos oratorios, y á la hinchazon de otro tiempo, Mr. Thiers tomó un estilo sencillo, vivo y rápido, que le

salió perfectamente bien: el derecho hereditario cayó, pero desde aquel momento Mr. Thiers se elevó á la altura de los primeros oradores de la Cámara, y ha sabido sostenerse en ella.

Pronto murió Casimiro Perier, rendido por las luchas de la tribuna; y el 11 de Octubre de 1832, llega por fin Mr. Thiers á ser Ministro de lo Interior bajo la presidencia del Mariscal Soult. La situacion era de las mas alarmantes; la guerra civil ardía en la Vandea, la Bélgica estaba amenazada, la irritacion reinaba por todas partes. Mr. Thiers no vaciló y dirigió al instante sus ataques hácia el Oeste, como punto mas peligroso; con el oro se encontró un triador; la Duquesa de Berry fue presa y queió estinguida la guerra civil. Obtenido este resultado, el Gobierno tentó un golpe de mano atrevido sobre Amberes, tomóse la ciudadela y quedó asegurada la independenciam de la Bélgica. Abrióse la legislatura; y el Ministerio de 11 de Octubre, fuerte con estos dos grandes hechos, obtuvo en las Cámaras una mayoría bastante notable.

Durante el intervalo, Mr. Thiers, disgustado segun dicen, de las atribuciones de policia del Ministerio de lo Interior, habia pasado al de Co-



mercio y de obras públicas. En este nuevo puesto principia por pedir á las Cámaras un crédito de 100.000,000 para la conclusion de grandes trabajos de utilidad pública. Se le concedió el crédito, la estatua de Napoleon volvió á colocarse sobre la columna, se terminó el arco de triunfo de la Estrella, las obras de la Magdalena siguieron con actividad, se erigió el palacio del Anden de Orsay, se trazaron caminos y se abrieron canales; ocupáronse millares de brazos, y la industria principió á renacer; aquella época, en concepto de muchos, es el período mas brillante de la vida pública de Mr. Thiers. Sin embargo el huracan tardó poco en volver á aparecer. A principios de 1834, la sorda fermentacion del partido republicano anunciaba una próxima explosion; para evitarla presentó el Gobierno la ley sobre las asociaciones; Mr. Thiers la sostuvo vivamente, no solo como necesidad momentánea, sino como principio permanente, de orden y de seguridad pública. Poco despues, atendiendo al estado de las cosas, y considerado Mr. Thiers como el mas activo y enérgico de los miembros del Gabinete, volvió á encargarse del Ministerio del Interior. A los pocos dias estallaba la insur-

reccion en Lyon y casi al mismo tiempo en París. Allí, mas que en 1830, espuso Mr. Thiers su persona, pues á su lado, en las barricadas de Abril, cayeron heridos por dos tiros dirigidos al Ministro, el capitan Rey y el jóven Armando de Vareilles, oidor en el Consejo de Estado. En fin fue vencida la insurreccion, y cuando llegó el momento de juzgar á los rebeldes, Mr. Thiers rechazó en el Consejo, como inoportuna y perjudicial, la intervencion de la Cámara de los Pares. Tuvo sin embargo que conformarse con el parecer de la mayoría.

Hácia aquella época fue cuando estallaron graves disensiones en el seno de la administracion de 11 de Octubre. El Mariscal Soult y Mr. Thiers habian llegado á graves personalidades; no discutian ya, disputaban. El viejo vencedor de Tolosa acabó por regalar á su jóven y testarudo colega un epíteto de cuartel, que estuvo en voga, y se retiró.

El Mariscal Gerard, nombrado para reemplazarle, hallándose á su vez en oposicion directa con Mr. Thiers sobre la cuestion de amnistía, se retiró igualmente. Mr. Thiers, no atreviéndose aun á aspirar á la presidencia, y no pudiendo en-

contrar un Presidente, adopta el partido de hacer tambien su dimision. Entonces tuvo lugar la comedia del Ministerio Bassano, que duró tres dias. Por último, el Mariscal Mortier se sacrificó, y Mr. Thiers volvió á encargarse del Ministerio de lo Interior.

Al abrirse la lejislatura de 1835, preséntase de nuevo la cuestion de amnistía: Mr. Thiers, rechaza aquella medida con mayor fuerza que nunca. Pocos dias despues representaba el primer papel en una ceremonia enteramente pacífica, siendo recibido miembro de la Academia francesa.

El Mariscal Mortier, fastidiado pronto, segun dicen, de una presidencia meramente nominal, y de los pequeños altercados interiores, renuncia sus funciones. Entonces se verifica un nuevo sainete representativo. Mr. Guizot no queriendo por Presidente á Mr. Thiers, y proponiendo á Mr. de Broglie; Mr. Thiers no queriendo á Mr. de Broglie, retirandose como Aquiles á su tienda, y acabando por aceptarle.

Llegan las fiestas de Julio: Mr. Thiers estaba al lado del Rey en el momento de la explosion de la máquina de Fieschi. Aquel deplorable suceso tuvo grandes resultados. Se convocaron las

Cámaras, se votaron por una gran mayoría las nuevas leyes, llamadas de Setiembre, restringiendo las atribuciones del jurado y las franquicias de la imprenta, y Mr. Thiers creyó de su deber el sostener todas aquellas medidas de rigor.

No tardó en envenenarse la lucha entre Mr. Thiers y Mr. Guizot: este último y Mr. Broglie se retiran, y Mr. Thiers llega por fin al Ministerio de Negocios extranjeros, y á la presidencia del Consejo. Sus amigos han dicho que aceptó aquel puesto eminente con estremada repugnancia: es lícito dudarlo. En este período de su vida política vemos á Mr. Thiers acercarse de nuevo á la izquierda, y el piloto del 22 de Febrero ensaya maniobrar entre Scila y Caribdis, es decir, entre el centro derecho y el izquierdo.

De repente se agravan los acontecimientos en España; la cuestion de intervencion se ajita en el seno del Consejo; Mr. Thiers no pedia la intervencion. Tenia la certeza de que con un auxilio indirecto se haria un gran servicio á la Reina, y se habia limitado á un sistema de cooperacion. La lejon estrangera presentaba un excelente pie, y se trataba de aumentarla. Mr. Thiers al fin habia obtenido del Rey que consintiera en

su proyecto, y eran muchos ya los que voluntariamente se enganchaban. En el momento de la ejecucion, cuando los franceses iban á pasar el Pirineo, ocurrieron los lamentables sucesos de la Granja, y el Rey tomó de ellos motivo para desistir. Mr. Thiers sostuvo que aquello podia ser una razon para diferir el envio de auxilios, pero no para negarlos enteramente, y que el Gobierno francés no debía renunciar á defender á una nacion aliada, si á pesar de los desórdenes de la Granja, se respetaba á la Reina y no se derramaba sangre.

Sabido es el respeto que alli se tuvo á la Corona y á la augusta Señora que gobernaba el Reino, y en el curso de nuestra obra tendremos lugar de hablar detenidamente de aquellos tristes acontecimientos. Es para nosotros indudable que la Francia, sea por culpa de quien quiera, dejó escapar durante la guerra civil, las ocasiones que se le presentaron de haber conservado su influencia legítima en España, evitando los trastornos que despues han sobrevenido, y perdiendo el prestigio que le hubieran dado en la nacion, el acabar con su auxilio la guerra civil, asegurar el Trono y las instituciones, y el mando de los hom-

bres cuyos principios estaban mas en armonía con los suyos, y con el sistema de gobierno de Francia.

Mr. Thiers no pudo hacer que prevaleciera su consejo, y dando muestras de independecia se retiró haciendo su dimision, que solo despues de muchas instancias le fue admitida. Todos sus colegas, menos uno, dejaron el Ministerio al mismo tiempo que él. Entonces se formó el Ministerio de 15 de Abril bajo la presidencia del Conde Molé. Durante el intervalo de la lejislatura, Mr. Thiers fue á dar un paseo artístico por Italia, fue admitido á besar la sandalia del Papa, y regresó con una provision de medallas romanas, de cofrecitos de la edad media, y de argumentos de centro izquierdo.

Pronto mujió la tempestad en torno del Ministerio Molé, y á mediados de 1838 se formó la gran Cruzada, conocida con el nombre de Coalicion. Los partidos mas opuestos, dejando á un lado sus muchos resentimientos, se reunen en un momento para el combate, sin perjuicio de disputarse la victoria. Asi fue en efecto; sucumbió el Ministerio de 15 de Abril, y durante cerca de dos meses, los doctrinarios, el centro dere-

cho, el tercer partido, el centro izquierdo, se arrebatan el cetro ministerial, intentan alianzas imposibles, y se agotan en combinaciones tan pronto abortadas como conseguidas. Mr. Thiers, jefe de fila (*) de la Coalicion, el ídolo pasajero de la imprenta de oposicion que tan mal le habia tratado en otro tiempo, no pudo formar por si mismo un Gabinete, y no quiso aceptar la presidencia del Mariscal Soult, sino con la condicion de encargarse del Ministerio de Negocios extranjeros, que su antiguo colega del 11 de Octubre no quiso concederle. Propuesto como candidato para la presidencia de la Cámara, tampoco en esto salió airoso Mr. Thiers.

Los acontecimientos del 12 de Mayo activaron la solucion de la crisis ministerial, y despues de siete años de ministerialismo, Mr. Thiers se encuentra otra vez en los bancos de la oposicion, simple Diputado como en la aurora de la revolucion, y mas inmediato á Mr. Laffitte, que lo estuvo nunca desde el advenimiento del Ministerio Casimiro Perier.

(*) Entonces fue cuando una pluma femenina de las de mas talento, pero de las mas hostiles, dió á Mr. Thiers el mote de *Mirabeau-mosca*.

El Gabinete de 12 de Mayo fue de corta duracion, y Mr. Thiers volvió á subir de nuevo al pináculo ministerial. Verdaderamente ha nacido Mr. Thiers con buena estrella. Despues de haber sacado elementos de duracion de los disturbios interiores de su pais, á pesar de la impopularidad de sus actos, merced á las dificultades exteriores llegó á ser en extremo popular; es que este personaje maneja diestramente una cuerda que vibra siempre en Francia. «No soy *liberal*, convengo en ello, decia un dia á alguno, pero soy *nacional*,» y decia la verdad. Cualquier idea brillante, feliz, cualquiera de esas ideas que despiertan en el corazon de las masas las mas ardientes simpatias, que dan nueva vida á un nombre, que impiden que se gaste, y hacen dar carta blanca á un hombre de Estado; en cualquiera parte que esta idea exista, seguro es que Mr. Thiers estará allí á propósito para husmearla, apoderarse de ella, conservarla en reserva, y realizarla con atrevimiento y oportunidad. ¿Quién ha vuelto á colocar la estatua de Napolcon sobre la columna? Mr. Thiers. ¿Quién ha acabado el Arco de triunfo de la Estrella? Mr. Thiers. ¿Quién ha dado el último golpe á las pretensiones del bonapartismo,



arreglando con su propia mano esa grande escena fantástica y patriótica intitulada: *La traslación de las cenizas del Emperador*? ¿Quién ha aprovechado las circunstancias para arrancar á la desconfianza de los partidos, una estensa é importante medida, mal presentada en otro tiempo: la fortificación de París? Mr. Thiers. ¿Quién reasume en sí mismo en el mayor grado el carácter francés con sus cualidades y defectos; vivo, atrevido, emprendedor, pronto á contestar, fecundo en recursos, proteo en caso necesario, franco, solapado, y distraído á un mismo tiempo, un poco hablador? Mr. Thiers tambien. ¿Cómo es posible que un hombre semejante no esté á la altura de todas las situaciones?

Pero el horizonte se oscurecia; los pueblos parecia que iban otra vez á descender á la arena. Sabidas son las consecuencias del tratado de 15 de Julio, cómo cayó el Ministerio de 1.º de Marzo, y en qué situacion se encargó Mr. Guizot de formar el Gabinete de 29 de Octubre. (*) Mr. Thiers tuvo en su mano el manifestar en el exterior un grande acto de enerjía, y le dejó es-

(*) Véase la biografía de Mr. Guizot.

capar. Si la Cámara hubiera sido convocada al estampido del cañon de Beyrouth, nadie puede prever cual hubiera sido su resolucíon: cuando Mr. Thiers quiso obrar, ya no era tiempo.

Mr. Thiers, vuelto á la tranquilidad de la vida privada, se ha ocupado nuevamente de sus estudios literarios, y está preparando los materiales de una historia de Florencia, y acabando la del Consulado, que el mundo literario espera con impaciencia.

La Francia, en medio de su grandeza, debia sufrir uno de aquellos golpes inesperados, que trastornan los planes mejor combinados, y esponen los reinos á grandes desastres. La repentina muerte del Duque de Orleans, acaecida el dia 13 de Julio de resultas de una caída por haberse desbocado los caballos de su carruaje en el camino de Neulli, llenó de luto á la Francia. Las Cámaras no estaban reunidas, y no habia ley alguna que fijase el órden que debia observarse en la Rejencia, en el caso de la muerte del Rey. El Gobierno convocó las Cámaras y presentó un proyecto de ley sobre el particular, y en la discusion solemne y grandiosa á que ha dado lugar en la Cámara, Mr. Thiers, á pesar de estar

en las filas de la oposicion , pronunció un magnífico discurso apoyando el proyecto del Gobierno, y dando en ello una prueba evidente de la rectitud de sus principios conservadores, en cuanto puedan tener relacion con la conservacion del órden interior de la Francia. Su notable discurso terminó con los párrafos siguientes :

« Por mi parte no veo , repito , sino la contrarevolucion detrás. Delante veo un abismo ; me quedo , pues , en el terreno en que la carta nos ha colocado. Suplico hoy á mis amigos que vengán á hacer un trabajo de hombres que saben edificar , y no un trabajo de hombres que solo saben demoler. Entiéndase que no hago aplicacion á nadie en particular. Invito á mis colegas á que hagan conmigo lo que por primera vez hace cincuenta años practica la oposicion , no alejarse de un Gobierno porque haya podido errar , sino adherirse á él , no en proporeion de sus faltas , sino de la necesidad que tiene de poseer hombres que le inspiren confianza.

« Hé aquí lo que la mas pura , la mas sincera conviccion me ha dictado. Las palabras que acabo de pronunciar me han costado mucho , y me costarán todavía al bajar de esta tribuna.

« Pero me he propuesto en todas las épocas de mi vida , y espero que cumpliré mi promesa , no humillar nunca mi razon ante ningun poder , cualquiera que sea su naturaleza y su oríjen , y marchar siempre con la frente elevada , como un hombre que hasta lo último tiene el valor de manifestar su pensamiento , por desagradable que sea.»

No ha faltado quien haya dicho que su principal objeto en obrar así, ha sido el granjearse la amistad del Rey; pero de todos modos el discurso á que nos hemos referido, hará siempre honor á su ilustracion y á su rectitud.

Tal es en resúmen la esposicion fiel é imparcial de la vida pública de Mr. Thiers. Su vida privada ha sido blanco de toda especie de malévolas insinuaciones que no repetiremos, pues como hemos dicho, escribimos biografías y no libelos. Mr. Thiers puede ser un hombre de Estado mas ó menos voluble, mas ó menos imperfecto; pero le creemos hombre de moralidad y de honor: hay cualidades tan elevadas, que escluyen necesariamente ciertos vicios de baja ley. Los gustos literarios y artísticos bien conocidos de Mr. Thiers, el carácter, sino siempre metódico, siempre ele-

vado por lo menos de sus concepciones políticas; hasta la misma incuria con que se dice cuida de sus negocios domésticos, responden suficientemente á todas las acusaciones de rapacidad y de ajiótaje que tan lijeramente le hicieron en otro tiempo.

En resúmen, Mr. Thiers como periodista, supo desde un principio colocarse en un sitio aparte entre las ilustraciones de la imprenta; como historiador, ha escrito un libro que se lee siempre con gusto, y que quedará; como Diputado, aunque desprovisto de todas las cualidades físicas tan necesarias para el orador, ha conseguido vencer á la naturaleza, se ha formado un estilo que le es propio, y se ha elevado muchas veces á la mayor elocuencia; como Ministro ha gobernado el timon en los tiempos mas tempestuosos, y vencido los escollos, no sin valor ni habilidad. Títulos son estos seguramente para obtener la consideracion pública.

Si se nos pide ahora que trazemos claramente la línea política de Mr. Thiers, contestaremos que es cosa bastante difícil por no decir imposible. No se encuentra en él, en efecto, la personalidad permanente y fuertemente pronunciada de

MM. Garnier-Pages, Guizot ó Berrier; en Mr. Thiers hombre de Estado, hay innumerables contrastes y discordancias; hay el hombre de los pueblos y el hombre de los Reyes, el redactor del Nacional y el defensor de las leyes de Setiembre, el Tribuno y el Ministro; hay en él lógica y confusión, vacilacion y audacia. cualidades del águila y del camaleon. Por lo mismo dijimos al empezar que contaríamos á Mr. Thiers, pero que no le esplicariamos.







MUHAMMIED - ALI.

Lilo de Faure

Personages celebres



MOHAMMED-ALY (*)

É

IBRAHIM-BAJA.

(PRIMERA PARTE.)

Las provincias del Imperio Otomano que hablan el árabe, hacian votos por un gran cambio, y aguardaban un hombre.

Memorias de Napoleon, expedicion de Egipto, t. I, paj. 301.

De dos siglos á esta parte, desde Soliman, el islamismo desbordado por tanto tiempo, se habia

(*) *Mehemet* es el nombre turco, y *Mohammed* el árabe. Aunque el Virey es turco de origen, como el Egipto es un pais de lengua árabe, y como la dinastia que al parecer está destinado á fundar, solo puede apoyarse en la raza árabe, por eso usamos el nombre de *Mohammed*, como lo han hecho varios autores.

replegado sobre sí mismo; la Rusia, incendiando la flota turca en el Tschesmé, iba á entrar en ese camino de usurpacion, que desde entonces no ha cesado de seguir bajo todas las formas, y el Imperio Otomano, viejo precoz, enervado por haber abusado de su fuerza, desfallecia estéril, ó principiaba mas bien su larga agonía, cuando en aquel mismo año climatérico de 1769, que hemos visto ya tan fecundo para el Occidente, en el momento mismo en que nacia en una pequeña Isla del Mediterráneo el hombre destinado á arrojar, corriendo al Egipto, el primer jérmen de vida, en una aldea ignorada de la Macedonia veia el mundo por primera vez al que habia de ser la continuacion de Bonaparte, y seguir las huellas de otros dos Macedonios, Alejandro y Ptolomeo.

Ese soldado oscuro, que desembarcó solo y desnudo hace cuarenta años en la playa de Abukir, es el que concentra en el dia sobre sí las miradas de la Europa entera; en los pliegues de su *caftan* tiene la paz ó la guerra; el mundo espera, y tal vez va á darle, una guerra encarnizada, universal, interminable.

Esta sola posicion, aunque fuese fortuita, bastaria para asegurarle en la historia una gran página.

Añádase además que para llegar á tal punto, este hombre, acaso el primer musulman hijo de sus obras, ha desplegado, él solo, mas audacia, mas astucia, mas prudencia y mas enerjía, que los mas diestros políticos de Oriente. En cuanto á disimular, esperar y obrar á tiempo; en cuanto á destruir á sus enemigos los unos por los otros; en cuanto á dirijir ó frustrar una conspiracion; en cuanto á enredar ó desenredar la embrollada trama de una intriga, ese Luis XI circuncidado, que á la edad de 46 años no sabia leer, hubiera podido dar lecciones á Pisistrato, á Filipo de Macedonia, á Fiesque, al cardenal de Retz, y á todos los grandes astutos de los antiguos y modernos tiempos. Oyendo leer un dia una traduccion de Machiavelo, exclamó: «Los turcos saben mas.» Solo él tenia derecho para decirlo. Una vez llegado al mando ha cambiado de papel, ó mas bien ha acumulado dos papeles; la zorra se ha puesto la piel del leon; ha sido conquistador, creador, administrador y organizador; en aquella vieja tierra de los Faraones, donde tres mil años hace se han ido sobreponiendo veinte pueblos unos tras otros, por capas de opresores y oprimidos, no hay ya mas que súbditos y un Señor; opre-

sores y oprimidos, todos se han sujetado á una misma mano, y esta mano de hierro les ha obligado á marchar con un paso igual, y á contribuir al mismo objeto; el Egipto entero se ha encarnado en un hombre, que ha sido el único propietario, el único agricultor, el único mercader, el único fabricante; nadie mejor que él puede decir: *El Estado soy yo*. Para aumentar y corroborar su poder, necesitaba dinero, y lo tuvo; á un suelo cultivable de 1,000 leguas cuadradas, que apenas producía con qué mantener á una población indolente, le ha arrancado hasta 320 millones de reales de renta; necesitaba marina, é improvisó una; destruida esta, creó otra mas hermosa que la primera; necesitaba ejército, y con miserables *Fellahs* (*) que los Turcos no querían emplear para palafreneros, ha formado soldados que vencen á los Turcos; ha añadido á su pequeño reino, la Nubia, la Arabia, la Siria, y ha hecho de él un Imperio como dos veces la Francia.

Con su inconcebible actividad, ha tenido tiempo y fuerzas para vijilar los mas diminutos detalles de la inmensa obra que emprendía; ha tenido necesidad de reanimar, de resucitar á un pueblo

(*) Campesinos egipcios.

á pesar suyo, de luchar sin tregua, en el interior, contra las costumbres, los usos arraigados, las repugnancias instintivas, los complots, las celadas; en el exterior, contra la mala voluntad, las intrigas ocultas y las agresiones abiertas; vijilar siempre, estar siempre en guardia, destruirlo todo con una mano y rehacerlo todo con la otra. Seguramente, si este es, valiéndonos de la espresion de Lamartine, *un aventurero*, ese aventurero se parece mucho á un grande hombre.

Felizmente para el hombre y para su obra no le han faltado los instrumentos: aquella cabeza hábil ha encontrado un brazo vigoroso, inteligente, victorioso y adicto; ese brazo que fue siempre un auxilio y jamás un obstáculo, es (cosa rara en todas partes y principalmente en Oriente) su hijo, su inmediato sucesor, Ibrahim-Bajá. Nacido con las pasiones fogosas y el intratable orgullo de un turco, Ibrahim se ha sujetado él mismo, y durante veinte años se ha formado y dulcificado en la ruda escuela de la guerra. Un francés (*), un veterano de sus ejércitos, inició

(*) El Capitan Seve, Soliman Bajá, mayor general en el día del ejército ejipto, y uno de los mas eminentes colaboradores de Mohammed-Aly.



á aquel jénio inculto en los recursos de la táctica; y en el día por su heróico valor, por su superioridad militar, por la sencillez de sus modales, por su espíritu de justicia severa pero imparcial que le caracteriza, ha sabido Ibrahim hacerse adorar de sus soldados. Cuando en un día de batalla atraviesa las filas, y con voz fuerte y sonrisa sardónica, que parece desafiar el peligro, les dice sus palabras acostumbradas: « *Jah! volete! afe- rim!* Vamos, muchachos, valor! » aquellos árabes degenerados, se levantan y marchan al enemigo como en los tiempos de Saladino.

Mas todavía: cuantos han visto de cerca á Ibrahim-Bajá convienen en que para dar muestras de su jénio político, solo le ha faltado la ocasion: la sutileza y vivacidad de su espíritu, la estension de sus conocimientos, la exactitud de sus miras, su aficion decidida por la agricultura, principal fundamento de la prosperidad del Egipto, y que tal vez Mohammed-Aly ha sacrificado en demasía á la industria; sus simpatías mucho mas pronunciadas que las de su padre por la raza árabe, á la cual ha rejenerado con un bautismo de fuego, todo hace esperar que el cetro del Bajá-Rey pasará á manos dignas de empuñarlo.

¿ Pero esta creacion , milagrosa , si se atiende á la rapidez con que ha salido de la nada , es bien sólida , es bien completa , está bien asentada ? ¿ Presenta bajo todos aspectos garantías suficientes para el porvenir ? Narradores imparciales , hemos tenido precision de beber en todas las fuentes para encontrar la verdad ; y reuniendo en esta doble biografía los principales hechos de la vida de dos hombres superiores , que no pueden separarse , hemos debido estudiar seriamente la obra fundada por el uno , y sostenida por el otro . Diremos algunas palabras sobre esta obra : hay en ella elementos de duracion , pero los hay tambien de muerte : los indicaremos con igual franqueza . No disimularemos ni nuestras antipatías hácia la tendencia opresiva y egoista de Mohammed-Aly , ni nuestra admiracion por las grandes cosas que ha hecho , ni nuestro profundo convencimiento de que estan interesados el honor y los intereses de la Francia en defender con sus armas , si preciso fuese , y ayudar con sus consejos , y hasta algunas veces con sus reconvenciones , á un Imperio naciente , unido á ella por mas de un vínculo , y donde parece haberse refugiado cuanta fuerza y vitalidad musulmana quedan en Oriente .

Mohammed-Aly nació, como hemos dicho, en 1769, en la *Cavala*, pequeña ciudad fronteriza de la Romelia, antigua Macedonia. Su padre, Ibrahim-Agá, turco de nacimiento, era jefe de la guardia encargada de la seguridad de los caminos, infestados frecuentemente por las hordas de bandidos Thesalios; sus funciones eran pues semejantes á las de un capitán de jendarmes. Ibrahim-Agá era pobre y tenía una numerosa familia, compuesta, según creemos, de diez y seis hijos, de los cuales era el más pequeño y más querido Mohammed-Aly. Cuando murió su padre, el niño, joven todavía, quedó al cuidado de su tío Tousoun-Agá, el cual fue decapitado por orden de la Puerta, de modo que Mohammed-Aly iba á quedar huérfano y sin apoyo, cuando el *Tchorbadgi*, gobernador de la Cavala, antiguo amigo de sus padres, le recibió en su casa, y le hizo educar con su hijo. Un comerciante de Marsella, establecido entonces en la Cavala, Mr. Liou, seducido por el talento y gallardía del joven Mohammed, le manifestó también un afecto paternal; y tal vez pudiera atribuirse á estos primeros recuerdos de la niñez, la constante predilección del Virey por los franceses. Mohammed después de su elevación no

se olvidó de su antiguo amigo de la Cavala, que habia regresado á Francia, pero Mr. Lion murió el mismo dia en que iba á embarcarse en Marsella. El Bajá envió á su hermana una suma de 40,000 rs. Si hemos de dar crédito á los historiográficos (*) de Mohammed-Aly, tuvo este desde su niñez un presentimiento de su futura grandeza. Háblale contado su madre, que cuando le llevaba en su seno, tuvo un sueño, que le explicaron unas jitanas, anunciándole que el niño que habia de parir, llegaria al colmo del poder. El jóven Mohammed-Aly se impresionó con aquella narracion; agolpáronse en su cabeza ideas confusas de dominacion, y á los 15 años ya buscaba con ardor la ocasion de distinguirse. Cierto dia, los habitantes de una aldea inmediata á la Cavala se negaron á pagar las contribuciones. El Tchorbadgi no sabia cómo obligarles á verificarlo. « Dadme seis hombres, le dijo Mohammed-Aly, y yo me encargo de lo demas. » Admirado el Gobernador le concedió lo que pedia; Mohammed-Aly pasó con su tropa á la aldea, entró en la mezquita, y mientras rezaba, envió á buscar á los cuatro principales

(*) *Historia del Egipto, bajo el gobierno de Mohammed-Aly, por Mr. Felix Mengin.*



habitantes bajo el pretexto de asuntos importantes. Llegaron estos sin ningun recelo, y Mohammed-Aly al punto los hizo prender y amarrar, y los condujo á la Cavala por entre los clamores y persecuciones de la poblacion, á la cual contuvo, amenazando matar á los presos. Este acto de atrevimiento, que proporcionó el cobro del impuesto, gustó tanto al Tchorbadgi, que manifestó su agradecimiento á Mohammed-Aly, haciendo que se casara con una parienta suya, bastante rica, y de quien acababa de divorciarse; Mohammed-Aly tuvo de ella tres hijos, Ibrahim, Toussoun é Ismail. El primero, Ibrahim, nació en 1789, viviendo aun el primer marido de su madre, y esto es lo que ha hecho creer á muchos que solo era hijo adoptivo de Mohammed-Aly. Despues de su casamiento, teniendo el jóven Romeliota aficion al comercio, se dedicó al tráfico del tabaco; hizo buenos negocios, y ha conservado siempre esa propension mercantil que dá á su fisonomía histórica un carácter particular.

El ejército francés ocupaba el Egipto, y la Puerta se armaba por todas partes; el Tchorbadgi de la Cavala recibió orden de dar su contingente, y formó un cuerpo de 300 hombres, mandado por

el jóven Aly-Agá, su hijo, al cual agregó, como una especie de Mentor, á Mohammed-Aly. Los voluntarios macedonios tuvieron muchas dificultades para reunirse á la flota turca que les esperaba en la rada de Marmarizza; por último se dirijieron á Ejipto; los Turcos se reunieron en el mar á la escuadra inglesa; se aproximaron á Abukir, y Mohammed-Aly, desde su primer paso en aquella tierra, que ya no habia de dejar, tuvo que sostener un rudo choque con el general Friant, que intentó, aunque en vano, oponerse al desembarco. Fue la accion tan reñida, que disgustado de su nuevo oficio el jóven Aly-Agá, desapareció de repente, y regresó donde estaba su padre, dejando el mando de aquella jente á Mohammed-Aly, que tomó el título de *byn-bachi*, coronel.

Sabido es cómo dieron lugar á la capitulacion de Alejandría y á la evacuacion del Ejipto, el asesinato de Kléber, el abandono de la Francia, y la incapacidad de Menou. Antes de pasar adelante, y para apreciar mejor la marcha que siguió Mohammed-Aly, conviene echar una ojeada sobre el estado del pais despues de la salida de las tropas francesas.

Nadie ignora que Selim II, al apoderarse en

1512 del Egipto, independiente hasta entonces de los Otomanos , dejó subsistir la aristocracia de los veinte y cuatro beyes mamelucos (*); que aquella aristocracia duró hasta la expedicion francesa , y que de consiguiente, la Puerta nunca ha ejercido sobre el Egipto mas que una autoridad nominal, representada por un Bajá sin poder , insultado, arrojado , depuesto y reemplazado segun se queria.

Aquellos Mamelucos, tiranos feudales, reyes á caballo , milicia brillante y guerrera que vivia y moria estraña al pais que oprimia, fueron diezmados por Bonaparte, y arrojados hasta el desierto. Despues de la salida de los franceses, volvieron mas débiles , pero no con menos sed de recobrar su poder. De los dos jefes que los dirijian al combate, el mas valiente, Murad-Bey, su Áquiles, aquel enemigo leal que admiró á Napoleon , y lloró á Kléber , acababa de morir en la provincia de Girgeh , legando su poder á dos beyes de su familia (**), Mohammed-el-Elfy, y Osman Bardissy.

(*) *Mamluk*, significa *hombre comprado*. Aquel cuerpo se reclutaba esclusivamente entre los jóvenes esclavos Circasianos y Georgianos, á quienes educaban sus señores y á los cuales trasmitian su poder.

(**) Cada uno de los veinte y cuatro beyes tenia bajo sus órdenes un mayor ó menor número de Musulmanes que formaban su servidumbre; los que mas se distingulan eran

Quedaba Ibrahim-Bey, el Fábulo *cunctator* de los Mamelucos; pero Ibrahim era viejo, sus fogosos compañeros se avenían mal con aquella prudencia, mas circunspecta cada día con la edad, la influencia de aquel jefe era casi nula, y todo el cuerpo estaba en completa anarquía. Tratábase sin embargo de luchar contra la Puerta, que se preparaba á aprovecharse de la retirada de las tropas francesas para recuperar, de una vez para siempre, el centro arrancado de sus manos; habia principiado por prohibir la importacion en Egipto de los Circasianos ó Georgianos, y de este modo habia dado un gran golpe á aquella milicia enemiga, impidiendo que reparase sus pérdidas; despues habia enviado á Egipto al Gran Visir encargado de instalar al nuevo Bajá, y de sostenerlo con el auxilio de las partidas levantadas en todos los puntos del Imperio, y principalmente con el de un cuerpo de 4,000 Albaneses, soldadesca indisciplinada, dispuesta siempre á sublevarse. El Almirante turco, antes de abandonar el Egipto, habia principiado

ascendidos á la dignidad de *Kachefs*, lugar-tenientes, ó beyes. Al tiempo de morir, el jefe nombraba con frecuencia su sucesor, que era entonces propietario de toda su servidumbre. Hay mucha relacion entre un bey Mameluco y un jefe Germano rodeado de sus deudos.

las hostilidades, llamando á la traicion en su ayuda; habia convidado á los Mamelucos á una fiesta sobre el lago de Abukir, y les habia hecho fusilar en una barca. Mohammed-Bey-el-Elfy se habia refugiado á Inglaterra; Osmar Bey Bardissy se habia defendido como un leon, y se preparaba para vengarse de aquella celada. El nuevo Bajá Mohammed-Kosrew, acababa de ser instalado en el Cairo; los Albaneses principiaban á amotinarse pidiendo su salario; los habitantes, vejados y saqueados, se alborotaban alrededor de la mezquita de El-Azali (*). Por todas partes reinaba la agitacion, y entretanto el oscuro byn-bachi Mohammed-Aly, á quien hemos dejado á la cabeza de sus 300 Romeliotas, se reia interiormente y no se proponia nada menos que deshacerse de los Turcos con el auxilio de los Mamelucos, de estos con la ayuda de los Albaneses, para diezmar al fin á los Albaneses, y pasar de la nada al estado de dueño absoluto.

Habia principiado por estar bien con el Bajá, que le profesaba grande amistad, le habia nombrado *saré-chesmé* (jeneral) y agregado á su corte, ele-

(*) Sitio en donde se formaban comunmente en el Cairo las reuniones populares y las sediciones.

vándolo al empleo de confianza de *tufendji-bachi* (porta-carabina). La sedicion sin embargo seguia adelante, y Mohammed-Aly no era estraño á ella. Los Albaneses se apoderaron de la ciudadela; Mohammed-Kosrew llegó á Damietta con sus tropas; un jefe de los amotinados, Taher-Bajá, quiere aprovecharse de la ocasion para usurpar el poder, y es asesinado por dos *byn-bachis* turcos; un nuevo jefe, Ahmed-Bajá, intenta hacerse nombrar gobernador, y Mohammed-Aly se niega á reconocerle. Los Mamelucos se aproximan al Cairo, Mohammed-Aly se une á ellos en Gyzeh y les entrega la ciudad. En el intervalo Mohammed-Kosrew, creyendo apaciguada la sedicion, se prepara á volver á su puesto; encuentra en el camino á 10,000 Albaneses y Mamelucos con su fiel Tufendji-Bachi que le ataca, le dispersa, le encierra en Damietta, le sitia, le prende y le vuelve á llevar prisionero al Cairo, y finalmente le echa del Egipto. (*)

Al saber la Puerta aquellos sucesos, fiel siempre á su respeto por los hechos consumados, se ha-

(*) Este mismo Kosrew, luego Scrasquier en Constantinopla, primer ministro de la Puerta Otomana despues de la muerte de Mahmoud, y recientemente destituido, es el

bia contentado con enviar de Constantinopla un nuevo Bajá, Aly-Gezairly, que acababa de desembarcar en Alejandría, llevando consigo 1,000 hombres de tropa. Este Bajá se dirigió al Cairo y envió un emisario á los Mamelucos, proponiéndoles tratar con ellos: pero sabiendo estos que el Bajá trataba por bajo mano de desunirlos y separarlos de los Albaneses, marcharon contra él. Aly-Bajá-Gezairly tuvo la imprudencia de separarse de sus tropas, y de ir solo á la tienda de Osman-Bey-Bardissy, que le hizo matar.

Desde aquel momento parecia que los Mamelucos nada tenian que temer, pues eran dueños del Cairo y del Egipto. Kosrew, el Bajá depuesto, á quien aun no habian hecho embarcar, estaba encerrado en la ciudadela; el Gobierno se hallaba en manos del anciano Ibrahim-bey y de Bardissy. A este último, jóven activo é influyente, le hubiera sido fácil apoderarse del poder y conservarlo; pero era fogoso, presuntuoso, distraido y tenia á su lado un amigo íntimo, cuya influencia experimentaba y que se preparaba tranquilamente que siempre se ha mostrado encarnizado enemigo del Virey, al cual jamas ha perdonado que se hubiese burlado de él de aquel modo, y héchole servir de escalon para su elevacion.

para derribarlo. Este amigo era el mismo que le habia abierto las puertas del Cairo, era Mohammed-Aly. El ambicioso Macedonio, aunque no habia leído todavia á Maquiavelo, sabia de memoria el adajio: «desde el momento en que los que gobiernan son odiados, sus adversarios no tardarán en ser admirados» y obraba en consecuencia; primeramente fomentaba los celos de Bardissy contra el Elfy, otro jefe Mameluco que, como hemos dicho, pasó á Inglaterra, y que acababa de volver á Egipto con brillantes promesas del Gabinete de Londres: nuevo pretendiente, con el cual Mohammed-Aly tendrá que habérselas mas adelante. El Elfy es atacado traidoramente por Bardissy y se vé precisado á refugiarse en el alto Egipto. Al mismo tiempo murmuran los Albaneses y se sublevan pidiendo ocho meses de sueldo; Bardissy agoviado sigue las inspiraciones de su amigo, el cual le manifiesta que sin dinero no responde ya de sus soldados, y entonces llovieron impuestos y contribuciones sobre aquel desgraciado pais, agotado por eternas guerras. Cada dia era señalado por un nuevo vejámen; nadie se libraba de la rapacidad del fisco; nadie, ni aun los mismos francos, á pesar de las enérgicas representaciones

de sus cónsules, que abandonaron el Cairo y se retiraron á Alejandría. Al fin, el pueblo indignado se sublevó, llenóse la mezquita de El-Azahr, pasó allí solo el solapado Mohammed-Aly, se avisó con los Ulemas y los Cheiks, les dirigió palabras de consuelo, se indignó de las medidas opresoras de Bardissy, les prometió hacer uso de su influencia en defensa de sus derechos, y cuando estuvo bien seguro de haberse captado su afecto, se decidió á quitarse la máscara. El 12 de Marzo de 1804 convocó sus Albaneses, y cercó de improviso la casa de Bardissy, despues de haber sobornado de antemano á la mitad de los soldados que la defendian. Sorprendido el jefe mameluco se escapó en medio del tiroteo, y abandonó el Cairo para no volver mas; Ibrahim, su colega, atacado por otro lado, huía igualmente; y la ciudad quedó en poder de Mohammed-Aly y de sus tropas. El mercader de tabaco de la Cavala habia andado ya mucho camino, el poder estaba á su alcance, la ocasion era seductora, pero conocia demasiado su situacion para dejarse arrastrar irreflexivamente. En verdad los Turcos no eran ya temibles, y los Mamelucos estaban dispersos, pero estos dos enemigos podian reunirse

para acabar con él; además su popularidad era aun muy reciente, y no era fácil dirigir á los Albaneses. Había entre ellos jefes ambiciosos que hubieran visto con disgusto su repentina elevacion; estos jefes eran todavía demasiado temibles para que se les pudiera alejar; en una palabra, no habia llegado aun el momento. Mohammed-Aly diferió sus proyectos; fingió querer volver el vireinato á su antiguo protector Kousrew, prisionero en la ciudadela; los jefes Albaneses se opusieron, y Mohammed-Aly cedió sin hacerse de rogar mucho. Kousrew fue conducido á Rosetta y embarcado para Constantinopla. Se hizo creer á los Cheiks que se habia recibido de la Puerta un firman que elevaba á la dignidad de Virey á Kourschyd-Bajá, Gobernador de Alejandría, personaje débil, indeciso, incapaz de hacer frente á las dificultades del momento, y que por lo mismo convenia muchísimo á Mohammed-Aly.

El Divan de Constantinopla, como de costumbre, aprobó aquel nombramiento. Kourschyd-Bajá llegó al Cairo; su posicion era insostenible, pues tenia que principiar sujetando á los Mamelucos, que reunidos alrededor de la ciudad, interceptaban las comunicaciones, echaban á pique los



barcos cargados de comestibles , atormentaban con el hambre á la poblacion , é intentaban cada dia nuevos ataques ; el Virey no tenia mas apoyo contra ellos que Mohammed-Aly y sus Albaneses , y aquella soldadesca desenfrenada se amotinaba á cada triunfo que obtenia , y con sus exigencias le obligaba á hacerse odioso, estrujando á los habitantes Informada la Puerta de sus conflictos, le envió un cuerpo de caballeria *Delhis* (*) para ayudarle á mantener el órden ; Mohammed-Aly que estaba entonces sitiando á los Mamelucos en Minieh , al saber la llegada de aquellas tropas, y desconfiando de las intenciones del Virey, abandonó el sitio y volvió repentinamente al Cairo con su ejército; Kourschid Bajá mandó á los *Delhis* que le cerraran el paso , pero Mohammed-Aly hábil en el arte de persuadir á los soldados , entró en razonamientos con ellos, les indicó que sus intereses eran comunes y que solo iba á reclamar las pagas de sus Albaneses ; ganó á los jefes con regalos y á los soldados con promesas ; en una palabra , las dos fuerzas fraternizaron , *Delhis* y Albaneses entraron juntos en el Cairo , y las sediciones volvieron á empezar de nuevo mas vivas

(*) Voluntarios Sirios.

y frecuentes que nunca. Se necesitaba dinero, y no habia dinero; la percepcion del impuesto en las campiñas, desoladas por los Mamelucos y por nubes de Arabes del Desierto, se habia hecho imposible: la administracion estaba completamente paralizada, los soldados saqueaban las casas y se entregaban á toda clase de excesos. Mohammed-Aly, fiel á su sistema cauteloso, daba por bajo mano rienda suelta á sus Albaneses: fingiendo contenerles, hacia que ellos le arrestasen, les calmaba, les arrojaba oro y les volvia á enviar al Bajá. Sabiendo apreciar el poder moral del clero en un pais donde las ideas religiosas estan en toda su fuerza, se mostraba ríjido observante de los preceptos del Corau, visitaba á los Cheiks y á los Ulemas, se compadecía de la miseria del pueblo, y aumentaba cada dia su influencia. La Puerta, sabiendo sus manejos y descubriendo en él un hombre que podia llegar á ser peligroso, le habia dirigido un firman en el que, colmándole de elogios, le invitaba á él y á los demas jefes Albaneses á regresar á sus hogares. «¿Podreis negaros, decia el patético firman, á regresar al seno de vuestras familias que os tienden los brazos?» Mohammed-Aly, por sondear la opinion,

finje que obedece, vende su casa y hace sus preparativos de marcha; las tropas se insurreccionan, el pueblo se conmueve, Mohammed satisfecho aplaca la sedicion y se queda; por último, despues de muchas semanas de continuos disturbios, en una última insurreccion, se reunen los Cheiks, y precedidos de Seyd-Omar-Makram, jefe de los Scheriffs (*), adicto desde mucho tiempo á Mohammed-Aly, se dirijen á la casa de este y le declaran que no quieren ser gobernados ya mas por Kourschyd-Bajá y que estan resueltos á deponerle. — «¿Y á quién quereis confiar su autoridad? les preguntó Mohammed-Aly. — A vos mismo, porque sabemos que quereis el bien.» Mohammed-Aly rehusó modestamente, los Cheiks insistieron, él cedió, le revistieron con una pelliza de honor y le pasearon á caballo por toda la ciudad en medio de las aclamaciones del pueblo. Furioso Kourschyd-Bajá al saberlo, declara que es Virey por el Sultan y que no consentirá en ser destituido por Fellahs; consigue reunir 1,500 hombres de tropas decididas, se encierra en la ciudadela y principia á bombardear la ciudad. La situacion de Mohammed-Aly se hacia peligrosa; los Mamelucos,

(*). La primera autoridad religiosa del Cairo.

sabedores de los sucesos, se habian aproximado al Cairo y proponian á Kourschyd-Bajá el reunirse contra el enemigo comun. Dos jefes albaneses influyentes negaban su adhesion, era preciso no perder tiempo; Mohammed fuerte con la decision de los Cheiks y de una parte de los Albaneses, subleva al pueblo y le conduce armado alrededor de la ciudadela; al mismo tiempo hace que el Consejo de los Cheiks despache un correo á Constantinopla, reclamando el asentimiento de la Puerta á los votos del Egipto. Pronto rompió un fuego muy vivo por ambos lados; de repente los artilleros de Mohammed-Aly se paran, abandonan sus piezas, y declaran que no maniobrarán sin que antes se les haya pagado su sueldo; la situacion era apremiante; el nuevo Bajá con sus numerosas prodigalidades de los dias anteriores habia agotado completamente sus recursos; en su apuro se decidió á dirigirse á un comerciante francés establecido en el Cairo, que le prestó 10 bolsas (10,000 rs.) Esta cantidad sirvió para apaciguar á los amotinados, y pudo continuar el sitio de la ciudadela. Aquel pequeño servicio hecho en un momento tan decisivo, no ha dejado tal vez de tener influencia en la elevacion de Mohammed-

Aly. (*) Por fin el 9 de Julio de 1805, llegó de Constantinopla un *Captdjy-bachy* (oficial encargado de los firmanes de la Puerta), y puso término á la lucha. Acompañábale el *Selikdar* del Gran Visir, encargado de tomar un conocimiento exacto del estado de los negocios. Leyéronse en presencia de los Cheiks reunidos los despachos, en los cuales se conferia á Mohammed-Aly el título de Gobernador del Egipto, del cual estaba ya en posesion por la voluntad de los Ulemas y del pueblo; y se mandaba á Kourschid-Bajá que abandonase la ciudadela y pasase á Alejandria á esperar las órdenes del Sultan.

La Puerta, á pesar de esta formal manifestacion, distaba mucho de ser favorable á Mohammed-Aly. En efecto, pronto llegó á Abukir el *Capitan-Bajá* con una escuadra y 2.000 hombres de tropa. Envió al Cairo un nuevo firman, en cuya virtud Mohammed-Aly estaba autorizado para gobernar

(*) El venturoso acreedor de Mohammed-Aly, en aquella circunstancia, es el mismo Mc. Mengin, de cuyo libro he sacado una parte de este relato. Parece que la Francia haya sido llamada á presidir á los destinos del Virey. Un francés protege su infancia, un francés le ayuda á apoderarse del poder, franceses son los que le han ayudado á consolidar ese mismo poder, y tal vez será deudor á la Francia de poderlo trasmitir á sus hijos.

el Egipto hasta que recibiese nuevas órdenes. Desde entonces todo fue disputable; los Ingleses, que veían de mal ojo plantearse una autoridad vigorosa en una tierra que codiciaban, intrigaban en Constantinopla, pintando con los mas negros colores al nuevo gobernador, y abogando con calor por el restablecimiento de los Mamelucos, que prometían ser en adelante los súbditos mas fieles de la Puerta; los Ingleses hasta llegaban á amenazarla con una invasion, que en efecto realizaron para vergüenza suya, como veremos mas adelante. Esta mala voluntad de los Ingleses contra un Bajá cuyo nombramiento debia haberles sido indiferente en el fondo, se concibe fácilmente: el Bey Mameluco el Elfy, á su salida de Lóndres, les habia prometido entregarles los puntos del Egipto en el caso de que le ayudasen á recobrar su poder. Las intrigas dirigidas contra Mohammed-Aly tuvieron un éxito completo en la Puerta, á pesar de los esfuerzos del cónsul francés en Alejandría, Mr. Drovetti, que defendió con calor á Mohammed-Aly ante el Capitan-Bajá, y principió desde entonces las relaciones de buenos procederes que han unido siempre á la Francia y al Virey. El 1.º de agosto llegó un nuevo Almirante Turco con 3,000 hombres de



tropa, y un tercer firman nombrando á Mohammed-Aly Bajá de Salónica y mandándole abandonar el Egipto sin dilacion.

El astuto Bajá finjió obedecer, como lo tenia de costumbre; convocó los Cheiks, les anunció que iba á marchar, estos se opusieron y se apresuraron á redactar una acalorada representacion que enviaron á Constantinopla. Hizo reunir tambien á todos los jefes del ejército, compuesto en gran parte de Albaneses; les declaró que se sometia á la voluntad de la Puerta, y todos á una voz contestaron que se opondrian á su marcha. « Queréis, les dijo Mohammed-Aly, impedirme ejecutar las órdenes que he recibido, y no sois bastante fuertes para resistir si somos atacados. Vuestros soldados viven en la indisciplina, persiguen á los habitantes, y me acosan sin cesar pidiéndome su sueldo. Si quereis que permanezca entre vosotros, que sea vuestro fiel compañero de armas, como siempre lo he sido, jurad sobre el libro sagrado del Coran que no me abandonareis, y que morireis si es preciso por la causa que defendemos. » A este discurso los jefes conmovidos se levantan, juran sobre el Coran, y para hacer inviolable aquel juramento, pasan todos uno en pos de otro, por

encima de un sable tenido por ambos extremos por los dos mas ancianos. Era tan grande la influencia de Mohammed-Aly, que aquellos soldados tan codiciosos de ordinario, se imponen á sí mismos una contribucion; y entregan al Bajá 2,000 bolsas, que este empleó en ganar á su favor los miembros del Divan.

A medida que Mohammed-Aly se fortalecia en el Cairo, los Reyes Mamelucos perdian terreno para con el Capitan-Bajá. La Puerta les habia exigido 1,500 bolsas y no habian podido reunir las; Mohammed-Aly ofrece 4,000, y envia en rehenes, como garante de su promesa, á su hijo Ibrahim que acababa de hacer venir de la Cavala; mediante aquellas estipulaciones, el Capitan-Bajá se decidió por último á dejar el Egipto, y el 12 de Octubre de 1806 dió la vela para Constantinopla, llevándose consigo á un niño de 17 años, que jamás hubiera vuelto á ver á su padre, si la Puerta hubiese podido adivinar que era el futuro vencedor de Konieh y de Nezib.

«El Egipto, decia Mohammed-Aly en aquella época, está en subasta; el que dé mas dinero y el último sablazo se quedará dueño de él.» El dinero se encontró por medio de nuevos impuestos; y como

el país estaba más miserable que nunca, los Cheiks murmuraron: Mohammed-Aly se conformó en reunirse con sus antiguos amigos, hizo prender á los unos, apalea á los otros, y Seid-Omar-Makram, el principal elemento de su elevación, fue desterrado á Damietta. Faltaba dar el último sablazo. Los Mamelucos cojidos ya una vez en una celada en que perdieron 80 de los suyos, ocupaban aun todo el alto Egipto; Mohammed-Aly reunió su ejército y marchó contra ellos; pero tuvo precisión de retroceder precipitadamente para oponerse á nuevos enemigos. La Inglaterra había declarado la guerra á la Puerta y una escuadra de 25 velas acababa de presentarse delante de Alejandría; la ciudad había sido entregada por traición, y los ingleses marchaban sobre Rosetta; sabido es el fuerte golpe que llevaron delante de aquella plaza, con qué vigor les rechazó el Bajá á Alejandría y les obligó á evacuar el Egipto de tal modo, que un Bey Mameluco decía cándidamente: « que no se concebía cómo europeos habían podido dejarse vencer de aquel modo por Turcos. » Hecho esto, Mohammed-Aly volvió á los Mamelucos. Pero la Puerta estaba decidida á no dejarle un momento de descanso; hacia ya mucho tiempo que le instaba para que hi-

ciese marchar un cuerpo de tropas á la Arabia á fin de libertar las ciudades Santas , ocupadas entonces por los *Wahabys*. Estos Wahabys ó Wahabytas, son Arabes cismáticos cuyo objeto es volver el islamismo á su pureza primitiva. Toman su nombre del Cheik Mohammed-Ebn-Abd-El-Wahab, su fundador, especie de Lutero oriental, que revolvió toda la Arabia con sus predicaciones y murió en 1787.

Mohammed-Aly vacilaba en comprometerse en una expedicion que podia ser larga y difícil , antes de haberse desembarazado de sus mas peligrosos enemigos , los Mamelucos. No pudiendo vencerles por la fuerza, se determinó á acabar con ellos por la traicion. Los dos Beyes principales, Bardissy y el Elfy, acababan de morir casi simultáneamente, y aquella oligarquia militar perdía con ellos toda unidad de inspiracion; Mohammed-Aly supo sembrar hábilmente la discordia entre ellos Chahyn-Rey, sucesor de Bardissy, fue el primero á quien sedujeron las promesas del Bajá; se separó de sus colegas y fue á habitar el Cairo con toda su servidumbre. El Bajá le colmó de regalos. Otros beyes tardaron poco en seguir su ejemplo, y cuando Mohammed-Aly vió entre sus manos á un número

considerable de ellos, los destruyó de un solo golpe. El 1.º de Marzo de 1811 fue el día en que se verificó aquel sangriento drama. Habíase preparado una fiesta en honor de Toussoun, hijo segundo del Virey encargado del mando del ejército de la Arabia, y que aquel día iba á recibir la pelliza de investidura. El acompañamiento debía reunirse en el alojamiento del Bajá, en la ciudadela, para bajar desde allí y atravesar la ciudad con gran pompa. Los Mamelucos, convidados á la ceremonia, llegaron desde por la mañana vestidos con sus mas brillantes trajes, y montados en sus mas hermosos caballos. Mohammed-Aly los recibió con su acostumbrada afabilidad y principió el desfile. Abria la marcha un cuerpo de Delhis, seguian los Mamelucos, y bajaba el acompañamiento lentamente por un camino estrecho, tortuoso, abierto en la roca, y flanqueado por elevadas fortificaciones, que conducen de la ciudadela al Cairo; la puerta se abrió para los Delhis y se volvió á cerrar para los Mamelucos: al instante dió la señal un cañonazo, y Albaneses ocultos en las fortificaciones descargaron sobre ellos un diluvio de balas: en tan desesperada situacion los Mamelucos sacaron sus sables e intentaron en vano retroceder; los muer-

tos interrumpieron pronto aquel estrecho paso era tan imposible huir como pelear, y todos fueron fusilados sin compasion.

Durante aquella horrible carnicería, el Bajá, retirado en su harem, distaba mucho de la majestuosa impassibilidad con que lo ha pintado Mr. Horacio Vernet en el famoso cuadro, donde el talento del pintor ocupa el lugar de la verdad local; estaba pálido, ajitado, azorado; solo pudo calmar su inquietud la vista de las cabezas, y no desplegó los labios sino para pedir un vaso de agua.

El asesinato de los Mamelucos es una de las páginas que se quisieran poder borrar de la historia de Mohammed-Aly, y conviene sin embargo no olvidar que entre ellos y él existia una guerra oculta; pues si se dá crédito á muchos escritores, una conspiracion tramada por ellos debia estallar al siguiente dia; uno de los dos partidos debia sucumbir, y quedar el triunfo por el que tomase la iniciativa. No debe olvidarse sobre todo que estamos en Oriente, y que no es poco mérito, en un Príncipe Musulman, no haber hecho jamás deramar sangre inútilmente.

Libre así de toda inquietud en el interior, el

Bajá dirigió sus fuerzas contra los Wahabytas. Una primera campaña, bastante mal ordenada por su hijo Toussoun, y otra dirigida por él mismo, ningún resultado decisivo produjeron. La guerra se prolongaba, y al fin se resolvió el Virey á confiar el mando de las tropas á su hijo primojénito. Vamos á seguir un instante á Ibrahim-Bajá en aquella guerra del Hedjaz donde hizo sus primeras campañas; guerra difícil y peligrosa, que tuvo el honor de terminar, y en la que desplegó sobre todo una extraordinaria enerjía.

(La continuacion en la próxima entrega.)







V. G. ...

YEBARILIN - BAJA.

Lito de Faure

Personajes celebres del Si
3

MOHAMMED-ALY

E

IBRAHIM-BAJA.

(SEGUNDA PARTE.)

Ibrahim-Bajá ha nacido con el instinto y el jénio de la guerra.

MARMONT, DUQUE DE RAGUSA.--*Viaje al Oriente*, t. II, pág. 357.

« Iré tan lejos cuanto pueda hacerme entender hablando el árabe. »

Palabras de Ibrahim en el sitio de San Juan de Acre. — *Historia de la guerra de Siria*, por MM. de Cadalvene y Barrault, pág. 411.

El 3 de Setiembre de 1816 fue cuando Ibrahim salió del Cairo para irse á poner á la cabeza del ejército de la Arabia; tenia entonces 26 años,

era joven, ardiente, sediento de gloria, y habia visto la inesperada elevacion de su padre, con ese fatalismo oriental que de nada se admira, que se pone al nivel de todas las posiciones, y que daba lugar á que su hermano Toussoun contestara á las reconvenções que sobre su prodigalidad le dirigia Mohammed-Aly: « Padre mio, á vos que no habeis nacido en una clase elevada os sienta bien el ser económico; pero yo que soy el hijo de Mohammed-Aly, debo ser liberal y jeneroso.» (*) Los dos hermanos no se amaban: Toussoun, principe dulce y afable, era el favorito de su padre, é Ibrahim á su regreso de Constantinopla, no habia podido ver sin envidia que el Virey confiase á otro el mando de una expedicion importante. Lejos de darle pena los reveses experimentados por Toussoun, confiaba conquistar de una vez para siempre la preferencia que al parecer le negaba su padre. « He dejado de apreciarle por mucho tiempo, decia mas adelante Mohammed-Aly al Doctor Bowring, hablando de Ibrahim; no tuve una entera confianza en él hasta que su barba fue casi

(*) Toussoun, al poco tiempo de haber vuelto de Egipto, murió por no haberse querido separar de una georgiana á quien amaba, que se presumia acometida de la peste.

tan larga como la mía, y empezó á blanquear; (*) ahora sé todo lo que vale.» En efecto, en el día, el vencedor de Konieh es el amor y el orgullo de Mohammed-Aly.

Ibrahim, animado entonces de un fervor religioso, que la civilizacion ha amortiguado mucho al entrar en campaña, pasó á Medina para orar en la tumba del profeta, y juró no envainar el sable hasta haber esterminado completamente á los Wahabitas; hizo voto de sacrificar sobre el monte Arafat 3,000 carneros despues de la victoria, y entretanto rompió heroicamente un centenar de botellas de ron y de champagne de que le habian provisto en el Cairo.

Los Wahabitas, despues de haber ocupado todo el pais que media entre el mar Rojo y el Golfo Pérsico, habian sido arrojados por Mohammed-Aly al Nedjed, cuna del cisma de Wahab, provincia montañosa de la Arabia central, defendida por muchas plazas fuertes, entre otras Derayah, ciudad populosa, que aquellos sectarios belicosos habian hecho su capital.

(*) Con las fatigas de la guerra, la barba y el cabello de Ibrahim, que eran de un color rubio subido, se han encanecido muy pronto.

Las primeras operaciones de Ibrahim-Bajá no fueron felices. La parte moral del soldado estaba debilitada por una larga guerra en país desconocido, la falta de agua, las privaciones y las enfermedades de todas clases; las sublevaciones eran muy frecuentes. Los Wahabitas, mandados por Abdallah-Ebn-Souhoud, guerrero incapaz pero valiente, interceptaban los convoyes, e inquietaban sin cesar los flancos del ejército; en vano intentó Ibrahim apoderarse de El-Rass, ciudad fronteriza del Nedjed; después de tres meses y diez y siete días de sitio, de una pérdida de 3,400 hombres, se vió obligado á retirarse; de repente, avergonzado de aquel golpe y estimulado por el mal éxito, como lo hubieran sido otros por la victoria, deja tras sí la plaza que no pudo tomar, penetra audazmente hasta el corazón del país, toma sucesivamente á Boureydch, El-Maznab, Chakra, Dorama; se adelanta esterminando cuanto se presenta á su paso, rechaza al enemigo sobre Derayeh y llega delante de esta capital que asedió. El sitio de Derayeh fue largo y mortífero. El golpe experimentado delante de El-Rass era debido en gran parte al orgullo musulmán, que había impedido al jóven príncipe escuchar los consejos

de Mr. Vaissiere, oficial francés agregado á su Estado Mayor; aleccionado por la esperiencia, se conformó al fin en confiar á aquel oficial la direccion del sitio de Derayeh; dos meses habian trascurrido sin embargo, y seguia defendiéndose Abdallah, cuando un accidente imprevisto puso la enerjía de Ibrahim á una fuerte prueba. Pegóse fuego á la tienda en que estaban todas las municiones del ejército, y se voló en medio de la noche con un ruido espantoso; las granadas y las bombas abrasaron el campo, fueron consumidas por el incendio la mitad de las provisiones de boca, y un jeneral de 26 años se encontró á 500 leguas del Egipto, en medio de los desiertos, en presencia de un enemigo encarnizado, superior en número, y sin mas municiones que algunos saquillos que habian quedado olvidados en las baterías, y los cartuchos que los soldados tenian en sus cartucheras; la situacion era crítica. Al dia siguiente, animados los sitiados por aquel desastre, hicieron una vigorosa salida; Ibrahim se sublevó contra la adversidad, arengó á sus soldados, mandó que no disparasen sino á quemaropa, y prohibió bajo pena de la vida el ceder un palmo de terreno; el enemigo fue rechazado

á la plaza; cada día se renovaban las salidas, é Ibrahim permanecía siempre firme; de repente le anunciaron la aproximacion de un refuerzo de 3,000 hombres que su padre le enviaba, á las órdenes de Khálil-Bajá. Esta noticia le desesperó, no pudiendo soportar la idea de que otro compartiría la gloria de haber rendido á los wahabitas en su último refugio; reunió sus tropas, les manifestó que era preciso tomar á Derayeh ó morir, y dispuso un asalto general. Abdallah, vencido en todos los puntos, pide capitulacion y pasa él mismo á la tienda de Ibrahim. El jóven gefe le manifiesta que ha recibido órden de enviarlo prisionero al Cairo; Abdallah vencido se resignó y partió á Egipto; Mohamuned-Aly le mandó á Constantinopla, y el Divan le hizo cortar la cabeza.

Despues de la toma y de la destruccion de Derayeh, cesó toda resistencia en el Nedjed, y la guerra ya no fue más que una prolongada carnicería; el pais fue saqueado, las ciudades incendiadas, los principales jefes decapitados, y sus familias reducidas á la esclavitud. Si Moham-med-Aly hubiese sido bastante fuerte para resistir los mandatos de la Puerta, es de creer que no hubiera adoptado el sistema de destruccion,

que solo podia servir para hacerle odioso á un pueblo guerrero, que era de su mayor interés el atraerse. Aquella represion violenta ha dado solo resultados incompletos: la Arabia jamás ha estado pacificada, el wahabismo dejó hondas raizes en los corazones, y cuanto quedó de aquellos sectarios indomables se refugió en el Yemen, y se ajita sin cesar. Hasta estos últimos tiempos el Bajá se ha visto precisado á sostener allí un ejército que le arruinaba de hombres y dinero; además, los Ingleses, á quienes se encuentra siempre do quiera que haya terreno que tomar ó establecimientos que formar, despues de haber intepado en vano introducirse en el Hedjaz, como auxiliares de Ibrahim-Bajá, han encontrado un fútil pretesto para posesionarse de *Aden*, al Mediodia de la costa arábica, y al Norte en las Islas Bahreyn, á pesar de las vivas reclamaciones de Kourchid-Bajá, último lugar-teniente del Virey. En el dia Mohammed-Aly, obligado por el ataque de las potencias coaligadas á concentrar sus fuerzas, acaba de retirar sus tropas, y la Arabia va á ser nuevamente presa de los Wahabitas, y lo que es peor, de los Ingleses.

Pero volvamos á Ibrahim-Bajá. Despues de

haber obrado á la oriental, es decir esterminando, para pacificar el Nedjed, despues de haber sujetado á sablazos nuevas revueltas que habian estallado en su ejército, el jóven vencedor, condecorado por la Puerta con el título de Bajá de las ciudades Santas, el primer bajalato del Imperio, hizo su entrada triunfal en el Cairo el 11 de Diciembre de 1819 despues de tres años de ausencia.

Durante aquel tiempo habian sucedido grandes cosas en Egipto; primeramente Mohammed-Aly habia conocido que en el siglo XIX un fundador de dinastía no podia decentemente dejar de aprender á leer; habia tomado para maestro de escuela á un esclavo instruido de su Harem, que sabia leer; habia trabajado despues mas y mas en debilitar los lazos, bien débiles ya, que unian al Egipto con Constantinopla; la revolucion que acababa de precipitar del trono al desgraciado Selim III, no habia tenido eco en el Cairo, y casi al mismo tiempo se levantaban en Oriente, uno en frente de otro, dos innovadores, el uno reformador truncado que no supo ó no pudo hacer mas que destruir, y nunca edificar, y cuyas tentativas abortadas, solo han servido para acelerar la ruina de su imperio: el otro, jénio tenaz,

vigoroso, activo, poco escrupuloso en cuanto á los medios, pero que viéndose al fin dueño de un poder tan ardientemente deseado, se preparaba á arrasarlo todo para pedir á la eivilizacion de la Europa los elementos de una nueva organizacion.

Este es el lugar de recorrer, en cuanto lo permite la certedad de esta noticia, las principales creaciones de Mohammed-Aly, y de mirar bajo sus dos aspectos el edificio que ha fundado.

En el momento de poner mano á la obra, conoció el Virey que ante todo necesitaba medios de accion en el interior, de defensa y engrandecimiento en el exterior; es decir, un ejército y una marina. Las tropas francesas que habia visto en Egipto, le habian hecho conocer todas las ventajas de una fuerza militar regularmente organizada. Pero si su superior intelijencia le libraba de las preocupaciones orientales, no sucedia lo mismo en los que le rodeaban, y sus proyectos fueron acojidos, aun por sus mas allegados, con una muy marcada antipatia; los jefes militares, independientes hasta entonces, repugnaban verse sujetos á una inspeccion regular, y la soldadesca albanesa, con sus arraigadas costumbres de in-

disciplina y merodeo, que tan útil habia sido á Mohammed-Aly, era un obstáculo insuperable.

En medio de semejantes trabas fue cuando el obstinado Bajá se decidió á hacer una primera tentativa, que por poco tiene para él fatales consecuencias: al regresar de la expedicion que él mismo habia dirigido contra los Wahabitas, anunció sus proyectos á las tropas reunidas en Boulac, y les mandó que se prepararan á someterse al *Nizam-Djeddid* (nuevo orden de cosas). Apenas habia entrado en el Cairo, los soldados principiaron á murmurar, los jefes mismos atizaban el fuego de la sublevacion, y declararon al Bajá *infel*. (*) Poco tardó en estallar una insurreccion terrible; las tropas se adelantaron furiosas sobre el Cairo, el palacio de Mohammed-Aly, en la plaza del Ezbekieh, fue cercado y saqueado, él mismo solo tuvo tiempo para refugiarse á la ciudadela, y durante dos dias estuvo la ciudad en poder de los soldados; despues de algunas conferencias, se resignó Mohammed-Aly á diferir prudentemente sus proyectos, y conociendo desde entouces que

(*) Un artículo del código Sunnita dice así: «el Soberano debe guardarse bien de hacer innovaciones, pues el Profeta ha dicho: toda innovacion es un error, y todo error conduce al fuego.»

le sería imposible realizarlos mientras tuviera una milicia tan turbulenta, solo se ocupó en deshacerse de ella por todos medios: los cuerpos mas insubordinados fueron dirigidos sobre el Hedjaz con orden secreta de hacerlos diezmar por el enemigo. Un jefe albanés, de los mas influyentes y alborotadores, fue á reclamar sus sueldos atrasados y estaba enfermo, y el Bajá le manifestó cuánto se interesaba por su salud, enviándole aquella misma tarde á su médico italiano Mendrici para que le asistiera. «El enfermo fue cuidado, dice Mr. Mengin, con una candidez digna de Felipe de Commines, *tomó medicinas y murió á los pocos dias.*»

Al mismo tiempo aprovechó el Bajá aquella ocasion para realizar sus proyectos de conquista sobre la Núbia, y todos los países que rodean el nacimiento del Nilo; el mando de aquella expedicion fue confiado á su hijo tercero, Ismail-Bajá. Este jóven príncipe remontó el Nilo y llevó sus armas victoriosas hasta los confines del Sennar. A su regreso se detuvo en los alrededores de Chendy, en el territorio de los Chaykie, tribu belicosa de la Núbia, que no habia logrado someter sino despues de una resistencia desesperada. El jefe

de la tribu, Nair, llamado *Nimr* (el tigre) por su intrepidez, y que se habia sometido, fue á encontrar al jóven vencedor para pedirle humildemente alguna disminucion del impuesto que se le habia señalado: Ismail, por toda respuesta, le rompió su pipa en la cara, y le amenazó con hacerle empalar sino pagaba la suma exijida. El jefe núbio disimuló la rabia que le devoraba el corazón, y con la sonrisa en los lábios convidó á Ismail á que le hiciese el honor de entrar en Chendy, ofreciéndole su casa para hospedaje. Ismail aceptó, se preparó una fiesta, y mientras los soldados ejipecios se emborrachaban de *bil bil* (*) los Nubidas se arrojan sobre ellos en medio de la noche; Nimr tomó una antorcha y pegó fuego á la casa que se desplomó sobre el cuerpo medio consumido de Ismail.

Al saber aquel siniestro acontecimiento, el yerno del Virey, el *Defterdar Mohammed-Bey*, famoso por su ferocidad, y que estaba entonces ocupado en someter el Kordofan, corrió á vengar la muerte de su cuñado; toda la provincia de los Chayke, fue entregada á fuego y sangre, y se sacrificaron 30,000 cabezas á los Manes de Ismail.

(*) Especie de cerveza fuerte que preparan los Nubidas.

El Defterdar llevó la desolacion y la muerte desde el Kordofan á Ghendy, hasta que el Virey, advertido demasiado tarde, puso fin á aquella horrible carnicería, cuyo recuerdo ha quedado vivo en el corazon de las poblaciones núbidas.

Merced á aquellas diversas expediciones, Mohammed-Aly vió disminuirse mas y mas las filas de los Albaneses, y pudo volver de nuevo á sus proyectos de organizacion militar. Encontró á mano al capitán Seve, que iba á probar fortuna á Persia, y tuvo el feliz pensamiento de detenerle y conservar-le á su lado. Formose secretamente en Assonan un campo de instruccion, en los límites del Egipto y de la Núbia, lejos de las fanáticas miradas de los Turcos del Cairo. Levantáronse cuarteles en la entrada del desierto; y 1,000 mamelucos (*) sacados de la servidumbre del Bajá y de algunos grandes del pais, fueron enviados á aquel punto para formar el núcleo del nuevo ejército. Fue necesario que el mismo Ibrahim-Bajá, á su vuelta del Hedjaz vencedor de los Wahabitas, se colocase á pesar de su repugnancia, á la cola del batallon

(*) Entiéndese que no se trata ahora de los Beyes Mamelucos, sino de jóvenes esclavos que los personajes elevados de Egipto hacen educar en sus casas.

en virtud de su talla (*) para aprender la carga en once voces. El capitán Seve, que es el tipo mas cabal del soldado francés, consiguió á fuerza de perseverancia vencer la antipatía de sus alumnos, y conciliarse el afecto de Ibrahim-Bajá, que no tardó en conocer las inmensas ventajas que podria sacar de la táctica europea. Cuando ya se tuvieron cuadros que maniobraban regularmente, se necesitaron soldados para llenarlos; al principio se llevaron negros del Sennar, pero no podian acostumbrarse al servicio militar y morian á millares; no se podia pensar en los Turcos, pues hubiera sido lo mismo que proponerles que escupieran sobre el sepulcro del Profeta; entonces fue cuando Mohammed-Aly tomó la atrevida resolución de réjimentar los Fellahs, privados desde muchos siglos del derecho de usar armas; y al mismo tiempo que los Turcos, heridos en su orgullo, murmuraban, los Fellahs, para quienes era odioso cualquier servicio militar, ponian el grito en el cielo. Ibrahim-Bajá contuvo á los Turcos finjiendo gran repugnancia á los proyectos de su padre, y hablando de aquella innovacion como de un capricho pasajero. En cuanto á los Fellahs, fueron disci-

(*) Ibrahim es de pequeña estatura.

plinares á fuerza de golpes de *courbach* (*), y cuando hubo 15,000 rápidamente instruidos y ejercitados, Ibrahim se declaró su jefe, con grande asombro de los Turcos, que solo despues de largas dificultades se conformaron en mezclarse con semejantes soldados.

Faltaba hacerles soportar una innovacion mas peligrosa todavia, la de que los Arabes fuesen admitidos aun en los grados mas subalternos. Ibrahim lo verificó con mucha destreza: «necesitamos cabos de escuadra», dijo un dia, y serán nombrados los que mas corran, bien sean Turcos ó Arabes.» Los Turcos, convencidos de su superioridad nativa en todo, se prestaron de buena voluntad á la chanza de su jeneral; pero su agilidad no correspondió y el primer cabo de escuadra Arabe, ganó su grado á la carrera (**). En el dia los arabes pueden llegar hasta el grado de capitán. Despues de la toma de S. Juan de Acre, Ibrahim habia dicho: «Al concluir la campaña tendremos coronales árabes.» Pero el Virey no ha querido acceder á los deseos de su hijo: ya sea por repugnancia ó

(*) Bergajos de piel de Hipópótamo ó de Elefante. Este instrumento desempeña un gran papel en todas las innovaciones del Baji.

(**) Véase la obra de Mr. Barrault, *Occidente y Oriente*.

ya por recelo, repite con frecuencia: «Es preciso no olvidar que solo somos 15,000 Turcos en Egipto.»

De todos modos aquel pequeño núcleo de ejército, creado en 1828, ha crecido con rapidez tal, que en el día el Bajá tiene á su disposición 130,000 hombres de tropas regulares, organizadas á la europea, que han dado pruebas de lo que valian en las dos campañas de Siria, cuyas maniobras han merecido elogios de un testigo competente, el Mariscal Marmont (*); agregando á ellos los Beduinos irregulares, los operarios de los puertos que estan rejimentados, la Guardia Nacional, organizada en las principales ciudades de Egipto, los alumnos de las diferentes escuelas militares, resulta que Mohammed-Aly puede actualmente poner sobre las armas mas de 260,000 hombres.

Despues de haber formado un ejército, preparese Mohammed-Aly para formar una marina; y ya habia hecho construir en Marsella y en Liorna un número bastante grande de buques, cuando la insurreccion de Grecia le hizo interrumpir sus trabajos. El Sultan le llamó á las armas; demasiado débil todavia para negarse á obedecer, y

(*) Viaje del Duque de Ragusa. T. III, páj. 295.

por otra parte demasiado diestro para no correr á la defensa de una causa que parecia ser la del Islamismo entero, apresurose el Virey á armar su flota, y en el mes de Agosto de 1825, 12,000 hombres de tropas regulares, 800 caballos y 60 buques de todas dimensiones, salieron de Alejandria á las órdenes de Ibrahim-Bajá. Los acontecimientos de la guerra de Morea son conocidos, y no nos detendremos en ellos; sabido es cómo Ibrahim, despues de haber pacificado á Candía y paseado sus armas vencedoras por toda la Morea, tuvo precision de retirarse despues del combate de Navarino y la llegada de las tropas francesas; y cómo la Rusia, apelando á los sentimientos caballerosos de la Europa, hizo que la Francia y la Inglaterra trabajasen á su modo por la integridad del Imperio Otomano, destruyendo el 20 de Octubre de 1827 las escuadras combinadas del Ejipto y de la Turquía.

Mohammed-Aly recibió aquella nueva con la estóica indiferencia de un musulman; Ibrahim-Bajá fue acogido como si acabara de ganar una victoria; y apenas habian transcurrido dos años cuando, merced á la prodijiosa actividad de un hábil ingeniero francés, Mr. de Cerizy, la playa de



Alejandro, desierta hasta entonces, se cubria de magníficas construcciones; los navíos salian de los arsenales como por encanto. Otro francés, Besson-Bey, organizaba las tripulaciones y adiestraba á la europea á los marineros del Nilo. Y en el dia el puerto de Alejandro contiene, ademas de los 24 buques turcos entregados al Bajá despues de la batalla de Nezib, 11 navíos de línea, 6 fragatas, 5 corbetas, 4 goletas, 5 bergantines; en todo 31 buques ejípcios, tripulados por 16,000 hombres, que maniobran con la misma agilidad que los marineros ingleses ó franceses.

Para hacer frente al mantenimiento de tantas fuerzas, eran necesarios recursos inmensos; la agricultura ha formado siempre la única riqueza del Egipto; y á consecuencia de las invasiones, de las revoluciones, de la anarquia, de la ineptitud del dueño y del esclavo, el valle del Nilo, mina de oro inagotable en otro tiempo, cuando era aquel pais el granero de Roma, parecia herido de esterilidad y de muerte. Mohammed-Aly trataba de reanimarle organizando un nuevo sistema de cultivo, pero para esto era preciso ser dueño del suelo. El Virey se decidió á tentar un golpe atrevido aboliendo todos los derechos de

propiedad. La naturaleza de esta en Egipto es una cuestion muy controvertida; es sin embargo constante que al advenimiento de Mohammed-Aly habia en Egipto verdaderos propietarios; no eran otra cosa los moulteziins, y las mezquitas; y los establecimientos públicos poseian tambien desde tiempo inmemorial. El Virey invitó á los moulteziins y á los ulemas á que le llevaran sus títulos, bajo el pretexto de confrontarlos, y cuando los tuvo en su poder, los confiscó; algunos de los que reclamaron consiguieron pensiones vitalicias, pero todos fueron espropiados. Solo las propiedades moviliarias se libraron de aquella vasta espoliacion. Desde entonces el Egipto no fue mas que un inmenso dominio explotado por un solo hombre; el Bajá substituyó el cultivo en grande á los cultivos parciales, las simientes preciosas á las comunes; hizo abrir canales para transportar á lo lejos el cieno fecundador del Nilo; 1,500 jardineros, hechos venir del Archipiélago y de la Europa, fueron diseminados por las provincias para dar á conocer los mejores métodos de cultivo. Un francés, Mr. Jumel, naturalizó en Egipto el algodón arbusto, y las plantaciones multiplicadas por el Virey, dieron hasta 947 quintales. El cul-

tivo del añil, de la rubia, del opio, del arroz, del trigo y del maiz, tomó una estension prodijiosa; se plantaron tres millones de pies de moreras para el alimento de los gusanos de seda, cuyos productos ascendieron, en 1833, á 30,000 libras; plantáronse igualmente veiete y cuatro millones de pies de árboles de todas clases á lo largo de las colinas inmediatas al Nilo, y el Ejipto tomó un nuevo aspecto.

Al tiempo mismo que se estendia y perfeccionaba el cultivo del suelo, creaba el Virey un gran número de fábricas para elaborar sus productos; fábricas para hilar el algodón y la seda, para hacer cuerdas, tejidos de lana y gorros; fundiciones de hierro colado, fábricas de paños, fábricas para refinar el azúcar; de pólvora y salitre, de productos químicos, etc., etc.

Después de haber organizado la agricultura y la industria, Mohammed-Aly se ha ocupado de la educacion intelectual del Ejipto; ha fundado un Consejo de instruccion pública, al cual se han agregado escuelas de toda especie; escuela de medicina, hospital civil y militar, escuela de veterinaria, de infantería, de caballería, de artillería, de música y primaria. La mayor parte de estos

establecimientos estan dirigidos por franceses.

Sin embargo, si la verdadera civilizacion lleva consigo necesariamente un aumento de bienestar para las masas, apresurémonos á decir que el Egipto dista todavia mucho de ser civilizado; bajo este punto de vista, tiene Mohammed-Aly en contra suya un hecho que sus mas diestros apolojistas podrán atenuar, pero no destruir. Desde la expedicion francesa, las rentas totales del Egipto han aumentado en la proporcion de uno á siete, al paso que la poblacion ha disminuido en un tercio, y los dos tercios restantes son dos veces mas miserables que nunca. El Gobierno se ha hecho fuerte y rico con toda la debilidad y con toda la pobreza de los gobernados. Hasta ahora el Virey no ha tomado de las instituciones de Europa sino medios de acrecentamiento, de accion, de organizacion y nada mas; por lo que se refiere á libertad, legalidad, humanidad, equitativa reparticion de derechos, garantías del débil contra el fuerte, sentimientos de intereses jenerales, en cuanto á todo esto el Gobierno de Mohammed-Aly es el mas musulman que existe, esto es, el mas brutal, mas ciego y mas odioso.

No podemos describir aqui, por falta de es-

pacio , el contraste aflictivo que presenta esa tiranía oriental organizada á la europea , y nos contentaremos con indicarlo en pocas palabras. El Egipto actual es la obra del jénio, injerta en el egoismo; es una máquina hábilmente construida, que dos millones de hombres se fatigan en hacer funcionar en provecho de uno solo. El Fellah cultiva y el Bajá recoge; el Fellah fabrica y el Bajá vende; el Fellah trabaja, sufre y maldice al Bajá, el cual estruja, apalea y explota al Fellah. En una palabra, el Bajá tiene un brillante ejército, una hermosa flota, bellas manufacturas y plantaciones, pingües rentas, y puede decirse sin exajeracion, que las cuatro quintas partes de sus súbditos se consideran felices cuando no se mueren materialmente de hambre. ¿Es este un buen modo de iniciar ó un pueblo en las dulzuras de la civilizacion? Sin duda alguna el estado permanente de guerra impuesto á Mohammed-Aly, entra por muebo en las miserias del Egipto; no hay duda en que solo por la fuerza podia ser arrancado el Fellah á sus inveterados hábitos de pereza, y es probable que se aligerarán algun dia las enormes cargas que sobre él pesan. Sin duda vale mas el Gobierno opresor pero vivaz

del Egipto, que la moribunda anarquía del Imperio Otomano; sin embargo, si es injustificable la tiranía, eslo sobre todo cuando obra en contrario del objeto que se propone. Y sin hablar de la degradante caza de hombres á que se llama en Egipto la conscripcion, de esa jerarquía administrativa que se presenta bajo la forma de una cascada de estorsiones, de afrentas y de apaleos, que cae sin cesar desde el Bajá sobre el *Moudyr*, del *Moudyr* sobre el *Maimour*, del *Maimour* sobre el *Nazir*, del *Nazir* sobre el *Gheik-el-Beled*, para llover desde allí sobre el desdichado *Fellah*; ¿como justificar el monopolio absoluto del comercio que quita al trabajo el interés, que es su principal móvil, y su mas poderoso atractivo el bienestar? ¿Cómo justificar sobre todo la inicua y absurda ley de mancomunidad para el cobro de los impuestos, que obliga al hombre trabajador á pagar por el ocioso, y que estiende sus redes por todas las provincias, cada una de las cuales debe llenar el vacío que resulte para el tesoro, de la insolvencia ó mala voluntad de una ó de muchas de ellas? ¿Cómo se ha de constituir un Gobierno duradero, cuando su única base es el odio y el detrimento del mayor número? ¿Puede haber



ademas una situacion , por escepcional que sea, que pueda absolver un sistema que tiende visiblemente á la destruccion de la especie humana?

Véase, pues , porque la Francia , que tiene el mayor interés en que el Egipto sea fuerte y prospere, debe , aun á costa de la guerra , conquistar para Mohammed-Aly la independencïa y la paz; que el Virey , libre por todas partes , y dueño de elejir su camino , esté al fin en posicion de probar á la Europa, que no es uno de esos jénios maléficós que oprimen un instante la humanidad y desaparecen , sino uno de esos rejeneradores de los pueblos que sobreviven por sus obras, y dejan un nombre apreciado de la posteridad.

Hacia ya mucho tiempo que Mohammed-Aly codiciaba la Siria, y en aquel deseo habia otra cosa que un instinto de rapacidad; entre la Siria y el Egipto existen afinidades de todas clases; razas, idioma, historia, todo les es comun; á su vez el uno ha obedecido y el otro mandado, ó ambos han sufrida al mismo tiempo el yugo extranjero. Separados únicamente por un desierto de algunas jornadas, cada una de aquellas dos provincias es la frontera de la otra, y constituye su debilidad ó su fuerza, segun le es hostil ó amiga.

Era, pues, fácil prever que la primera de las dos que tomase consistencia, procuraria inmediatamente apoderarse de la otra. Además, en Siria hay bosques magníficos, minas de carbon y una poblacion vigorosa, y el Egipto carece de maderas para su marina, de carbon para sus manufacturas y de hombres para todo. Mohammed-Aly la habia pedido por primera vez al Sultan, en premio de sus victorias sobre los Wahabitas, y despues por el apoyo que le habia dado en la guerra de Morea. Dos veces se la habia prometido el Sultan, y otras tantas habia faltado á su palabra. El Virey halló un pretesto para invadirla en la deuegacion que le hizo Abdallah, Bajá de Acre, de reintegrarle una deuda de 11.000,000 de piastras, y de devolverle 6,000 Fellahs ejipcios que estaban emigrados en su bajalato. Un ejército de 40,000 hombres entró en Siria el 27 de Noviembre de 1831; Ibrahim-Bajá se presentó ante los muros de San Juan de Acre. El sitio de esta plaza, considerada intomable en Oriente desde que no pudo apoderarse de ella Bonaparte, fue seguido con vigor pero sin método; duraba ya cinco meses, cuando supo Ibrahim que el ejército turco se reunia en la alta Siria; tuvo que

marchar á su encuentro , y Mohammed-Aly envió á Acre al ingeniero piamontés Romey , que dirigió un ataque regular , y la plaza fue tomada en quince dias. El Virey y su hijo habian sido declarados rebeldes , y se lanzó contra ellos un firman de escomunión. Ibrahim se adelantó sobre Homs , y el 17 de Julio de 1832 se encontraron por primera vez frente á frente tropas musulmanas disciplinadas á la Europea. Los Turcos, aunque en número superior , fueron completamente derrotados. A los pocos dias , en Beylan , el ejército turco fue tambien vencido , y por último una tercera y brillante victoria , conseguida en Konieh , el 21 de Diciembre de 1832 , abrió á Ibrahim las puertas de Constantinopla. Aquel fue para el Virey un hermoso momento , un momento decisivo , en que era preciso obrar , y en el que le faltó atrevimiento; ocasion preciosa y perdida para siempre , en que podia realzar el trono de los Sultanes , y decidir de una vez esa cuestion de Oriente , cuya solucion trastornará la Europa , mas pronto ó mas tarde. Mr. Thiers dijo el año último en la tribuna , que en 1833 el Bajá habia *recibido una leccion* ; que habia querido marchar sobre Constantinopla , y que se encontró que la Rusia habia

llegado antes que él. Mr. Thiers habia olvidado completamente los hechos. Ibrahim-Bajá estaba en Konieh el 22 de Diciembre de 1832, á 100 leguas de Constantinopla; podia fácilmente llegar allí en los primeros quince días de Enero; la escuadra rusa no pudo entrar en el Bósforo hasta el 20 de Febrero, y las tropas de desembarco no llegaron hasta el día 7 de Abril. Todo el ejército turco se habia dispersado, y nada se oponia pues á la marcha de Ibrahim. Los pueblos, descontentos de las bruscas innovaciones de Mahmoud, y desanimados por sus reveses, llamaban á voces al venedor; el mismo Sultán vacilaba en introducir los *Giaours* en Stamboul, la *bien guardada*: los ulemas estaban dispuestos á declararle *infiel*; todo se prestaba á la inauguracion de una nueva dinastía. Mohammed-Aly pensó un momento en embarcarse en su flota y llegar delante de Constantinopla, al tiempo mismo que su hijo, al frente del ejército, circuyese las riveras de Scutary; no se atrevió, y lo que entonces hubiera sido fácil, se ha hecho casi imposible en el día. Los acontecimientos sucesivos son sabidos: Ibrahim se detuvo en Kutahyeh, la diplomacia europea se mezcló en el asunto, y se hizo un tratado que dió á

Mohammed-Aly la posesion de toda la Siria, hasta Adana. El Sultan intentó romperle el año último; la nueva y brillante victoria de Ibrahim en Nezib el 24 de Junio de 1839, la repentina muerte de Mahmoud, la defeccion de su escuadra, el arreglo próximo á concluirse entre las dos partes contendientes, la intervencion brusca y fatal de la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, la aptitud tomada por la Francia, son hechos todos demasiado recientes para que necesitemos detenernos en ellos.

Basta haber estudiado un poco el carácter de Mohammed-Aly, para convencerse de que no cederá la Siria, que le pertenece primero por derecho de conquista, y despues en virtud de un tratado ratificado por los mismos que en el día quieren quitársela; ¿si se traba seriamente la lucha, resistirá el Bajá solo á las fuerzas combinadas de la Inglaterra, de la Rusia y del Austria? Parece difícil creerlo. ¿Será arrojado á Egipto, ó mas bien *destituido*, como decia no ha mucho la *Gaceta de Ausburgo*? Esto toca á la Francia. Si quiere que el pais mas bello del mundo sea dividido á sus barbas en dos partes; si quiere, para servirnos de una espresion de Mr. de Carné, que

Alejandro señale la venta cuyo precio será Constantinopla si quiere encontrarse, tal vez dentro de veinte años, sofocada y majada entre dos colosales, el despotismo ruso asentado desde el Polo norte hasta la frontera de Alemania, y el bloqueo inglés establecido desde Calcuta á Londres; si en una palabra, la Francia quiere pasar á ser una potencia de segundo orden, solo con que hable mucho, se cruce de brazos y deje hacer, pronto quedará hecho

Sin embargo, como hace veinte y cinco años que la diplomacia europea vive de contemporizaciones y aplazamientos, es posible que Mohammed-Aly, instigado por el Gabinete francés, acepte y reciba la posesion vitalicia de la Siria. Solucion perfecta verdaderamente, pues el Bajá tiene mas de 71 años, y todo el mundo sabe lo que significa en Oriente la palabra *vitalicia*, donde todo lo es, y donde no hay un adarme de diferencia entre la propiedad y la posesion; de donde se sigue que dentro de seis meses, un año tal vez, el problema se presentará de nuevo mas amenazador que nunca, y la Francia se encontrará entonces medio comprometida en un camino fatal, la desmembracion del Egipto. Entretanto que

principia la lucha, nos parece oportuno hacer entender, que esa integridad del Imperio Otomano, con que se nos embauca, es una quimera de la misma especie que la alianza Anglo-francesa. El Imperio Otomano, cien veces se ha repetido, es en el día el Imperio de una ciudad, cuya llave se llevó en el bolsillo el conde Orloff, en 1833, al tiempo mismo que decía á voces que se iba con las manos vacías. Ese simulacro de Imperio durará tanto cuanto plazca á la Rusia, que no tiene tanta prisa de acabar con él, como jeneralmente se cree; lo que ella necesita son los Dardanelos y un predominio absoluto en el Bósforo, que tenga todas las ventajas de la posesion, sin los inconvenientes, que serian muchos y de varias clases. Un siglo hace que resuenan en la historia los golpes terribles que da la Rusia á su desgraciado vecino; ahora lo tiene bajo sus pies, va á ponerle al cuello la cadena, y aun le dejará vivir un poco, hasta que le convenga matarle. ¡Es tan magnánima la Rusia!

Con respecto á la Inglaterra, en cuanto á principios, tiene una deuda enorme, una deuda cuyos réditos ascienden á 700.000,000 que ha de buscar y pagar en todos los puntos del globo. El solo

producto de sus aduanas le da 600.000,000, que prefiere á todas las Constituciones y á todas las banderas del mundo. Bien sabe ella que un dia ú otro tendrá que reñir con la Rusia sobre el Indo; pero esta es una eventualidad secundaria: el Asia central es grande, y hay mucha distancia desde el mar Cáspio al Occéano Indico. El asunto que mas prisa le corre hoy, es el del Bósforo, que amenaza volverse ruso. Trátase de saber lo que valdrá mas, si oponerse ó si resignarse mediante una buena compensacion; si pues se permitiese á la Inglaterra apropiarse la inmensa línea que une á Gibraltar con Bombay, pasando por Alejandria, ¿por qué la constitucional Albion no se habia de mostrar acomodaticia con el Scar y no habia de ceder tambien alguna cosa?

Entre estas dos codicias igualmente ardientes, con una Austria medrosa, y una Prusia moscovita; la Francia debe prepararse de antemano para su aislamiento. Bajo este punto de vista, el fortificar á París es un pensamiento hábil, feliz y nacional; pero no basta: la Francia no debe empeñarse en conciliar cosas inconciliables, y ocuparse mucho de un *statu quo* que es enteramente en detrimento suyo. Cuando en el seno de un

Imperio, que parece rodeado de dos enemigos prontos á arrojarse sobre su cadáver, sale una fuerza jóven y vivaz, que puede crecer, mejorarse, impregnarse de nosotros, y servirnos de útil auxilio contra proyectos ambiciosos; cuando se realiza un hecho semejante, la Francia debe tenerlo en cuenta, y no obstinarse en conservar un equilibrio imposible entre lo que nace y lo que se muere. Por mas que haga, en un porvenir mas ó menos lejano, tendrá que escojer entre el Cairo y Stamboul.

Si esa tribu del Mar Cáspio, que en otro tiempo hizo temblar á la Europa, se pierde y desaparece en el dia en Oriente, el islamismo, que no es de su fecha, no se irá con ella; puede modificándose volverse á levantar. Sea Ibrahim digno de su padre; haga mas todavía, busque en la civilization otra cosa que el arte de estrujar á un pueblo; funde su poder en el interés del mayor número, y en el dia del peligro reunirá á su voz millones de hombres que pedirán á la Francia, contra el comun enemigo, un apoyo que ella no deberá ni podrá negarles.







DEL CONDE DE FLORIDA ABLANCA.

Lito de Fa. 110

Ensamblado en la imprenta de...

EL CONDE DE

FLORIDABLANCA.

He creído desde mi juventud que mi vocacion era y debia ser la de trabajar, sin mas objetos que el de servir á mi Rey y á mi Patria, y de adquirir la mejor y mas universal reputacion.

Representacion del Conde de Floridablanca al Sr. D. Carlos III, en ta que le refirió los hechos principales de su Ministerio.

En el órden físico como en el moral, siempre la reaccion fue ley de la naturaleza. Sin los extravíos del último período del reinado de Luis XIV, y los errores de la famosa Rejeucia en la minoría

de Luis XV, á buen seguro no habrían adquirido nunca la importancia que tuvieron los filósofos del siglo XVIII. Voltaire, por mas talento, ó diciendo mejor, por mas imaginacion que le hubiese concedido el Criador, en otra época que no hubiera sido de reaccion, habria sido considerado como un loco peligroso para la sociedad, que queria conmover en sus fundamentos, poniendo en ridículo lo que los hombres habian venerado hasta entonces para su bien y su ventura. El filósofo de Jinebra habria sido juzgado en su *Contrato social*, si la época en que lo escribió no hubiese sido de reaccion, como hoy le miran muchos, es decir, como un paradojista que veia en la civilizacion una destruccion de la libertad y de la moral, en vez de ser su necesario desarrollo; y que sacando su tipo ideológico del estado de naturaleza, dedujo necesariamente tan solo consecuencias absurdas, sistemas delirantes, y principios disolventes.

Nuestra situacion política fuera hoy mas risueña, acaso, si el Rey Fernando, mal aconsejado á la vuelta de su cautiverio en la transición política de 1814, no hubiese aceptado el principio de reaccion, que una vez seguido, levanta y em-

bravece las tormentas políticas desencadenando las pasiones.

No es, pues, sino muy natural que el juicio histórico del hombre eminente del siglo XVIII y principios del XIX, cuya biografía vamos á escribir, haya sido formado veinte años hace de una manera, y ahora le juzguemos de otra: hásele calificado entonces como poco liberal y anti-progresista; nosotros hoy le presentaremos al juicio público como un reformador juicioso. Empapados sus jueces de entonces de las encantadoras teorías de los enciclopedistas, escitadas sus cabezas por los principios que afectaban la imaginacion, con tanto mas calor cuanto era preciso adquirirlos bajo la impresion del miedo y al abrigo del misterio, fascinados por las májicas palabras de libertad, de igualdad y de soberanía popular, disculpable era juzgar severamente á todo hombre que, mas cuerdo ó mas cauto, hubiese visto al través de esta fraseología, que tenia mucho de metafísica, peligros para la sociedad, trastornos y calamidades para el porvenir.

No es pues extraño, repetimos, que al insigne Conde de Floridablanca se le juzgase, por los publicistas de antaño, de otro modo que lo haremos

nosotros hoy, despues que curados por solennes desengaños hemos aprendido en el libro de una esperiencia dura, que formar teorías no es gobernar, y que sin gobierno fuerte y justo, sean cualesquiera sus formas, no hay dicha para los pueblos. En fin, juzgámoslo en una época en que acaso empieza tambien otra nueva reaccion de ideas, pero en direccion completamente opuesta á las doctrinas de los enciclopedistas franceses, y prefiriendo el modo de pensar de los filósofos alemanes, que mas prudentes ó mas prácticos toman en cuenta al hombre de la sociedad en vez del hombre de la naturaleza. Vengamos, pues, á nuestra biografía.

D. José Moñino, Conde de Floridablanca, nació en Murcia el 21 de Octubre de 1728. Su familia era de antigua nobleza en la provincia (*); pero su fortuna consistia en un pequeño patrimonio en

(*) La familia de Moñino era originaria de Aragón. Sus antepasados obtuvieron empleos honoríficos. D. Alfonso y D. Foribio Perez Moñino décimo cuarto y décimo tercio abuelo del Conde obtuvieron el título de Próceres ó ricos homes en los reinados de Fernando IV, Alonso XI y Don Pedro. Su undécimo abuelo D. Benito Perez Moñino obtuvo en 1397 de la Cancillería de Valladolid su ejecutoria de hidalguía en juicio contradictorio.—LISTA. *Elojio histórico de Floridablanca*, publicado en Sevilla en 1809.

tierras, insuficiente para sostener una numerosa familia. Dedicóse, pues, Moñino desde sus primeros años á los estudios, y siguiendo la carrera de leyes con gran aprovechamiento, hízose abogado.

En 1766 fue llamado Moñino por Cárlos III al elevado puesto de Fiscal en el Supremo Consejo de Castilla, puesto de la primera importancia en la monarquía de entonces, pues que este Consejo era, despues del Rey, el árbitro de los destinos y del gobierno del pais. Mas si el puesto de Fiscal en el Consejo de Castilla era de suyo de mucha consideracion, eralo infinitamente mas en el año de 1766 en que Moñino fue nombrado para asociarse en sus importantes trabajos con su compañero, tambien Fiscal á la sazón, el ilustre Don Pedro Rodriguez Campomanes, despues Conde de Campomanes.

En Marzo de este año se habia verificado el suceso conocido con el nombre de motin de Madrid, en tiempo del Ministerio Esquilache, que reprimió y castigó el célebre Conde de Aranda, entonces Presidente del Consejo de Castilla. Atribuyóse aquel escándalo á los Jesuitas, acaso sin todo el fundamento que hubiera sido necesario para justificar las graves providencias que se to-

maron , y principalmente el modo estrepitoso de ejecutarlas. Aquella corporacion á la verdad era sobrado fuerte y poderosa , á la sazón , para dejar de ser temible á la seguridad del Estado , como lo es siempre todo poder , sea el que quiera su origen , cuando no es legal : pues que siempre se convierte en peligroso todo centro de accion ilegal , porque á su derredor se agrupan como por instinto todas las pretensiones , todos los descontentos , y en fin , todas las malas pasiones. Sea de esto lo que quiera , no es temerario decir que el Gobierno del gran Rey Carlos III fue uno de los mas fuertes , y al mismo tiempo mas ilustrados que conoció la Monarquía española. Su historia militar no deberá compararse con la de Carlos V ni Felipe II ; mas su fuerza material era inmensa : díganlo el estado de la administracion interior , y la existencia de una marina que contaba á su muerte 294 buques de guerra , y entre ellos 76 navíos de línea y 51 fragatas. Su importancia moral era reconocida en la Europa , que mas de una vez se dirigió á Carlos III para mediador y componedor de sus diferencias. Aun mas , el solo bien que de los trastornos de la sociedad moderna han recojido los pueblos en compensa-

cion de tantos males , ha sido sin duda el fomento y especial proteccion de los intereses materiales, y el desarrollo de los manantiales de la riqueza pública, la agricultura, las artes y el comercio : pues bien ; el oríjen y principio de este desarrollo en España fue debido al Rey Cárlos III; y á su Ministro Floridablanca toca una gran parte de esta gloria , que la historia no puede negarle. Volvamos á nuestra biografía.

Coetáneamente al nombramiento de Moñino para su plaza de fiscal del Consejo de Castilla, aviváronse las acriminaciones contra la Compañía de Jesus , atribuyéndola proyectos de conspiracion contra el Estado ; apoyándose los partidarios de la espulsion de los Jesuitas, en las doctrinas sobre el rejeicidio y tiranicidio que habian proclamado algunos escritores de esta órden. Triunfaron, pues, sobre la Compañía los jansenistas, sus antagonistas teolójicos, apoyados tambien por el Duque de Choiseul , á la sazón Ministro de Francia en Madrid, el que logró que el Ministro Roda decidiese al Rey, y este resolviese el estrañamiento de los Jesuitas, y como consecuencia la ocupacion de sus bienes. Sobre esta ocupacion, que suscitó sérios debates, el Rey se dignó oír al Cousejo , y

este á sus Fiscales Moñino y Campomanes. Los dictámenes de estos dos célebres hombres de Estado sobre la aplicacion de los bienes de los Jesuitas, una vez estinguida en España la Compañía, son documentos capaces por sí solos de fundar una reputacion. En ellos brilla una erudicion inmensa y un gran fondo de ciencia teológica y canónica, á la par con una piedad y un catolicismo intachable; y se vé al mismo tiempo una profunda ilustracion, al trazar con mano sabia y justa la línea delicadísima entre el poder temporal y el espiritual; la consideracion al sacerdocio y el respeto á la tiara, con el mantenimiento de las leyes del reino y la defensa de las regalías de la Corona.

No menos importantes que estos fueron los trabajos del Fiscal Moñino en otro gran negocio que honra el reinado de Carlos III: hablamos del famoso expediente del Obispo de Cuenca. La pragmática de 2 de Abril de 1767 espelió de los dominios de España á los Jesuitas, y los estrañó *motu proprio* sin participacion de la córte de Roma. Suceso era este, en la época en que pasaba, de importancia suma y de no menor trascendencia: y era muy natural que una corporacion tan influyente y poderosa, como lo era entonces la Com-

pañía de Jesus, pusiese en juego su influjo y su poder contra un verdadero golpe de Estado dado por Carlos III, no solo con la pragmática de espulsion, sino con su ejecucion, en la que se empleó tanto lujo de rigor, que en un mismo dia y á una misma hora en toda España fueron presos y espulsados del reino los Jesuitas: modo de ejecucion que pocas veces puede ser necesario y nunca puede ser aplaudido. Tambien la córte de Roma debia mostrarse resentida al ver proceder al católico Carlos III con una especie de independenciam á que no estaba acostumbrada de parte de la córte de España; pero se las habia con un Rey enérgico y celoso de su autoridad, y sobre todo fuerte; asi que hubo de resignarse por el momento, dirijiendo los rayos del Vaticano contra el débil Duque de Parma, que se habia permitido, sin el permiso de Roma, dar un edicto para corregir abusos en sus Estados. Este edicto fue condenado por el Papa, anatema que en aquella época tenia gran valía. Buscó el Duque de Parma la mediacion de sus ilustres parientes el Rey de Francia y el de España, contra la ira de la Santa Sede; pero negóse el Papa á deponer su rigor contra el Duque, como se lo rogaron aquellos

Soberanos, singularmente Carlos III, insistiendo en la retractacion del edicto, apoyándose en que sus disposiciones contravenian á lo dispuesto en la Bula conocida con el nombre de *In cæna Domini*. Sentido Carlos III de la poca eficacia de su mediacion, y justamente temeroso de la invasion de la córte de Roma en sus derechos como Soberano, mandó examinar la Bula *In cæna Domini*, y de su exámen resultó que no habia sido recibida en España lejitimamente, y era opuesta á los derechos de la Soberanía. Mandó en consecuencia Carlos III recoger la citada Bula y borrarla de los rituales y libros públicos, poniendo en ellos una nota de que dicha bula no admitida en España no obligaba. Pretendieron algunos Obispos reclamar contra lo dispuesto por el Rey, y sostener la Bula, siendo el principal de ellos el Sr. Carbajal, Obispo de Cuenca. Aun antes de la espulsion de los Jesuitas se habia propasado este prelado á escribir al P. Fr. Joaquin de Osma, confesor del Rey, una amarga carta contra el Monarca, en que le acusaba de perseguir á la Iglesia y á sus ministros. Dolióle al piadoso Rey acusacion tan dura como infundada, y mandó que el Obispo de Cuenca probase su dicho. El pre-

lado dirigió una especie de Memorial de cargos, que el Rey pasó al Consejo, y este quiso oír á sus dos ilustres fiscales. Moñino, que lo era de lo criminal, pulverizó la indijesta acusacion del Obispo de Cuenca, y lo mismo hizo el fiscal de lo civil el Sr. Campomanes; y ambos en sus dictámenes, en que reunieron gran copia de doctrinas teológicas y canónicas, demostraron al Obispo de Cuenca sus equivocaciones, fijando los Fiscales los verdaderos principios del derecho civil y canónico respecto á las prerogativas de la Corona; y no se contentaron con esto, sino que rebatiendo sus doctrinas, pidieron además se hiciese venir al Sr. Obispo de Cuenca ante el Presidente del Consejo, para que recibiese una reprimenda y se le espresase haber sido del desagrado del Rey sus injustas é impertinentes reclamaciones. Conformóse el Consejo con el dictámen de los sábios Fiscales; y si bien eludió el Obispo el venir á Madrid, escudándose con su salud y certificaciones de médicos; los Fiscales sostuvieron con un teson digno de su reputacion el acuerdo del Consejo; le dieron publicidad solemne, y dejaron bien paradas la autoridad del Monarca y la dignidad de la Corona contra

las pretensiones excesivas del poder eclesiástico.

Tuvo también mucha parte el Fiscal Moñino en decidir al Rey á reducir á sus justos límites la jurisdicción eclesiástica de la Inquisición, mandando á los Inquisidores que observasen las leyes del Reino, y no formasen procesos sino en materias de herejía y apostasía: que no pusieran en las cárceles á los súbditos del Rey sin pruebas claras y evidentes de sus delitos, ni impidiesen la jurisdicción y los procedimientos de los otros Tribunales, so pena de ser responsables al Trono de su conducta.

Mas todos los siglos tienen sus condiciones; en el siglo XII un ermitaño con su crucifijo condujo media Europa á Palestina. En el siglo XVI las armas y las artes españolas llegaron á su apojeó. El siglo XVIII fue el de la exajeración de las reformas, y al XIX acaso está reservado el traerlas al punto de razon y de conveniencia pública, de donde nunca debieron salir. Cada época, en fin, tiene sus caracteres, y en la de Cárlos III, si bien la alta justicia del Rey y la sabiduría de sus Ministros, con especialidad del gran hombre cuya biografía escribimos, se encaminaban á refrenar las invasiones y demasías de Roma, era sin en-

bargo esta corte un elemento de la primera influencia en los asuntos públicos; aunque su importancia y consideracion iban recibiendo por efecto de sus demasías rudos golpes. Sea como quiera, el católico Monarca Carlos III miraba y no podia dejar de apreciar como de suma importancia la armonía con el Pontífice, turbada hasta cierto punto, ya por la anulacion de la Bula *In cava Domini*, ya por las restricciones impuestas á la Inquisicion, ya en fin por la espulsion de los Jesuitas, sin intervencion de Roma, cuyo sello de aprobacion deseaba el Monarca español para tranquilidad de su conciencia.

Con fin tan importante nombró Carlos III á D. José Moñino, Conde de Floridablanca, su Ministro plenipotenciario en Roma, á principios del año de 1773; y el ilustre Fiscal del Consejo de Castilla desempeñó su mision diplomática con tan feliz éxito, que en Julio del mismo año se publicó la Bula de Clemente XIV estinguiendo la Compañía de Jesus: negociacion tan diestra y difícil que estuvo en poco haberse deshecho despues de terminada; tal era la repugnancia del Papa Clemente á sancionar la estincion. Aun hizo mas el hábil Conde de Floridablanca; estrechó de

nuevo las entiviadas relaciones de España con la corte del Vaticano. La superioridad de su jénio, desplegada en Roma, acreció tanto el influjo de la España en aquella corte, que puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que á la influencia diplomática de Floridablanca debió esclusivamente Pio VI su exaltacion al Pontificado, y con ella se siguió la preponderancia de la España en la capital del mundo católico.

Exito tan brillante de parte de Floridablanca, no podia dejar de influir en el ánimo previsor y sesudo de Carlos III, para que le mirase como uno de los primeros hombres de Estado de la Monarquía; y bajo este concepto llamóle al Ministerio de Estado en 19 de Febrero de 1777.

A esta época acababa de salir de Cádiz una expedicion destinada á tomar satisfaccion de los insultos que los Portugueses nos habian hecho en el rio grande de S. Pedro, al mismo tiempo que la Inglaterra y la Francia querian constituirse mediadoras de estas diferencias. El primer acto del Ministerio de Floridablanca fue rehusar toda mediacion, y ajustar el tratado preliminar de 1.^o de Octubre de 1777, llamado de Límites, en que adquirió para España la importante Colonia

del Sacramento, cerró la entrada del río de la Plata, y restableció las buenas relaciones con Portugal. También valió á la España la diestra direccion del Conde en las relaciones exteriores, la adquisicion de las Islas de Fernando Pó y Annobon, y la garantía de los Portugueses para la seguridad del Perú y demas provincias de la América meridional, contra los enemigos esteriores y contra las sublevaciones internas; garantía de gran precio mas tarde cuando estalló la guerra entre Inglaterra y España.

Servicios eran estos de suma importancia que el justo Rey Carlos III quiso recompensar, dando á su primer Ministro la gran Cruz de su nombre; condecoracion, entonces, de gran valía, pues recién instituida no se habia prodigado. Mas el modesto Conde se negó resueltamente á tomarla, solicitando la munificencia del Monarca en favor de los Ministros Conde de Riela, D. José Galvez, y Marqués de Castejon, sus compañeros, los cuales obtuvieron cada cual una gracia, al paso que el primer Ministro no aceptó ninguna.

Obra fue tambien de Floridablanca la entonces importante reconciliacion con el Rey de Marruecos, el que mandó á Carlos III á Ben-Otoman

de Embajador. Entabláronse al mismo tiempo relaciones con la India Oriental, que pudieran servir en el caso de un rompimiento con los Ingleses; sobre todo si tomaba calor en el Gabinete Británico el desiguio ya formado de apoderarse de Manila, si la oportunidad se presentaba, cuando la guerra estallase. lo que no era demasiado remoto. Ullimamente se hizo la paz con la Puerta, y mas tarde se verificó el bombardeo de Arjel.

Preparábase sin descanso el diestro Ministro de Estado, para el caso harto probable de una guerra, haciendo alianzas y estrechando relaciones, no solo fuera de la Europa, sino en Europa mismo, donde las entabló estrechas con el Gran Federico de Prusia, estableciendo por primera vez comunicaciones diplomáticas con la Prusia, mandándose recíprocamente ambas Córtes agentes diplomáticos. Cultivó al mismo tiempo Floridablanca, para contrapesar las influencias de la Inglaterra, sus relaciones con la Rusia, cuya potencia no solo no se alió con la Inglaterra, despues que la guerra hubo estallado, sino que hasta envió de propósito dos fragatas de su marina cargadas de efectos navales, en el tiempo que la guerra impedia el paso de ellos, para el servicio de nuestra armada.

Y aun logró mas, pues obtuvo que la Emperatriz de Rusia se pusiese á la cabeza de casi todas las naciones neutrales, para sostener el honor de su pabellon, que es lo que se llamó neutralidad armada. En suma, la destreza del Conde de Floridablanca privó á la Inglaterra en aquella guerra de todos los recursos de las potencias marítimas, sin escluir la Holanda.

Altamente hábil fue asimismo la negociacion dirigida por Floridablanca para enfrenar los desmanes que la Inglaterra tenia costumbre de hacer con los neutros. Sirvióse de los deseos que la Emperatriz de Rusia mostraba siempre de acrecentar la importancia y la influencia rusa en Europa, sirviéndose de ella para aclarar y fijar el derecho de navegacion con pabellon neutro.

Procuró, aunque en vano, Floridablanca evitar el rompimiento entre la Inglaterra y la Francia, á causa del justo resentimiento de los Ingleses contra ella, por los auxilios que prestara á la insurreccion de sus Colonias americanas; pero sin sacar fruto de sus esfuerzos, la guerra entre Franceses é Ingleses estalló en 1778. Una vez estallada trabajó Floridablanca con gran destreza para lograr una reconciliacion bajo la mediacion

de Carlos III, la cual fue aceptada por ambas potencias. Proponíase el hábil negociador español en todos estos pasos, obtener, si podia, la paz para todos; y si no era posible y la España se veia forzada, como él pensaba que podia suceder, á tomar parte en la guerra, que esta le cojiese preparado: en lo que empleaba todos los esfuerzos y todos los grandes medios de que el Gobierno español podia disponer entonces.

En este conflicto entre Ingleses y Franceses, la Francia, fundada en el pacto de familia, instaba á la España para que se declarase y obrase como su aliada, desde que rompió en hostilidades contra la Inglaterra. Floridablanca, circunspecto y diestro, negóse con firmeza á las exigencias de la Francia, fundando su repulsa y su opinion en que no se estaba en el caso del pacto de familia, porque la Francia no se habia acomodado á las disposiciones de aquel Tratado, habiendo hecho sin conocimiento de la España un Tratado de alianza con los Estados-Unidos, notificándolo á la Inglaterra, sin previo conocimiento del Gabinete español. Unió á esto Floridablanca con habilidad esquisita su terminante negativa de reconocer la independencia de los Estados-Unidos,

declarando no los reconoceria hasta que lo hubiese hecho la Inglaterra. Conducta tan leal no pudo dejar de obligar á los Ingleses, por de pronto, á deponer un tanto su desconfianza del Gobierno español, y se prestó ó mostró prestarse á la mediacion de Carlos III para ajustar las controversias pendientes.

Mas de un año hizo durar el hábil Ministro de Carlos III estas negociaciones, en cuyo tiempo puso la marina española, asi en América como en Europa, en un estado que jamás habia tenido hasta entonces. Asi, pues, cuando en 1779 descubierta la poca buena fe de la Inglaterra, la cual despreciando los planes de pacificacion propuestos por la España, durante la misma mediacion, habia dado órdenes por medio de su Compañía de la India, dirigidas á invadir nuestras Islas Filipinas é introducirse por el rio S. Juan al gran lago de Nicaragua, hallábase la España en actitud imponente y ventajosa. Esta era tal, que emprendió á un mismo tiempo una expedicion de 36 navíos de línea que debian unirse á otros tantos franceses para una invasion dentro de Inglaterra: el bloqueo de Jibraltar; el ataque de las plazas de Panzacola y Mobile, fuertes de



Nathez y Baton-rouge, para reintegrarse de la Florida; la irrupcion de toda la costa de Campeche, bahia de Honduras y pais de los Mosquitos; operaciones destinadas á desalojar á los Ingleses de todos los establecimientos que habian formado en aquel inmenso continente. Respecto á Europa, propuso, ademas del desembarco en Inglaterra, entre muchas otras cosas, la ocupacion de Menorca, que se verificó. Vióse entonces en las aguas del estrecho de Galais á la escuadra Inglesa huir delante de las escuadras combinadas, quedando prisionero de aquellas el navío inglés llamado el *Ardiente*. Resultado fue de la diligente destreza del Conde de Floridablanca el importantísimo apresamiento hecho por el Almirante Córdova, en los Azores, de 55 buques mercantes ingleses, escoltados por tres de guerra, subiendo el valor de lo apresado á mas de 100.000,000 de reales.

Tal, tan vasto é inmenso fue el plan formado por Floridablanca al estallar la guerra con los Ingleses en 1779. Coronado fue en gran parte de feliz éxito, y si no se logró la toma de Gibraltar y el desembarco en Inglaterra, los hechos alegados por el Conde en la narracion histórica de su

Ministerio demuestran bien positivamente que el plan mejor combinado se malogra si los elementos de ejecucion no favorecen siempre cual era de desear y debia esperarse. Mas al hombre ilustre, cuya biografía escribimos, le sobra la gloria de su posición, en medio del rango eminente que ocupaba á la sazón en Europa el Gobierno de Cárlos III, del cual él era el alma.

Hallábase en Cádiz prontos 50 navfos de línea que debian unirse á mas de 20 existentes en el Guarico, con 40,000 hombres de desembarco, cuando el Ministerio inglés propuso de nuevo los preliminares de la paz, que se hizo despues, concluyendo un Tratado que hacia dos siglos no habia la España logrado otro tan ventajoso, pues le aseguraba la reintegracion de Menorca, de las dos Floridas y la de toda la gran costa de Honduras y Campeche; y ciertamente habríase recuperado Gibraltar, cediendo algo en América, si el negociador en París Conde de Aranda hubiese apreciado en su justo valor el padrastro que era ese Peñon enclavado en nuestro territorio. Asi concluyó esta guerra de cinco años, la cual habria sido de desear no se hubiese encendido nunca, pues sea como quiera la proteccion de la España

á los disidentes ingleses en los Estados de la Union fue un error, cuya trascendencia era tan difícil percibir entonces, como es fácil apreciarla hoy.

Al verificarse la paz pidió Floridablanca varios premios y gracias para sus compañeros, y para sí reclamó tan solo del Rey con grandes instancias el permiso de retirarse á descansar: solicitud que hizo delante del Príncipe de Asturias, al que ya entonces hacia su Padre asistir al Despacho. Negóse resueltamente Carlos III diciendo á su Ministro querido que veria de hallar medio de procurarle el posible descanso, pero permitirle retirarse, de ningun modo; insistiendo de nuevo en esta ocasion en que tomase la gran Cruz que ya otra vez habia rehusado. Insistió tambien con respetuosa atencion el Conde en no admitirla, y el Rey le hizo la honrosísima distincion de decirle: «¿Qué se dirá de mí si no te atiendes, habiendo trabajado tanto? Tómala, si quiera por mí.»

Este rasgo en que no se sabe qué resplandezca mas, si la justicia de un Monarca ó la modestia de un súbdito, no puede omitirse en la biografia del primer Ministro de Carlos III, cuyos servicios en las relaciones exteriores quedan tra-

zados ligerísimamente, y que por grandes y eminentes que fuesen apenas pueden compararse con los que prestara en las cuestiones interiores, ó sea en la prosperidad interior del país desarrollando con destreza suma todos los elementos protectores de los intereses materiales. El primer elemento para este desarrollo, era buscar medios do quiera se encontrasen, y escitar y dirigir su empleo. El hábil Conde, que al paso que con esquisita circunspeccion iba limitando la demasiada influencia del clero y la acumulacion de riquezas en manos muertas; al mismo tiempo que restringia las fundaciones de nuevos mayorazgos, atenuando sus inconvenientes, pero sin destruir del todo este elemento esencial de las Monarquías, escitaba con estímulos sábiamente dirigidos á los ricos Prelados de España á emplear los grandes medios de que podian disponer entonces en objetos de utilidad pública, alentándolos con el ejemplo y la omnímota proteccion del Gobierno. Resultado de este sistema fueron las obras importantísimas del Arzobispo de Toledo Don Francisco Lorenzana, erijiendo casas de caridad en Toledo y Ciudad-Real, restaurando á costa de inmensas sumas el casi arruinado Palacio del Al-

cázar, con otras mil obras que honran la memoria de aquel ilustre Prelado. Este ejemplo siguieron á sujecion de Floridablanca los Arzobispos de Burgos, de Valencia, de Tarragona y de Santiago, los Obispos de Leon, de Jerona y otros, cuyas rentas les hizo emplear en su mayor parte en objetos de beneficencia y en obras públicas, que por todo el Reino se verificaban á la sazón, sacando hábil partido de los recursos del clero en beneficio del Estado; á todo lo cual, como en justicia debe decirse, se prestaba el clero secular con jeneroso desprendimiento. Floridablanca fue tambien el primero que en aquel tiempo anunció la necesidad de una reforma prudente en el clero regular.

No se contentaba el ilustre Ministro, cuya biografía escribimos, con escitar al respetable clero á emplear sus cuantiosos medios en beneficio del Estado: los medios morales de este y todos los materiales de que podia disponer, eran puestos en accion por Floridablanca para llevar á cabo su pensamiento preferente de proteccion decidida á los intereses materiales del pueblo, encomendado á su cuidado. Obra suya fue el proyecto de recoger los pobres de las capitales en

establecimientos públicos, donde se combinase su asistencia con el trabajo. Fué lo la creación de las Juntas de Caridad y Diputaciones de Barrio en Madrid, que tanto contribuyeron y contribuyen al beneficio público: la protección decidida á las Sociedades Económicas del Reino, que en 1789 llegaban ya á sesenta; y en fin, pensamiento suyo fueron casi todas las obras públicas, que puede decirse datan en su mayor parte del periodo del Ministerio de Floridablanca, ó sean los últimos once años del reinado de Carlos III. Cuéntase entre ellas el importante canal de Tauste en Aragón, los dos pantanos de Lorca que cargaban 24.000,000 de varas cúbicas de agua, destinada á los riegos de aquel fértil territorio; el canal de Tortosa; el principiado caual de Manzanares, y el de Campos en Castilla. Las grandes carreteras de Andalucía, Valencia, Cartajena y Francia, es decir, los magníficos pasos de Sierra Morena, Guadarrama, Navacerrada y Somosierra, recordarán eternamente al viajero el nombre ilustre de Floridablanca, y el reinado del gran Carlos III, en el que, solo durante el Ministerio de aquel, es decir, en once años, se construyeron y repararon sobre 400 leguas de caminos, fabricando

322 puentes nuevos, y habilitando 45, y hechas 1049 alcantarillas.

Las ciencias y las artes recibieron no menos decidida proteccion del primer Ministro de Carlos III. Ensayos para mejorar la agricultura hechos con acierto y bajo su misma inspeccion ocular verificáronse en Aranjuez. En la casa de la Florida, en Madrid, establecióse una gran fábrica de máquinas. Enviáronse fuera de España muchos pensionistas para que se perfeccionasen en las artes, en las ciencias y en la medicina. Establecióse el Jardín Botánico y el Gabinete de Historia natural, creando dos establecimientos que son el principal ornamento de Madrid. Su empedrado, la puerta de Alcalá y su bella salida, las de Segovia y Atocha fueron hechas bajo la inmediata direccion de Floridablanca, cuya buena memoria no deja de recordarse en cualquiera parte donde se vean los pocos ó muchos objetos de utilidad, comodidad y oruato público existentes. Debióse tambien á su solicitud la creacion del Banco nacional de S. Carlos, verificada en oportunidad la mas bien elejida, y la formacion de la Compañía de Filipinas. Mas en donde el hombre eminente de quien tratamos se retrata mas patentemente con

los verdaderos caracteres de verdad que el tribunal inexorable de la historia toma en cuenta para juzgar á los hombres despues que han desaparecido de la escena del mundo, es en la célebre *Instruccion reservada*, dada para direccion de la junta de Estado, creada por el Rey Carlos III por su Real decreto de 8 de Julio de 1787 (*). La verdad es que esta Instruccion para la gobernacion del reino es un monumento eterno del saber y experiencia de su autor; y si bien en otra época podria ser acaso atacada como poco liberal, hoy por el contrario servirá para juzgar con acierto sobre la gran cuestion contemporánea de la demarcacion delicadísima entre el sistema de reforma de que la Monarquía española estaba necesitada tantos años hacia, y cuya necesidad quiso

(*) Nosotros hemos tenido el placer de ver el original de esta célebre *Instruccion*, escrita toda de mano del Conde de Floridablanca: original que S. M. el Sr. D. Fernando VII poseia entre sus preciosos manuscritos, que el Rey pidió para la coleccion de manuscritos al actual Marqués de Miraflores, Conde que fue de Floridablanca, en representacion de su mujer, heredera inmediata del título, á la muerte de su tío D. José Moñino. Copia tambien de ella dió el Marqués de Miraflores á D. Andres Muriel que acaba de publicarla: recomendamos su atenta lectura que es el verdadero complemento de la biografía del Conde de Floridablanca: ella es un cuadro completo donde brilla la probidad y el saber de su ilustre autor.



satisfacer la justificación de Carlos III y la sabiduría y circunspección de su Ministro, en medio de los peligros de las reformas que datan de aquel reinado y Ministerio. Adonde quiera que se vuelva la vista, ya sea en la administración del Estado, ya en la legislación, lo que atestiguan los códigos contemporáneos, se ven reformas importantes y graves, las cuales hoy se miran, por no pocos, como un plano inclinado en el que ha resbalado la antigua Monarquía hasta la cima donde se encuentra hundida. Mas la santa verdad y la justicia exige decir, que la grande obra del Conde de Floridablanca en su Instrucción á la junta de Estado, obra que en su calidad de reservada excluía toda idea de arrancar del juicio público, á que jamás pudo pensar fuese sometida, ni aplausos ni vituperios, coloca sin duda á Floridablanca como el mas eminente hombre de Estado del reinado de Carlos III, como el primero entre los hombres prácticos de gobierno, como el mas adelantado entre nuestros jurisconsultos, como un español honrado, lleno de patriotismo y desinterés, aspirando al bien y ventura de su patria de la manera mas franca, mas desinteresada y mas leal.

¿Mas que sirvieron nunca ni las virtudes ni el patriotismo contra las intrigas de la córte, si esta es corrompida y desmoralizada? Nada en efecto. Habia pasado poco mas de un año de la creacion de la junta de Estado, cuyos trabajos estrictamente acomodados á la sábia Instruccion que la servia de guia, habrian dado ópimos frutos de bien y ventura á la nacion, cuando se sirvió Dios llamar á sí al gran Monarca, cuya mano sostenia con sábia constancia los designios de su honrado Ministro. Carlos III murió en Diciembre de 1788, dejando su reino sumido en la afliccion, y espuesto á los azares del nuevo reinado de su hijo Carlos IV, cuyo carácter débil le habia hecho entregar á su esposa, que desde sus primeros años se habia abandonado á estravios amorosos y necesariamente á todas sus consecuencias. Mas de una vez fue objeto, este porvenir para la España, de las consideraciones del anciano Carlos III con su querido Ministro, á quien en medio de su severidad trataba como el mas tierno amigo.

Cuadra perfectamente á la biografía que nos ocupa una anecdota curiosa de aquella época. Discutian Carlos III y Floridablanca mas de una vez sobre los devaneos de la Princesa, y como

Floridablanca , como hombre tolerante y de mundo , tratase siempre de disculparlos, y aun ejercer siempre que podía una mediacion benévola contra la severidad de principios del Rey , mediacion á que la Princesa comprometia diariamente al Ministro favorito de su suegro, respondióle Cárlos III con ternura: « ¡ Ay , Pepe, qué bueno eres: qué poco te lo tomarán en cuenta cuando yo me muera! »

Proféticas eran en efecto las palabras de aquel respetable y anciano Monarca ; pues apenas hubo descendido al sepulcro , su Ministro empezó á sentir los tiros emponzoñados de la envidia, de que en vano queria librarle el nuevo Rey , pues habiéndosele recomendado por su padre siguiese los consejos de Floridablanca , y conocido por sí mismo años hacia , asistiendo al despacho de su padre , la probidad y la ciencia de su Ministro, deseaba en su interior conservarle á su lado.

No mas que cinco meses hacia que Cárlos III habia muerto, cuando se urdió la primera intriga dirigida á derrihar al Conde de Floridablanca. El 12 de Mayo de 1789 se remitió al Rey Cárlos IV por mano de su Ayuda de cámara Ruba , y á la Reina Doña María Luisa su mujer por la de Don

Manuel Godoy, un papel anónimo, un verdadero libelo infamatorio contra el primer Ministro. Carlos IV, en vez de caer por el pronto en el lazo, y no pudiendo dejar de considerar cuánto le importaba no separar el timon del Estado de manos que le habian gobernado con tan feliz éxito doce años hacia, y cuya destreza experimentada le era cada dia mas necesaria, pues en el reino vecino ruja ya el viento precursor de ricias borrascas, mandó al Consejo se instruyese una causa dirigida á averiguar, si era posible, los autores del infame libelo contra el benemérito Ministro de Estado. No fueron enteramente perdidos los esfuerzos del celoso D. Mariano Colon, Superintendente de policia, á quien la causa fue encomendada, apareciendo como sospechosos el Marqués de Manca y D. Vicente Salucci; pero inerpúsose, entre la accion de la justicia, la mano de la intriga y la accion del favor de la Reina, y los sospechosos quedaron indemnes y mas tarde recibieron el galardón. ¿Ni como podia ser otra cosa, cuando la Reina Maria Luisa, dominada por una loca passion, dió entrada en los consejos de la Cámara, casi desde el advenimiento de su marido al Trono, á un inesperto y poco aventajado jóven Guardia

de Corps, que ganando en favor cada dia, fue elevado á primer Ministro á la edad de 25 años, y esto en momentos en que arreciando el vendabal furioso de la revolucion francesa, complicaciones y peligros debiau sobrevenir diariamente sobre la España?

En Marzo del año 1792, causado de intrigas y contradicciones, y convencido de su imposibilidad de evitar los males que presentia cerca nos, dejó Floridablanca el Ministerio, y con él el gobierno de la Monarquía que habia dirigido desde Febrero de 1777. Dejemos la triste historia de las desgracias que sobrevinieron á la desventurada España desde esta infausta época: nuestra mision no es de historiadores del reinado de Carlos IV, sino de biógrafos del Conde de Floridablanca. Su alta importancia no podia ser indiferente á sus émulos, aun despues de haberse separado del poder, y resolvieron perseguirle. Empezaron por desterrarle de la córte, y poco despues pusiéronle preso en la ciudadela de Pamplona; y el mismo hombre que los quince años tal vez mas florecientes de la Monarquía española habia sido árbitro completo de sus destinos, que tantos bienes habia hecho á su patria y tamaños servicios habia prestado al

Estado, este mismo hombre se vé víctima de intrigas palaciegas las mas inmundas. La historia recojerá con gloria y nosotros debemos consignarlo á la posteridad al escribir la biografía del Conde de Floridablanca, un hecho harto sublime para que permanezca ignorado: al ser preso y conducido á la ciudadela de Pamplona, se hallaba tan escaso de medios que hubo de prestarle para el viaje una pequeña suma su cuñada la Marquesa de Pontejos. Las rentas del Conde de Floridablanca, del primer Ministro de Carlos III, del hombre que desde Febrero de 1777 hasta el año 1792, es decir, quince años, habia sido árbitro absoluto de los tesoros de España y América, nunca llegaron á 30,000 rs. anuales; ejemplo notable y casi único de pureza y desinterés, que ojalá hubiese sido seguido siempre por sus sucesores, y que alza á un hombre en reputacion y gloria á una tal altura que no llegan á ella los dardos envenenados de las pasiones, y á la que la posteridad tributa eternamente admiracion y respeto.

Cansáronse por fin los estúpidos y miserables enemigos de Floridablanca de perseguirlo; y desde Pamplona permitiéronle retirarse al reino de

Murcia su país; y en Hellin pasó algunos años en completa oscuridad, dedicado á la vida del campo. Trasladóse, transcurrido algun tiempo, á Murcia, yendo á vivir á una humilde celda del convento de San Francisco, sin mas compañía que un lego de aquella órden, recordando prácticamente aquel dicho célebre de Mirabeau, de lo inmediato que estaba la Tarpeya del Copitolio. Mas el alma de Floridablanca era tan elevada que no veia un tormento en su asilo: veia un agradable lugar de descanso, y empleado constantemente en obras de caridad, á que consagraba todo su pequeño patrimonio, ocupando sus ocios en escribir sobre asuntos de religion, y haciendo una vida toda de piedad y tranquila, llegó el dia en que la mano augusta del Eterno, que vela sobre la suerte del justo, al paso que mas pronto ó mas tarde hace sentirse duramente sobre la cabeza del culpable, debia dejarse ver con todo el esplendor de su justicia en la nueva suerte que preparaba en los postrimeros dias al ilustre Ministro de Carlos III, que rayaba ya en los 80 años.

En efecto, álzase en 1808 España en masa, escitada por el sublime sentimiento de independencia nacional contra la usurpacion de un gran

capitan, que invade la España como fementido, manchando con ello su merecido renombre, y arrebatada del Trono español sus Reyes; y en la horfandad de la nacion española, en momentos que todos los sentimientos jenerosos se conmovian, tratando de darse un gobierno, la nacion entera acude á la humilde celda de S. Francisco á vindicar la justicia ultrajada y la virtud oprimida en las canas del Conde, y una opinion unánimemente nacional lo saca de su retiro, y desde él, en medio de la obacion mas jeneral y mas sincera que habia recibido mortal ninguno, desde la celda del convento de S. Francisco fue Floridablanca llevado á presidir la Junta Central, es decir, el Gobierno supremo del Estado, siendo alojado en el Palacio de los Reyes en Aranjuez, revestido del título de Alteza Serenísimá, y honores de Infante de España.

Emociones eran estas que afectaron grandemente su alma sensible y su corazon jeneroso, y á la edad en que se hallaba el ilustre anciano no pudo soportarlas sino tres meses. En ellos anunció su pensamiento constante de reformador, pero reformador discreto, juicioso y siempre atento á no lanzar el carro del Estado en azares tan pe-



ligrosos como se le lanzó apenas hubo desaparecido. En Diciembre de 1808 descendió á la tumba á los 81 años de edad, sin haber empezado apenas los trabajos de Gobierno á que fue llamado. La justicia nacional debia rendir el último tributo á sus virtudes y servicios, y así lo hizo. Fue sepultado en la Catedral de Sevilla con honores de Infante (*), erigiéndose á espensas del Estado un sepulcro adonde reposan sus ilustres cenizas, inmediatas á las del Santo Rey Fernando.



(*) La Junta Central concedió al título de Floridablanca, después de su muerte, la grandeza de España de primera clase, libre de Lanzas y Medias Anatas.





MR. DE BALZAC.

Personages célèbres del Siglo

Ed. de Esare

M. DE BALZAC.

Había emprendido una lucha insensata! Combatía á la miseria con mi pluma.

M. DE BALZAC. — *Introducción á El Lirio en el Valle.*

No hace todavía dos siglos que la Francia poseía un novelista rodeado de una gloria inmensa, que era, á un mismo tiempo, el mas fecundo y mas apreciado de los novelistas de su época. Precisado por los reveses de la fortuna á buscar en los trabajos literarios una honrosa existencia, publicó cerca de cincuenta volúmenes de mil doscientas páginas cada uno, con pocos blancos y pocas márgenes. De su obra, como diría ahora Mr. de Balzac, se hicieron muchas ediciones, y era la delicia de la

Corte y de la ciudad. No eran solo los espíritus frívolos, los jóvenes, las mujeres, los que devoraban aquellas interminables historias amorosas. El sábio Huet, Obispo de Avranches, se volvía loco con su lectura; el Obispo Codeau deliraba también por ellas, y el Obispo Mascaron citaba en el púlpito al autor, entre S. Agustín y S. Bernardo; Flechier, el elegante Flechier, distribuía aquellas novelas en su diócesis « para edificar, decía, á las jentes honradas, y dar un buen ejemplo de moral á los que la predicán. » Hasta los solitarios de Port-Royal, tomaban parte en aquel gran concierto de admiraciones. A los pocos lectores descontentadizos que se atrevían á encontrarlas un poco largas, le decía Menage con un tono de oráculo, que manifestaban la *pequeñez* de su entendimiento; colocaba sin cumplimientos al autor al nivel de Homero y de Virjilio; y la mayor parte pensaban como Menage. La fama del novelista había pasado los mares y los montes; se traducía en todas lenguas, la Europa le admiraba, la Reina Cristina de Suecia se vanagloriaba de seguir con él una correspondencia epistolar; los pintores se disputaban el honor de hacer su retrato; le cantaban los poetas; tenía una Curtuea, de la cual hablaba todo el mundo, como se ha ha-

blado, no hace mucho tiempo, del baston de Mr. de Balzac; en una palabra, era aun mas *inmortal* de lo que lo es en el dia Mr. de Balzac.

Pues bien ¡lectores! la posteridad es tan caprichosa, que si digo el nombre del grande escritor, cuya biografía acabo de bosquejar sin la menor exageracion, os vais á reir de mí; si digo que se trata de Mlle. Magdalena de Seudery, calificada durante su vida de Safo del siglo XVII, del autor de *El ilustre Bassa*, de *El Gran Ciro*, de *Clelia*, de *Almahide*, etc.; etc., me contestareis con un epigrama de Boileau, y me arrojareis á la cara el famoso mapa geográfico para ir de *Particular á Tierno*, desarreglo del entendimiento, del cual el autor era el primero en reirse; y os bastará con esto. Si os hablo de las demas notabilidades novelescas de la misma época, del Sr. Goultiers de la Calprenède, grande ingenio que escribia *Casandra* (10 tomos), *Cleopatra* (23 tomos), *Faramundoo Silvandro*, etc., etc. (en junto 43 tomos) sin contar once comedias; si os recuerdo al ilustre Onorato d'Urfé, el padre de la novela, que escribió *La Astrea*, el libro favorito de La Fontaine; d'Urfé, á quien Pelisson llama « uno de los entendimientos mas raros y maravillosos que jamás haya tenido

la Francia; » si os cito otros veinte nombres destinados entonces á la inmortalidad, me direis que todas aquellas glorias os son enteramente desconocidas; que *Ciro*, *Cleopatra* y *Astrea*, son libros enfadosos (lo que os concedo de buena gana aunque no los hayais leído), y que nada de comun tiene todo esto con Mr. de Balzac, lo que niego formalmente.

Porque al fin, entre el novelista francés mas célebre y fecundo del siglo XVII, y el mas fecundo y célebre de los romanceros franceses del XIX, entre Mlle. Scudery y Mr. de Balzac, por lo menos hay siempre tres puntos de contacto: igual jénero, igual facundia, igual celebridad. Esto es tan claro como el falso axioma del Sr. Prudhome: «Quitad al hombre de la sociedad, y le aislais.» Queda la diferencia muy notable, que el primero de los dos novelistas murió física y literariamente, al paso que el otro disfruta, bajo este doble aspecto, de una vida muy floreciente. La primera parte de esta diferencia desaparecerá por fuerza; ¿sucederá lo mismo con la segunda? ¿y dentro de dos siglos, será bastante completa la semejanza entre Mlle. de Scudery y Mr. de Balzac, que proporcione á algun nuevo biógrafo un exordio como el que pre-

cede? Tal es, lector, la cuestion grave, delicada, peliaguda, que me preocupa al emprender esta biografia; cuestion que toca resolver á la posteridad, y de la cual sin embargo diremos anticipadamente algunas palabras, con toda la reserva que debe observarse en el exámen de un proceso que no se puede fallar en última instancia. Esta fugaz comparacion entre la novela en su nacimiento y la novela del dia, os servirá tal vez tanto como una série de graciosidades gastadas y de mal gusto, sobre la vida privada, las costumbres, el vestido de fraile, los acreedores, y el baston de Mr. de Balzac. Ademas reduciremos bastante este análisis, para que en nada perjudique á la biografia.

Pero, me direis (si como yo leis y os gusta Mr. de Balzac), ¿cómo pueden compararse estas obras maestras, con un fárrago de producciones fastidiosas, sin mas mérito que su abundancia, y que carecen de estilo, de imaginacion y de gracia? Despacio, lector; nuestros antepasados, los contemporáneos de Richelieu, del Cardenal de Retz, de Mme. de Sevigné y de Pascal, no eran mas estúpidos que nosotros; admiraban las voluminosas novelas de Mlle. de Scudery, y hasta leerlas para convencerse de que no les falta gracia, ni imagina-

cion, ni aun estilo. Su forma literaria no se diferencia notablemente de los buenos escritos de la misma época, y sin embargo, me apresuro á confesarlo, es preciso un gran valor para emprender su lectura: se muere uno de fastidio. ¿De qué proviene esto? ¿Qué le falta pues á Mlle. de Scudery para encantarnos como encantaba á nuestros padres? Algunos críticos contestan; Mlle. de Scudery no sabia escribir, y las obras solo viven por su estilo. Esta asercion, que repito, es aqui falsa en el hecho, me parece tambien muy disputable en principio. No es su forma literaria, que no somos capaces de apreciar, la que ha hecho atravesar por entre siglos á la Iliada y á la novela de Longus: y si el mismo Shakspeare, que hasta los ingleses tienen precision de traducir, es inmortal, ¿se dirá acaso que es por el estilo? Con la verdad de los sentimientos y de las pasiones, no con la verdad individual, local, efímera, sino con la verdad humana; eterna, es como se immortalizan los grandes escritores. Las novelas de Mlle. de Scudery han muerto, porque no eran verdaderas; pudieron ser admiradas, á pesar de estar desprovistas, no solo de verdad absoluta, si no hasta cierto punto de verdad relativa. Un novelista, cualquiera

que sea su pretension de representar fielmente su época, no es un historiador; es un poeta: su deber es trabajar cosas buenas, pero buenas siendo verdad. Si su parte maravillosa se apoya en pasiones facticias, en caprichos pasajeros, puede gustar tanto cuanto duren esas pasiones y caprichos, aunque los exajere, los adorne, ó les dé el colorido que le parezca; pero falta aquel frágil apoyo, y todo se desploma, y ni siquiera queda á tales obras un valor real como documento histórico. Esto es lo que ha sucedido con las novelas de Mlle. de Scudery.

Tal era pues el tejido jeneral de aquellos libros, que tanto gustaban á nuestros antepasados, porque se encontraban en ellos, con sus gustos, sus opiniones, su lenguaje, sus ridiculeces, las costumbres de su vida, y los mas fantásticos caprichos de su imaginacion. Veíanse allí elegantes, habladores, intrépidos, azucarados, quisquillosos, enamorados, pero esencialmente virtuosos; y esta mentirilla era un encanto mas.

La escena pasaba en Asiria, en Persia, en Egipto ó Roma; pero no hay necesidad de decir que aquellos Persas, Asirios y Romanos solo el nombre tenían de su país. Cuatro cualidades eran indis-

pensables para constituir un héroe de novela; debía ser bien formado, valiente, tener talento y ser de *clase* (estilo de la época); era ó menudo un príncipe disfrazado; la heroína era hija de rey, princesa, ó por lo menos mujer de alta jerarquía, y hermosa como el sol. Encontrábanse por primera vez en el templo de Sinope, en los jardines de Ecbatána, en la corte de Babilonia, ó en las márgenes del Tiber. Entonces, lo mismo que ahora, el héroe recibía al momento un flechazo en el corazón («el primer instante de aquella fatal entrevista, fue el primero de mi pasión»); si se presentaba ocasión favorable, si sus relaciones se lo permitían, se acercaba á la dama con aire galante y ajitado (los dos nos pusimos colorados al acercarnos, pero sin duda fue á causa de sentimientos diferentes; la molestia hacia en ella lo que en mí el amor). Los héroes modernos tienen mejor opinion de sí mismos.

El príncipe, de vuelta á su casa, y necesariamente provisto de un confidente, lo mismo que la princesa de una confidenta, hacia esclamaciones acerca de las beldades que acababan de herir sus ojos, y hacia sufrir á su corazón interminables preguntas («pero por último, decidiéndome de re-

peute, despues de algun tiempo de silencio : ¡No, no, corazon mio! esclamaba al recobrar el uso de la palabra, no vacilemos mas, confesemos que apreciamos, que amamos, que adoramos á Amestris »). El asunto, una vez bien decidido, desplegaba el héroe cualidades y talentos mas que humanos, para conquistar el afecto de su hermosa; sobrepujaba los trabajos de Hércules, derrotaba ejércitos, destruía ciudades, provocaba á singular combate á sus rivales, los hería ó desarmaba, les dejaba la vida, y adquiría su afecto. Mostrábase valiente como Aquiles, humano y jeneroso como Bayardo, prudente y comedido como Escipion, y pronto no se hablaba mas que de él en todo el Imperio.

En cuanto á la heroína la pasion marchaba con mucha mayor lentitud; al concluir el primer tomo, apenas habia llegado al aprecio; en los cinco siguientes era sucesivamente robada por una docena de pretendientes, todos raptos bien nacidos, bien educados, muy enamorados, pero muy respetuosos, que se contentaban con hacerla viajar por montes y valles, por mar y por tierra, hablándola con verbosidad y atencion de su amor. Ya se entiende que ella los rechazaba; y como regularmente la libraba aquel que ya obtenia su aprecio,

no tardaba en aparecer el agradecimiento. El héroe, aprovechándose de las circunstancias, hacia un consumo enorme de precauciones oratorias para alcanzar una palabra de su amor. Unas veces era mal recibido, porque no se conocia aun bien su condicion; otras porque la severa virtud de la heroína se alarmaba de la espresion de un sentimiento, de que sus nobles padres no la permitian participar. El héroe declaraba y probaba que era de ilustre cuna; entonces se le dejaba entreveer que se tenia cierta disposicion á no odiarlo. En el tomo noveno, se le confesaba, bajando la vista, que se le apreciaba bastante para no incomodarse de que amase, y para desear que fuese eternamente; por fin, en el décimo, con el permiso de los padres, se esplicaban categóricamente, y acababan por casarse; y eran, decia el narrador, «tan felices, que es imposible serlo mas.» Algunas veces, la novela acababa mal; la heroína estaba casada con otro; como el adulterio era aun poco usado en los libros, moríase de pesar, y el amante tardaba poco en seguirla al sepulcro; «feliz, decia el autor, con no haber sobrevivido á la persona por quien solo habia existido, y orgulloso al morir de haber dado con su muerte un ejemplo tan her-

moso de la pasión mas pura y verdadera que jamás hubiese abrasado á un alma.»

Bueno es añadir que los diez volúmenes de rigor, estaban siempre rellenos con un gran número de historias particulares que se contaban unos á otros. los personajes secundarios de la novela; aquellos cuentos se enlazaban bien ó mal con el principal, pero daban á la obra una gran variedad de accidentes y de aventuras. Cuantas maravillas puede concebir la imaginación, cuantos rodeos puede inventar el entendimiento mas sutil para dar mil aspectos á un pensamiento, estaban allí con profusión. Todo aquello era friamente apasionado, amanerado, coqueto, presuntuoso, difuso, alambicado por el pensamiento mas aun que por la forma; no habia plan, ni enlace, ni lógica; pero todo era puro, delicado, caballeresco; ni una escena siquiera de alcoba ó de tocador; ni el menor cuadro susceptible de alarmar al pudor mas severo; la decencia en el estilo, era igual á la de los sentimientos. Y sin embargo, fuera de aquel mundo ideal y platónico, que tanto gustaba á los ilustrados, el mundo real no dejaba de seguir su marcha. Ninon escribia su billete á Lachastre; Bussy educaba mujeres y procedia con ellas muy dife-



no tardaba en aparecer el agradecimiento. El héroe, aprovechándose de las circunstancias, hacia un consumo enorme de precauciones oratorias para alcanzar una palabra de su amor. Unas veces era mal recibido, porque no se conocia aun bien su condicion; otras porque la severa virtud de la heroína se alarmaba de la espresion de un sentimiento, de que sus nobles padres no la permitian participar. El héroe declaraba y probaba que era de ilustre cuna; entonces se le dejaba entrever que se tenia cierta disposicion á no odiarlo. En el tomo noveno, se le confesaba, bajando la vista, que se le apreciaba bastante para no incomodarse de que amase, y para desear que fuese eternamente; por fin, en el décimo, con el permiso de los padres, se esplicaban categóricamente, y acababan por casarse; y eran, decia el narrador, «tan felices, que es imposible serlo mas.» Algunas veces, la novela acababa mal; la heroína estaba casada con otro; como el adulterio era aun poco usado en los libros, moríase de pesar, y el amante tardaba poco en seguirla al sepulcro; «feliz, decia el autor, con no haber sobrevivido á la persona por quien solo habia existido, y orgulloso al morir de haber dado con su muerte un ejemplo tan her-

moso de la pasión mas pura y verdadera que jamás hubiese abrasado á un alma.»

Bueno es añadir que los diez volúmenes de rigor, estaban siempre rellenos con un gran número de historias particulares que se contaban unos á otros los personajes secundarios de la novela; aquellos cuentos se enlazaban bien ó mal con el principal, pero daban á la obra una gran variedad de accidentes y de aventuras. Cuantas maravillas puede concebir la imaginación, cuantos rodeos puede inventar el entendimiento mas sutil para dar mil aspectos á un pensamiento, estaban allí con profusion. Todo aquello era friamente apasionado, amanerado, coqueto, presuntuoso, difuso, alambicado por el pensamiento mas aun que por la forma; no habia plan, ni enlace, ni lógica; pero todo era puro, delicado, caballeresco; ni una escena siquiera de alcoba ó de tocador; ni el menor cuadro susceptible de alarmar al pudor mas severo; la decencia en el estilo, era igual á la de los sentimientos. Y sin embargo, fuera de aquel mundo ideal y platónico, que tanto gustaba á los ilustrados, el mundo real no dejaba de seguir su marcha. Ninon escribia su billete á Lachastre; Bussy educaba mujeres y procedia con ellas muy dife-

rentemente que el príncipe de Asiria con su *ilustre* Mandane; el abate Gondy y Bassompierre tenían ambos poco parecidos á los de Artameno ó Tiri-dates, y la Brinvilliers resaltaba feamente en aquellos brillantes cuadros.

En el día, nuestros novelistas lo han cambiado todo, y para agradarnos han tomado las cosas al revés. Pero Mr. de Balzac, con tanto talento, mas observacion, mas saber, mas lójica, mas verdadera pasion, con una forma literaria mas perfeccionada, ha desplegado muchas veces, en un opuesto orden de ideas, igual intemperancia de estilo, el mismo abuso en la descripcion y el análisis que nos chocan en Mlle. de Scudery. Encuéntrense en ambos pájinas que rivalizan en afectacion y mal gusto; y es cosa digna de atencion, que de los dos estilos, el mas hinchado, el mas sutil no es el de Mlle. de Scudery. La lectura de *Ciro* y de *Clelia* (esceptuando sin embargo la carta del Tierno, que es un modelo del jénero afectado) cansa mas bien por su monotonía y énfasis, que por su sutileza. Todo aquello es largo, difuso, campanudo; es una amplificacion interminable, escrita *calamo corrente*, variada de accidentes, pero apoyada siempre en el mismo tema; es un dilu-

vio de frases sin trabazon lójica. Pero por muy desleído que esté el pensamiento, jamás lo está hasta el punto de desaparecer completamente; es insípido, absurdo ó jactancioso, pero siempre visible y palpable. En Mr. de Balzac, al contrario, la descripción y el análisis, que son además la parte brillante de su talento, dejeneran á veces en minuciosidades de tal modo sutiles y embrolladas, que es imposible entenderlas. Pudiera citar mil ejemplos. De los dos escritores, el uno tenia un escalpelo inofensivo que, por ignorancia, pasaba siempre sobre la misma fibra; el otro, mas entendido, despues de haber tocado lijera-mente todas las rejiones del corazon, se acurruca en un rincon donde se complace y agota, por amor á lo nuevo, en diseccar las mas pequeñas fibras, y en hacer pedazos los átomos. El primero no tiene mas que una nota falsa mezclada de mil maneras, pero siempre la misma en el fondo; el segundo posee una escala caprichosa, tiene notas de un timbre magnífico; las tiene tan pequeñas y débiles que apenas se oyen, y otras tan chillonas que es preciso taparse los oidos. Combinense estas tres clases de notas de treinta maneras diferentes, y se tendrá una idea del canto de Mr. de Balzac. Algunas veces,

solo emplea sus notas buenas, su canto tiene poca variedad, pero es muy puro, muy sencillo y hermoso; otras añade á ellas notas débiles, y resulta un canto incompleto que solo satisface á medias; otras dá sucesivamente su escala entera: sonidos puros primero, despues los débiles, y en seguida los falsos; otras por fin lo mezcla todo, y forma una verdadera concerrada.

Si siguiendo esta comparacion entre la novela del siglo XVII y la del XIX, en la persona de sus principales representantes, pasamos al fondo mismo de los libros, á la actitud, á la fisonomía de los personajes y al juego de las pasiones, desaparece toda relacion, ó mas bien se presenta otra inversa. Mlle. de Scudery vivia en una sociedad ociosa y frívola, pero clasificada, ordenada; habia en las cosas del corazon, lo mismo que en las de la vida, una especie de etiqueta que pocas veces dejaba de observarse. La carta del *Tierno* tenia una parte real, positiva, aplicable. Mr. de Balzac pertenece á una sociedad que tiene leyes políticas, pero que no tiene ni leyes sociales, ni leyes morales. La vida es en ella bastante regular en su mezquindad, porque tiene un móvil capital, el interés, y otro esencial, el dinero; pero en el mundo de las intelijen-

cias hay un caos espantoso. Y precisamente por este lado se parece Mr. de Balzac á su siglo. Lo que nos distingue literariamente es el horror á lo conocido; cuanto mas fría y vulgar es nuestra existencia, tanto mas exigente y calenturienta es nuestra imaginacion: véase pues porque el corazon humano, esa mina de oro, está registrado por todos lados hace mucho tiempo, por los novelistas y los poetas. ¡Cuántos cuidados y paciencia serian menester para descubrir en ella una nueva veta! Y sin embargo necesitamos cosas nuevas, imprevistas; las necesitamos pronto y en cantidad, aunque no las haya en el mundo. Acosados de este modo, amalgamamos tipos conocidos, buscamos efectos nuevos en contrastes no naturales, producimos con esfuerzos creaciones mutiladas, estrambóticas, abortos á los cuales les faltan los dos elementos principales de la vida, lo sencillo y lo verdadero, y que mueren con nosotros ó antes que nosotros.

En el dia ya no se trata de que el héroe de una novela sea buen mózo, tenga talento, valor y clase; ninguna de estas cualidades es absolutamente indispensable; la última no solo ha desaparecido, y es fácil conocerlo, si no que la ha reemplazado otra contraria. No tener padres, es

uno de los privilegios de los héroes de novela : nada hay tan poético como un hombre que no puede presentar su fe de bautismo. Digamos, sin embargo, que en cuanto á este punto Mr. de Balzac es todavía el mas aristocrático de nuestros novelistas ; por lo jeneral sus héroes estan provistos de un padre, algunas veces de un título, y por lo menos de una partícula. Unicamente su existencia se encuentra frecuentemente unida por misteriosos lazos con no sé qué hermandad de presidarios cumplidos, de rateros y de mujeres públicas, mundo aparte que Mr. de Balzac ha organizado á su modo, y en el cual se complace en buscar colores sombríos para sus cuadros. Las demas cualidades que gustaban á nuestros antepasados, se han refundido en una cualidad compleja y de creacion moderna, quiero decir, el *no sé qué*; este precioso don suple á todo. El *no sé qué*, está comunmente en el ojo, y ese ojo es todo lo que se quiere: es tan pronto dulce como altivo, con mas frecuencia montaraz, pero esencialmente fascinador. Tiene, usando una frase de Mr. de Balzac, *proyecciones fluidas*, cuyo efecto es irresistible, y que á distancia de cien pasos traspasan el corazon de una mujer, como pudiera hacerlo una carabina de

Delvigne. En cuanto á la intelijencia y á la moral, jeneralmente presenta el héroe la mas estrambótica mezcla. Por de pronto lleva en la frente el sello divino; tiene talento, mucho talento, un talento universal. Hubiera podido ser, segun le acomodase, un gran capitán, un grande orador, un grande hombre de Estado; sino ha sido un Napoleon, un Montesquieu, un Chateaubriand, un Mirabeau, ó un Richelieu, es porque consideró á los hombres demasiado pequeños para ser dignos de tomarse el trabajo de dirigirlos, ó bien porque penetró de una sola ojeada la nada de las cosas humanas, ó tambien (como en la historia de Marcas) porque no tuvo un vestido y un par de botas. En su trato con las mujeres, es á un mismo tiempo cándido como un niño, sombrío, osado y feroz como un bandido, elegante y fino como un calavera de los tiempos pasados, vulgar y desvergonzado como un caballero de industria del siglo XIX. Tómese un poco del Corsario de Byron, un poquito no mas de Grandisson, un poco de Lovelace ó de Lauzun, y mucho de Roberto Macario; mázesele todo en dosis iguales, llámesele Rastignac, de Trailles, de Marsay, Ronqueroles, etc., etc., y se ten-

drá un tipo de los amantes que gustan á Mr. de Balzac.

Aparte de estas creaciones, que todas se parecen mas ó menos, Mr. de Balzac ha enjendra- do otros tipos masculinos que, en mi concepto, son mucho mejores; ha encontrado en la interesante historia de *Eujenia Grandet* un tipo de avaro que causaria envidia al mismo Moliere. En el *Padre Goriot* hay un retrato de presidario que carece de verdad, pero muy rico de colorido (entiéndase que hablo de la noveia de este título); en cuanto al drama de *Vautrin*, es una de las cosas peores de concepcion y de forma que ha producido nuestro siglo. El retrato del alquimista (en el *Rebusco de lo Absoluto*), el del cura Biorrotteau (en los *Celibatarios*), el de Gobseck (en el *Padre Goriot*), el de dependiente viajador (en la historia del *Ilustre Gaudissart*), que es una pequeña obra maestra de verbosidad, de sencillez y verdad; todos estos tipos diversos, desconocidos en su mayor parte á los novelistas de los siglos anteriores, forman la base mas sólida del edificio literario de Mr. de Balzac.

En sus creaciones femeninas, se nos presenta Mr. de Balzac como un Cristobal Colon de nueva

especie. Ha descubierto tipos de hermosura que antes de él nadie sospechaba; y describe su descubrimiento con tal lujo de pormenores, tal magia de palabras, tal apariencia de buena fe en su entusiasmo, que el lector se deja engañar; las nociones usuales acerca de lo bello están trastornadas; donde nosotros no hubiéramos visto con nuestros ojos sino un desnudo y estéril peñasco, Mr. de Balzac nos hace ver con los suyos una Isla llena de verdor, cruzada de arroyos, sembrada de bosques, esmaltada de flores; no es ya la Groenlandia, sino Othaiti. Dése á Mr. de Balzac una mujer de 40 años, pálida, amarillenta, triste, enfermiza, y poco importa hasta que sea coja ó jorobada; pronto será esto mismo una gracia mas. Tal como la hemos descrito, el novelista paradojal la viste con un gusto exquisito; coloca con arte al rededor de ella los encajes y las blondas; da á sus miradas una facultad magnética enteramente particular, imprime á todos sus movimientos no sé qué voluptuosa incuria mezclada de cortedad y de abandono. Su tristeza se convierte en meditacion; su tez pálida convenientemente aclarada toma con una media luz tintas deliciosas; en las arrugas de sus mejillas,

en la forma de su nariz, en las puntas de su boca, en las líneas de su cuello, en sus orejas, en sus cabellos, en sus uñas, descubre Mr. de Balzac un sin número de maravillas, de las cuales ninguna idea se tenía; quédase uno deslumbrado, fascinado, pues ya no es una mujer de edad madura, amarillenta y contrahecha la que se está mirando, sino un ángel, una hada, una Venus capaz de hacer delirar á un liceísta, y meditar á un octojenario.

Si Mr. de Balzac tiene que retratar por casualidad á una mujer jóven y hermosa, se verá el mismo horror á lo conocido, el mismo ardor por descubrimientos. Dejará á un lado cuanto llama la atención del vulgo. Hace poco transformaba la fealdad en hermosura, ahora será casi lo contrario. A fuerza de retocar su dibujo lo echará á perder. En tiempo de Mlle. de Scudery no se reparaba tanto en esto; se amontonaba lo hermoso sobre lo hermoso, y la heroína era siempre un modelo de perfecciones físicas y morales. Comparemos un poco los dos estilos. Este es el retrato de la *ilustre Mandane* (*Artamene*, t. I, páj. 330):

«Esta princesa entraba apenas en la edad de

16 años. El velo de gasa de plata que llevaba en la cabeza no impedía que se vieran mil bucles de oro, formados por sus cabellos, que eran sin duda alguna del color rubio mas hermoso, y con todo lo necesario para dar brillo sin quitar nada á la vivacidad, que es una de las partes necesarias para la perfecta hermosura. Su talle era noble y elegante; andaba con tan modesta majestad, que arrastraba tras sí los corazones de cuantos la veían. Su cuello era blanco, lleno y bien cortado; sus ojos azules tenían tanta dulzura, eran tan brillantes, estaban tan llenos de pudor y encantos, que era imposible verlos sin respeto y admiracion. Tenia la boca tan encarnada, tan blancos, iguales y bien colocados los dientes, tan brillante, lustrosa, unida y sonrosada la tez, que la frescura y beldad de las flores mas raras de la primavera no podrian dar una idea cabal de lo que ví, y de lo que aquella princesa poseia. Tenia las manos y los brazos mas hermosos que podian verse; pues como al entrar en el templo se habia levantado el velo dos veces, observé esta última perfeccion, como lo habia hecho ya con las demas. Por último, señor, de todas las hermosuras y encantos que tan detalladamente

os he descrito, solo para que disculpeis mejor á Artameu, resultaba un encanto tan maravilloso y poco comun en todas las acciones de aquella ilustre princesa, que ya anduviese ó estuviese parada, ya hablase ó callase, ya sonriese ó estuviese pensativa; era siempre encantadora y admirable.»

Véanse ahora los principales rasgos de una de las mujeres mas jóvenes ó interesantes de Mr. de Balzac; de Madame de Mortsauf (*El lirio en el valle*) de 27 años de edad. Entre los dos retratos hay 186 años de distancia.

« Su frente redonda, proeminente, como la de Joconda, parecia estar llena de ideas no expresadas, de sentimientos contenidos, de flores anegadas por aguas amargas; sus verdosos ojos, sembrados de puntos oscuros, eran siempre pálidos; pero si se trataba de sus hijos, su vista lanzaba entonces un sutil resplandor, que parecia inflamarse en los manantiales de la vida, y que los habia de agotar. Una nariz griega, cual si la hubiera cincelado Fidias, y unida por medio de un doble arco á unos labios igualmente sinuosos, espiritualizaban su rostro de forma ovalada, y cuya tez, comparable al tejido de las camelias

blancas, se teñia en las mejillas con un hermoso sonrosado. Su gordura no destruia las gracias de su talle, ni la redondez necesaria para que sus formas fuesen hermosas, aunque desarrolladas... Un sutil vello se perdía á lo largo de sus mejillas, en los meplatos del cuello, deteniendo allí la luz que se volvía suave. Sus orejas pequeñas y bien contorneadas, eran segun su expresion, orejas de esclava y de madre; sus brazos eran hermosos; su mano, con los dedos arqueados, era larga, y como en las estátuas antiguas, la carne sobresalia con finura alrededor de sus uñas. Su cuerpo tenia el verdor que admiramos en las hojas nuevamente desplegadas; su entendimiento tenia la profunda concision del salvaje; era niña para el sentimiento, grave para sufrir; señora mayor y muchacha. Por la mismo gustaba sin artificio por su manera de sentarse, de levantarse, de callar y de proferir una palabra... Su modo de pronunciar las terminaciones en *i* parecia el canto de un ave; las *ch* pronunciadas por ella eran como una especie de cariño, y el modo como cargaba sobre las *t* acusaba el despotismo del corazon. Estendia de este modo sin saberlo el sentido de las palabras, y

arrastraba el alma por un mundo inmenso.»

Lector, ¿á cual prefieres entre la *ilustre Mandane* y *Madame de Mertsauf*? En cuanto á mí, confieso que mi corazón vacila entre los dos, es decir, que ambas me disgustan por diferentes motivos. El primer retrato es producto de un arte en su primera infancia, colorido en bruto, sin mezclas, con alguna facilidad, con descuido y poca verdad. El segundo descubre el esfuerzo caprichoso y fantástico de una antigua literatura saciada: es pretencioso, amauerado, monstruoso. Si antes de escribir Moliere las *Preciosas ridículas*, hubiera encontrado al paso esas flores anegadas por aguas amargas; esos resplandores que se inflaman en los manantiales; esas tt que acusan el despotismo del corazón, hubiera arrojado su pluma desesperando poder alcanzar á tanta ridiculez. Hay jentes sin embargo que con tales descubrimientos se pasman y esclaman: ¡qué analista tan profundo es Mr. de Balzac! De este modo un escritor de muy buenas dotes (pues en la novela de *El lirio en el valle* y en veinte otras, hay inspiraciones admirables) se complacía en dar tormento al buen sentido y al idioma. Cuando se vuelven á leer detenidamente las obras

de Mr. de Balzac, cuando se desprende uno del prestigio de una concepcion muchas veces sorprendente por su vigor y verdad, se queda uno estupefacto de las increíbles licencias de esta clase que se toma el célebre novelista; muchas pájinas de él quedarán como un modelo del jénero estrambótico y áspero. Son frases largas, mal zurcidas, llenas de neologismos extravagantes, que lejos de aclarar el pensamiento lo hacen ininteligible; son metáforas que hacen erizar los cabellos; imágenes donde estan mezclados y retorcidos juntos los tres reinos de la naturaleza. Y entiéndase que todos estos delitos son cometidos con la circunstancia agravante de la premeditacion. Nada hay que menos se parezca al descuido que el estilo actual de Mr. de Balzac; su reputacion de corrector es proverbial en las imprentas; trabaja espantosamente para no ser sencillo, y llama á eso *luchar con el idioma*; tal vez seria mejor vivir con él en buena armonía.

Y sin embargo, repito que Mr. de Balzac me parece uno de aquellos hombres que han recibido de la naturaleza el fuego sagrado; y yo que critico á causa de mi misma admiracion, ¡cuantas veces he visto amanecer, olvidando el sueño,

por leer uno de sus libros principiado el día anterior! ¿Cuál es el jóven, la mujer ó el anciano que á la voz de aquel májico no haya sentido subir desde su corazon á su cabeza una ardiente bocanada de deseos, de meditaciones y de recuerdos? Tiene pensamientos que remueven hasta las profundidades mas íntimas del alma; los ojos se humedecen, se deja el libro, y se saborea una impresion deliciosa; se hace alto en un fresco oasis, y despues se prosigue el camino atravesando precipicios, páramos, rocas desnudas, abrojos y desiertos áridos y enojosos. Si lo permitieran los límites de esta noticia, me complaceria en continuar este paralelo entre Mr. de Balzac y Mlle. de Scudery, haciendo palpable, en la trama de sus novelas, la fisonomía y la accion de las dos épocas. Para algunos este trabajo tendria tal vez cierto atractivo; pero como no puede hacerse aqui convenientemente, me contentaré con indicarlo, apresurándome á decir, para ser justo, que si Mr. de Balzac ha experimentado en sus concepciones la influencia deletérea y enervante del centro en que vivia, ha encontrado en el sentido de lo bello que hay en él, fuerza bastante para libertarse de ella algunas veces; y si sus

obras han de quedar en el porvenir (seria presuntuoso afirmarlo) sin duda será por esto.

La entera biografía literaria de Mr. de Balzac está en este pasaje, un poco ambicioso, pero verdadero, de uno de sus prólogos: « El estilo de los seres que padecen ó que han experimentado grandes desastres, no se parece al de aquellos cuya vida ha corrido apaciblemente. » Resumamos rápidamente esta existencia *desastrosa*.

Honorato de Balzac nació en Tours el 20 de Mayo de 1799; de una familia pobre; no desciende de su ilustre homónimo, el gran Balzac, que apenas se lee ya; y cuyo nombre patronímico era *Guez*. Nuestro célebre contemporáneo se toma el trabajo de noticiarnos él mismo « que no es noble en la acepción histórica y nobiliaria de la palabra, tan profundamente significativa para la familia de la raza conquistadora; pero, añade, lo digo oponiendo un orgullo á otro orgullo; pues mi padre se vanagloriaba de ser de la raza conquistada; de una familia que había resistido á la invasión de la Overnia, y de la que salieron los D' Entragues » Aceptamos, pues, con gusto que Mr. de Balzac es de la raza conquistada; que es de la sangre goda mas pura, y

ya no le incomodaremos mas acerca de su partícula. A los que le preguntaban porque la suprimió en 1826, les ha contestado que, al hacerse impresor, creyó que debía tomar el espíritu de su profesion. Un hijo menor de la Bretaña, que se dedicaba al comercio, depositaba en el tribunal su espada y sus títulos de nobleza; lo mismo hizo Mr. de Balzac con su partícula. Observo sin embargo, que en 1829 cuando ya no era impresor, la primera novela publicada con su nombre, *El último Chouan*, estaba firmada aun Balzac solo. De todos modos y para acabar, diremos con Mr. de Balzac « que con partícula ó sin ella su nombre tiene igual valor. » Pero cuando se da con razon poca importancia á tales bagatelas, en mi concepto seria conveniente evitarse el ridículo de atacar á las jentes desbautizándolas, como lo hizo Mr. de Balzac en su *Revista parisiense* con respecto á MM. de La Vergne y Roger de Beauvoir.

El padre de Mr. de Balzac, Secretario en el gran Consejo en tiempo de Luis XV, y destituido de su empleo por la revolucion, envió á su hijo durante el Imperio al Colejio de Vendome, donde hizo sus primeros estudios. Allí el jóven escolar

(véase la historia de Luis Lambert) descubrió pronto las cualidades de un hombre superior; pues á los 12 años de edad, componia malos versos, y peores temas; ganaba innumerables *pensums*, le incomodaba el apodo de *poeta*, y pasaba el tiempo en resolver, en compañía de su maravilloso amigo Lambert, los problemas mas árduos de la metafísica. Creo que Mr. de Balzac terminó sus estudios en París, en la pension de Mr. Lepitre.

Mr. de Balzac, graduado ya de bachiller, sin medios de fortuna, y con el espíritu aventurero de un hombre que conoce su fuerza, se arrojó con cuerpo y alma en ese infierno que llaman la vida literaria. La interesante novela que ha publicado despues con el título de *Un grande hombre de provincia en París*, podria dar sin duda una idea de su existencia en aquella época. Con rara intrepidez é incansable constancia, tuvo con la fama veinte combates infructuosos en que perdió mas de cuarenta volúmenes. Apenas habia perdido una batalla, aventuraba otra, cambiando el color de su bandera; llamábase sucesivamente Horacio de Saint-Aubin, Viellerglé, Lord R'hoone. Cuanta mas obstinacion habia en no leerle, mas se obstinaba el en escribir. *Los dos Hectores*, *El Centenario*,

El Vicario de los Ardennes, Carlos Pointel, El Heredero de Birague, Juan-Luis, El Tárlaro ó la vuelta del desterrado, Clotilde de Iasiñan, La última Hada, Miguel y Cristina, El Anónimo, Anita y el Criminal, Wann-Chlore, El Corruptor, etc., tales son los nombres de los principales hijos perdidos, que Mr. de Balzac vió pasar con ojo estóico desde la tienda del librero al puesto del revendedor de libros, y desde allí á casa del especiero; durante los años de 1821 á 1827 se hizo este equipaje literario, olvidado en el día. Debo añadir que Mr. de Balzac niega ahora muchas de las obras que se le atribuyen, y declara que entre las que reconoce, hay muchas que son producto de una colaboracion múltiple. Sin embargo, se explica con dificultad cómo ha podido dejar desenterrar la mayor parte de aquel farrago, reimpresso recientemente con el trasparente pseudónimo: *El mas fecundo de nuestros novelistas*.

El jóven escritor, no contento con probar fortuna con su pluma, se dedicó á especulaciones de imprenta y de librería, que le salieron mal; ganó en ellas crecidas deudas, y para pagarlas tuvo que recurrir de nuevo al medio que hasta entonces le habia dado tan mal resultado. «Quería», ha dicho mas

adelante, pagar por mí mismo una deuda inmensa y vivir decentemente. Quería llegar á este gran resultado con una pluma de ganso, una botella de tinta y algunas manos de papel, en una ciudad donde la literatura no tiene crédito, y donde no solo se necesita talento, sino fortuna, y trabajar también noche y día para ganar 6,000 francos al año; ¡yo que debía 8,000 francos anuales de intereses por los capitales que me habían prestado! ¿no era una locura? Empecé aquella lucha en el momento mismo en que uno de mis amigos, cuyo suicidio fue célebre, se levantaba la tapa de los sesos por mucho menos.» A fuerza de obstinación y denuedo salió Mr. de Balzac vencedor del combate. *El último Chouan* publicado en 1829, fue el primer punto luminoso de su carrera. Este libro, inferior tal vez á los siguientes en cuanto á concepción y análisis, me parece por el estilo uno de los mejores de Mr. de Balzac. El autor dice en él con bastante claridad lo que quiere decir, y no abunda, como en otros, las frases alambicadas y retorcidas. Desde aquel libro la reputación de Mr. de Balzac fue siempre en aumento; *La fisiología del matrimonio*, *La piel de pez*, *La Historia de los Trece* le colocaron entre los escritores que

mas gustaban ; y pronto salió á luz una nueva é innumerable familia literaria, mejor acogida por el público.

La gran cámara oscura titulada *Escenas de la vida privada*, donde Mr. de Balzac quiere representar á nuestra época bajo todas sus fases, puede dividirse en tres principales compartimentos. Hay en ellas las *Escenas de la vida Parisiense*, las *Escenas de la vida de Provincia*, y los *Cuentos ó estudios filosóficos*. Dejo á un lado los *Cuentos pícaros*, escritos licenciosos cuyo estilo está amoldado sobre el de Rabelais, y que su autor compara modestamente, según creo, á la Venus de Milo, y á *Dafnis y Chloé*. Es sencillamente una colección de obscenidades ingeniosas y artísticamente trabajadas, un canto obsceno de un joven civilizado, que tiene la sencillez y el candor de un libro seductor de un anciano. *Las escenas de la vida de Provincia* forman también el más hermoso florón de la corona de Mr. de Balzac. Allí se encuentran principalmente los cuadros de interioridad, al estilo flamenco, en cuya pintura sobresale ; allí se hallan algunas veces aquellas pequeñas creaciones deliciosas que forman un conjunto completo, sin lagunas ni superfetaciones, sin sequedad

ni abandono, sencillas y verdaderas en la forma y en el fondo, y que estan muy cerca de la perfeccion. En cuanto á las intenciones *filosóficas* del novelista, creo que seria muy difícil esponerlas y discutir las. La mayor parte de los libros provistos de aquel imponente epíteto, nada tienen que ver con él; es un puro cebo de librería; en algunos otros, y particularmente en *Serafita* el epíteto me parece una apuesta. Ensayando hablar de misticismo, Mr. de Balzac ha apostado consigo mismo que haria pasar la oscuridad por profundidad, y la nada por alguna cosa; y aunque esto se ha visto ya algunas veces, no creo que el atrevido escritor haya ganado su apuesta. En mi concepto no es mucho mas fácil reasumir los cuarenta volúmenes que Mr. de Balzac llama *su obra*, para estraer de ellos una conclusion moral, social ó política; su pensamiento, ó mas bien dicho sus pensamientos, son esencialmente negativos; pasados por el crisol de un pensamiento cualquiera, se evaporarian al momento. Si se miran aquellas variadas producciones de otro modo que bajo el punto de vista del arte por el arte; si se busca en ellas otra cosa que una pintura mas ó menos fiel, no veo en ellas tanjible y permanen-



te sino una especie de escepticismo sensual, unas veces refinado, otras vulgar, otras inquieto y amargo, parecido al mismo tiempo al de Voltaire, de Paul de Kock y de Byron.

A los que gustan de detalles personales é íntimos, les diré que Mr. de Balzac no tiene nada en su aire de los elegantes vandidos que ha creado; en lo mas recio de su lucha contra la oscuridad y la pobreza, durante la restauracion, su aspecto era mas poético; entonces estaba muy flaco; tenia la cara pálida, los ojos centellantes, la palabra ardiente, los movimientos ajitados y una conversacion llena enteramente de castillos en el aire. Era el hombre proyectista. Escepto este último punto que, segun dicen, no ha variado, lo demas ha tenido grandes alteraciones. Mr. de Balzac adquiriendo gloria, ha hecho lo que Napoleon: ha echado barriga. Figúrese el lector un hombre pequeño, regordete, con anchas espaldas, bastante mal vestido por lo regular, con una cabeza adornada de cabellos negros, largos, aplastados y desgrednados, una cara de fraile, ancha, rubicunda y jovial, una boca grande y sonriéndose debajo de unos vigotes; señales cuyo conjunto presentaria algo comun, á no ser por los ojos que son

pequeños pero de una finura, y una vivacidad estremadas. Se dice que seduce mucho á las mujeres; no sé si consiste esto en la facultad magnética de que ha dotado á las miradas de sus héroes; mejor quiero atribuirlo al prestigio de su conversacion, en la que tiene un talento y una gracia admirables.

Al terminar este trabajo incompleto, conozco que para explicar lo que hay de forzado y trunco en la forma, y de falso en el fondo de la mayor parte de los libros de Mr. de Balzac, no he insistido bastante en la amarga idea que encierra el epígrafe que he escogido. La manera de ser de toda esta literatura precoz y calenturienta, á la que llamaba Goethe *la literatura de la desesperacion*, se encuentra casi siempre allí y nunca en otra parte. ¿Cómo puede esperarse cosa alguna acabada, natural, y verdaderamente bella, de una época de amontonamiento, de lucha y de miseria, en que el arte en vez de ser un sacerdocio es una mercancia; cuando no puede concebirse un pensamiento, sin que el odioso *forceps* de la necesidad lo arranque de la cabeza antes de su madurez? ¡Espantoso suplicio que solo pueden comprender los que lo han sufrido! ¡Dichosos los hombres del porvenir, si dotados de una forma social mejor

combinada que la nuestra, les es dado tener escritores que vivan para escribir, en vez de escribir para vivir.







DR. MARIANO ALVAREZ

1870

1870

D. MARIANO

ALVAREZ DE CASTRO.

Grave y denudado, representábase á la imajinacion en tan horrible trance, á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre; y cierto que si no se aventajaba á los demas en estatura como aquellos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho.

TORINO.—*Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.*
T. III, Hb. 10, páj. 108.

Hay en la historia de todas las naciones páginas brillantes que recuerdan á la posteridad los hechos gloriosos, las grandes hazañas de los pueblos; y sin duda alguna, una de las mas bellas de

la de España, es el unánime y jeneral levantamiento contra los Franceses, para rechazar una agresion tan injusta como pérfida, y la lucha que por espacio de seis años sostuvo el pueblo español por defender su independencia, y dar una prueba solemne al mundo de lo que puede una nacion cuando sus hijos, animados de un sagrado amor pátrio, lo anteponen todo, todo lo sacrifican en su defensa. Grande, magnífico fue el espectáculo que presentó España en 1808, levantándose como un hombre solo para resistir y repeler á las huestes aguerridas que habian vencido en mil combates, y sujetado á cien pueblos, sin mas escitacion que su entusiasmo, sin mas recompensa que su noble orgullo satisfecho, y sin mas organizacion que la que le daba su propio arrojo. ¡Ah! entonces defendia el pueblo con entusiasmo objetos para él sagrados, porque representaban sus creencias y sinceras afecciones; y nótese que jeneralmente el sentimiento de la independencia es el que conduce á los pueblos á hacer mayores sacrificios, que cuando no son espontáneos y se les exigen en defensa de principios ó ideas abstractas, que ni estan al alcance de la jeneral comprension, ni afectan tan in-

mediatamente á los individuos. Asi hemos visto á ese mismo pueblo español tan heróico, tan fuerte y tan unido, cuando de su independenciá, de su Rey y relijion se trataba, tan indiferente y en gran parte enemigo de una libertad que no comprendia, no oponer la menor resistencia á la invasion de los mismos Franceses, contra quienes tan denodada y obstinadamente habia peleado pocos años antes. La jeneración era la misma, los mismos los hombres que á aquella magnífica y sangrienta escena habian concurrido, y sin embargo, ¡cuán diferente, cuán opuesto fue el resultado! Y esto que sucedió entonces, sucederá siempre, que las causas que se defiendan ó quieran defender no sean profundamente populares. Para nosotros es una cosa cierta, que sin el manifiesto de Brunswich, sin ver la Francia amenazada su independenciá por los ejércitos estranjeros, ni hubiera peleado tanto por la libertad que la representaba, ni tal vez hubiera triunfado esta, ni dado lugar á las espantosas escenas que la acompañaron y degradaron.

Pero no cumple á nuestro propósito hacer sobre este punto las muchas reflexiones á que dá lugar, ni lo es tampoco enumerar y encomiar las

glorias de nuestro país en aquella lucha memorable: el Sr. Conde de Toreno, en la magnífica historia de aquellos sucesos, nada deja que desear; y si la remota posteridad podrá necesitarla para instruirse detalladamente de los hechos, las jeneraciones mas inmediatas al suceso, no habrán menester de ella, porque sus padres les habrán contado verídica y detenidamente los grandes hechos que presenciaron, las glorias de que fueron partícipes, los desastres y horrores, y hambres, y miserias que tuvieron que soportar.

Pero en medio de tantas glorias, y de tan altos hechos, se levantan algunos hombres privilegiados, que por sus hazañas, por la situación en que se encontraron tal vez, descuellan sobre los demas, y ocupan un lugar mas distinguido, sin excitar la envidia ni la rivalidad, porque no las admiran sus relevantes prendas. En este caso se encuentra el ilustre personaje, cuya biografía vamos á trazar, el héroe que defendió la inmortal Gerona, y pereció infamemente víctima de los mismos que, porque eran valientes, debieran haber tenido en mayor estima el valor de tan esclarecido jeneral. La Francia no podrá quitarse nunca el borron que sobre ella cayó, haciendo perecer, ó permitiendo

que pereciese en un oscuro calabozo, un soldado valiente, un jeneral ilustre, que habia peleado contra ellos con denuedo, y disputádoles con gloria la posesion de una plaza, insignificante para la historia de sus triunfos, sin el valor, arrojo y patriotismo del Jeneral, de las tropas, y del vecindario que la defendian.

D. Mariano Alvarez de Castro, nació en la ciudad de Granada en 8 de Setiembre de 1749, segun resulta de su partida de bautismo; que original hemos visto, y que destruye lo dicho por algunos historiadores de que era natural de la villa del Burgo de Osma, en Castilla la Vieja, si bien ya el Conde de Toreno en la Historia de la guerra de la independenciam, rectificó aquella equivocada creencia. Tambien padeció equivocacion el autor de un artículo biográfico, publicado en la Alhambra, suponiéndole nacido el dia 14; equivocacion en que sin duda incurrió por ser aquella la fecha de la partida de bautismo, y no haber recibido el sacramento hasta el mencionado dia.

Sensible debe ser para Castilla la Vieja que se le prive del honor de haber dado el ser á un héroe tan esclarecido; pero lo cierto es, como hemos dicho; que D. Mariano Alvarez nació en

Granada, siendo sus padres D. Francisco y Doña Apolonja Lopez Aparicio, vecinos de la misma ciudad. No tuvo hermanos varones, y solo tres hermanas, de las cuales una murió joven, y por muerte sucesiva de las demás, han pasado sus bienes á la familia de los Castros y Orozcós sus sobrinos, que actualmente los poseen, por no haber dejado hijos. Ha podido consistir la equivocacion de suponerle natural de Castilla, de poseer su familia paterna, de la cual era primogénito, bienes amayorazgados de alguna consideracion en tierra de Soria y Palencia; pero aunque por los que tenia en el Burgo de Osma y otros pueblos, por sus mayorazgos denominados de Cogollos, habia estado en dicho pueblo algunos años durante su juventud, su familia vivia en Granada desde el año de 1491, en que bajó á la conquista desde Galicia el capitán Alvaro Bermudez de Castro. Era pues de familia ilustre, principalmente por sus enlaces con los Castros y los Cogollos, con cuyo nombre firmaba alguna vez D. Mariano, como Señor de mayorazgo en Castilla; y no será fuera de lugar, atendida la heroica constancia que mostró despues D. Mariano Alvarez, manifestar que contaba entre sus as-

endientes á la inmortal Antona García, la intrépida plebeya de la ciudad de Toro, que tanto se señaló por sus hazañas en el reinado de los Reyes Católicos; y á Ferrando Ruiz de Castro, que muerto en Bayona de resultas del triunfo del Rey D. Enrique II, y habiendo seguido la causa del Rey D. Pedro, mereció, según nuestras Crónicas, que se pusiese en su tumba el siguiente epitafio: «Aquí yace Ferran Ruiz de Castro, *toda la lealtad de Castilla.*» Epitafio que bien hubiera podido colocarse también sobre el sepulcro de su ilustre descendiente.

Vivia su familia en Granada con el producto de sus rentas, y D. Mariano después de haber corrido muchos peligros en su infancia, por lo delicado de su salud, fue destinado por sus padres á la carrera de las armas, á la que tenía singular inclinación, después de haberle dado la educación correspondiente á su clase. Entró al servicio en clase de cadete de Reales Guardias de infantería Españolas en Diciembre de 1768; en Barcelona se perfeccionó en las matemáticas, y á pesar de su mucha afición á los estudios, solicitó con empeño ir á la guerra que en aquella época se suscitó contra los Arjeliinos, lo que le

fue negado por ser terminantes las órdenes de S. M., para que ningun académico abandonase el curso de sus estudios. En 1778 fue promovido á Alférez por orden de antigüedad, y en esta clase estuvo en el sitio de Gibraltar, donde se distinguió por su valor y honradez, siendo diversas veces recomendado por sus jefes, entre ellas en Mayo de 1780, que hallándose en el campo de S. Roque, dirijiendo los trabajadores que se empleaban en faenas propias del sitio, recibió la noticia de la muerte de su madre, á quien amaba en estremo; y habiéndosele mandado retirar por consideracion á su estado, no quiso realizarlo, y permaneció en su puesto á pesar *del diluvio de hierro*, que como él mismo dijo, le descargaban los Ingleses desde el monte, espresando en aquel instante « que su único consuelo seria vengarse de los enemigos de su patria en momentos tan dolorosos.» Lo que prueba la entereza de su carácter, si no la filosofía de sus sentimientos guerros. Ascendió á segundo Teniente en 1783; en 1789 obtuvo el grado de Teniente Coronel, ascendiendo á primer Teniente en el mismo año. En 1790 le nombró su Coronel el Duque de Osuna, maestro de la Academia que estableció en

Madrid, y permaneció en aquel destino hasta el año de 1793, en que salió para la guerra contra la República; entró en el Rosellon por *Arlés*, estuvo en el ataque de *MASDEU*, en el bloqueo de *Elne*, en la salida de *Masdeu* á *Antls*, en el ataque de las trincheras francesas de *Perpignan*, en el ataque y toma de *Rivesaltes*, donde se apoderó de un cañon; en los ataques del *Boulou*, rechazando en unó á la bayoneta con solo su compañía á una columna enemiga de mas 500 hombres; en la batalla de *Pla del Rey*, donde fue contuso, habiendo cojido un cañon, y en muchas otras acciones de guerra que hubo en aquel año. En el de 1794 estuvo, mandando siempre su compañía, setenta y nueve dias acampado bajo el tiro de cañon de *Colioure*, y en el sitio y rendicion de la plaza. En aquel año obtuvo el grado de Coronel, y en el siguiente de 1795 el de Brigadier. En todas aquellas campañas dió muestras de valor y serenidad en los combates, de firmeza en el mando, y de amabilidad y dulzura en su trato, pues habiéndosele conferido, siendo solo Alferez, el mando militar y político de la villa de Alegrete, se condujo de tal modo, que mereció los mayores elogios de la justicia y vecindario de aquella poblacion.

Seria largo enumerar los diferentes servicios que hizo á su patria D. Mariano Alvarez en los primeros tiempos de su carrera militar, y el destino le tenia reservado uno, uno solo; pero magnífico, inmortal, la heroica defensa de Gerona, en una edad ya avanzada, con una salud perdida, y con solo el aliento de su lealtad y valor. Pero antes de entrar en la narracion de aquel gran suceso, bueno será dar una lijera idea del carácter y cualidades del héroe que entonces tendremos que presentar.

Siendo Alférez de Guardias, y en una de las temporadas en que iba al Burgo de Osma con licencia para cuidar de sus bienes, como persona de distincion, considerada en el pueblo por sus riquezas, y por lo distinguido de su casa, pero poco entendido en los usos eclesiásticos, tomó asiento para oír misa con comodidad en una de las sillas del coro de aquella catedral, pero fue reconvenido por orden del Obispo, manifestándole que solo estaba concedido aquel privilegio por bulas pontificias á los caballeros de las Ordenes Militares. Herido su amor propio, se levantó en el acto, hizo ensillar sus caballos, y se dirigió á Madrid, renunciando la licencia de que disfrutaba;

solicitó de S. M. se le concediese el turno de la merced de hábito militar en cualquiera de las Ordenes; y en efecto le fue concedido en la de Santiago. Al siguiente año se presentó en el mismo cabildo del Burgo, y tomó asiento en el coro para dar lugar al despique de su amor propio, repeliendo la reconvencion que de nuevo se le hizo, y que quedó sin efecto, al descubrir la cruz que adornaba su pecho, y que habia conservado oculta.

La frescura que manifestaba en los peligros D. Mariano Alvarez, y de que habla D. Miguel de Haro en su *Relacion Histórica* de la defensa de Gerona, puede deducirse de lo que manifestaba en una de las cartas festivas que conserva su familia, dirigidas á su administrador del Burgo de Osma en 14 de Julio de 1779 desde el sitio de Gibraltar, en que dice: «Las últimas noticias son algo melancólicas, por haber entrado los Argelinos algun trigo y vacas en la plaza; pero para mas son los alientos del retador de la calle de los Izquierdos.» (*)

(*) Aludia á un asunto galante ocurrido en el Burgo de Osma, en que sostuvo contra los dependientes de la curia eclesiástica, el puesto que con mal éxito le quiso disputar uno de sotana.

Prueban estas dos anécdotas su animoso pensamiento y su galantería; lugar tendremos de admirar su lealtad y su valor en lo que nos resta que referir de su gloriosa vida, y del fin desgraciado que tuvo una existencia, que sus enemigos debieron haber respetado con la admiración que infunden los héroes á los corazones jenerosos, y el respeto que inspira el valor á los que son valientes.

Tranquilo y desempeñando las funciones de su empleo, pasó D. Mariano Alvarez los años que trascurrieron hasta el gran acontecimiento de 1808, que debía proporcionarle la ocasion de hacer su nombre inmortal, y venerada su memoria. Pasaba entonces algunas temporadas en Granada, y otras en el Burgo; pero su residencia ordinaria era Madrid, donde ocupado en el cuidado de su compañía, ocupacion no muy pesada en aquellos tiempos, y menos en los cuerpos de la Guardia Real, que por su particular organizacion no necesitaban de mucha asiduidad de parte de los jefes, esperaba bajar tranquilo al sepulcro, contando ya 60 años de edad, y no ambicionando mas grados que el de Brigadier que obtenia por sus servicios. No se alcanzaban entonces con

la facilidad que ahora los empleos y entorchados. Sin los acontecimientos de 1808, sin aquella injusta agresion que despertó en los corazones los nobles sentimientos que aun abrigaban los pechos españoles, D. Mariano Alvarez hubiera terminado tranquilo su carrera, si bien gloriosa, confundida con la de tantos otros militares que habian dado tambien muestras de lealtad y valor. Pero sonó la hora del combate, llegó el momento de hacer pruebas de lealtad y firmeza, y tocó á Alvarez en aquella lucha uno de los primeros puestos en ella, y una posicion que colocó su nombre entre los primeros tambien que figuran en los fastos de aquella guerra.

Contaba D. Mariano Alvarez 60 años de edad en 1808, y se hallaba en Madrid cuando ocuparon las tropas francesas la capital, y al momento pasó á reunirse á su rejimiento que estaba en Barcelona, otorgando antes poderes á sus hermanas para la administracion de sus bienes, y remitiéndoselos con una carta en que muestra su valor y la jenerosidad de su corazon; les dijo se encargasen de ellos, porque, « habiendo pisado los enemigos la capital de la Monarquía, no puedo yo residir, decia, sino donde se hallan mis

banderas, ni cuidar de otra cosa mas que de la defensa de mi Rey y de mi patria. » Pasó pues D. Mariano Alvarez á Barcelona, cuando apoderado el jeneral francés Duhesme de la plaza por medio de una infame arteria, quiso posesionarse tambien del castillo de Monjuich; *pero allí mandaba D. Mariano Alvarez*, dice en tono solemne uno de nuestros historiadores. Alzóse el puente levadizo, coronáronse de tropa las murallas, brilló la mecha sobre los cañones, apuntados á los Franceses que estaban detenidos en el glasis, y fueron inútiles todas sus amenazas y estratájemas. Alvarez cedió solo al mandato expreso y terminante del Capitan General del Principado, y viósele hacer la entrega del castillo, centelleando sus ojos de coraje, y maldiciendo las leyes del honor militar que á tan dura obligacion le sujetaban. No estaban entonces tan relajados como en nuestros dias los vínculos de la disciplina, ni se creian autorizados los militares para desobedecer las órdenes del Gobierno y de sus jefes, como ha sucedido despues muchas veces. La resistencia del castillo de Monjuich hubiera sido ademas inútil, pues ocupando los Franceses la ciudad y sus fuertes, sin provisiones aquel,

pronto hubiera tenido que rendirse , logrando sólo arruinar la poblacion que domina, si contra ella hubiese dirigido sus tiros.

Teníate el cielo destinado á D. Mariano Alvarez otro sitio menos fuerte, la ciudad de Gerona, donde debia inmortalizar su nombre. La entrega del castillo de Monjuich de Barcelona alteró mucho su salud ; y cuando ya convalecido se disponia para fugarse de la plaza , se le quiso obligar á que tomase el gobierno interino de ella ; pero se negó apoyándose en el mal estado de su salud , y no sin grandes trabajos y riesgos logró fugarse, presentándose en Tarragona , desde donde fue destinado á mandar la vanguardia del ejército de Cataluña en el Ampurdan. Lleno de júbilo por verse libre de la dominacion francesa , con las pocas tropas de que se componia la vanguardia , acudió al socorro de la plaza de Rosas , impidió el paso de los convoyes enemigos , entretuvo sus fuerzas, y las venció no pocas veces ; y encargado por el jeneral Marqués de Lazan de cuántas empresas árdas ocurrieron , acreditó en todas su inteligencia, pericia y valor.

La invicta Gerona habia sufrido ya dos sitios por los Franceses, que tuvieron precision de levanta-

tarlos , no sin gran pérdida , cuando en 19 de Febrero de 1809, la Junta Suprema de Gobierno del Reino . le nombró Gobernador interino de ella, teniendo solo á sus órdenes 5,000 hombres escasos de tropa , siendo asi que para el servicio de las fortificaciones se necesitaban de 10 á 12,000. La poblacion, diezmada por las precedentes desgracias, ascendia en su totalidad á 14,000 habitantes. Las murallas maltratadas por las anteriores embestidas del enemigo , eran en sí mismas muy imperfectas , segun la calificacion misma del ingeniero francés Marescot , que habiéndolas reconocido escrupulosamente de antemano , dijo en alta voz que la plaza y su principal castillo eran una *bicoca*. Ignoraba empero el francés, que habia en ella el valiente Alvarez , que la guarnecian los bizarros rejimientos de Ultonia , Borbon , 2.^o de Barcelona , y otros que tantos valientes han dado al exercito español; que la habitaba una poblacion entusiasta y animosa , y que todos eran españoles, y tenian corazones españoles, indignados de la alevosía del ataque , y de la destruccion que se meditaba de los objetos mas caros para ellos , su religion y su Rey.

Treinta mil hombres á las órdenes de los je-

nerales Saint-Cir y Augereau se presentaron nuevamente á sitiarla el 6 de Mayo de aquel año, y enviaron, segun costumbre, un parlamento al Gobernador, ofreciéndole condiciones ventajosísimas si capitulaba. « No quiero tratar con los enemigos de mi patria, contestó Alvarez, con española fiereza; decid á vuestro jeneral que en adelante recibiré á metrallazos á sus emisarios.» Hízolo así en efecto siempre que los Franceses quisieron entrar en comunicaciones, y el pueblo de Gerona, en la ebriedad de su patriotismo, aplaudió con delirio la tenacidad de su Gobernador, empeñándole todavía mas en la defensa, tan inesperada resolucion. Casi al mismo tiempo publicó un bando imponiendo pena de la vida á todo el que hablara de capitular ó rendirse; y se intimó á las tropas que los comandantes de los segundos puestos tenian orden de hacer fuego en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellas viniese, ya fuera español ó francés. Promovió, viendo lo reducido de la guarnicion, la formacion de siete compañías con el título de *Cruzada Gerundense*, habiendo entre ellas dos de clérigos seglares y regulares; otra con el título de *Reserva*; y ademas la célebre compañía titulada de *Santa Bár-*

bara, en la que se alistaron hasta 127 Señoras de todas clases y estados, las cuales acudían á los puntos atacados, llevando refrescos á las tropas, recojiendo y conduciendo al hospital á los heridos, y mostrando en todo el ánimo mas varonil. En compañía de las Juntas Correji-mental y Económica, y el Ayuntamiento de la ciudad, apuró todos los medios de proporcionar subsistencias, y dictó las mas acertadas y oportunas providencias para la ordenada distribución, atrayéndose por su bondad, justificación y entereza, el amor y confianza de aquellos habitantes; quienes en el ardor de su entusiasmo religioso, nombraron jeneralísimo á su patrono San Narciso; y con el favor del cielo, y el esfuerzo de sus corazones, no temieron desafiár detras de sus débiles murallas á todo el poder del vencedor de Europa.

En los estrechos límites en que debemos encerrarnos, no es posible dar una detallada noticia de los hechos heroicos de aquel memorable sitio; en las descripciones de él publicadas, se hallará un pálido relato de su lustre, porque todo debe ser descolorido tratándose de dar una idea de tanta brillantez. Basten para muestra del entu-

siasmo que allí reinaba, del valor general que se desplegó, los dos siguientes rasgos históricos. Llevóse un casco de granada parte del muslo y de la rodilla del tambor Luciano Ancio, apostado para señalar con la caja los tiros de bomba disparados del campo enemigo; y al quererle transportar al hospital: « No, no, dijo el resuelto mozo, tengo todavía los brazos sanos para tocar el tambor. » Un oficial encargado de una pequeña salida, preguntaba en una ocasión á su Gobernador adonde se acogería en caso de retirada: « Al cementerio » respondió severamente D. Mariano Alvarez. Estas palabras sublimes recojidas ávidamente por la historia, revelan por sí solas la entereza de carácter del magnánimo Gobernador.

Por sus singulares méritos y servicios fue agraciado por la Junta Suprema de Gobierno del Reino, en 12 de Abril de aquel año, con el empleo de Mariscal de Campo; en 24 de Mayo con el de Comandante del primer batallón de Reales Guardias Españolas, y en 2 de Octubre con el de Teniente General, por el relevante mérito que estaba contrayendo en la defensa de Gerona. En ella se hallaba siempre en todos los combates

en todos los trabajos, y corriendo todos los riesgos; todo lo presenciaba, á todo asistia, y su celo infatigable no le dejaba un momento de descanso, en medio del grave cúmulo de negocios á que tenia que atender.

Su traje era regularmente sencillo (*); en los dias de gala vestia de riguroso uniforme, y en todos los demas llevaba bajo de la levita la faja de jeneral, y el sombrero redondo de copa alta, con una cinta roja colocada diagonalmente, y en ella escrito con caracteres negros: *Por Fernando VII, vencer ó morir*. Se desprendió de toda la plata labrada que tenia, dando jenerosamente su producto para la guarnicion; no permitió que se le esceptuara en el sorteo de los caballos que se mataban para el abasto, y cuando le cupo la suerte, dió el mejor de los dos que tenia. Escusó cuanto pudo cobrar sus sueldos, con la mira de que se atendiera á otras urjencias.

Ya que de abasto y matanza de caballos para atender á él hemos hablado, creemos que no dis-

(*) *Manifiesto de cuanto sucedió al Excmo. Sr. Teniente General D. Mariano Alvarez de Castro, Gobernador de la plaza de Gerona, desde que quedó prisionero en ella, hasta su fallecimiento en el castillo de S. Fernando de Figueras.*—Por D. Francisco Satué, Barcelona 1816.

gustará á nuestros lectores la insercion de la tarifa á que se vendian los pocos víveres que algunos paisanos introducian á costa de sus vidas en la inmortal Gerona, que acosada por una estrema necesidad, presentaba una escena lamentable. (*)

	Rs. vu.
Una gallina.	280 á 300
Una botella de vino.	40 á 60
Id. de aguardiente.	80
Una libra de arroz.	30
Id. de pan.	10 á 12
Id. de carne de cerdo.	28
Id. de carne de caballo.	6 á 8
Id. de gato.	20 á 40
Id. de jabon.	64
Una rata ó un pájaro.	8
Un tomate ó una cebolla.	4
Una onza de tabaco.	12

Júzguese pues cuál seria el hambre que se sufriría en la plaza, cuánta la afliccion que hubiera causado en pechos menos animosos, y cuánta gloria inmarcesible resulta para sus defensores.

(*) *Relacion histórica de las defensas de Gerona en 1808 y 1809.*—Por el Mariscal de Campo D. Miguel de Haro.—Madrid, 1820.

Los jenerales españoles se afanaban por socorrer á los esforzados defensores de aquella invicta plaza, y el jeneral García Conde logró introducir en ella un convoy y unos 1,000 hombres de refuerzo, apenas bastantes á cubrir las bajas ocurridas hasta entonces. Respiró un tanto Gerona al verse socorrida, pero solo tenia víveres para cuatro meses, y estos habian ya trascurrido con exceso en medio de tantas y tan repetidas proezas; y para colmo de desgracia declaróse por fin en el quinto mes el hambre y su compañera la peste del modo mas horroroso. Agotáronse las carnes de caballo, de mulo y de jumento; los soldados se caian muertos estando de centinela, y los hospitales sin alimentos, sin medicinas, sin luz y sin fuego, eran un espacioso atahud, donde se amontonaban heridos y apestados. Comíanse sabandijas, y los mas inmundos insectos, sin que aquellos desastres, ni el ver que el cañon desmoronaba las murallas, ni la poca ó ninguna esperanza de socorro, ni el hundimiento continuo de los edificios, causado por los proyectiles que sin cesar arrojaban los enemigos, desalentaron al Gobernador ni á la decidida guarnicion y vecindario de Gerona. « Hijos míos, decia

aquel á sus soldados, mas vale morir en la brecha que no de necesidad. » Hubo un jefe que en una ocasion se atrevió á pronunciar delante de Álvarez la palabra capitulacion ; pero este interrumpiéndole : « ¿ Cómo , dijo, solo V. es aquí cobarde? Cuando no haya otra cosa, nos comeremos á V. y á los de su ralea, y despues resolveré lo que mas convenga. » (*) Estas palabras las pronunciaba el inflexible jeneral sobre las ruinas de una ciudad desmoronada, en medio de cadáveres insepultos por las calles, y á presencia de una naturaleza que parecia muerta por todas partes. No se veian ya mujeres en cinta en Gerona, falleciendo de inanicion hasta el fruto de sus amores en el seno mismo de su madre.

La plaza entró por último en el octavo mes de su sitio, sin haber sido socorrida, á pesar de que en vista de su heroismo se trató de levantar una cruzada jeneral en Cataluña para volar en su auxilio. Pero ya era tarde. En 1.^o de Diciembre se contaban 10,000 cadáveres de soldados y paisanos tendidos en sus fosos y en sus cementerios, y sus murallas venian á tierra por todas partes á

(*) Tomamos este bello pedazo del artículo biográfico publicado en el periódico la *Athambra* por D. J. de C. y O.

los embates de 40 baterías que dispararon sobre la ciudad 70,000 balas y 20,000 bombas y granadas. Los Franceses habían convertido el sitio en bloqueo, y ocupaban uno tras otro los fuertes exteriores que dominan la ciudad. No eran ya hombres sus defensores, reducidos al miserable resto de 1,100 soldados que tenían que cubrir siete brechas: eran sombras y esqueletos ambulantes, y hasta el esforzado, el indomable Gobernador Alvarez, achacoso durante todo el sitio de la fiebre epidémica, postróse al fin en la cama sin esperanzas de vida el 4 del mismo mes. Recibió el Viático y la Estrema-Uncion, y tuvo-sele durante mucho tiempo por muerto; por lo cual delegó el mando el día 9 en el Teniente de Rey D. Julian Bolivar. «Postrado Alvarez, postróse Gerona. Hasta entonces no parecía sino que aun las bombas en su caída habían respetado tan grande alma, pues destruido todo en su derredor, y los mas de los cuartos de su propia casa, quedó en pie el suyo, no habiéndose nunca mudado del que ocupaba al principio del sitio.» (*)

(*) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.*— Por el Conde de Toreno. T. III, lib. 10, pág. 117.

Como último testimonio del carácter firme y decidido del general Alvarez, transcribiremos aqui la única carta suya que existe, dirigida á su hermana, que residia en los pueblos de la provincia de Soria, y llevada sin duda por algun soldado á quien permitió salir, pues está sin firma ni fecha, y arrugada como de haber estado cuidadosamente escondida, la cual hemos visto, y dice asi: « No sé cual será mi suerte, porque su Divina Majestad me quiere probar con mis males; no he querido salir porque mi honor me manda morir en estas ruinas. Blake no me socorre, pero Dios y mi brazo me socorrerán, y tu hermano será leal y honrado hasta la muerte. Nada necesito, solo deseo que estos traidores rompan.... entonces me pondré bueno. Sé que te persiguen (*), déjalo todo y vete.» Estas son las únicas noticias que recibió su familia durante el sitio, y las que dieron posteriormente los soldados que sirvieron con él y eran naturales del Burgo, de los cuales hemos visto á uno mendigando su subsistencia, y reclamando el auxilio de los descendientes de su

(*) Alude á que los Franceses quisieron matarla en el lugar de Blacos, y sufrió allí las molestias consiguientes á su próximo parentesco con el general. ¡ Cuanta atrocidad !

antiguo jeneral, ya que el Estado los tiene en tal abandono.

Siguió sin embargo la defensa con igual denuevo; pero agotados todos los recursos, y sin esperanza alguna de ser socorridos, al fin salió el brigadier D. Blas Fournas para el cuartel jeneral francés, que estaba en Furnells, para tratar de capitulacion; regresó dicho brigadier con el jeneral francés Rey, jefe del Estado Mayor del ejército sitiador; firmóse el día 10 de Diciembre de 1809 una capitulacion honrosa, y el 11 tomaron los enemigos posesion de la plaza, quedando prisionera su guarnicion, y siendo conducida á Francia, por no haberse verificado el canje que en la capitulacion se estipuló. Gerona se defendió heroicamente por espacio de siete meses y cinco dias, y no fue Gerona la que se rindió, sino un monton de escombros, sepulcro de miles de valientes, y habitados por espectros. «Solo el hambre y la falta de municiones (escribe un historiador enemigo) pudieron vencer tanta obstinacion.» (*)

(*) *Diario del sitio de Gerona del año 1809.*—Escrito en aleman y publicado en Leipsik en 1812 por A. W. Bucker, capitán al servicio del ex-Rey de Westfalia.— Traducido al español por D. Pablo Miranda, Brigadier de los Reales ejércitos y Teniente Coronel de Artillería.— Madrid 1814.

Hemos hablado hasta ahora de las hazañas militares, de las grandes prendas de D. Mariano Alvarez; resta hacerlo de su desgraciada muerte, despues de tanta gloria, en un oscuro calabozo, con mengua y perpetuo baldon de los que lo permitieron.

Entrados los Franceses en Gerona en virtud de la capitulacion, y un tanto mejorado Alvarez en su salud, hizo presente al Mariscal Augereau que esperaba se le permitiese ir á convalecer á un pueblo de la costa, luego que le fuese posible verificarlo. Fue desatendida su demanda, se separaron de su lado á los oficiales de su Estado Mayor, menos á su ayudante Satué, y le tuvieron casi incomunicado en su alojamiento, con un guarda de vista. No queremos dejar de decir, á fuer de imparciales, que el Gobernador francés apenas entró en la plaza envió un recado de atencion al moribundo General, acompañándolo con un barril de buen vino, un cuarto de carnero y dos aves muertas, y añadiendo que pidiese lo que necesitase. En este estado de cosas, fue visitado y reconocido con poco miramiento por los facultativos franceses, y convalecido un poco á los seis dias de su entrada en la plaza, solicitó inútil-

mente que se le facilitasen algunos caballos del tren de artillería, para que le llevasen á su destino. En la noche del 21 se le intimó con expresiones insultantes que debía ir preso á Francia, hasta el punto que obligó á Alvarez á contestar, incorporándose en la cama, á pesar de su decaimiento: « VV. son unos impostores; todas esas son estratagemas de que se valeu los Franceses para encubrir su perfidia, mortificar é incomodar al que no han podido hacerle bajar su espada. Me llevarán como prisionero porque la suerte lo ha dispuesto así. » Sin hacer caso de las fogosas expresiones del jeneral, reconocieron su equipaje, se apoderaron de sus armas, y entre once y doce de la noche le sacaron en una calesa acompañado de su ayudante, y escoltado por jendarmes, permitiendo que le siguieran dos criados montados. De este modo llegó á Figueras por la tarde del 22, y lo alojaron en un pabellon del castillo; y apenas estuvo en él, tuvo que sufrir además de sus achaques las impertinentes preguntas y provocaciones del Gobernador y de los oficiales de la guarnicion, limitándose el esclarecido General á contestarles: « Si VV. son oficiales de honor, hubieran hecho en mi puesto otro tanto. » El 23

á las dos de la mañana salió de Figueras en el mismo carruaje, con doble escolta y dos piezas de campaña, y llegó á Perpiñan la noche del mismo dia. Siu permitirle bajar del carruaje, fue conducido y encerrado en un miserable calabozo del *Castillet*, cuya vista obligó al General á decir con bastante calor al comandante de la jendarmeria: «¿Es este sitio correspondiente para un jeneral? ¿Y son VV. los que se precian de guerreros?—*Patientia vobis necessaria est*, contestó el comandante con marcada ironía.

Seria demasiado difuso el referir detenidamente los malos tratos que sufrió durante su cautiverio el invicto defensor de la inmortal Gerona, sin que sirvieran á contenerlos las reconvenciones que dirijia á sus carceleros, ni la carta que escribió al jeneral Augereau. De aquel modo, mal alojado, mal comido, y sin cesar insultado, permaneció hasta el 6 de Enero de 1810 por la noche, en que colocado en un coche alquilado á su costa, le llevaron á *Sitgan*, donde le encerraron en una caballeriza en que habia una pequeña estancia de tres pasos poco mas en cuadro, llena de telarañas y de inmundicia, y donde hubiera estado aquella noche, él, su edecan y su

criado sin probar alimento, á no ser por el buen corazón del cochero, que les proporcionó la cena y un catre y sillas en que sentarse, no sin gran zozobra. Allí permaneció hasta el 8 por la mañana, en que fue trasportado á *Narbona*, agrupándose el pueblo á su llegada para verle. Allí fue colocado con mas decencia y comodidad, aunque con centinelas de vista, en un edificio particular, permitiéndole ser visitado por las personas que se presentaron á verificarlo.

Cuando esperaba continuar su marcha para el interior, el 9 por la mañana se le intimó la orden siguiente: « El General Alvarez debe volver, y el edecan no.—¿Con qué me hacen volver? contestó el General; bien. Mientras no me vuelvan al *Castillet de Perpiñan*, llévenme adonde les diere la gana. » De este modo quedó este ilustre y enfermo anciano, solo, entregado al encono y desconsideracion de sus enemigos. Volvióronle al tan temido *Castillet*, y de allí al castillo de S. Fernando de Figueras, donde espiró el dia 22 ó 23 de Enero, en un cuerpo de guardia oscuro y negro, apareciendo su cadáver espuesto al público en unas parihuelas, observándose por algunos que su rostro estaba hinchado, y de color

cárdeno, á la manera de hombre á quien han ahogado ó dado garrote. Era creencia muy general en aquella época en Cataluña, que el General habia muerto de falta de sueño, no permitiéndole dormir sus carceleros, que le despertaban cuidadosamente siempre que lograba conciliarlo.

El Gobierno español quiso averiguar la verdad de tan horroroso hecho, y solo pudo recoger los datos que hemos indicado, y entre ellos ademas el importante de que al entrar el anciano General en el castillo de Figueras, el dia anterior al de su muerte, no tenia grave daño en su salud. Una de las personas á quienes se pidió informe aseguró ademas, que pocos momentos antes de presentarse su cadáver al público, halló á un sacerdote afrancesado que se dirijia apresuradamente al castillo, y que habiéndole preguntado donde iba, le contestó: «Voy corriendo á confesar al Sr. Alvarez, porque en breve debe morir.» Estos son los únicos datos en que la historia puede fundar su juicio. Para la mayor parte de nuestros escritores el horrible asesinato del Gobernador de Gerona pasa por un crimen comprobado, y cometido á sangre fria por los jenerales de Na-

poleon. El grave é imparcial Conde de Toreno propende á creer lo mismo, recordando hechos parecidos que mancillan la historia de aquel tiempo. El jeneral Haro titúbea un poco en darlo por sentado, en razon á su increíble atrocidad, bien que dice que la posteridad, « nunca llegará á concebir cómo la nacion francesa trató tan inhumana y cruelmente al hombre que por sus grandes y especiales virtudes, fijaba entonces y escitará siempre el respeto y veneracion de Europa. » Grande era el encono de las tropas francesas, contra un jeneral que habia hecho perecer en los fosos de las murallas que defendia, á millares de ellos, como lo prueba el párrafo siguiente de una carta que el primer jeneral francés sitiador dirijió á Alvarez, despues de haber mandado hacer fuego á un parlamento, en la que le decia: « Es probable Sr. General que algun dia os arrepintais de haberos privado del único medio de comunicacion que admite la guerra. »

De este modo pereció tan ilustre General; al llevar el cadáver al cementerio, los soldados alemanes que le conducian, intentaron quitarle la sábana mortuoria en que iba envuelto, y viendo el cura que aquel hecho escandaloso ninguna sen-

sacion causaba al jeneral Guillot ni á sus oficiales, esclamó: «¿Cómo es esto? Hasta las fieras respetan los cadáveres: si VV. le quitan la sábana, voy á envolverlo con la capa pluvial.» Lo que les obligó á desistir de su sacrilego empeño.

El Gobierno español se apresuró á amontonar honores sobre la memoria del desgraciado cuanto ilustre defensor de Gerona. Diéronse decretos para remunerar á sus parientes: Gerona fue declarada igual en franquicias y privilegios á Zaragoza: inscribióse el nombre de Alvarez en letras de oro en el salon de Córtes, y el mismo Fernando VII, á su regreso á España, mandó al jeneral Castaños que le hiciese á su nombre y espensas unas honras magníficas de Capitan jeneral de ejército, las cuales se verificaron con extraordinaria pompa y aparato en Barcelona en 1816. Sus restos fueron exhumados y conducidos como en triunfo á Gerona (*). Cerróse con una verja el inmundo calabozo en que murió, y púsose en su puerta una inscripcion altamente honorífica. En el salon capitular de Granada, á la derecha de la silla de la presidencia, hay tambien otra, en la que se leen estas

(*) Véase la nota final.

palabras: « A D. MARIANO ALVAREZ, NATURAL DE ESTA CIUDAD, GOBERNADOR DE GERONA, SU DEFENSOR EXTRAORDINARIAMENTE HERÓICO CONTRA LAS TROPAS DE NAPOLEON.—EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE GRANADA: A 19 DE MARZO DE 1814.

Pero á aquella época debia seguirse pronto una espantosa reaccion, y en su consecuencia el Ayuntamiento perpetuo de Granada hizo quitar de sus salas esta memoria, porque en su leyenda se veia haber sido colocada por el Ayuntamiento constitucional. ¡ Como si las glorias nacionales, cual si los altos hechos y las heroicidades de los hijos de la patria, no fueran una propiedad ni un honroso blason de todos los partidos! Así permaneció olvidada aquella muestra de gratitud, hasta que habiendo sido diputado del ayuntamiento perpetuo en los últimos años de su existencia, el que despues fue Ministro de Gracia y Justicia D. Francisco de Paula Castro y Orozco, sobrino del General Alvarez, reclamó la colocacion de la lápida en su antiguo sitio. No sabemos si existe allí en el dia.

El nombre del invicto Gobernador de Gerona jamás suena en boca de nuestros historiadores de

la guerra de la independencia, sin ir acompañado de grandes y merecidos elogios. Quintana, Rivas, Noroña, Veramendi y cuantos poetas han tratado en sus versos los sucesos de aquel tiempo, dedican algunas líneas á su memoria, y le presentan como modelo de lealtad y heroísmo. Su ayudante D. Francisco Satué escribió y publicó su vida; y en las numerosas relaciones históricas y militares sobre la defensa de aquella famosa plaza, en todas aparece Alvarez como una figura colosal que roba exclusivamente la atención de los lectores. El jeneral Haro, testigo presencial de los hechos, y uno de los que ostentan mayor imparcialidad en sus juicios, retrata así en la obra ya citada el carácter y la persona de Don Mariano Alvarez: « Era de estatura mediana, de color moreno, ojos vivos, y una compostura exterior que no daba grande idea de sí al que no le observaba de cerca: su talento era mediano y poca su instrucción, pero tenia un conjunto de apreciables cualidades para el mundo, que muy pocos suelen reunir. Era caballeroso en su modo de pensar y muy desinteresado; mandaba siempre por sí, sin que nadie le dominase; se presentaba con mucha serenidad en los peligros cuando la necesi-

dad lo pedia. Estaba tan empeñado en la defensa de su plaza, que en todo el tiempo que duró el sitio no hizo cosa ni habló palabra que no fuese dirigida á infundir constancia y valor á sus tropas; pero la calidad que le distinguia, y que le coloca esencialmente entre el número de los grandes hombres, es su firmeza de alma, porque poseia esta calidad de los Brutos y de los Catones en un grado eminente. Al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza; y despues que se cumplió este plazo, queria que durase cuatro veces mas su defensa. En donde la firmeza de los demas se acababa, alli parece principiaba la suya... Se puede decir que no cometi6 mas falta que la de no haber sabido tomar un partido, cuando le avisó Blake en el mes de Noviembre la imposibilidad de socorrerle. Entonces debió haber salido con la guarnicion, abandonando una plaza incapaz ya de defenderse; pero no era dado á su carácter el variar, y si al fin se perdió todo, fue siguiendo la carrera de la gloria y del honor. Merece pues un lugar distinguido entre los hombres ilustres, y servir de modelo á todos los militares, para que aspiren á imitar sus grandes y eminentes virtudes. » Tal era el no-

ble personaje, cuya biografía nos hemos propuesto bosquejar. Si hubiéramos querido hacer mención de los grandes hechos, los rasgos heroicos á que dió lugar la inmortal defensa de Gerona, nos hubiera faltado el espacio, y hubiéramos sido inoportunamente mas que biógrafos, historiadores. Hemos querido presentar á la memoria de nuestros contemporáneos, una de las figuras colosales entre las muchas que descollaron en la gloriosa guerra de la independencia. Gerona y Alvarez son dos nombres de gloria, ambos inseparables, dignos ambos de admiracion y del profundo y relijioso respeto que inspira siempre á las almas nobles y jenerosas, el valor heroico y desventurado. Ningun pueblo escedió á Gerona en patriotismo y valor; ningun jeneral escedió á Alvarez en lealtad y denuedo; ninguna excusa puede disculpar á los ojos de los contemporáneos, ni con ninguna podrá hacerlo tampoco la historia á las jeneraciones futuras, la conducta cruel observada por los Franceses, y la muerte alevosa dada á un General, á quien no sus armas sino el destino y la falta de salud habian vencido.

NOTA.

Inscripcion puesta en el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.

SQUALIDUS HIC JACET ALVAREZ, NUNC LUMINE PRIVUS,
 IDEM QUI FORTIS, CUM TULIT ARMA FUIT.
 HIC VIR, HIC EST HEROS NULLUM MORITURUS IN AVUS
 CUI SCELERATA FIDES CERTA VENENA DEDIT.
 ÆTERNUM VIVET NOBIS, PASTISQUE GERUNDÆ,
 CUM JUSU REGIS TOLLITUR ASA PIA.
 HOC NUMQUAM POTERIT TEMPUS RETICERE SEPULCRO:
 FAMA, MEMOR SOECLIS, NON PERITURA, CANET.

MDCCLXVI.

Descansan aquí las cenizas de D. Mariano Alvarez de Castro, que fue terror del enemigo cuando empuñó la espada: este fue el hombre grande, este el héroe que debió ser inmortal, y que murió de un veneno que le preparó la mala fe del enemigo. Su buena memoria quedará á los venideros: Gerona la celebrará en sus fastos: y para perpetuarla, mandó el Rey D. Fernando VII erigir este sepulcro, que perdonará el tiempo: y la fama que no perece transmitirá á los siglos los hechos de tan benemérito General.—Año de 1816.





W. DE METRONIC H.

M. DE METTERNICH.

La elevacion del Principe de Metternich no depende del capricho de su Soberano, sino de la situacion de la Monarquia Austriaca, que por decirlo así ha creado él mismo, y cuyo grande edificio sostiene. No estamos acostumbrados á semejante espectáculo entre nosotros; no comprendemos esa alianza de un hombre de Estado con su obra, esa identificacion de un pensamiento y de una vida; hemos perdido la tradicion de ello desde Richelieu, Mazarin, Louvois y la grande organizacion del reinado de Luis XIV.

CAPERIGUE.—*Diccionario de la Conversacion*, artículo Metternich.

Mr. de Chateaubriand ha dicho: (*) « ocupar por mucho tiempo el primer lugar, permenerer jefe

(*) *Congreso de Verona*, t. 1, páj. 76.

del Gabinete con Soberanos sucesivos, sin variar en nada el sistema adoptado desde un principio; aparecer inviolable como un Rey entre todas las rivalidades cortesanas, denota una dignidad que no puede ponerse en duda. ¿Proviene la autoridad del jénio del gobernante ó de la medianía del gobernado? Esto es lo que habria que averiguar en Mr. de Metternich. » No quisiéramos resolver una cuestion que Mr. de Chateaubriand no hizo mas que establecer; nadie duda que entre nosotros, donde es tan viva la vida política, tan devorante y está tan mezquinamente atormentada, donde las reputaciones se adquieren y se pierden en veinte y cuatro horas, una autoridad soberana y persistente como la de Mr. de Metternich, seria un esfuerzo magnífico del jénio, un prodigio, ó mejor dicho, una imposibilidad. En Alemania, y principalmente en Austria, se concibe y esplica esa lonjevidad política. Allí no hay periódicos hostiles, ni tribuna, ni partidos, ni fiscalizacion. Bajo aquel despotismo templado por las costumbres, que se parece, para servirnos de una expresion de Mr. de Pradt, á una espada cuya hoja permanece encerrada en la vaina y no manifiesta mas que el puño, la vida pública está siempre en

una completa calma; una administracion invariable y activa lo dirige y arregla todo, en medio del silencio y del misterio. « En Austria, dice Mr. Saint-Marc-Girardin, muchas partes del hombre estan satisfechas y tranquilas; los brazos tienen alli trabajo, el estómago está bien alimentado, y si no fuera que la cabeza está poco tranquila cuando se acuerda de pensar, estaria todo á las mil maravillas. » « ¡ Pobre pais, esclama Madama de Stael, donde no hay mas que felicidad! » A nosotros, confesamos que no nos bastaria la felicidad *Austriaca*, y sin embargo no nos desagradaria participar un poco de ella.

De todos modos, la posición de Mr. de Metternich, considerada únicamente bajo este pequeño punto de vista, seria casi una *sine cura*, y la biografía poco tendria que ocuparse de él; pero sálgase de Viena, y recuérdese que desde la separacion de las dos coronas de Carlos V, jamás ha presentado el Austria una amalgama mayor de estados y de poblaciones heteroejéneas; el Austria se estiende desde las fronteras de Rusia y de Turquía hasta las playas del Mediterráneo; tiene un pie en Polonia, y domina la Hungría, la Bohemia, la Moravia, la Croatia, la Esclavonia, la

Galitia, la Lombardía, Venecia, los dos Tiroles, y en una palabra toda la parte septentrional de la Italia. El Austria, al tiempo mismo que se esfuerza por conservar su influencia en el Norte, gravita con todo su peso sobre el Mediodia de la Europa; y este grande Imperio, construido de prisa y por mano del hombre, cuyos troncos esparcidos se mueven y ajitan, ¿quién lo ha creado, quién lo ha organizado tal cual en el dia existe, quién lo dirige, lo sostiene, lo comprime y se esfuerza por darle la unidad de que carece? Mr. de Metternich.

En la gran crisis de 1813, cuando la Francia luchaba todavia, y fluctuaba indecisa la victoria, ¿quién se apoderó de las embrolladas cartas de aquel juego, quién precipitó el desenlace del drama sangriento, principiado en Moscow y terminado en Waterlloo? Mr. de Metternich. ¿Quién en fin se ha impuesto la pesada carga de cerrar el paso al entendimiento humano y contener al torrente democrático? ¿Quién es el que recorre sin cesar el globo con la vista, para descubrir si hay en algun punto algun Trono vacilante que apuntalar, alguna tribuna que cerrar, algun jérmén de libertad que sofocar? ¿Quién ha fomentado

la alianza de los Reyes contra el *gran tumulto* de 89? ¿Quién se ha constituido el *gran preboste de la Europa*? (*) Mr. de Metternich tambien. Como se ve, el ilustre Canciller de Austria ha hecho mucho, y sobre todo no le queda poco que hacer. Ha tenido su gran parte de accion y de responsabilidad en todos los grandes sucesos que han ajitado al mundo, de cuarenta años á esta parte.

Sin embargo no debe representarse á este tenaz defensor de las antiguas tradiciones de gobierno, bajo la forma de un tirano feroz, dispuesto siempre á apelar al cañon ó al *Knout*, como última razon de los Reyes. Mr. de Metternich es un hombre de costumbres dulces, de modales elegantes, ilustrado, sutil é insinuante; es el Circeo del despotismo. No trata de oprimir á las masas, sino de seducirlas, de enervarlas, y en rigor, de hacerles experimentar la metamorfosis de los compañeros de Ulises. Vuestros gobernantes, les dice, os deben proporcionar el bienestar, *panem et circenses*, ahí lo teneis; libertad civil, tomadla tambien; libertad política, no la tendreis, eso no vale nada; cantad, reid, bailad, vivid bien, sed felices,

(*) Esprisiones de Mr. de Metternich.

Biblioteca

haced versos, ó muchachos si os acomoda, pero sobre todo discurrid poco, pues de otro modo os enviaremos *paternalmente á Spielberg*, donde no se está con mucha comodidad. Añadamos que Spielberg es un medio de gobierno poco usado en Austria por lo menos, y reservado mas particularmente para la pobre Italia; que solo se somete á la fuerza y es tratada como pais conquistado.

Tampoco debe exajerarse la altura, bien elevada ya, de este personaje histórico, y referir con otros muchos, que data de Mr. de Metternich para la política austriaca una nueva era. En primer lugar aseguran en Viena que Francisco II no era un Rey tan holgazan como jeneralmente se cree; y despues nada mas invariable que la política austriaca desde 1789 hasta 1814; es una lucha constante contra la Francia, interrumpida por treguas de corta duracion; lucha de principios primero, y despues de territorios. El Austria no renuncia jamás á lo que se ve forzada á ceder; vencida, negocia; pero cuando firma una paz onerosa es meditandò una nueva guerra; los enlaces y los casamientos suspenden su marcha, pero no la tuereen jamás; tal se manifestó en Leoben despues de cinco encarnizadas campañas; en Luneville, despues de la derrota

de Hohenlinden; en Presburgo, despues de Austerlitz; en Viena, despues de Wagram; y por último en Praga, despues de la desgraciada campaña de Moscow. Allí encontró Mr. de Metternich trazado el camino, le siguió con maravillosa sagacidad, y con la actitud preponderante pue supo dar al Austria en 1813, hizo seguramente un inmenso servicio á su pais.

Clemente Wenceslao, Conde de Metternich-Wineburg-Ochsenhausen, nació en Coblenza el 15 de Mayo de 1773, de una de las mejores familias del pais. La infancia de Mr. de Metternich nada notable presenta. Únicamente tenemos á la vista un *Taschenbuch* (*) que recomendamos á la censura austriaca, si es que sea severa, lo que no creemos por lo menos en lo respectivo á ciertos lados débiles de la vida del Canciller. Dícese en este *Taschenbuch* que la infancia de Mr. de Metternich fue estudiosa pero un poco precoz; las doncellas que servian á su madre atraian al jóven Clemente tantas repreciones, como elojios le valian sus triunfos escolares. Su padre era muy indulgente y

(*) Los *Taschenbucher* (libros de bolsillo) son pequeños almanaques que se publican anualmente en Alemania y contienen algunas veces pájinas muy interesantes.

se complacia en reconocer á aquellas señales la sangre de su raza, y formaba de ellas buenos pronósticos para su hijo: cuando su madre le daba quejas de alguna travesura amorosa: «*lass ihn gehen; déjalo hacer*, decia; *das wird ein tuchtiger Kerl seyn; no será mal perillan.*»

A los 15 años el jóven Metternich fue enviado á la universidad de Estrasburgo, donde estudió con el célebre profesor de Kock, en compañía de Benjamin Constant. Estos dos hombres, á quienes la fortuna reservaba elevados destinos por diferentes vias, hicieron amistad en los bancos de la escuela, y creo tambien que entonces Mr. de Metternich participaba un poco de la efervescencia de las ideas filosóficas que inflamaba á todos los jóvenes; en 1790 concluyó su curso de filosofía, y completó en seguida sus estudios en Alemania. Despues de haber recorrido la Inglaterra y la Holanda, pasó á Viena, donde se casó á la edad de 21 años, con la hija del Príncipe de Kaunitz-Rietberg.

De aquella época data su primer paso en la carrera diplomática. Encargado de representar á los Condes de Westfalia, en el Congreso de Rastadt, se hizo notable al Emperador Francisco II,

que le tomó á su servicio ; le agregó primero al Conde de Stadion, su Embajador en San Petersburgo, le nombró despues su Ministro en la córte de Dresde ; y por último , en 1806 , le encargó el represeutar al Austria en la córte de Napoleon.

El Austria estaba entonces en una triste posicion ; arrojada de Italia por Bonaparte , rechazada sobre el Rhin por Moreau , habia intentado rehacerse aliándose con la Rusia ; aquella coalicion habia sido rota en Austerlitz. Napoleon habia usado anchamente de sus derechos de vencedor ; habia arrancado al vencido el viejo manto real de los Césares ; habia puesto la mano sobre el cetro de la Confederacion ; habia amasado y vuelto á amasar la Alemania á su antojo ; habia creado Ducados , Principados y hasta reinos. Habia agrandado el Wurtemberg , la Baviera y el Ducado de Baden ; habia cortado tela para vestir á cada uno de sus Lugar-tenientes, y todo á espensas del Austria. La Prusia á su vez habia querido moverse ; el Emperador de un salto habia dividido en dos partes en Jena , el frágil y débil estado que se arrastra como una serpiente á lo largo del Báltico, y la Prusia habia sido desmembrada, hecha pedazos y dislocada como el Austria.

En semejante situacion, Mr. de Metternich debia procurar antes de todo agradar al vencedor , y lo consiguió completamente; entonces se retrocedia en Francia abiertamente hácia las cosas de otros tiempos , y Napoleon habia rejistrado los archivos para desenterrar de ellos antiguos formularios de etiqueta. El reinado de Luis XIV parecia renacer con todo su esplendor , con todos sus prestijios, con todas sus pomposas puerilidades , menos la gracia aristocrática de que se puede prescindir, pero que se adquiere, y que produce siempre mal efecto cuando es postiza.

El jóven Embajador de Austria, reuniendo á las ventajas de su cuna la mas seductora presencia, las formas mas distinguidas , un entendimiento agudo, facilidad en el hablar , elegancia y suntuosidad en las costumbres de su vida, tuvo un éxito prodijioso; se lo disputaban en la corte, y las mismas Princesas de la familia Imperial no desdeñaban sus obsequios; y aunque se aparentase mucha severidad sobre la etiqueta , el puritanismo existia solo en la superficie , y el color del Directorio se traslucia en aquella sociedad del Imperio llena de afeite. Mr. de Metternich supo doblegarse bien á la circunstancia ; su mision era agradar , y la

desempeñó con mucho celo: podrian escribirse volúmenes con todas las aventuras galantes sucedidas ó achacadas al diplomático Austriaco; léanse las numerosas memorias á que han dado lugar las celebridades femeninas de aquella época, y apenas se encontrará una que no encierre un tierno recuerdo dirigido á Mr. de Metternich.

Bien recibido por Napoleon, que le consideraba como la espresion del sistema francés en Austria, pudo estudiar Mr. de Metternich al hombre que movia al mundo segun su voluntad, y adivinar algunas veces los misteriosos resortes que daban al mismo el primer impulso. El Embajador insistia entonces fuertemente en fundar entre la Francia y el Austria un sistema sólido de mútua seguridad contra la Rusia. La entrevista de Erfurth frustró sus proyectos; Napoleon y Alejandro se hicieron recíprocas promesas, y se trató por un momento de dividir la Europa en dos partes. Persuadida el Austria que seria sacrificada, se dirigió á la Inglaterra que la instaba á romper el tratado de Presburgo ofreciéndole subsidios. Principiaban ya á exasperar los espíritus de las poblaciones Alemanas, las numerosas vejaciones que habian tenido que sufrir. El Austria creyó llegado el momento

de tentar de nuevo la suerte de las armas; antes de estallar sin embargo, queria esperar á que Napoleon estuviese completamente comprometido en España; organizáronse misteriosamente inmensas levadas de hombres, Mr. de Metternich recibió orden de agradar mas que nunca, y de mentir con toda la serenidad de un diplomático. Entonces hubo entre el sutil Austriaco y Mr. de Champagny un juego de astucia en el cual este último quedó completamente burlado. Quanto mas secas é insignificantes eran las notas oficiales del Austria, tanta mas ardiente simpatía y mas sincera adhesion respiraban las confidentiales presentadas por Mr. de Metternich. Napoleon mismo se engañó. Sin embargo el Austria vacilaba aun ante una declaracion de guerra. El 25 de Marzo de 1809 recibia Mr. de Metternich del Conde de Stadion, entonces primer Ministro, una carta concebida en estos términos: « Observo con pesar que se enfria el entusiasmo jeneral; temo mucho que se gaste con esperar; haz pues de nuevo que te echen, pues aqui jamás sabrán tomar un partido decisivo. » Por último, el 9 de Abril, en el momento en que el Emperador llegaba á la frontera de España para sostener el trono de José, el Austria se decidió á

pasar el Ynn, y á principiar las hostilidades atacando á la Baviera, enriquecida con sus despojos, y aliada de la Francia.

A la primer noticia de aquella inesperada agresion, Napoleon corrió á París, y furioso por haber sido engañado por Mr. de Metternich, mandó sencillamente á Fouché que le hiciera conducir á la frontera por dos jendarmes; la orden era dura, porque al fin, si siempre se habia de decir la verdad, ¿de qué serviría la diplomacia? Fouché que creia útil tener amigos en todas partes, se contentó con hacer escoltar la silla de posta del Embajador por un capitán de Jendarmería.

Dos meses habian trascurrido apenas, y el Austria aniquilada en Wagram, pedia la paz de rodillas; *El Monitor* proclamaba que *la casa de Lorena habia cesado de reinar*; declaracion jactanciosa, irrealizable, que ninguna consecuencia tuvo, pero que Napoleon debia algun dia pagar caro. Gracias á la habilidad del Conde de Bubna, y sobre todo á las instancias de Mr. de Metternich, vuelto ya al favor de Napoleon, despues de largas conferencias en Schœnbrunn, firmose por último la paz en Viena; nuevas cesiones de territorios y enormes contribuciones de guerra pesaron sobre el vencido.

En aquella época, en 1810, despues de firmado el tratado de Viena, fue llamado Mr. de Metternich al puesto de Canciller de Estado y Presidente del Consejo. A su alrededor estaba el horizonte mas sombrío que nunca; la casa de Lorena no habia dejado de reinar, pero sí perdido su influencia en Alemania. Napoleon, por decirlo así, la habia reducido ya á su menor expresion por el tratado de Presburgo, á fin de engrandecer á sus vasallos los Príncipes de la Confederacion, y el tratado de Viena le arrancaba los últimos restos de su poder en Italia. Abatida el Austria, agotada de hombres y dinero, oprimida por todos lados, por el inmenso Imperio francés, que se extendia desde las orillas del Báltico hasta los Pirineos, parecia haber renunciado definitivamente á todo pensamiento de acudir á las armas.

En tan difíciles circunstancias, emprendió Mr. de Metternich realzar á su pais, adhiriéndole mas íntimamente al vencedor: *Græcia capta ferum victorem cepit.* (*)

No tardó en presentarse la ocasion, y el Canciller de Estado se aprovechó diestramente de ella.

(*) «Mi casamiento con Maria Luisa es lo que me ha perdido» decia Napoleon en Santa Elena.

Napoleon, despues de su divorcio con Josefina, buscaba entonces qué raza antigua de Europa tendria el honor de continuar la suya; se inclinaba á una hermana de Alejandro; el Gabinete de Viena se interpuso en las negociaciones; Mr. de Schwartzenberg, entonces Embajador en París, tuvo encargo de dar esplicaciones sobre este punto; propúsose un casamiento, arreglóse en el mismo dia, y Mr. de Metternich en persona condujo á la hija de los Césares al lecho del soldado triunfador. Mucho conmovió á la Rusia aquella preferencia. Principiaba ya la frialdad á reemplazar las protestas de Erfurth; aglomeráronse las nubes por aquel lado; y la espoliacion del gran Duque de Oldemburgo, las exigencias del sistema continental impuesto á la Rusia, y mortal para sus intereses comerciales, acabaron de romper la alianza. Napoleon se decidió á marchar á la dictadura universal, y se declaró la guerra.

El Austria se puso naturalmente de parte del que creia mas fuerte, sin comprometerse sin embargo tau completamente en la disputa, que le fuera imposible una metamorfosis en caso de derrota. En el tratado de París, 14 de Marzo de 1812, se estipuló que habria entre S. M. el Emperador de

los franceses, y S. M. el Emperador de Austria, amistad, union y alianza *perpétua* (bella frase de cancillería que á nada obliga; todos los tratados se hacen así.) El Austria debió dar un contingente de 30,000 hombres.

En la parte secreta del tratado, y en su artículo 7, se dice que en el caso de tener la guerra un buen éxito, S. M. el Emperador Napoleón se compromete á proporcionar al Emperador de Austria indemnizaciones que *no solo* compensen los sacrificios y gastos de este último en la guerra, sino que sean un *monumento* de la union íntima y duradera que existe entre los dos Soberanos. La Prusia se apresuró tambien á entrar en la alianza, y 60,000 soldados de todas las naciones de Europa pasaron el Niemen.

A los seis meses, apenas quedaban 40,000 hombres de aquel ejército; aquellas fantasmas descarnadas, estenuadas por el hambre, arrecidas de frío, se arrastraban hácia la Alemania que las recibia por todas partes con miradas sombrías y feroces, y se preparaba á aprovecharse del gran desastre de los Franceses, para sacudir el yugo. La defeccion del General Prusiano de York acababa de entregar el ala izquierda de los franceses; el general Aus-

triaco Schwartzenberg se ponía á su vez en comunicacion con el enemigo, y descubria el ala derecha; Alejandro habia pasado el Vístula; el Rey de Prusia se habia arrojado en sus brazos, y los vencidos en Jena corrian á las armas.

El Austria intacta, lejana, menos comprometida que la Prusia, procedió con mayor circunspeccion, y aqui aparece en todo su brillo la habilidad diplomática de Mr. de Metternich.

Napoleon, dejando á su espalda los restos de su ejército, aparecia de nuevo en París, imperturbable y como engreido de tener que luchar al fin contra la fortuna. Pidió mas soldados á la Francia, y esta le dió los últimos; volvió á pasar el Rhin con 300,000 hombres, y puso al Gabinete de Viena en situacion de llenar las condiciones del tratado de París. Mr. de Metternich contestó que su Soberano era mas que nunca adicto al Emperador, y *que la alianza era eterna como los motivos que la crearon*; y al mismo tiempo daba órden al Comandante del contingente Austriaco de negarse á obedecer las instrucciones que se le diesen de parte de Napoleon; y tras de las montañas de la Bohemia se reunian y armaban apresuradamente 200,000 hombres. El Gabinete in-

glés, constante en su odio implacable, envió á Lord Walpole á Mr. de Metternich, ofreciéndole si queria entrar en la coalicion, la restitucion de las provincias Ilíricas, el restablecimiento del antiguo Imperio Germánico, toda la Italia, y 10.000,000 de subsidios. El astuto Canciller dió oídos á aquellas proposiciones, envió á Lóndres á Mr. de Weissemberg, con el pretesto de disponer la Inglaterra para la paz; apresuró mas y mas la organizacion de sus tropas, y por último, estrechado en sus últimos recintos por Mr. de Narbonne, que le obligaba á esplicarse, declaró « que la alianza habia cambiado de naturaleza; que el Austria elevaba su simple intervencion á la actitud de una *mediacion armada*, que desde entonces en adelante iba á aparecer en la escena como parte principal, y que se ponía en estado de sostener su nuevo papel, organizando fuerzas respetables (*).» Añadiendo sin embargo que aquella nueva actitud no destruía el tratado de París: solo lo *suspendia* para dar al Gabinete mediador mas libertad para negociar la paz entre las potencias beligerantes.

Aquella posicion, tomada de repente por Mr. de

(*) Despachos de Mr. de Narbonne.

Metternich, era en alto grado hábil, ya que no enteramente leal; el Gabinete Austriaco, de simple aliado, espuesto á las contingencias de la guerra, se convertia en *árbitro* de aquella gran contienda; *árbitro* desinteresado en la apariencia, pero muy dispuesto á sacar partido de su papel.

El tratado de Trachenburgo acababa de añadir á la triple coalicion un nuevo enemigo, la Suecia; las victorias de Lutzen y Bautzen, que fueron estériles por la escasez de caballería de los Franceses, habian sin embargo reanimado un poco sus negocios, y concluyóse un armisticio en Plesswitz. El Gabinete mediador propuso abrir un Congreso en Praga bajo su presidencia, y la Rusia y la Prusia, deseosas de arrastrar al Austria á la coalicion, se apresuraron á aceptar: Napoleón, aunque incomodado de la preponderancia que se abrogaba su antiguo aliado, se resignó tambien á ello.

Algunos dias antes de abrirse el Congreso, tuvo lugar en Dresde, entre Napoleón y Mr. de Metternich, aquella famosa conversacion que no contribuyó poco á causar un rompimiento por parte del Austria: muchos escritores han hablado ya de ella desnaturalizándola, y sentimos que la falta

de espacio no nos permita darla íntegra. Hé aqui algunos fragmentos que tomamos del relato del Baron Fain, testigo ocular.

Mr. de Metternich habia pasado á Dresde, llevando una carta particular de su Soberano, en contestacion á las proposiciones hechas por Napoleon, al cual la entregó el 28 de Junio, en una audiencia particular que se prolongó hasta el dia siguiente. «¿Con que estais aqui, Metternich? dijo Napoleon al verle. Seais bien venido; ¿pero si deseais la paz, á que venir tan tarde? Ya hemos perdido un mes y vuestra mediacion se vuelve casi hostil á fuerza de ser inactiva... Os he adivinado, Metternich; vuestro Gabinete quiere aprovecharse de mis embarazos, y aumentarlos cuanto sea posible, para recuperar el todo ó parte de lo que ha perdido; la gran cuestion para vosotros es la de saber si podeis hacerme pagar el rescate sin pelear, ó si necesitareis alistaros decididamente en las filas de mis enemigos. Aun no sabéis bien cual de los dos partidos debe ofreceros mas ventajas, y tal vez no venis aqui mas que á averiguar lo mejor. Pues bien, vamos á ver; tratemos: consiento en elló; ¿qué quereis?»

Este ataque era vivo, y Mr. de Metternich

llamó en su ayuda un aparato de frases diplomáticas. «La única ventaja que el Emperador mi amo anhela adquirir, es la influencia que daría á los Gabinetes de Europa el espíritu de moderacion, el respeto por los derechos y posesiones de los Estados independientes, de que él mismo está animado, etc., ect.»—«Hablad mas claro, dijo Napoleon interrumpiéndole; vamos al objeto, y no olvideis que soy un soldado que sabe mejor romper que doblegar. Os he ofrecido la Iliria para que permanecierais neutrales: ¿os acomoda? Mi ejército es suficiente para hacer entrar en razon á los Rusos y á los Prusianos, y solo os pido vuestra neutralidad.»

«¡ Ah ! Señor, contestó Mr. de Metternich con viveza, ¿ por qué se ha de quedar V. M. solo en esta lucha? ¿ Por qué no duplicar sus fuerzas? Podeis hacerlo, Señor, pues solo de vos depende el disponer enteramente de las nuestras.»

A estas palabras decayó el tono de la conversacion, y el Emperador condujo á Mr. de Metternich al gabinete de los mapas. Despues de un intervalo bastante largo, exclamó nuevamente: «¡ Cómo! ; no solo la Iliria, sino la mitad de la Italia y la Polonia! ; El abandono de la España!

¡y la Holanda! ¡y la Confederacion del Rhin! ¡y la Suiza! ¿esto es lo que llamais el *espíritu de moderacion* que os anima? En resumen, vosotros quereis la Italia, la Rusia quiere la Polonia, la Suecia quiere la Noruega, la Prusia quiere la Sajonia, y la Inglaterra quiere la Bélgica y la Holanda. En una palabra, la paz es solo un pretesto, y no aspirais todos á otra cosa sino á la desmembracion del Imperio Francés. ¡Y el Austria, sin luchar, sin siquiera sacar la espada, se lisonjea de hacerme suscribir á semejantes condiciones! ¡Sin sacar la espada! ¡Semejante pretension es un ultraje! ¡Y mi suegro es quien acoje un proyecto tal, y él el que os envia!.. ¡Ah! Metternich, ¿cuánto os ha dado la Inglaterra para decidiros á representar este papel contra mí?»

No siendo posible contestar á tan insultantes palabras, Mr. de Metternich cambió de color. Siguióse un profundo silencio, y continuaron paseándose apresuradamente. El Emperador, con la viveza de sus movimientos, dejó caer su sombrero, y pasaron repetidas veces por delante de él. En otra situacion cualquiera, Mr. de Metternich se hubiera apresurado á levantarlo... el Emperador fue quien lo recojió... Entablóse de nuevo la con-

versacion en tono mas calmado, y el Emperador, al despedir á Mr. de Metternich, tuvo cuidado de decirle que la cesion de la Iliria no seria su última palabra.

Mr. de Metternich salió con el corazon ulcerado; á pocos dias se abrió el Congreso en Praga, y pasóse el tiempo en pueriles discusiones de forma y etiqueta; espiró el armisticio, y el 10 de Agosto de 1813, la declaracion de guerra del Austria, redactada y firmada por Mr. de Metternich, dió á conocer al Emperador que es peligroso no saberse dominar á sí mismo, y que la cólera no sustituye á la fuerza, á los ojos perspicaces de un diplomático.

Preciso es decirlo, para ser justo y exacto. Napoleon sabia vencer é imponer condiciones; pero no sabia negociar, y sobre todo conformarse al papel de vencido. Los dos años de 1813 y 1814 brillan con grandes hechos de armas, pero presentan de parte de la Francia una debilidad deplorable bajo el aspecto diplomático. Evidentemente conocia el Emperador que la union del Austria á la coalicion, iba á anonadarle, y era su interés impedir á todo coste que se declarase contra él. ¿Podia hacerlo? Cuestion es esta que



muchos han resuelto negativamente. No hay duda que el Austria estaba poco inclinada hácia él; no la hay tampoco, como lo confiesa Mr. de Metternich mismo en su manifiesto, en que los *aliados y su Gobierno estaban ya reunidos por principios, antes que los tratados hubieran declarado su union*. Habia en todas las poblaciones de Alemania una fermentacion tan grande, un ódio tan pronunciado contra el nombre francés, que el Austria no se hubiera atrevido, no hubiera podido hajar á la arena para pelear al lado de Napoleon. ¿Pero podia conseguirse la neutralidad del Austria, y en consecuencia, su intervencion directa, activa y eficaz para poner paz entre los contendientes? Basta tener ojos para no dudar de ello. La cuestion en aquella época era una simple cuestion de territorio, y nada mas. Los Franceses estaban acampados en pais enemigo; este era el mas fuerte, y pedia verse libre de ellos. Arrimados los Franceses á sus fronteras con los 200,000 hombres que les quedaban, aun hubieran dictado la paz; pero Napoleon se hacia ilusion á sí mismo, y despues de Moscou hablaba en el mismo tono que despues de Austerlitz. Cuando la Francia agota-

da pedia á voces reposo; cuando cada victoria le costaba millares de hombres, que ya no se reemplazaban; cuando sus enemigos se reforzaban sin cesar con tropas frescas, la oprimian con sus masas, y arrojaban sus tropas sobre el Rhin; cuando la traicion estallaba en todas partes en sus filas, el Emperador se sublevaba contra el destino, ambicionaba, como lo ha dicho despues, cual verdadero poeta, *la gloria de los reveses*, y proponia sériamente á la Europa armada, tratar con ella bajo el pie del *statu quo ante bellum*, es decir, devolviendo á la Prusia un pais dislocado y sin fronteras, al Austria un Imperio desmembrado, á la Alemania un Protectorado oneroso, y á la Rusia trabas comerciales. Por un momento le presentó Mr. de Metternich un *ultimatum* concebido en estos términos: la disolucion del Ducado de Varsovia, dividido entre la Rusia, la Prusia y el Austria (Dantziek para la Prusia), el restablecimiento de las ciudades libres de Hamburgo y de Lubeck; la reconstruccion de la Prusia con una frontera sobre el Elva; la cesion hecha al Austria de todas las provincias Ilíricas, inclusa Trieste (*).

(*) Véase el manuscrito de 1813 por el Baron Fuin.

Napoleon convino en algunos puntos, pero queria conservar á Trieste, y exigia que Dantzick permaneciese ciudad libre; en una palabra, su contestacion llegó la noche del 10 al 11; el término de la mediacion del Austria se habia fijado al 10, y habia aparecido el manifiesto de Mr. de Metternich. Era preciso oír á la Rusia, y ya era demasiado tarde.

Despues de la horrible carniceria de Leipzig, de la declaracion de Francfort, y de la invasion del territorio francés, abrióse un Congreso en Chatillon; Napoleon aceptó las bases propuestas, pero tambien allí disputaba sobre los detalles. El Duque de Vicencio recibió en un momento carta blanca para tratar á toda costa y evitar una batalla, que era la última esperanza de la Nacion francesa; verificóse aquel combate, y las milagrosas victorias de Brienne, de Champaubert, y de Montmirail, cambiaron las disposiciones del Emperador. Escribió al momento al Duque de Vicencio, encargándole que nada firmase sin orden suya, porque, decia, «solo yo conozco mi posicion. — Es preciso hacer sacrificios, se apresuró á contestarle el Duque de Vicencio, es preciso hacerlos á tiempo; si no

tenemos cuidado, se nos escapará la ocasión como en Praga. Esta negociacion, no me cansaré de repetirlo, no se parece á otra alguna. Es hasta totalmente opuesta á cuantas V. M. ha dirigido hasta ahora, y distamos mucho de poder dominar. No se quiere mas que un pretesto, y si no nos decidimos á tomar el partido que las circunstancias exigen, todo se nos escapará. Suplico á V. M. reflexione el efecto que producirá en Francia el rompimiento de las negociaciones, y que pese todas sus consecuencias.»

Estas palabras del Duque de Vicencio, no eran otra cosa que la reproduccion exacta de las cartas confidenciales que Mr. de Metternich le dirigia. El Canciller de Austria, preciso es hacerle esta justicia, era entonces sincero partidario del sosten de la dinastía Napoleónica; sus nacientes desconfianzas de la Rusia, y los vínculos de familia que unian al Emperador con su Soberano, hacian muy natural aquel sentimiento; veia engrosarse la tempestad; principiaba á faltarle la preponderancia que habia ejercido del lado allá del Rhin; la Inglaterra se pronunciaba en favor de los Borbones; la

Rusia se inclinaba á lo mismo, y Napoleon luchaba todavía, exijiendo la evacuacion del territorio antes de hacer ningun tratado. «El Emperador Napoleon, decia Mr. de Metternich, nos hace escribir *novelas*, y no comprende el peligro de su situacion.» Por último, París abrió sus puertas al Príncipe de Schwartzenberg, y mientras Francisco II y su Ministro se habian detenido en Dijon, por no asistir á la toma de la capital en que reinaba María Luisa, el Emperador Alejandro, rodeado de una intriga cortesana, y en presencia de una nacion casi indiferente por cansancio, zanjó la cuestion dinástica.

Mientras se trató de proseguir la victoria, estuvieron los aliados completamente unidos; no así enteramente cuando fue preciso repartirse los beneficios. Cada potencia volvió entonces á sus intereses particulares, á sus simpatías y antipatías naturales. Nos falta espacio para hablar detenidamente de aquel gran meneo dado á la Europa en el Congreso de Viena, interrumpido un instante por los Cien-Dias, y continuado despues de Watterlloo; la Francia fue mutilada, la Sajonia espoliada, la Prusia quedó estrañamente constituida, la Italia atada de pies y manos, fue entregada al Austria,

despedazada la infeliz Polonia, y la Bélgica unida por fuerza á la Holanda. El acta federal de 8 de Junio, destruyendo las promesas liberales de las proclamas de 1813, volvió á construir para la Alemania el antiguo damero feudal, y la Rusia, estendiéndose al través de la Polonia, alargó sus brazos hasta la Prusia. De tal modo, que el Abate de Pradt pudo decir con razon: «La guerra de la independencia de la Europa contra la Francia, ha acabado por sujetar la Europa á la Rusia. No valia la pena de cansarse tanto.» (*)

Desde 1815, Mr. de Meternich se ha dedicado constantemente á sostener su obra, conmovida por frecuentes sacudimientos. Las asociaciones de las Universidades no se habian disuelto despues de la victoria, y la *Burschenschaft* se habia estendido como una red por toda la Alemania; la Italia se agitaba; levantábase en Nápoles una tribuna; el Piamonte destronaba á su Rey; la España ponía trabas al suyo; la Polonia temblaba bajo su triple yugo; las calles de París estaban ensangrentadas por las sublevaciones; por do quiera se agitaban los pueblos. Casi al mismo tiempo

(*) Mr. de Pradt, *Congreso de Viena*, t. 1, páj. 362.

los dos atentados aislados de dos fanáticos, Sand y Louvel, (*) despertaron á los Reyes que se adormecían en su seguridad, y se celebraron Congresos en Carlsbad, en Troppau y en Laybach. Declárase en este último á los pueblos « que solo pertenece á los Soberanos conceder y modificar las instituciones, siendo únicamente responsables á Dios de sus actos. » La efervescencia universitaria fue comprimida, cerrada la tribuna de Nápoles, invadido por el Austria el Piamonte, y mas adelante, en Verona, se encargó el Ministerio Villele de destruir el Gobierno representativo en España. En 1824 Mr. de Metternich fue hostil á la causa de los Griegos. El hombre de Estado veía desde lejos á la Rusia tan amenazadora ya, engrandecerse á espensas de la Turquía. Los sucesos probaron que había previsto bien; y cuando en 1829 la Prusia ofuscada acuñaba medallas en honor de los triunfos de su temible vecino, Mr. de Metternich, de acuerdo con la Inglaterra, se ocupaba activamente en detener á Diebitch en su marcha sobre Constantinopla.

La revolucion de Julio en Francia espantó un

(*) Asesino el primero de Kotschue, y el segundo del Duque de Berry.

momento á Mr. de Metternich, y no sin razon; pero tranquilizado bien pronto por la direccion pacífica dada allí á los negocios, se resignó con bastante buena voluntad á reconocer á un Rey elegido. Solo podemos recordar aqui para memoria la insurreccion de la Romaña, la ocupacion y evacuacion de Ancona por las tropas francesas, y por fin despues, el último reciente tratado firmado en Lóndres entre el Austria, la Prusia, la Inglaterra y la Rusia contra el Bajá de Egipto y con exclusion de la Francia. Si es cierto, como lo anuncia la *Gaceta de Augsburgo*, que esta nueva coalicion se haya formado á instancias del Gabinete de Viena, confesamos que nos cuesta trabajo entender á Mr. de Metternich. ¡Como! él, que penetraba tan bien en 1824 los proyectos de la Rusia; él, que tanto ama la paz, que con tanto celo ejerce la policia de la Europa; él, que sabe que apenas queda en Alemania otro *Galophobo* que él mismo y Mr. Menzel, que de consiguiente una guerra contra la Francia no seria ya una guerra de nacionalidades, sino de principios, y que el primer cañonazo disparado en el Rhin haria saltar hecho pedazos el frágil edificio levantado por el Congreso de Viena; él, hombre sábio, prudente, hábil ces-

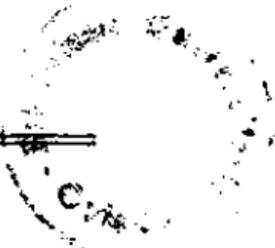
ponerse sin mas, ni mas á tales peligros? ¿Qué le hemos de hacer? Mr. de Metternich no es ya jóven, cree tal vez que la Europa está aun poco cansada, y pudiera respondernos como respondió un dia á un sábio aleman, que le reconvenia de haberse ocupado demasiado de arreglar, vijilar é inmovilizar lo presente, y no lo bastante en preparar el porvenir: «*despues de mí, el diluvio!*»







EL DOCTOR ORFILA.



D. MATEO J. ORFILA.

« Se concede de mejor gana á un hombre el ser á propósito para los empleos que no tiene, que no se le encuentra apto para los que ejerce. »

L'ABOCHÉFOUCAULT.

Cuando vemos á un hombre colocado en una situacion elevada y honrosa, y alcanzada por él solo y por medio de un asídúo trabajo, nos inclinamos á creer que aquel hombre está dotado de una grande voluntad y de una brillante inteligencia; y á pesar del *Dios te dé fortuna*, refren ordinario de los simples y de las inferioridades

envidiosas, que no ven ó no quieren ver mas que la casualidad ó diestros manejos en las recompensas justas, nos queda á nosotros, que somos imparciales, la certeza de que esos grandes hombres, no comprendidos y desconocidos, que intrigan contra los pequeños, ilustres, y célebres, ó son gentes muy miserables, ó individuos á quienes apasiona un antagonismo-particular.

Nos sugiere estas reflexiones el haber estudiado la vida entera del Doctor Orfila, y haber buscado lo que sus enemigos podrian echarle en cara. Basta para tenerlos haber adquirido alguna fama; pero si no existiesen enemigos que tienen á la inteligencia en acecho, dispierto y en guardia al talento, el hombre que hubiese adelantado permanecería demasiado tranquilo, olvidaría los esfuerzos pasados, habria retroceso. Es sabido que dispuestos aquellos siempre á coger al paso el primer error que se escape, lo aumentarán á su placer, lo enseñarán con triunfo, y si su pequeñez y debilidad no les permite hacerse oír de todos, lo pregonarán de mil maneras.

Hay un medio sin embargo de ser hombre de primer órden, y no tener enemigos. A un hombre se le perdonará con gusto su superioridad, sino

aspira á otra cosa; es decir, con la espresa condicion de que ocupado únicamente de las cuestiones mas abstractas de la ciencia, bienhechor de la humanidad, útil para todos, será inútil para sí mismo; con la condicion de que siempre olvidado, jamás alcanzará á él la remuneracion; con la condicion en fin de que verá tranquilamente distribuir á los demas, títulos y empleos, contentándose él con haberlos ganado. ¡Oh! entonces, cuando no quede duda que no tiene mas que mérito, pero que en ningun caso le será permitido competir con los monopolistas de dignidades, entonces no habrá inconveniente en reconocer que tiene talento; se le elogiará, hasta se le exagerará, con la misma facilidad encomiadora con que se alaba sin medida á los muertos, porque no pueden hacer sombra á los vivos.

Pero si tiene el sentimiento de su dignidad y de lo que vale; si no contento con poseer la ciencia, deja traslucir deseos de querer adquirir una posicion honrosa y útil; si tiene bastante energía para atravesar como un dardo esa masa compacta que obstruye todas las avenidas; si adelanta en fin, puede estar cierto de que tendrá envidiosos, de que lo que debe al saber se atribuirá á la

intriga, y de que los que de frente no pudieron impedirle el llegar á la cumbre que ambicionaba, no dejarán, cuando la ocasion se presente, de darle una zancadilla para hacerle perder el equilibrio.

Entre los adversarios de Orfila hay algunos, á quienes ni la vergüenza ha contenido, que han apelado á la calumnia para hacerle acusaciones, á que no contesta un hombre honrado, y á que hace justicia el público. Nadie ignora lo que de ellos debe pensar, y no queda manchada la moralidad de aquel á quien atacan odiosas imputaciones; pero no por eso es menos triste pensar que hombres de saber, que poseen cuanto es necesario para ser respetables, se ensucien hasta el punto de publicar miserables libelos, en que se descubre el ódio en cada línea, y donde se ve que el escritor se ha violentado, para decir lo que no podia pensar.

Mateo José Orfila nació el 27 de Abril de 1788, en Mahon, en la Isla de Menorca. Sus padres sin ser ricos, disfrutaban de cierta comodidad, debida al comercio á que se dedicaban. En 1802 fue preciso pensar en darle colocacion, y decidió la familia que José Orfila entraria en la ma-

rina. Poco despues se embarcó el jóven en clase de segundo piloto en un pequeño buque mercante que recorria las costas del Mediterráneo.

Seguramente nada podia hacer creer todavía que se ocultaba bajo la chaqueta del piloto, una toga de Decano de la Facultad. Es ademas cosa sabida que Orfila tiene el talento de no ocultar á nadie todo lo precaria que fue su juventud; y cada dia, al proteger á sus cofrades, prueba que tambien él, á pesar de su trabajo y de su superioridad, recuerda cuan útil le fue el patronazgo de un sábio ilustre, arrebatado demasiado pronto á su agradecimiento.

Muchas novelas ofrecen sucesos menos estraños, situaciones menos dificiles, menos imprevistas en el desenlace, que la vida que contamos; y para aquellos que han asistido á esa continuacion de luchas entre el talento y la fortuna; para los testigos de las victorias conseguidas por la tenacidad del hombre que se ha dicho á sí mismo: trabajaré, adelantaré; para estos es una satisfaccion ver la suerte, obligada á ser justa una vez, dejarse arrancar por la perseverancia, lo que tan frecuentemente niega, aun á los mas dignos: un nombre y una posicion.

Véase pues á Orfila, « obedeciendo pasivamente á los impulsos de familia » á bordo de un buque, soñando ya sin duda otra existencia, y preguntándose tal vez si no estaba llamado á otro fin.

En 1805 se decidió su porvenir. Abandonando la carrera naval, pasó á Valencia, estudió con pasión lo que él mismo había elegido, y al año siguiente obtuvo el primer premio de física y de química. Desde entonces no puede ya ponerse en duda su vocacion; ve abierto ante sí un horizonte de trabajos, pero de celebridad; le obstruyen las dificultades, y las ataca de frente. Joven, y con esa naturaleza meridional de tan tenaz voluntad, con esa organizacion que se endurece con las dificultades, no se espanta Orfila por los obstáculos; verlos, es querer vencerlos; pero para vencerlos es preciso estar en su presencia, y el ex-piloto no estaba en situacion de subvenir á los gastos de su traslacion y del complemento de sus estudios. Redobra su trabajo, se hace notar, y esto es lo que queria; en virtud de un informe de sus progresos, decide la Junta de Barcelona enviarlo á Paris á estudiar las ciencias naturales, señalándole 6,000 rs.; él ve la ocasion favora-

ble, pasa por Madrid, y el 9 de Julio de 1807 entró en Paris.

Diez meses hacia que Orfila estudiaba en aquella ciudad, cuando un acontecimiento imprevisto hizo mas embarazosa su posicion. Estaba escrito que aquellos años, que para tantos otros son dias de placer, serian para él un tiempo de pruebas siempre renovadas. El 2 de Mayo de 1808 la Francia declaró la guerra á España. En aquella edad y en aquellas circunstancias, podian tal vez afectarle poco las disputas de los dos Gobiernos, pero suprimiéronse los 6,000 rs. de pension, y esto le tocaba mas de cerca. No recibiendo otros fondos para vivir y pagar los gastos de sus estudios, su situacion era crítica. A los 20 años, ~~estudiante~~ extranjero, perdido en un pais que se convertia en enemigo, ardiente siempre en seguir el camino que se habia trazado, con una constitucion escelente, y sin dinero, debió sin duda hacer profundas reflexiones. Acordose, entonces mas que nunca, de que tenia un tio comerciante en Marsella. Manifestóle su situacion, y el digno pariente le dió un auxilio casi igual al que acababa de arrebatarse la guerra; con la condicion sin embargo de que cesaria todo envio de fondos en obte-

niendo el diploma de Doctor. Lo importante para Orfila era conseguir aquel título; para lo demás contaba solo consigo mismo, y tenía razón.

Continuaron pues sus estudios siempre laboriosos, coronados siempre de buen éxito; y al fin despues de los mas brillantes exámenes, llegó á la última prueba, la Thesis. Se graduó de Doctor. En muchas circunstancias de la vida hay una miserable cuestion que domina á las demás con toda su brutal pequeñez, la del dinero; y Orfila pudo conocer entonces su imperiosa tiranía.

Con distincion, con un exterior abierto, un gran saber sin pedantismo, un inmenso deseo de utilizarlo, y por último, como complemento agradable de cualidades mas serias, una voz que dió despues lugar al siguiente juego de palabras: *s'il n'avait pas trouvé la voie de la fortune, il eut trouvé la fortune dans sa voix*; con esto bien podia soñarse en un brillante porvenir; pero era un porvenir, y se trataba de vivir de presente. Orfila no tenía mas que SEIS FRANCOS con los cuales debia llegar á ser Par de Francia.

Tal fue sin embargo el punto de partida del Doctor Orfila; y mas de una vez ha debido recordar sonriéndose aquellas primeras miserias,

llenas siempre de encanto cuando han pasado.

Seguramente, fue necesario una voluntad firme, una especie de presentimiento profético, para persistir, con la incertidumbre de buen éxito, en permanecer y vivir en París. Principió dando un curso de química, que le salió bien, bajo los dos aspectos de la utilidad inmediata y futura. Sus discípulos le dieron á conocer. Habia entre ellos Beclard mayor, Julio Cloquet, Edwards, á quienes esperaba tambien una celebridad merecida; sus palabras tenian ya algun valor, y así fue que les creyeron cuando hicieron el elogio de su jóven maestro, con la ardiente elocuencia de la amistad. A este principio de fama debió Orfila su introduccion en la sociedad, que gustó pronto de su persona, de su talento y de su voz.

Esta aptitud para la música, le habia hecho contraer relaciones con uno de los mas célebres escultores de Francia, y dió lugar á su casamiento con la Señorita Lesueur en 1815.

A pesar de no habersnaturalizado hasta en 1819, puede considerarse á Orfila como perteneciente á la Francia desde 1816, pues desde esta época datan sus últimas relaciones con la España. En efecto, habia ofrecido ponerse á la disposicion de

la Junta de Barcelona, según estaba comprometido; pero se le contestó que los gastos de la guerra habían empobrecido la ciudad, para que pudiese hallar los fondos necesarios para la enseñanza que Orfila se proponía establecer. Por otra parte, llamado á Madrid en reemplazo del profesor Proust (*), antes de aceptar propuso al Rey un sistema que pronto hubiera dotado á la España de todos los profesores de química de que carece. No se aceptó la propuesta, y de consiguiente el Doctor Orfila quedó libre de todo compromiso.

En 1816 fue también cuando le nombraron médico de Luis XVIII, título mas honorífico que provechoso, puesto que solo valía 1,500 francos, que además no recibió Orfila hasta dos años después de su nombramiento. No estaba sin embargo sobrado; pero entonces, como después, se ocupaba poco del dinero, siendo una escepcion laudable de nuestra época fiscal, en que el talento es rara vez desinteresado, y se rebaja por demasiado calcular.

Pero si no habían llegado aun las riquezas para

(*) Profesor de Química en Madrid.

Orfila, estábale al menos abierto el camino de los honores. Protejido por Mr. Dubois, llegó en 1819 á la Facultad, donde tenia marcado su puesto por sus estudios especiales sobre la medicina legal, que profesó hasta 1823, en que se hizo cargo de la cátedra de química. En 1820 habia sido nombrado miembro de la Academia de Medicina.

En 1830 volvió á empezar para Orfila una venturosa série de honores y dignidades: nombrado decano de la Facultad, fue al siguiente año miembro del Consejo general de los hospitales y hospicios civiles, y despues del Consejo general del Departamento; no era esto solo, recibió su carta de gran naturalizacion, y el Consejo Real de la Instruccion pública se lo agregó en 1834, en reemplazo de Mr. Guenau de Mussy; la cruz de oficial de la Legion de honor completó aquella série de prosperidades; y por último fue promovido á la dignidad de Comendador, interin se preparaba el sitio que reclama en el Luxemburgo.

Acabamos de enumerar las recompensas concedidas al Sr. Orfila, y examinaremos ahora los trabajos que á ellas le han hecho acreedor. Al

efecto es preciso estudiar sucesivamente lo que ha hecho y lo que es, como Médico, Legista y Químico, como Administrador y como Catedrático; y aun añadiremos dos palabras como hombre político.

Como Médico, Legista y Químico, los títulos del Sr. Orfila son los siguientes:

Publicó en 1812 un *Tratado de venenos ó Toxicología general* que causó una viva sensación en el mundo médico. El inmenso número de experimentos sobre los animales, las teorías químicas espuestas con claridad, la apreciación razonada de los diversos contra-venenos, hicieron pronto de aquel trabajo una obra clásica para los alumnos, y un guía seguro para los prácticos. El Instituto de Francia lo aprobó y escitó al autor á continuar sus investigaciones. (*)

(*) La clase de ciencias físicas y matemáticas del Instituto, encargó á MM. Pinel, Peroy y Vauquelin el examen de esta obra; Mr. Vauquelin estuvo encargado de los informes sobre las cuatro partes de aquel trabajo. Daremos extractos de dichos informes.

Sobre la primera parte... «Faltaba á la medicina y á la Jurisprudencia un tratado completo sobre esta materia.

«Era pues necesario, para componer un libro sobre este asunto, tal cual lo permiten los actuales conocimientos, entregarse á una série de investigaciones muy numerosas y delicadas; el Sr. Orfila ha tenido el valor de emprenderlo, y se propone continuarlo hasta el grado de perfección que le sea posible alcanzar, etc.

En 1816 aparecieron dos volúmenes en octavo, bajo el modesto título de *Elementos de Química médica*. No existe todavía obra alguna que pueda

« El modo como el Sr. Orfila ha desempeñado la primera parte, hace desear vivamente que trate las demas con el mismo cuidado, y las publique luego de concluidas. Entre tanto, creemos que el primer volumen merece la aprobacion de la clase.—Firmado.—PINEL, PERCY, VAUQUELIN, Relator.—La clase aprueba el informe y adopta las conclusiones. El Secretario perpetuo, caballero del Imperio, G. COVIER. »

Sobre la segunda parte.

«...Siendo las investigaciones de que el Sr. Orfila ha compuesto la segunda parte de su obra de una aplicacion tan frecuente, tan inmediatamente útil para la conservacion de la vida de los hombres, y para la medicina legal; la manera sencilla y metódica con que el autor ha tratado este interesante asunto, las penalidades y disgustos que acompañan a esta clase de trabajo, inducirán fácilmente á la clase á concederle permiso para publicar, con su aprobacion, esta segunda parte de su Toxicología, instándole á que redoble su celo para tratar con el mismo esmero la tercera, que debe contener los venenos vegetales y animales.—Firmado, etc. »

Sobre la tercera y cuarta parte.

«...Para componer estas dos últimas partes de su obra, ha hecho el Sr. Orfila mas de ochocientos experimentos, y se ha ocupado constantemente de este trabajo por espacio de tres años. Ha tenido precision muchas veces de pasar noches enteras cuidando á los animales sujetos á los ensayos, y ha necesitado mucho valor para vencer la repugnancia que acompaña á tan triste oficio; por último ha debido gastar sumas considerables para comprar los animales y preparar los venenos cuyos efectos ha dado á conocer. Las dos primeras partes de esta interesante obra

reemplazar á esta para los alumnos de medicina. Modificada y aumentada en cada edicion, representa en el dia el estado de la ciencia y todas sus numerosas conexiones con la medicina (*). Se han agotado seis ediciones, y esta obra está en el dia en tres volúmenes.

En 1820 publicó el Sr. Orfila tres volúmenes

han obtenido el éxito mas favorable en Alemania, en Inglaterra y en Italia. Estas nociones han confirmado el juicio formado por el Instituto, como puede verse en los diarios científicos que han dado cuenta de ellas.

«Esperamos que estas dos últimas partes, no menos interesantes, y que han exigido ademas mayor sagacidad y cuidados, serán asimismo bien acogidas por los sábios, y aumentarán el aprecio que el autor merece.— Firmados etc. , »

(*) Véase un extracto del analisis que sobre esta obra se imprimió en el *Diario universal de las ciencias médicas*.

«...Un tratado de *Química médica* puede infundir sospechas, y si el título de la que anunciamos puede despertarlas, su lectura las disipará. El Sr. Orfila sabe resistir al imperioso ascendiente que ejerce sobre los mejores entendimientos el objeto habitual de sus estudios y meditaciones; y aunque profesor de química, permanece constantemente médico. Contiene siempre la química en los límites que debe respetar.

«...La obra del Sr. Orfila será útil al médico, que encontrará reunidos muchos conocimientos que se vería obligado á buscar en obras diferentes, y que se le presentan en esta con el orden y medida que distinguen al químico acostumbrado á ver la naturaleza en otra parte que en su laboratorio.»

de *Lecciones de Medicina legal*, en las cuales se encuentra la contestacion á cuantas cuestiones pueden suscitarse sobre este importante asunto. Esta obra tuvo un grande éxito cuando apareció. ¿Quién ademas estaba en mejor situacion que el Sr. Orfila para enriquecer esta parte de la ciencia? Llamado con frecuencia ante los tribunales para ilustrar la justicia sobre los hechos mas oscuros y dificultosos; habiendo sido este ramo de la medicina la ocupacion de toda su vida, á él pertenecia comprobar la exactitud de los hechos sentados por todos los que habian escrito sobre la materia.

Poco satisfecho de algunas soluciones, se entregó á numerosos experimentos, á investigaciones muchas veces penosas, que le permitieron decidir cuestiones del mayor interés. Todo lo que tiene relacion con la violacion, con la viabilidad del feto, con los afixados por submersion y suspension, con la historia de las heridas, de las manchas de sangre, del envenenamiento, fue tratado por él de un modo infinitamente mas preciso y completo de lo que hasta entonces se habia hecho (*).

(*) Los *Archivos generales* se espresan así sobre las *Lecciones de medicina legal*.

Ha publicado además el Sr. Orfila dos volúmenes sobre las *Exhumaciones judiciales*, compuestos con Mr. de Lesueur, y por último una multitud de Memorias y otros trabajos: sobre la *existencia del Picromel en los cálculos biliaris*; *Socorros que deben darse á los envenenados*; *Cuestiones relativas al alumbre calcinado*; *de la acción de los sulfuros de arsénico, de plomo, de cobre y de mercurio sobre la economía animal*; *Respuesta á los Burgo-Maestres y Echebinos de Brujas sobre los medios de reconocer la presencia del sulfato de cobre en el pan*; *Memoria sobre la sangre considerada bajo el aspecto médico legal*; *Nota sobre los efectos del*

«...El libro del Sr. Orfila está escrito con claridad y concisión Lucierra, en el menor número de páginas ~~posibles~~ todo lo positivo que presenta la ciencia. Ha sabido librarse del escollo en que han caído algunos autores de medicina legal de nuestra época, que mirando bajo un falso punto de vista las funciones de médico esperto, y pareciendo abogar casi siempre por los acusados, pretenden que la decisión médica debe ser negativa, cuando no puede ser completamente afirmativa; independientemente de la luz que ha esparcido sobre un gran número de cuestiones con sus propias investigaciones, el autor habrá servido útilmente á la ciencia, imprimiéndole una marcha severa, que no se advierte en los tratados de medicina legal anteriores al suyo, é indicando los vacíos que presenta todavía, en vez de esforzarse en llenarlos y disimularlos con razonamientos sutiles é hipótesis gratuitas.

sumo de la hipozane mantinista (de Linc);
 Sobre los medios de comprobar la existencia
 del antimonio, del cobre y del plomo en una
 mezcla de diferentes líquidos; Ojeada sobre los
 trabajos hechos en química y en farmacia; Nota
 sobre el envenenamiento por el óxido blanco de
 arsénico (1824).

Todas estas investigaciones se insertaron en
 las Memorias, o en los diversos periódicos de
 medicina, así como las siguientes: *Investiga-
 ciones sobre los numerosos casos de medicina
 legal, sobre el Opio, la Morfina, el Acido
 Cyanhydrico, el Sublimado corrosivo, el In-
 fanticidio, ect., etc.*; y por último, sus experi-
 mentos enteramente nuevos sobre los *Envenena-
 mientos por el arsénico.*

Fácil es comprender la imposibilidad de ana-
 lizar tan numerosas producciones en una publi-
 cacion de esta clase. No las hemos citado todas;
 pero hemos querido citar un número bastan-
 te crecido para que pudiera juzgarse si, como
 algunos han dicho, el Sr. Orfila no há justifi-
 cado con bastantes trabajos médicos, la posicion
 que ocupa en la Facultad de París.

Como Administrador.

Desde 1.^o de Mayo de 1831, día de su instalación como Decano, el Sr. Orfila ha desplegado un verdadero talento y una rara solicitud para la administración de la escuela. Su favor, su tiempo, su inteligencia, todo lo ha empleado en servicio de cosas positivas, de mejoras materiales, que solo él tal vez podía obtener. Hé aquí una sucinta enumeración de ellas.

La Facultad poseía un jardín botánico reducido, y demasiado pequeño en proporción al número de los alumnos. Por medio de la cesión de aquel terreno, hecha á la Municipalidad de París, para prolongar por él la calle Racine, obtuvo el Decano del Gobierno un terreno siete veces mayor al Este del criadero del Luxemburgo. Aquel terreno se destinó á un nuevo ~~jardín~~ de botánica *médica*, infinitamente mejor que el antiguo bajo todos aspectos, y del cual han podido disfrutar los alumnos desde principio de 1835.

No contento con haber ganado en el cambio, el Sr. Orfila, que conoce perfectamente lo que el dinero vale, cuando no se trata de él, había vendido muy bien á la Municipalidad el terreno citado en 310,000 francos, y además se había

hecho conceder otros 300,000 francos por el Ministerio.

Con estos 610,000 francos son con los que se ha levantado, en el solar del antiguo edificio de S. Cosme, el hermoso Hospital Clínico que está enfrente de la Escuela; pero esta suma, aunque muy considerable, no hubiera sido suficiente si el Sr. Orfila no hubiese obtenido de la administracion de los hospicios que tomase á su cargo unos 200,000 francos á que ascendian los gastos de mueblaje de dicho hospital.

Allí fue donde, bajo la direccion de Mr. Dubois, instituyó una clínica de partos, de que carecian hasta entonces los alumnos de cuarto año, para la prueba oral que hace parte del quinto ~~examen~~ examen. Otros dos profesores; MM. Rostan, para la medicina, y Cloquet para la cirujia, ejereitan tambien allí á sus alumnos en el Diagnóstico directo.

Pero de todas las mejoras é instituciones nuevas que deben su nacimiento ó desarrollo á los incesantes desvelos del Sr. Orfila, ninguna le ha adquirido mas justos títulos al agradecimiento de la Escuela, que la instalacion del Museo-Dupuyren. En este asunto desplegó el Sr. Orfila

tanta agilidad como celo, y el éxito correspondió á su perseverancia.

Dupuytren había legado por su testamento 200,000 francos para la creacion de una cátedra de Anatomía patológica, ciencia que él mismo había profesado por tanto tiempo; murió sin modificar su legado, en conformidad á su propia intencion, y á la idea que le había sugerido Orfila, de formar, en vez de una cátedra, un museo que llevase su nombre. Pues bien: Orfila emprendió y consiguió realizar á un tiempo el proyecto de Dupuytren y el suyo: hubo una cátedra y un museo. ¿Pero cuantos pasos no tuvo que dar tanto con el Consejo universitario como con los herederos de Dupuytren para conseguir aquel resultado?

Por último, mientras la influencia del Decano arrancaba la aquiescencia del Consejo, el hombre del mundo insistía para lograr nuevos sacrificios del yerno de Dupuytren; y obtenía 13,000 francos mas que se necesitaban para llevar enteramente á cabo el proyecto.

El día 2 de Julio de 1835, se decretó la creacion del Museo-Dupuytren que á los pocos meses estaba en estado de servir para el estu-

dio. Hay en él una inmensa colección de las alteraciones orgánicas, y de las anomalías de conformación primitiva.

Este Museo, llenando un inmenso vacío, ha hecho un servicio importante á la humanidad y á los jóvenes médicos: así es que el nombre de Orfila es en este punto inseparable del de Dupuytren: es decir, acreedor al mismo aprecio.

Basta también visitar ahora los edificios destinados á las disecciones, y encontrarlos perfectamente ventilados, enlosados en declive, provistos de fuentes, guardados de mesas de hierro-fijas, y conservados por último con la mayor limpieza, para conocer cuán felizmente deben influir en la salubridad general del barrio, y en la salud de los numerosos alumnos que los frecuentan, pabellones establecidos de aquel modo. Y no dudamos asegurar que se debe este beneficio á la dirección dada por el Decano.

Sin embargo, no se limitaron á esto las útiles fundaciones del Sr. Orfila. Convencido de que el estudio de la química quedaria incompleto mientras se limitase, para el estudiante, á conocimientos teóricos, hizo preparar un local donde pueden ejercitarse constantemente

en las manipulaciones químicas doscientos alumnos de primero y segundo año, con el objeto de prepararse para el primer exámen, que comprende principalmente la química. Sus ensayos son dirigidos allí por Mr. Lesueur, químico lleno de saber, nombrado jefe de los trabajos desde 1838.

En resumen, sin grabar en nada la caja de la Escuela, el Sr. Orfila ha encontrado empleo, de diez años á esta parte, para una suma de 810,000 francos; y esta cantidad es por sí sola un elogio para un Administrador.

Terminando en fin este cuadro, tan honroso para el Sr. Orfila, no debemos olvidar, que fuera de la Escuela, ha completado su misión de hombre útil á todos, fundando, hace ya siete años, una Sociedad de Socorros Mútuos para los médicos. En 1840 fue reelegido Presidente de aquella asociación.

No vacilamos además en decir que se deben á las medidas provocadas por el Sr. Orfila, todas las garantías de saber de los jóvenes médicos.

Antes de él bastaban para obtener el título de Doctor, el diploma de Bachiller en artes,

cinco exámenes de un cuarto de hora ó veinte minutos cada uno, y una thesis á eleccion del alumno. Gracias al Decano, se necesitan ahora, los diplomas de Bachiller en artes y de Bachiller de la Facultad para aspirar al doctorado; luego cinco exámenes de tres cuartos de hora cada uno, además para el segundo (Anatomía), una preparacion anatómica, y experimentos sobre el cadáver, en presencia de los profesores; para el cuarto (Materia médica, Terapéutica, Medicina legal, Higiene), un informe médico legal y fórmulas farmacéuticas presentadas y redactadas en la misma sesion; para el quinto, el interrogatorio de los alumnos en el lecho del enfermo; el examen de un caso médico y otro quirúrgico (el alumno tiene que indicar delante de sus jueces, cuál es la enfermedad—diagnóstico—su presunta marcha, su probable resultado—pronóstico—y en fin, lo que debe hacerse para curarla ó paliarla—y qué tratamiento debe seguirse para ello): en fin, la última prueba, la thesis, se sortea ahora. Se proponen al candidato cuatro cuestiones sobre diversos ramos de la medicina, lo que no escluye la posibilidad de tratar un asunto de su eleccion; y además debe responder

el alumno á cuanto tiene relación con la medicina central, y á cuánto con la medicina auxiliar.

—¿Son estas en efecto garantías de saber? Sin duda. El alumno puede acertar una vez, y hasta dos veces; saber poco, y responder tal cual; pero no ser feliz en ocho exámenes, que se enlazan, que dependen unos de otros, sin que sea posible estudiar el último no sabiendo el primero, y el tercero sin saber el segundo? etc. Lo repetidos, tanto más cuanto algunas gentes extrañas á la ciencia parece que en esta época tienden á menospreciar; en la actualidad no puede llegarse á ser Doctor en medicina, siendo un ignorante. No hay una carrera en que sean tan numerosas las pruebas como en la carrera médica, ni una escuela en Europa donde sean tan numerosas y difíciles como en la Facultad de París.

—Esta consideración, que á primera vista parece de poco valor, tiene sin embargo una inmensa importancia: ¿cuántos jóvenes médicos se vuelven, una vez obtenido su diploma, á ejercer el arte en ciudades y lugares distantes del centro, disponiendo así de la existencia de algunos millares de individuos? ¿No es pues indispensable que estén á la altura de la ciencia tal cual

se profesa en el día? No hay duda, que a pesar de estas buenas instituciones, no todos serán grandes médicos, por la variedad de inteligencias y capacidades; pero si solo algunos tienen el génio médico, todos tendrán ahora la práctica y el saber. Esta inmensa mejora es debida al Sr. Orfila. Aun cuando no sea una cosa que pueda envanecer mucho, debemos decir para ser justos que el Sr. Orfila está seguramente dotado de una rara firmeza de carácter.

En 183... , con motivo de un concurso para una cátedra vacante, los alumnos descontentos de la eleccion de los jueces, habian manifestado su opinion rompiendo los cristales, derribando las puertas y desgarrando las ropas, como se ha hecho siempre en todos tiempos en casos semejantes. Résonaban en el patio y bajo las ventanas del Decano los gritos de viva y de mueta; el tumulto iba aumentando, y podia dudarse acerca del partido que se debia tomar. El Sr. Orfila bajó, se presentó á los alumnos, y con palabras de una enérgica moderacion, trató de inducirlos á los sentimientos de respeto, debidos á la decision de sus profesores. No examinaremos ahora de qué

parte estaba la razón; pero seguramente había algún mérito en colocarse de aquel modo con calma, sin cólera y sin jactancia, ante masas irritadas, jamás malas en el fondo, pero peligrosas muchas veces en el momento.

No es la sola vez que el Sr. Orfila ha opuesto una animosa destreza á algunos centenares de jóvenes exaltados; con una palabra dicha á propósito sabe atraerse maravillosamente á la mayoría de los que le escuchan, y por su sola fuerza moral, llevar esta mayoría á castigar ella misma á una minoría mas tenaz.

Añadiremos que nunca, aun en las circunstancias mas difíciles, ha requerido ni tolerado en la Escuela la intervencion de la fuerza armada, y que con semejante conducta ha hecho un ~~servicio~~ inmenso á las familias. En efecto, sin aquella paternal prudencia, cuántos jóvenes, apreciados por otro lado, sentándose en los bancos de la policia correccional, hubieran podido incurrir en la pérdida de inscripciones trabajosamente adquiridas, ó lo que es peor, en la espulsion de la Universidad.

Como Profesor.

El Sr. Orfila es seguramente uno de los que se

oyen con más gusto. Se presenta con valor y dignidad, tiene facilidad en la palabra, la expresión exacta y pintoresca, la explicación clara; dice con gracia, su gesto es mesurado, se repite poco; su órgano vibrador suena al oído como un metal, y sucede muchas veces no atender á las ideas por admirar la voz.

Convenimos que no es esto para grandes elogios, pero algo es sin embargo. Encargado Orfila de la enseñanza de una de las ciencias accesorias de la medicina (la Química), profesor sobre todo para alumnos que principian, ¿no es una felicidad que reúna las cualidades que son de desear para hacer olvidar la aridez de los primeros estudios, con la facilidad que les dá y el encanto que en ellos esparce? Basta con haber saludado la Medicina, esa ciencia inmensa, para saber cuántas dificultades, cuánto fastidio y disgustos hay que vencer en un principio por teorías difíciles de comprender y retener. Pues, preciso es decirlo, por lo general en las Escuelas al nombrar un profesor, se atiende siempre más á si sabe, que á si podrá transmitir lo que sabe; si tiene el mérito de la erudición que el talento de la enseñanza. Es un gran defecto del cual su-

fren los alumnos. Hay en las Escuelas hombres, cuya vida, cuyos actos parecen irreprehensibles, cuyo estenso saber y laboriosos trabajos inspiran el mayor respeto y la mas sincera admiracion, pero que sin embargo es preciso confesar que son pobres profesores.

Hacer escuchar con placer teorías y hechos de difícil comprension; dar atractivo á lo que de él carece; hacer tocar con el dedo los mas ásperos pormenores; dar claridad á lo que tiene poca; hacer evidente lo que no lo es; agradable lo que cansa, interesante lo que fastidia; tener siempre al alumno deseoso de saber la continuacion: es un talento que pocos profesores pueden ostentar, y que posee mas que otro alguno el Sr. Orfila.

Como examinador, disfruta entre los alumnos tal reputacion de íntegro y severo, que al paso que le temen, desean tenerlo por juez. Toda reclamacion justa y convenientemente formulada, es siempre bien y prontamente acogida por el Señor Orfila; y siempre está pronto á retractar cualquiera decision equivocada, si se le demuestra que se le ha engañado, ó que se ha engañado él mismo. Pero exige que se le demuestre su falta, y esto solo constituyo una para ciertas gen-

tes, que necesariamente deben ignorar que un hombre capaz tiene el sentimiento de lo que vale; y al paso que sabe ser falible, quiere que se le pruebe su error.

Por último, puesto que algunos, demasiado poco instruidos para atacar al sábio, lo han hecho con el hombre político, en que siempre es fácil encontrar faltas, la de tener una opinión cuando se manifiesta, ó la de no tener ninguna cuando no se cuida mas que de sus quehaceres y no de los gobernantes: examinémoslo.

Es cierto que todo hombre inteligente debe emplear su inteligencia en bien del país. ¿Y no es servir al país formar gentes capaces de serle útiles?

Se ha acusado al Sr. Orfila de adherirse á todos los poderes; mejor puede decirse que todos los poderes han acudido á él, pues jamás ha manifestado querer pertenecer á ningun partido; á no ser el de la justicia y el de la razón. Se ha citado cierta comision que denota una gran confianza de parte del Gobierno (*). ¿Se hubiera preferido acaso que el Sr. Orfila no hubiese correspondido á ella? Semejante confianza, cuando

(*) Su viaje á Blaye para comprobar el estado de la Sra. Duquesa de Berry detenida en aquella fortaleza.

todas las opiniones la dispensan á un hombre, es porque tienen fé en su honradez. Los que no están alistados bajo ninguna bandera, y á quienes todas los reclaman, ó valen mucho, ó tienen una grande influencia.

Ademas, si algunos letrados y sábios ilustres, han sido llamados á desempeñar un gran papel político, demuestra la esperiencia que un profesor erudito no es muchas veces otra cosa que un pobre hombre de Estado. En efecto, la ciencia tiene una base y un objeto demasiado humanitarios, para poderse rebajar á las mezquinas proporciones de un partido. Sin duda alguna el verdadero sábio es siempre un hombre de paz y de pacífico progreso, pero su opinion no puede tener un nombre especial; colocado en medio de los partidos, se enlaza con todos por lo bueno de cada uno de ellos.

Ademas, para tener el derecho de decir á un hombre que pertenece á todos los partidos, es necesario que los haya sostenido con su pluma, con su espada ó con su talento; ¿pero la vida entera del médico no pertenece al estudio de una ciencia, que solo debe ver hombres donde las gentes ven partidos?

Pues bien; el Sr. Orfila es Médico erudito, Químico distinguido, Profesor notable, Administrador muy hábil; además, y sobre todo, hombre íntegro y sábio concienzudo. Ha conquistado el puesto que ocupa con un trabajo asídúo durante treinta años. Desconocido, ha adquirido una reputacion; sin mas título que su saber, ha llegado á ser Decano de la primera Facultad del mundo. Algunos le han puesto la tacha de no haber nacido en Francia; razon tienen de quejarse, pues es un hombre que hace mucho honor al pais, y la España se envauecerá siempre con haberle dado el ser.







O'Connell's

Portrait of Daniel O'Connell

M. O' CONELL.

Os quejais de que tengamos siempre en los labios el nombre de O' Conell y que dirijamos todós nuestros esfuerzos á la ruina de un simple individuo; es que este individuo es un poder. *Contestacion de Wellington á los Ministros. (Cámara de los Lores 1836.)*

Movilitate vigens, vigoroso de movilidad, está con cuerpo y alma en una ajitacion permanente.

SHIEL, sobre O'Conell.

Un dia, el mismo dia tal vez, salieron del seno de los mares dos Islas, una al lado de la otra: ambas habian recibido del cielo igual verdor, iguales recursos naturales, el mismo suelo rico y fértil. Separadas por un canal de algunas leguas, habitadas por pueblos de orijen y cos-

tumbres diferentes, estraña una á otra durante siglos; aquellas dos Islas vivian felices, cuando unos aventureros Normandos, despues de haber conquistado la primera, se apoderaron de la segunda, y pronto los dos paises se hallaron reunidos bajo de un mismo cetro. Desde aquel momento sus destinos presentaron solo un odioso contraste.

La raza conquistadora se mezcla aqui poco á poco con la conquistada. Elévase una aristocracia fuerte, ilustrada, benéfica, que se coloca enfrente de la Corona, se constituye protectora del pueblo, y se une á él por una estrecha comunidad de costumbres, de idioma, de relijion, de intereses, de ideas y de preocupaciones; aquella aristocracia colocada al frente de una sociedad industriosa y comerciante, sabe apreciar sus necesidades, y pronto, por su impulso, una aristocracia secundaria, hija del trabajo y de la riqueza, se manifiesta y escalona debajo de ella, y forma como una cadena no interrumpida, que enlaza y armoniza todas las partes del edificio social desde la base á la cumbre. Esta Isla, asi organizada, con estas jerarquías, á pesar de los males internos que la corroen, á pesar del impetuoso viento de demo-

cracia que muje á su alrededor , presenta aun en el dia al mundo el espectáculo de una Nacion fuerte y libre, enmedio de la mas completa desigualdad.

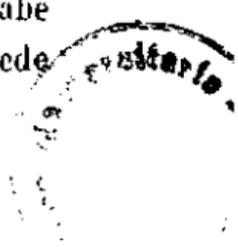
¡Qué diferencia si de esta Isla pasamos á la otra! Allí, los Conquistadores, lejos de unirse á los indíjenas, trabajan sin descanso en perpetuar las violencias de la conquista ; y llevan por do quiera la devastacion y la muerte. Durante tres siglos se renovaron en aquella tierra , desdennando fijarse en ella , y abandonándola cargados con sus despojos. Cuando se establecieron allí, no contentos con atribuirse todo el suelo, se atribuyeron todo el derecho, levantaron barreras eternas é invencibles entre ellos y los vencedores, á quienes pisotearon, cuya lengua despreciaron, violentaron las costumbres, y degradaron la vida... Cuando en el siglo XVI la madre patria cambió de relijion , ellos cambiaron tambien lo mismo que ella , y se admiraron que un pueblo , á quien lo único que le habian dejado era la fè de sus padres, se negase á abandonar el solo bien que le quedaba : entonces principió contra la raza indígena una persecucion atroz. La madre patria envió soldados , cañones y verdugos : los Santos de Crom-

well se dejaron caer como gavilanes sobre aquel desgraciado país, y la sangre corrió á torrentes por espacio de mas de un siglo; y cuando al fin los vencedores estuvieron cansados de una guerra que solo producía mártires, la persecucion se refundió en un estenso sistema de opresion legal y de *ilotismo* organizado que duró otros cien años. Dos grandes revoluciones, la de América y la de Francia, dieron los primeros golpes á aquel sistema, y la Providencia ha suscitado un hombre fuerte que en el dia acaba de destruirle.

Sin embargo, si estan casi destruidos los instrumentos de una tiranía de siete siglos, subsisten los efectos de aquella tiranía, y se presenta aun el contraste bajo su aspecto mas repugnante: tanto que de estas dos Islas, nacidas con iguales derechos á la misma suerte, la una, la Gran Bretaña, se ostenta feliz, opulenta, orgullosa de sus navíos que cubren los mares, con el oro que va á buscar á todos los puntos del continente, y con sus viejas instituciones, por caducas que sean, pues durante mucho tiempo han hecho su prosperidad y su gloria; la otra, la Irlanda, murmura, se ajita y pulula, desnuda, miserable, hambrienta, sin comercio, sin industria, sin mas

recursos que el suelo natal, que riega con sus sudores para que una aristocracia egoísta y aborrecida, recoja sus productos y los gaste en el extranjero; la Irlanda políticamente libre en el día, pero socialmente esclava, execrando las instituciones que no han sido jamás otra cosa que armas mortíferas en manos de sus opresores, y reclamando el primero, el más imperioso de todos los derechos, el de vivir con el trabajo. Tales son los dos países que se llaman, por burla sin duda, el reino *unido* de la Gran Bretaña y de Irlanda.

El cuadro de los males de la Irlanda sería grande y sombrío; fuera tal vez útil para el lector el demostrar cómo instituciones parecidas, aplicadas con diferente espíritu, han elevado á un pueblo al mayor grado de prosperidad, y precipitado á otro en un abismo de miserias; para buscar con tantos otros la solución de este grande problema: ¿cómo aliviar, como renovar á la Irlanda? Problema es antoso para la Inglaterra, pues se agranda y complica cada día; y ante ese monstruoso resultado de una larga serie de iniquidades, y al aspecto de ese cáncer roedor que lleva en su seno, la Inglaterra vacila, pues no sabe cómo curarlo, no se atreve á estirparlo, no puede



dejarlo vivir, y existe para ella un peligro casi igual en la justicia, en la inaccion ó en la injusticia.

Semejantes cuestiones, por interesantes que sean, son demasiado estensas para tratadas aqui; apenas podemos hacer otra cosa que reasumirlas, y este trabajo ademas está ya hecho, y admirablemente hecho; en las páginas graves á un tiempo y conmovedoras del libro de Mr. Gustavo de Beaumont (*), en aquellas páginas en que, bajo la austera razon del historiador y del publicista, se siente vibrar la imaginacion de un poeta y palpar el corazon de un hombre honrado; alli es donde debe estudiarse la Irlanda en su pasado, su presente y su porvenir; en su fervor religioso, en su hervor democrático, en sus costumbres á un tiempo patriarcales y salvajes, en sus ódios, y en sus amores ardientes como sus ódios, en lo vicios que le ha impreso una degradacion de 700 años, en las virtudes que le ha dejado, en la repugnante vecindad del lujo oriental de algunos,

(*) *La Irlanda social, politica y religiosa* por Gustavo de Beaumont.—Se ha publicado despues otra obra sobre *la Irlanda*, por Mr. de Feuillede. Este último libro, bastante notable bajo el aspecto poético y descriptivo, es en todo lo demas muy inferior al precedente.

y de una miseria inmensa, espantosa, inaudita, de una miseria que no tiene antecedentes ni analogía en parte alguna. Allí es donde debe verse la verde *Erinn*, tan querida de los poetas, la hermosa *esmeralda*, (*the first gem of the sea*) la primera perla de los mares, engastada en el Océano, con su cielo nebuloso y su brillante vestido de verdor, sus escarpadas montañas, sus torrentes sonoros, sus frescos valles, sus grandes lagos, sus eternas praderas, y el ancho río *Shannon* que la atraviesa lentamente, distribuyéndole en vano el beneficio de sus ondas.

En aquella tierra, tan favorecida por la naturaleza y tan mal tratada por el hombre, es donde se desarrolla, en este momento, á la faz del mundo, un gran drama que la aristocracia Inglesa observa con ojos espantados, y cuyo desenlace será terrible, pues conmoverá por su base el viejo edificio de la Constitución Británica; hay en este drama cuatro actores principales: la Irlanda Protestante, la Irlanda Católica, el Gobierno Inglés y O' Conell; establezcamos brevemente la posición y el papel de cada uno de ellos. La población Irlandesa se divide en dos partes bien marcadas, sin mezclas intermedias, que forman dos

naciones dentro de una. Hay en ella *Anglo-Irlandeses*, *Anglicanos*, *Orangistas*, aristócratas y ricos, que es todo uno, raza injerta por la conquista, fortalecida por la violencia, y enriquecida por la espoliación. Según el último cuadro estadístico de 1834, esta fracción de la población apenas cuenta más de 800,000 almas. Siguen después los Miliesianos-Irlandeses, raza indígena, católica, democrática y pobre, raza vencida y espoliada. Este partido nacional, al cual se han unido en el día los Presbiterianos del Norte y otros Protestantes disidentes, por odio á la aristocracia, cuenta cerca de *siete millones* de almas.

En el primer partido varían las fortunas desde un millón á cincuenta mil libras de renta. En cuanto al segundo, salvas algunas existencias ~~escepto~~ ~~personales~~, hijas del comercio y de la industria, véase la más sencilla clasificación social; por increíble que parezca, no la inventamos, la tomamos del libro de Mr. de Beaumont donde está apoyada con documentos auténticos: «Los unos, los privilegiados, comen patatus tres veces al día; otros menos dichosos dos; otros, en estado de indigencia, una sola; otros por fin, más miserables todavía, pasan un día, y hasta dos, sin tomar

alimento alguno.» (*) No hay pues clases medias (**) que, formando la escala gradual desde el millonario al proletario, preservan al uno del contacto y de la agresion del otro; cien palacios por mil chozas de barro, un millon de mendigos por cien Lúculos: tal es la Irlanda.

Compréndese, que reducida la cuestion á estos simples términos, se hubiera decidido mucho tiempo hace, si la aristocracia de Irlanda no hubiera tenido á su servicio la artillería, los uniformes encarnados, y los *police-men* de su hermana la aristocracia Inglesa; esta, mejor inspirada en su casa, pero hostigada allí por el fanatismo

(*) *La Irlanda*, t. I, páj. 203.—Para las cinco sextas partes de la poblacion Irlandesa, es el pan un objeto de lujo enteramente desconocido. Anualmente, casi á la misma época, se anuncia en Irlanda el principio del hambre, sus progresos, sus destrozos y su declinacion; los Comisarios Ingleses encargados del grande informe de 1835 sobre el estado social de la Irlanda, probaron que hay en aquel pais cerca de tres millones de individuos que todos los años están espuestos á *perecer de hambre*. Los que no mueren de hambre, no entran en la cuenta.

(**) No debe esto entenderse de un modo absoluto; hay en Irlanda tres ó cuatro ciudades comerciantes, donde se forma un núcleo de clase media; pero el hecho es tan reducido que bien se puede no tenerlo en cuenta.—Veáanse por lo demas las tablas estadísticas unidas al libro de Mr. de Beaumont.

religioso, por no sé [qué antipatía de raza que parece innata entre los dos pueblos, por un amor mal entendido al luero comercial, y por el atractivo de los beneficios comunes de una opresion comun, y tambien en fin por ese sentimiento de solidaridad que une á todas las aristocracias, ha mandado, dirigido, autorizado ó sancionado durante siete siglos, todas las medidas que han conducido á la Irlanda al deplorable estado en que la vemos en el dia. La pérdida de sus Colonias de América, abriéndole los ojos, la ha vuelto á mejores sentimientos. El gran movimiento democrático salido de Francia la ha espantado; ha principado por ceder por un lado, castigando y encadenando por el otro. La abolicion de muchas *leyes penales*, la represion inflexible de la insurreccion de 1798, y el acto de union de 1800, son hechos casi simultáneos. Desde entonces, la aristocracia Inglesa se ha visto precisada mas y mas á alijerar la tiranía que pesaba sobre la Irlanda: en el dia ya no tiene concesiones que hacer; la cuestion que era política tiende diariamente á convertirse en social; los Irlandeses ya no es solo la libertad política y religiosa lo que quieren, quieren pan y propiedad; quieren la abolicion del diezmo ago-

viador que pagan á un Ministro de una religion que detestan; de las corporaciones municipales que les estrujan, del sistema de arriendos que les arruina; quieren por fin la posibilidad de adquirir el suelo de que se les despojó, que fecundan con sus manos, y sobre el cual perecen de hambre. En una palabra, la aristocracia Inglesa no puede librarse de ese fantasma levantado siempre delante de ella, sino reformando en Irlanda la aristocracia, las municipalidades y la Iglesia; es decir, tocando á los principios constitutivos de su propia existencia. Por diferente que sea el estado de los dos países, ¿no seria semejante medida una especie de suicidio para la aristocracia Inglesa, y será bastante generosa para llevarlo á cabo? Bien puede dudarse, y al contrario puede creerse con mas razon, que sin ese mismo hombre que hace veinte años le arranca una á una todas esas concesiones; sin este hombre que ajita con una mano á la Irlanda y la contiene con la otra, no le hubiera pesado al Gobierno Inglés acabar de una vez por medio de las armas, antes que el peligro se aumente, y con tal que una grande imprudencia le permitiese paliar, á los ojos del mundo, y á los suyos propios, una grande iniquidad.

Esto nos conduce al fin , despues de algunos rodeos que nos han parecido indispensables para la claridad de lo que sigue , á emprender con la figura histórica, no la mas elevada, pero ciertamente la mas extraordinaria de nuestro tiempo. Figúrese el lector al efecto, un hombre que ni es soldado, ni majistrado, ni sacerdote, y que en su fisonomía y en sus actos, se parece á un tiempo al soldado, al majistrado y al sacerdote; á un hombre que sin otra fuerza que su palabra, ha conseguido en una sociedad organizada, en medio de un laberinto de leyes represivas, fundar un gobierno estralegal, del que es supremo y absoluto Jefe; un poder que, apoyándose en una base tan frágil como el favor popular, dura hace cerca de veinte años y se aumenta cada dia; poder, ~~que~~ cual no existió jamás, que se extiende por todas partes, si bien sus derechos no estan escritos en ninguna; que se ejerce á la luz del sol, sin otro medio de accion que la censura ó el elojio; que tiene su dotacion pagada antes que el impuesto legal; que impone contribuciones, dá avisos que son mas poderosos que leyes, dirige, por decirlo asi, con el dedo y con la vista á siete millones de hombres. Entrese por un instante en la posi-

cion de este mediador interesado entre la Irlanda y la Inglaterra, esto es, entre el esclavo impaciente del yugo y siempre dispuesto á sublevarse, y el dueño cansado de ceder, y arrastrado por la irritacion á la violencia. Entre estas dos pasiones contrarias, de las cuales la una es mas impetuosa que fuerte, y la otra mas fuerte que impetuosa, véase á este hombre que enseña al esclavo como debe suplir á la fuerza con la astucia, amenazar siempre, y no atacar jamás, y, *pacíficamente agitado*, sostenerse en el último límite que separa la resistencia legal de la iusurreccion; que unas veces aterroriza á los dueños con los estallidos de su voz, y otras canta sus elojios, jesticula como un endiablado en la plaza pública, despues se viste como un Marqués y va á hacer sus visitas, disputa como Abogado y truena como Tribuno, reúne en enormes proporciones las cualidades y defectos mas contrarios, la astucia y la franqueza, la prudencia y la violencia, la energia y la sutileza, la dignidad y la grosería, los pensamientos mas elevados y las declamaciones mas vulgares; y todo esto, fuerza es decirlo, mezclado, unido, fundido en un sentimiento que no varia jamás, el amor ardiente del pais natal,

encarnado enteramente en esta organizacion estrambótica, grandiosa y complexa que se llama Daniel O'Connell.

El *ajitador*, como le llaman los *wihgs*; el *Rey mendigo* (*the king beggar*), segun los *torys*, ó el *libertador*, segun los Irlandeses, nació en la parte Sud Oeste de Irlanda, en un pais montañoso y salvaje de la provincia de Munster, en el Condado de Kerry, en Carhen, el año 1774. uno de los peores para la Irlanda, que jamás los ha tenido buenos; la tiranía legal estaba entonces en todo su vigor. Las *leyes penales* (*) encerraban al católico en un círculo de hierro; la miseria impelia al pillaje; partidas armadas que, bajo el nombre de *White-Boys*, *muchachos blancos*, *Oak-Boys*, *muchachos de la encina*, especie de *Outlaws* bastante parecidos á los de la novela de *Ivanhoe*, devastaban el pais, y se vengaban con el crimen de la opresion de las

(*) Seria demasiado estenso esponer aqui aquellas leyes absurdas y odiosas abolidas en el dia; para dar una idea de ellas al lector, bastará indicar la que prohibia á todo católico poseer un caballo de mas valor de 6 libras esterlinas (600 reales), y que en caso de contravencion, autorizaba á cualquier Protestante á apoderarse del caballo, pagando por él al propietario 500 rs. aunque valiera 10,000.

leyes (*). Dos años despues la revolucion de América iba á causar á la Irlanda la primera y mas fuerte sacudida.

La familia de Daniel , de orijen Milesiano, habia representado un gran papel en los sangrientos combates de la invasion Anglo-Normanda. El *ajitador* ha heredado la enerjía y los ódios de sus antepasados, jefes del Clan de Iverrarah, quienes, sirviéndonos de la espresion del viejo cronista de la conquista , Hanmer, recibieron á los galantes caballeros de la Bretaña , con el sable en la mano, como hombres valientes á pie y á caballo.

El último descendiente de aquella raza, el padre de Daniel, Morgan O'Connell, cultivaba la tierra de sus antepasados á título de arrendador del Colejio Protestante de Dublin ; dejó sin embargo á su hijo , el primojénito de la familia , una fortuna regular , que unida á la de un tío mucho mas rico , colocó desde luego á O'Connell en una posicion bastante buena para un católico.

La primera educacion del jóven Daniel se confió al cuidado de uno de esos viejos sacerdotes

(*) Aun en el dia , á pesar de los esfuerzos de O'Connell, todos los años, en la época del hambre , partidas de White-Boys, desolan una parte de la Irlanda.

entusiastas, austeros, patriotas ardientes, que tanto abundan en Irlanda, y cuyo tipo nos ha presentado tan bien Shiel (*) en el retrato del P. Murphy de Corofin. Al parecer le destinaban en un principio á la Iglesia. Entonces estaba en toda su fuerza la intolerancia Anglicana; los Colegios católicos estaban prohibidos en los tres reinos; y toda la juventud Irlandesa tenia que optar entre la ignorancia, la abjuracion ó el viaje á Ultramar. El padre de O'Connell adoptó para su hijo este último partido; le envió primero á Lovaina con los PP. Dominicos, y desde allí á Saint-Omer, con los Jesuitas, donde pasó dos años, se mostró mas fuerte de puños que de pluma, é hizo estudios muy medianos. « No sé á punto fijo, dice Shiel, lo que cambió el destino de O'Connell. Probablemente conoció que habia en él demasiada carne y sangre para poder ser fraile, y la novedad de la carrera de leyes le

(*) Shiel, el primer orador Irlandés despues de O'Connell, su amigo y compañero de armas, publicó en 1829 algunos artículos llenos de verbosidad y agudeza, acerca del gran movimiento católico y revolucionario de Irlanda, y entre otros uno sobre el mismo O'Connell, al cual recurriremos para este trabajo. Dichos artículos reproducidos en el *Globo*, se han publicado despues bajo el título de *Escenas populares en Irlanda*.

tentó. Acababa de abrirse recientemente el foro á los católicos. Abandonó pues Saint-Omer, sus misas, sus vísperas y sus ayunos, y despues de haber engullido el número conveniente de piernas de carnero (*) en Middle-temple, fue recibido en el foro Irlandés, por pascua de 1798.» Año fatal todavía para la Irlanda; año sangriento, en que el jóven Abogado, al desembarcar en las playas de su patria, la encontró rebelde, vencida, castigada sin compasion, bajo una ley marcial atroz, y tropezó desde el primer momento con bayonetas inglesas, cadalsos y cadáveres.

Conócese bastante jeneralmente la historia del movimiento republicano dirigido por la asociacion de los *Irlandeses-Unidos*; sabido es cómo ~~la~~ la influencia de la revolucion francesa de 89, protestantes, plebeyos y católicos, inflamados de igual ardor, se unieron un instante en Irlanda para librarse de la dominacion inglesa; cómo desunieron y debilitaron la asociacion sin disolverla, los horrores cometidos en Francia

(*) No es este el lugar de esplicar el mecanismo muy complicado de las universidades Inglesas; baste al lector saber que antes de ser recibido *in docto corpore*, el candidato Legista tiene sobre todo obligacion de dar muestras de una grande capacidad de estómago.

en 1793; cómo retrocedió sin abordar á sus costas la expedicion francesa mandada por el jeneral Hoche á fines de 1796; cómo estalló la insurreccion en 1798; cómo otro ejército francés á las órdenes del jeneral Humbert, llegó demasiado tarde para sostenerla, bastante pronto para verse rodeado por fuerzas superiores, y obligado á rendirse prisionero; cómo la Inglaterra teniendo bajo sus pies á la Irlanda agotada y vencida, se arrepintió de las concesiones hechas antes del combate, y se aprovechó de su debilidad para volverla á colocar bajo un yugo absoluto; cómo, á pesar de los elocuentes conjuros de Grattan, el Demóstenes del Parlamento Irlandés, se hallaron 118 hombres bastante cobardes para vender á dinero contante su existencia política; cómo, en fin, el Parlamento de Irlanda se suicidó por medio de un voto que costó á Pitt 124.000,000 de reales; todos estos hechos pertenecen á la historia de Irlanda. (*) y no nos detendremos en ellos. Contentémonos con decir

(*) Wolfe-Tone, uno de los fundadores de la asociacion de los *Irlandeses-Unidos*, que pasó á Francia, preparó las dos expediciones de Hoche y de Humbert, de que formó parte; fue preso, conocido, condenado á muerte por los Ingleses, y se mató en su prision; nos ha dejado acerca de aquella época dramáticas memorias llenas de interés.

que en una reunion de los Abogados de Dublin, convocada para protestar contra el *acta de union*, un jóven de 24 años tomó repetidas veces la palabra, se distinguió por la acre vehemencia de sus palabras contra los nuevos rigores de la Inglaterra, y el aniquilamiento legal de la independenciam de su país. Era Daniel O' Conell.

Desde 1798 á 1810 transcurre la vida de O' Conell en el ejercicio de su profesion, y pronto, á pesar de los obstáculos unidos á su calidad de católico, ocupa el primer lugar en el foro, concentra en él todas las miradas de sus correligionarios, y echa los primeros cimientos de su poder político. Declarados los católicos indignos de ejercer funciones civiles, administrativas ó militares; privados de todos los derechos, menos el de pagar enormes impuestos, no existian por decirlo asi como ciudadanos. O' Conell resolvió romper una por una todas aquellas trabas con la palabra, único instrumento que le habian dejado; su reputacion en el foro, constituyéndole el defensor de todos los intereses católicos, asi en las causas civiles como en las criminales, le sirvió maravillosamente para su ambicion de libertador.

Corresponde naturalmente decir aqui algunas

palabras sobre esa fisonomía tan variada, tan ocupada, de Abogado y de Director político, que tuvo durante 30 años O' Connell, y de la cual ha dejado una de las señales distintivas, ahora que ha renunciado al foro. Shiel nos ha pintado á O' Connell en aquella época de su vida, en un retrato en que *l' humour* inglés está unido á una verbosidad enteramente francesa. Allí es donde debe verse al consejero *the Barrister*, en Dublin, en su elegante casa de Merrion-Square, primero recluso austero, levantándose antes que el sol, preocupado con el estudio de los numerosos legajos tendidos á su alrededor; algunas horas despues, llegando á los *Cuatro Tribunales* (*Four cours*), el Palacio de Justicia de Dubliq, recorriendo rápidamente sus salones, radiante de salud y de vida, y llevando apretado contra su pecho, con una ternura enteramente paternal, una gran bolsa, tan llena, que apenas puede sostenerla su robusto brazo. Rodéale una empalizada viviente de clientes y procuradores, con el cuello tendido, el oído atento y la boca abierta, procurando atrapar al vuelo alguna opinion, que hay probabilidad de sacar *gratis* del consejero halagándole, riendo despues de sus chanzas alegres y

familiares, ó temblando cuando, en un tono mas severo y subido, toma la postura de un profeta, y les anuncia que está inmediata la hora de la redencion de la Irlanda: pero llega el momento de los pleitos; el consejero corre rápidamente de una á otra Sala, hace él solo mas que veinte de sus cofrades, mezcla en cada negocio del Tribunal de Asisas ó de Policía correccional, un movimiento oratorio sobre el *acta de union* y la tiranía inglesa; personifica en el mas oscuro de sus clientes á la Irlanda entera, y con la mejor fe del mundo, *embolsa honorarios* como un hombre que trabaja por su pais. Dan las tres, los jueces dejan sus asientos, O' Conell bañado en sudor corre al *Meeting* reunido en cualquier taberna; allí dirige el huracan de los debates populares con tal fuerza de pulmones, con tau redoblada energía, que cualquiera creeria que empieza entonces los trabajos de aquel dia. A las siete le espera un banquete, se conducirá en él como un alegre convidado, pronunciará media docena de discursos en elogio de la Irlanda, se retirará á una hora avanzada, y buscará en un corto sueño fuerzas para volver á empezar al siguiente dia. En otra parte nos pinta Shiel al

consejero en la recepcion de la mañana del Virrey, con la espada ceñida, en las filas de los opresores, hinchado y servil como ellos, ó tambien yendo en grande ceremonia, con un ramo de laurel en la mano, á recibir de rodillas á S. M. Jorge IV, en la playa de Dunleary (*); y para que nada falte á los disparatados colores de aquel cuadro, véase ahora á O'Connell, á quien un jurado de Dublin, si estuviera hábilmente escogido, condenaria con solo verle como culpable de alta traicion por construccion; tan impregnados estan su aire y todos sus gestos de este sentimiento nacional: la independencia de la Irlanda ó la combustion del mundo. Sus hombros son atléticos, su cara previene en su favor, las facciones son á un tiempo dulces y masculinas; brilla sobre su rostro, radiante de emociones patrióticas, el floreciente lustre de la salud y de un temperamento sanguíneo; su expresion abierta y franca invita á la confianza, y sus ojos azules y alegres miran con la mayor benevolencia; con sus

(*) Jorge IV visitó la Irlanda en 1821, y su corta permanencia dió lugar á una reconciliacion pasajera entre los dos partidos: protestantes y católicos se dieron una especie de beso Lamourette, en la persona de MM. Elliot y O'Connell.

aires de Espartano, lleva el paraguas sobre el hombro como una lanza, arroja un pie faccioso delante del otro, cual si rompiendo ya sus hierros, echase de delante de sí la supremacia protestante, al paso que de cuando en cuando el movimiento de espaldas democráticas de su ancho busto, parece un esfuerzo vigoroso para sacudir una opresion de setecientos años. Vuélvase ahora la hoja; véase al demócrata que pasa como el relámpago con su tren brillante y revolucionario, su coche verde, sus libreas verdes, y sus turbulentos caballos papistas, galopando gallardamente sobre un empedrado protestante, con gran-disgusto y daño de los protestantes que van á pie.

Basta este bosquejo para dar una idea de la vida estrambótica y devoradora de O' Conell, hasta la eleccion de Clare. Sin embargo, merece referirse un incidente particular, tanto mas cuanto algunos lo han contado ya desnaturalizándolo (*); en 1815, en un *Meeting* celebrado en

(*) Citaremos particularmente un artículo de la *Revista de los dos Mundos*, firmado por un miembro del *Parlamento Inglés*. Aquel artículo, no solo es injusto en su conjunto, sino que está lleno de inexactitudes de toda clase. Véase un ejemplo: «este hombre gordo, dice el autor ha-

Dublin, O'Connell, atacando con su fogosidad ordinaria á la Corporacion municipal de aquella ciudad, la habia llamado una corporacion mendicante; un abogado, miembro de ella, llamado d'Esterre, creyéndose personalmente insultado, desafió á O'Connell; rehusó este negando toda intencion de insulto personal, y su adversario le amenazó con darle un bofetón. Los amigos de O'Connell decidieron que se celebrase el duelo; elijióse por arma la pistola, y el agresor cayó muerto en el acto: O'Connell, aflijido de su victoria, fue á la Iglesia acompañado de sus testigos y de los de d'Esterre, juró solemnemente que no se batiria mas, y ofreció á la viuda de su adversario una pension igual á lo que su marido ganaba anualmente. La municipalidad de Dublin

blando de O'Connell, tan florido, tan alegre, tan abierto, no parece que haya sufrido mucho, y los cuidados de la vida pública no han arrugado su ancha frente, *ni desguarnecido de pelo sus sienas.*» Esta frase, que por otro lado no dice gran cosa, es tanto mas inoportuna cuanto es notorio que el agitador es *calvo*, y usa una *peluca* muy espesa y aparente, lo que prueba al parecer que el *supuesto miembro* del Parlamento se sienta muy lejos de O'Connell. En otra parte habla del ojo *sensual, ardiente*, casi feroz de O'Connell: compárese esto con los *ojos azules y alegres* de que habla Shiel, con el hombre gordo tan *abierto*, tan *alegre* de poco antes, y júzguese de lo demas.

decidió que no fuese aceptada aquella oferta, y votó de sus fondos la suma que O' Conell habia prometido.

Desde entonces se ha echado en cara muchas veces al *ajitador*, que se escudaba en aquel voto para insultar impunemente; no es todo verdad en este cargo; el valor personal del impetuoso Irlandés no puede ponerse en duda; pero es cierto que muchas veces ha tenido falta de dignidad, y no ha sabido comprender que, en la posicion excepcional que se habia creado, la decencia en el ataque era el deber mas imperioso. Creemos que últimamente uno de sus hijos ó sobrinos se ha visto obligado á batirse por él.

Llegamos ahora al periodo mas brillante de la vida de O' Conell, y como es mucho mas conocido que el otro, seremos mas breves.

Habia sucedido á la asociacion de los Irlandeses Unidos el *comité católico*. Un mercader en sederías de Dublin, John-Keogh, hombre de una capacidad superior á su nacimiento y educacion, habia formado y sostenido aquel comité, y dirigia sus operaciones; á su muerte, la asociacion perdió casi toda su fuerza, y las promesas liberales del Rey Jorje acabaron de disolverla. Elu-

diéronse aquellas promesas, y en 1823 los católicos, frustradas sus esperanzas, sujetos siempre por leyes restrictivas, se hallaban sin principio alguno de unidad, sin centro alguno de acción, cuando O'Connell y Shiel, estraños hasta entonces uno á otro, y aun enemigos, se encontraron en casa de un amigo comun en las montañas de Wicklow, y concibieron el proyecto de levantar el partido católico del estado de abyección á que estaba reducido. A los pocos meses, reuníanse veinte individuos en la taberna de Dempsey, en Dublin, y formaban el núcleo de esa inmensa *Asociación católica* que seis años mas adelante, en 1829, abarcaba toda la Irlanda, apoyaba sus decretos con la voz de siete millones de hombres, y arrancaba por temor al Ministerio Wellington y Peel, la grande y memorable ley de la *emancipación*.

Principiemos por decir dos palabras acerca de la organización de la *Asociación católica*, de ese gobierno extra-legal de que hablamos al principio, que tiene su presupuesto, sus Abogados, sus Procuradores, sus Periodistas, que en un dia puede levantar toda la Irlanda, que se ha constituido defensor del pueblo é infatigable fiscal de todos los

actos del Gobierno Inglés, y que por el imperio de una autoridad enteramente moral, y por lo mismo mas poderosa, ha llegado á hacer nacer el orden del desorden mismo. Una comision central, residente en Dublin, y compuesta de miembros, cuyo método de eleccion ha variado segun las circunstancias, representa la asociacion y adopta todas las medidas que considera útiles á la causa comun. Dicha comision se reúne con regularidad, examina las leyes propuestas al Parlamento, las discute, censura los actos del poder y de sus agentes, adopta resoluciones y las publica por medio de su periódico; en una palabra, obra como un verdadero Parlamento al cual solo falta la facultad regular de hacer leyes obligatorias para todos. El modo de percibir el impuesto, que en 1825 era de tres cuartos (*un penny*) por cada individuo, ha experimentado varias metamorfosis para librarse de la accion del Parlamento Inglés. La asociacion, disuelta muchas veces como inconstitucional, renace siempre, se reorganiza bajo otro nombre, con otras formas, pero quedando la misma en el fondo; así pues, en 1829 se llamaba la *Asociacion católica*; en 1837 la *Asociacion jeneral de la Irlanda*; en 1839 la *So-*

ciudad de los Precursores (Precursor-Society); en el día ha tomado el nombre de *Asociacion nacional*. Enumerar los actos de tan singular gobierno, es hacer la historia de O' Conell, pues si la *Asociacion* maneja la Irlanda, él maneja á la *Asociacion*.

Una de las tentativas mas atrevidas de este poder, es sin disputa la primera eleccion de O' Conell. La ley imponiendo á todos los católicos para entrar en el Parlamento la obligacion de prestar el juramento de *supremacia protestante*, era en el hecho mismo, una verdadera ley de exclusion; y ningun católico se habia presentado aun como candidato, cuando la *Asociacion* resolvió desafiarse á la ley. El diputado de Ennys, en el Condado de Clare, Mr. Vesey-Fitz-Gerald, ~~protestante~~ en religion, es decir, *hombre honrado*, segun los Irlandeses, habiendo aceptado un empleo en el Ministerio tuvo que sujetarse á reeleccion; y entonces fue, en 1828, cuando la *Asociacion* decidió que O' Conell seria el competidor del Ministro, y se presentaria, siendo católico, á los sufragios de los electores de Clare. O' Conell aceptó sin vacilar aquella gran mision, y pronto se abrió una lucha electoral, cuyo recuerdo conser-

vará por mucho tiempo la Irlanda; pues allí fue donde adquirió el sentimiento de su fuerza; allí donde arrancó al Gobierno Inglés la medida que debía libertarla al año siguiente. Shiel nos ha dejado un cuadro brillante de todas aquellas escenas tan curiosas, tan dramáticas, tan variadas, tan pintorescas de la elección de Clare. En aquel cuadro, que no nos permite reproducir aquí lo reducido de nuestro trabajo, estan consignados todos los detalles de aquel memorable combate á que asistia de intencion ó en persona la Irlanda entera. Por una parte, Mr Vesey-Fitz-Gerald, seguido de toda la aristocracia del Condado; por otra el *ajitador*, acompañado de una inmensa muchedumbre de Terratenientes-libres (*Freeholders*), que se adelantaban llevando al frente á los curas y á los estandartes, al son de las gaitas, y haciendo resonar en el aire sus ruidosas aclamaciones: en los *hustings* los dos rivales compitieron en elocuencia; Mr. Vesey-Fitz-Gerald habló de todos los servicios hechos por sus antepasados, de los suyos, de los de su anciano padre, venerado en el Condado, y tendido en aquel momento en el lecho de muerte, haciendo su agonía mas tierno el recuerdo. La multitud contestó con

lágrimas de simpatía á las lágrimas del orador; pero pronto se oyó la voz de O' Conell, la gran voz que penetra en el corazón de las masas; fue alternativamente muelle, vibradora, enérgica, burlona, patética, grosera, implacable; estallaron por todas partes *vivas á O' Conell*, y quedó asegurado el éxito de la elección. Cuéntase como una prueba de la omnipotencia de la *Asociacion* sobre la Irlanda, que la comision prohibió á aquella inmensa multitud el beber *whisky* mientras durase la elección, y ni uno solo faltó al deber que se había impuesto; ¡hecho muy notable para cuantos conocen la invencible inclinacion á la embriaguez que tanto distingue á las jentes del campo Irlandesas!

Seis meses despues el Gobierno Inglés, espantado de tanta audacia, se resolvió á ceder; votóse el bill de emancipacion, y O' Conell no temió presentarse en Westminster á reclamar su asiento como diputado de Clare, invocando el beneficio de una ley votada despues de su elección. El 15 de Mayo de 1829, fue su primera aparicion en el Parlamento; la Inglaterra habia visto ya al agitador en 1825, cuando á la cabeza de una Diputacion fue á esponer las quejas del pueblo Ir-

landés. El pueblo le había acogido con aplausos, y él mismo deseoso de volver á ver al hombre que llenaba la Irlanda con su nombre, obstruía todas las avenidas del Parlamento. O' Conell entró; la sala estaba llena, y negándose á prestar el antiguo juramento, el Presidente, declarándole que la ley de emancipacion no podia tener efecto retroactivo, le intimó que se retirara, y él salió; su eleccion fue vivamente discutida y anulada al fin. Despues de algunos dias dedicados á las fiestas que le dieron los radicales en todas las tabernas de Lóndres, marchó O' Conell á reclamar por segunda vez la mision de los electores de Clare. Su viaje al través de la Irlanda fue un prolongado é inmenso triunfo; cuarenta mil personas rodearon constantemente su coche abierto, desde el cual les arengaba. Llegó por fin á la una de la mañana á Clare, donde hizo su solemne entrada, seguido de toda la poblacion del Condado, en medio de las flores, de las palmas y de las antorchas, al son de los instrumentos, al ruido de los vivas y de los gritos de las mujeres que agitaban sus pañuelos y le arrojaban ramos. Semejantes triunfos son lisonjeros sin duda, recompensan dignamente á los grandes oradores y á los

grandes defensores del pueblo ; por desgracia los pueblos hacen lo mismo con las bailarinas , y esto rebaja un poco su valor.

Reelejido O' Conell, sin que se presentara competidor , tomó posesion de su asiento en principio de Marzo de 1830 : no es posible seguirle aqui en todos los pormenores de su carrera política. Ha experimentado esta algunas variaciones que muchos , que no han comprendido ese patriotismo esclusivo , limitado al objeto de sus afecciones, le han echado vivamente en cara ; nos contentaremos con indicar los puntos principales. Contribuyó con todas sus fuerzas á la caída del Ministerio Wellington y al advenimiento del Ministerio whig de Lord Grey. Reelejido diputado por el Condado de Kerry , se pronunció en favor de la reforma de las leyes electorales , apoyó con calor el *bill de reforma* , que casi ha doblado la representacion popular , y pronunció con este motivo un notable discurso , que decidió en gran parte la adopcion de aquella importante medida ; aliado primero con los radicales , se separó de ellos para apoyar al Ministerio , que le prometió la abolicion del diezmo en Irlanda ; burladas sus esperanzas , proclamó en 1833 que los whigs eran

« una jaccion de tunantes , un escremento del *torysmo* » y presentó , en Abril de 1834 , una proposicion para que se anulara el *acta de union*. El orador no encontró simpatía alguna en su auditorio , y partió para Irlanda al acabarse la session , anunciando por todas partes que iba á hacer cuestion diaria la de la *anulacion* ; entre tanto los *torys* volvieron por un instante al poder , los *whigs* hicieron proposiciones á O' Conell , quien se unió con ellos bajo ciertas condiciones , y pronto , merced al apoyo de su nombre y de los cuarenta votos Irlandeses de que dispone en el Parlamento , triunfaron los *whigs*. Wellington se vió nuevamente obligado á dejar el poder , y se fundó el Gabinete Melbourne. Algunas reformas parciales verificadas en Irlanda , unieron al principio á O' Conell con este Gabinete. En esta época , en 1835 , fue cuando en su viaje triunfal por Escocia , al paso que predicaba la reforma de la Cámara de los Lores , la abolicion del derecho hereditario , y prodigaba al pueblo de Edimburgo su famosa comparacion del hombre « que cree saber hacer zapatos , por la sola razon de que su abuelo los hacia bastante bien en su tiempo » , concluía todos sus discursos con el grito *leal de*

¡vivan los Ministros del Rey! « Nada de banderas, nada de emblemas, calma y moderacion si salen á recibirme » escribia, á su regreso á Dublin, el *ajitador* vuelto mas y mas pacífico. En el dia parece definitivamente rota la buena armonía entre O'Connell y el Ministerio. Ha vuelto á ajitar la Irlanda, despues de haber pedido inútilmente la reforma de la *Iglesia* y de las Corporaciones municipales. Anuncia que ha sido engañado, que retira su proposicion de hace ocho años, y su voz truena de nuevo por la *anulacion de la union*. Es evidente que O'Connell va trás de un fantasma, ó lo que es mas probable, que para obtener lo menos, pide lo mas, sabiendo que no lo ha de conseguir. La Inglaterra, que trabajó con tanto ardor hace cuarenta años, y pagó tan caro la destruccion de un Parlamento servil, no irá en el dia á devolver á la Irlanda un Parlamento que no tardaria en ser hostil, aunque independiente, y provocaria sin duda alguna la separacion de ambos paises, ó lo que es lo mismo el mayor peligro que pueda correr la Inglaterra, y cuya estension conoce bien, pues sabe que siempre, desde la famosa *armada* de Felipe II hasta la expedicion de Hösche y de Hum-

bert, la Irlanda ha sido el punto de mira de sus enemigos ; y que aquel pais que divisa desde sus playas, el dia en que dejase de pertenecerle podria en algunas horas arrojarle una invasion. La Inglaterra ademas no acostumbra renunciar graciosamente á lo que posee.

¿Pero cómo concluirá todo esto ? Esta pregunta nos lleva á resumir nuestro pensamiento acerca de la fisonomía de O' Conell como orador y como hombre político, y acerca del objeto que lleva y los resultados que ha conseguido.

Las cualidades oratorias de O' Conell consisten mucho menos en el desarrollo extraordinario de tal ó cual facultad, que en el conjunto de muchas facultades heterojéneas. Es cuanto quiere ser: unas veces lógico á la manera de los escolásticos y hasta el pedantismo, otras retor disertó, idílico y florido ; unas veces inspirado y patético hasta arrancar lágrimas ; otras burlesco, acerado é implacable ; otras sencillo y cándido como un verdadero buen hombre ; pero con mas frecuencia *ajitador de oficio*, como él dice, tribuno del pueblo y tribuno Irlandés, es decir, combinando el vigor y la hinchazon, la firmeza y la vulgaridad en proporciones colosales, y

por lo mismo sin rival en Europa en el arte de conmover á su antojo la muchedumbre. Las simplezas y las brutalidades oratorias de O'Connell exceden todos los límites posibles: dirá á uno de sus enemigos, á Lord C***, que es una *cabeza de jabalí guarnecida con una piel de naranja*; á otro, que tiene la desgracia de ser cojo, que le ataca y pretende que su lenguaje es severo, pero exacto, le replicará: «sí, exacto como vuestras piernas; y le llamará: la ballena terrestre, el hombre montaña, la mayor masa que se puede enseñar gratis.»

En contestacion á los ataques de Mr. Jackson, el enemigo mas implacable de la Irlanda, O'Connell se levanta y esclama: «En el pecho de todo hombre, el corazón, enriquecido con una sangre generosa, pende de músculos que la simpatía dilata; en el pecho de ese (señalando á Jackson con la mano izquierda) si le abrieseis en este instante ¿sabeis lo que encontrariais? en vez de corazón y de sangre, pequeños vasos llenos de un humor acre y negro; en vez de músculos, correas mohosas de cuero que el ódio estrecha contra los pulmones, y que le arrancan esos gritos de animal montaraz con que nos ha des.

garrado los oídos.» Y cuando todo el lado tory se levanta en tumulto, O' Conell, dominando el ruido con su voz poderosa: «¡Id, vocingleros! ¿hay mas todavía? Que se unan con estos. ¿Qué importa que haya en una feria algunos rocines mas ó menos.»

Seria no acabar si quisieramos citarlo todo: añadiremos solamente que no seria bueno juzgar al orador por esta simple muestra. Muchas veces, O' Conell, en sus rápidas improvisaciones en que tiene por auditorio un pueblo entero, dejando á un lado el sarcasmo y la injuria, se anima, se exalta, se penetra del grandor de la dignidad de su mision, y entonces su palabra se desenvuelve pura, ardiente, llena de imájenes, grandiosa, y se eleva hasta la mas sublime poesía. De este modo, despues de su segunda eleccion en Clare, terminó una alocucion dirigida á 40,000 hombres, con estas palabras: «En presencia de mi Dios y con el mas profundo sentimiento de la responsabilidad que llevan consigo los solemnes y temibles deberes que por dos veces me habeis impuesto, los acepto, Irlandeses! y tengo seguridad de llenarlos, no por mi fuerza sino por la vuestra. Los hombres de Clare saben que

la única base de la libertad es la religion. Triunfaron, porque la voz que se levantaba por la patria habia exhalado antes su plegaria al Señor. Actualmente oyense cánticos de libertad en nuestras verdes campiñas; aquellos sonidos recorren las colinas, han llenado los valles, murmuran en las ondas de nuestros rios, y nuestros torrentes con su voz de trueno, gritan á los ecos de nuestras montañas: ¡la Irlanda es libre! » Unase á tales palabras el poder magnífico del continente, del gesto, de la voz, y júzguese del efecto.

La fisonomía política de O'Connell pocas veces es apreciada á sangre fria; para los torys es un *saltimbanqui sin pudor*, un *mendigo desvergonzado* (*), un *perro mohino que merece estar atado etc., etc.* Para los whigs es un hombre

(*) Es sabido que el pueblo Irlandés ofrece anualmente á O'Connell un tributo voluntario muy considerable; en 1835 escedió aquella suma 2.000,000, y cuentan muchos viajeros que al dar limosna á un pobre Irlandés, le han visto separar una parte diciendo: « Esto es para la renta de O'Connell. » El objeto de dicha renta es para indemnizar al agitador de haber abandonado su abogacia, y al mismo tiempo para atender á los crecidos gastos que ocasionan sus frecuentes viajes, sus relaciones multiplicadas y su elevada posición política. La publicidad absoluta de que va acompañada la percepcion de aquella renta, atenúa la estrañeza que causaría á nuestras costumbres.

peligroso y venal, que es preciso comprar á toda costa: para los radicales es un amigo poco seguro del que es preciso desconfiar; para los Irlandeses O' Conell es mas que un hombre, es casi un Dios.

Todas estas apreciaciones tan diferentes, se conciben y esplican por la movilidad misma de O' Conell, movilidad cuya causa y justificacion es preciso buscar en esa posicion maista en que se ha colocado, entre la legalidad y la insurreccion. « O' Conell, como lo ha dicho muy bien Mr. de Beaumont, no es ni un hombre de pura oposicion parlamentaria, ni un hombre de revolucion; es uno y otro alternativamente y segun los casos: para él todo consiste en obedecer y resistir con discernimiento. » O' Conell no es un filósofo humanitario, porque antes que todo es el hombre de su pais, y porque la Irlanda tiene demasiado que hacer con sus propios males, para pensar en disertar sintéticamente en los de la especie humana; O' Conell es católico, primeramente porque es Irlandés, y en seguida porque habla á Irlandeses y para Irlandeses; O' Conell no ha insurreccionado su pais, y aunque pueda hacerlo con una señal, no lo hará, porque aun no juzga la Inglaterra bastante dividida, ni bastante fuerte á

la Irlanda para arriesgar la iniciativa. Reflexiónese en todas las tentativas anteriores en que Dios ha permitido que corriera en vano la sangre del oprimido; piénsese en la espantosa responsabilidad que pesa sobre un solo hombre; véase á este hombre que conoce que se aproxima el tiempo, pero que retrocede ante el sacrificio de toda una generacion, que espera morir antes de la hora del combate, y se comprenderán las secretas angustias de O'Connell.

¿Muerto este qué será de la Irlanda? El lector ha debido conocer por lo que precede, que el *statu quo* por mucho que pueda prolongarse, no tiene condicion alguna de vida. ¿Será la Irlanda oprimida otra vez, y sufrirá nuevamente por siglos la dura esclavitud de que ha salido? Para sacar tal conclusion de lo existente, seria preciso dudar de la Providencia, y de la marcha progresiva del espíritu humano. ¿Se separará la Irlanda de la Inglaterra? Hemos visto que esto solo podria verificarse con la destruccion de la una ó de la otra; queda una última y mejor solucion del problema. Si O'Connell no ha dado á la Irlanda la felicidad y la vida social, le ha dado por lo menos el sentimiento de la fuerza en la union, y cualesquiera que puedan ser las

alternativas de la lucha futura; este sentimiento no morirá; pero O'Connell ha hecho mas todavía, ha llevado á Inglaterra lo que puede llamarse el *contagio* de la Irlanda. La aristocracia inglesa será castigada por donde ha pecado; ha tenido dos pesos y dos medidas, ha gobernado la Inglaterra con un buen espíritu, aunque no fuese todavía sino el espíritu del egoismo, pero ha hecho pasar á toda la Irlanda bajo el mismo nivel de miseria, y de este modo ha creado á su lado la mas enérgica y temible de todas las democracias, la de los *harapos*; y la democracia es epidémica por su naturaleza, y no faltan tambien harapos en Inglaterra. Si es verdad que las generaciones son solidarias unas de otras; si lo es como lo ha dicho un noble y armonioso pensador (*) que la humanidad marcha siempre por un camino trazado por estas tres palabras: DECADENCIA, ESPIACION Y REHABILITACION; si es cierto que los crimenes de las castas, como los de los pueblos y los de los individuos son libres, pero que la pena de ellos, por muy lenta que sea, es fatal; si es verdad que durante setecientos años la aristocracia Inglesa ha enviado á

(*) M. Ballanche.

la Irlanda la tiranía, ¿con qué derecho podrá quejarse cuando la Irlanda le envíe en cambio una revolución?







GENERAL LEON.



D. DIEGO DE LEÓN,

CONDE DE BELASCOAIN.

«Como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.»

«El cadalso no deshonró a DIEGO LEÓN; el cadalso en nada menoscabó las glorias que tan justamente había adquirido.»

Discurso pronunciado por el General S. MUREL, Ministro de la Guerra, en la sesión del Congreso del 26 de Enero de 1842.

Hay en los periodos terribles de guerras civiles y trastornos sociales con que la Providencia aflige algunas veces á los pueblos, personajes que si descuellan sobre los demas por la parte

activa que tomaron en la lucha, por sus grandes hechos de valor, y por su lealtad y nobleza, llaman todavía mas la atención, por el fin desastroso de su vida. Tal es el ilustre personaje, cuya biografía vamos á trazar, no sin desconocer la gran dificultad de satisfacer en el aprecio que de los hechos hagamos, todas las pasiones, todos los partidos que en ellos han intervenido. Calientes todavía las cenizas del héroe de Belascoain, preocupados aun los ánimos con los sucesos que ocasionaron su triste fin, peligroso es incurrir en la desgracia de todos los partidos; pero llevamos al menos la ventaja que ninguno de ellos ha puesto jamás en duda, la esplendorosa caballerosidad; la acrisolada nobleza; la invariable lealtad, y el indisputable valor del general Leon. ¿Y cómo no ser así, cuando aun sus mas encarnizados enemigos presenciaron su denodado arrojo en cien combates, y á él debieron en muchos el lauro de la victoria? Pudiéramos pues encomiar sus grandes hechos militares sin el menor recelo de ser contradichos; no así tal vez su lealtad, porque esta cualidad moral, si bien descanza en principios eternos, es diferentemente juzgada por los partidos polí-

ticos, durante el vértigo que los domina. Día llegará en que la imparcial historia clasifique y dé su justo valor á las acciones y procedimientos de los hombres que han representado un gran papel en el prolongado y sangriento drama de nuestras discordias civiles. Seremos, pues, para evitar estos escollos, meros cronistas de los sucesos que tengan relacion con el personaje, tan ilustre como desgraciado, de cuya biografía nos ocupamos; dejando á cada cual la apreciacion de ellos, segun el espíritu que le domine. Los sucesos que terminaron su gloriosa existencia, son todavia demasiado recientes para pertenecer á la historia. Todos los hemos presenciado; todos sabemos sus causas; todos lloramos sus tristes resultados. Consignaremos solo en nuestro trabajo los hechos de público salidos; envueltos están aun algunos en la oscuridad que las circunstancias no han permitido aclarar, pero con el tiempo quedarán fijados.

Tampoco nos permite lo reducido de nuestro trabajo, el hacer una detenida enumeracion de los hechos militares del general Leon durante la guerra civil. ¿Y para qué, cuando están llenos todos los papeles públicos de la época, de sus

combates y hazañas? Así pues pasaremos rápidamente por la gloriosa carrera militar, para detenernos algun tanto mas en la corta, pero notable vida política del general Leon.

D. DIEGO ANTONIO DE LEON Y NAVARRETE, PRIMER CONDE DE BELASCOAIN, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III, DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, Y DE LA MILITAR DE S. FERNANDO, CONDECORADO CON LA LAUREADA DE SEGUNDA CLASE DE LA MISMA ORDEN, Y CON OTRAS VARIAS DE DISTINCION POR GLORIOSAS ACCIONES DE GUERRA, GENTIL-HOMBRE DE CAMARA DE S. M. CON EJERCICIO, COMENDADOR DE LA ORDEN REAL DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, TENIENTE GENERAL DE LOS EJERCITOS NACIONALES, nació en Córdoba el dia 30 de Marzo de 1807, siendo sus padres el Marqués de las *Atalayuelas*, Comendador de la Orden de Calatrava, gentil-hombre de S. M., y brigadier coronel del regimiento Provincial de aquella ciudad, y Doña Maria Teresa Navarrete y Valdivia. Fue educado con el esmero y segun á su distinguida clase correspondia, y al concluir sus estudios en el colegio de la Asuncion de

Córdoba en 1823, manifestó los mas vivos deseos de seguir la carrera militar, en la que tantos días de gloria habia de dar á su patria. Condescendiendo su padre con sus deseos, y segun habia sido costumbre en otros tiempos, propuso al Gobierno beneficiar una compañía de caballería en favor de su hijo D. Diego, á lo que accedió el Gobierno concediendo el título de Capitan del regimiento de caballería de Almansa 1.^o de Dragones á D. Diego de Leon en 28 de Agosto de 1824, en cuyo mismo dia hizo su padre entrega formal de 74 caballos, cuyo coste ascendió á 160,000 reales. En dicho cuerpo continuó Leon sus servicios, hasta el 20 de Diciembre de 1826, en que fue nombrado ayudante de Campo del comandante general de la Guardia Real de caballería, el Marqués de Zambrano. En 19 de Julio de 1827 obtuvo el empleo de Capitan del regimiento de Coraceros de la Guardia Real.

Llegó el año de 1829, y con él la celebracion del augusto enlace del Rey Fernando VII con la Princesa de Nápoles doña Maria Cristina de Borbon, que tan halagüeñas esperanzas infundió á todos los españoles; en celebracion de

aquel memorable suceso, se concedió á Leon el grado de coronel. Continuó sus servicios, ascendiendo en 7 de Octubre de 1834 á comandante de escuadron de Lanceros de la Guardia; y habiendo solicitado ir á campaña, pasó al ejército de operaciones del Norte en el mes de Diciembre, dando principio á la série de memorables hechos de armas en que brilló su nombre. El 17 de Enero de 1835 peleó denodadamente en la accion de Urbiza: el 27 del mismo mes en la de Muez: el 5 de Febrero en los campos de Nazar, Assarta y Puente de Arquijas: poco despues tomó el mando de los escuadrones de campaña, y concurrió con ellos á la accion de los Arcos el 24 de Febrero, á la del Puente de Lárrega en 8 de Marzo, y el 29 del mismo mes á la de Arroniz. Combatió el 2 de Mayo en la retirada del fuerte de Treviño; el 16 en el reconocimiento sobre el Carrascal; el 13 de Junio en la retirada del sitio de Salvatierra; en 16 de Julio en la gloriosa accion de Mendigorria; el 2 de Setiembre en la de los Arcos, en la que con 72 caballos contuvo una columna enemiga, habiendo perdido en aquella accion dos caballos muertos y uno herido de los que mon-

taba, mereciendo por tan heróico comportamiento que el General en Cefe le pusiese en el acto la cruz laureada de S. Fernando, dispensándole la Reina del juicio contradictorio, por la notoriedad del hecho en que la habia adquirido. El 11 del mismo mes, combatió de nuevo en los campos gloriosos de Mendigorria; el 17 de Octubre en Salvatierra y en el reconocimiento sobre Guevara, habiendo desalojado á los enemigos con el escuadron de su mando de las posiciones que ocupaban; el 28, en la marcha desde Villareal á Vitoria, sosteniendo la retirada de todo el ejército con cinco escuadrones que mandaba, y con los cuales dió dos cargas á los enemigos, valiéndole este hecho una mención honorífica en la Orden general. Peleó en Estella el 15 de Noviembre y el 16 en Montejurra, donde logró pasar con 7 lanceros el desfiladero de aquel monte y cargar con tan corta fuerza á dos escuadrones enemigos, haciéndoles huir y apoderándose de treinta prisioneros. El 1.^o de Enero de 1836 se halló en la accion dada sobre el castillo de Guevara, y el 16 y 17 en las sangrientas de Arlaban; el 23 en el reconocimiento sobre aquel castillo; el 25 de Febrero en la de

Berrio Plano, en la que cargó valerosamente á los enemigos; el 5 de Marzo en la de Zubiri. El 23 salió con 150 infantes y 64 caballos en persecucion de dos batallones y un escuadron enemigos que mandaba el Rojo, y á los que alcanzó y batió al romper el dia. Por real despacho de 12 de Marzo fue nombrado coronel del regimiento húsares de la Princesa, y con él concurrió el 25 de Abril al reconocimiento sobre Villarreal de Alava. Marchó en seguida á proteger el fuerte de Villaba de Losa, hallándose ya de vuelta en Arlabán cuando tuvieron lugar las memorables acciones del 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27 de aquel mes. En Junio salió en persecucion de Gomez por las provincias de Asturias, Galicia, Castilla, Aragon, Cuenca, Mancha, ~~Andalucia~~ y Estremadura. Entonces fue cuando alcanzó su espada la inmarcesible gloria de Villarrobledo, en cuya jornada con 150 húsares hizo pedazos á 11,000 infantes y 1,000 caballos, quedando en su poder 1,500 prisioneros, 2,000 fusiles, y 200 muertos en el campo. Por tan brillante victoria fue ascendido Leon al empleo de Brigadier. El 14 de Octubre libertó á la ciudad de Córdoba del poder de los enemigos, siendo el

primero que entró en ella, y en 29 de Noviembre logró alcanzarlos y batirlos de nuevo en Alcaudete.

Hasta aquí hemos copiado la hoja de servicios de Leon, y en el inmenso número de acciones de guerra en que peleó, hemos citado las fechas para que la historia pueda fácilmente encontrar y estender los pormenores de ellas. Ahora hablaremos del General ilustre, cuyos gloriosos hechos están enlazados con la historia del ejército en los últimos años de la campaña.

En el Otoño de 1837, mandando D. Carlos las fuerzas de su expedición, tuvo lugar la batalla de Gra en Cataluña, y en ella Leon con 57 húsares deshizo á cuatro batallones y dos escuadrones enemigos, decidiendo del éxito de la batalla. Continuó despues á las órdenes del general Espartero en persecucion del enemigo hasta la retirada de éste á las provincias del Norte, dando fin á aquella campaña con la victoria que alcanzó en Huerta del Rey. Allí sin mas fuerza que 69 tiradores de húsares, venció y derrotó á 9 escuadrones enemigos, haciéndoles 93 prisioneros y apoderándose de 78 caballos. En 11 de Noviembre fue ascendido Leon á Mariscal de



Campo. La expedición carlista volvió á pasar inmediatamente el Ebro, y Leon obtuvo el mando de las fuerzas destinadas á operar en Navarra. La situación de aquel país era entonces sumamente crítica para las tropas de la Reina, faltando los recursos para mantener al soldado, á causa de haber extendido el enemigo su dominación durante las expediciones. Persuadido Leon de la necesidad de emprender las operaciones, para reconquistar el país perdido, acometió en medio de tantos obstáculos y consiguió en breve la difícil empresa de arrojar al enemigo al otro lado del Arga. Fijó en seguida su atención sobre la importancia del puente fortificado de Belascoain, punto de fácil y segura comunicación con el Carrascal, y manifestó al general Alax, Virey entonces de Navarra, el pensamiento que había concebido de atacar aquel fuerte. Aplaudió el Virey la idea, pero no aprobó su ejecución desconfiando del éxito. Leon, sin embargo, acometió la empresa; con cinco batallones y sin artillería de batir, derrotó á los enemigos que contaban con siete batallones, y logró arrojarlos al mismo pueblo de Belascoain. Envío entonces un oficial de su estado mayor á pe-

dir al Virey artilleria para batir el fuerte, y sin esperar aquel auxilio indispensable para tamaña acometida, al amanecer del siguiente dia rompió Leon el ataque sobre el pueblo, del que se hizo pronto dueño: en tan crítico momento supo la negativa formal del Virey á facilitarle la artilleria; pero no por eso desmayó, y decidido á poner término á aquella lucha, acometió á la carrera todas las posiciones y líneas atrincheradas. En breve fue todo suyo, manifestando al Virey que solo necesitaba pólvora para volar el fuerte, y raciones para dar de comer al soldado. Abandonó por poco tiempo el teatro de Navarra, disgustado de las contestaciones que se veia precisado á sostener con el Virey, quien encargado de las operaciones en aquella parte, experimentó en Setiembre un fuerte descalabro en Legarda. Leon que se hallaba á larga distancia al frente de la caballeria del ejército, recibió del General en Jefe la mision de encargarse de nuevo del mando de las fuerzas de Navarra. Marchó sin detenerse, y á la hora de haber llegado, con las mismas tropas que antes se retiraban derrotadas, batió al enemigo y le obligó á repasar el Ebro. Vencióle de nuevo en Sesma y en Belascoain, donde el ejército español

le vió con asombro apoderarse á caballo de las fortificaciones, y entrar á caballo por la tronera de un cañón. Allí ganó el título de Conde de Belascoain.

Mas adelante y pacificadas ya las provincias del Norte á consecuencia del memorable convenio de Vergara, se trasladó con el ejército á Aragon. Combatió en Segura, en Castellota y en Morella, y puso término á tantas hazañas, ayudando al Duque de la Victoria en la toma de Berga, donde perdió su caballo, y descargó el último golpe de lanza que se dió en la guerra de siete años.

Tales son en bosquejo los grandes hechos de armas, las insignes proezas del general Leon; tales fueron hasta entonces los grados y distinciones que obtuvo con el valor de su pecho y con el esfuerzo de su potente lanza. Hazañas que ostentará la España en dias menos aciagos como una de sus glorias mas brillantes y duraderas. No se olvidará fácilmente á nuestros soldados la memoria del esforzado caudillo que tantas veces les condujo al combate y les alcanzó la gloria, ni el pueblo español olvidará tampoco los grandes servicios que prestó á la causa de la libertad, y á la consolidacion del trono legítimo.

Hemos bosquejado rápidamente los mas importantes sucesos de la vida militar de Leon, no permitiéndonos los límites de nuestra reseña presentar todos los rasgos, todas las acciones sublimes que caracterizaron al esclarecido Capitan. Vamos á recorrer ahora su vida política de corta duracion, como corta fue tambien su vida fisica por desgracia de la patria.

« Con la cara al enemigo y la espalda vuelta á nuestras disensiones políticas. » Con estas palabras, que á nadie con mas verdad que al malogrado Leon pueden aplicarse, calificó la conducta del ejército en los movimientos de 1835, uno de nuestros mas distinguidos oradores. En efecto, el general Leon desde su llegada al teatro de la guerra no tuvo otra atencion, no le animó mas deseo que combatir al enemigo de su Reina y de su Patria. Todo lo demas era para él indiferente; la política, sus partidos, sus divisiones, sus tendencias, palabras vanas para el que solo habia recibido la mision de combatir y triunfar.

Pero debia llegar el dia en que el vencedor de cien combates tendiese su vista sobre la escena política, y esta se presentó á sus ojos por la vez primera en el por desgracia famoso lugar del

Mas de las Matas. Allí, en la inaccion del invierno, mientras el candillo principal se aprestaba para la próxima campaña, y para otras empresas en mayor provecho suyo, aunque aciagas para la Nacion, allí oyó leer el célebre documento en que un Secretario del General en Jefe se declaraba autorizado para decir al pais entero, que la marcha seguida por el Gobierno, de acuerdo con la representacion nacional, no merecia la aprobacion del Jefe de los ejércitos. Aquel documento, que debía enviarse á los periódicos de la Corte para que sirviese de señal á los preparativos de un gran suceso, fue presentado á Leon, y se le pidió su parecer delante del que le habia redactado, y en presencia de otros muchos que rodeaban al General en Jefe. No vaciló Leon en manifestar su oposicion fuerte y declarada á todos los actos que tendiesen á dar al ejército una influencia indebida y siempre perjudicial en los negocios públicos, desaprobando del modo mas enérgico aquella declaracion. No retrajeron sus palabras á los que de antemano habian resuelto seguir otra conducta, y por lo tanto y desde entonces, su situacion era violenta en el ejército. Conociólo asi, y pidió y obtuvo

licencia para Madrid; y la Corte le vió durante treinta dias que permaneció en ella, ageno á las cuestiones políticas que se debatían, y sin contraer alianza con ninguno de los hombres notables de los partidos que á la sazón figuraban en la escena.

Sabidos son los escandalosos y deplorables sucesos del 23 y 24 de Febrero de 1840, en que una turba sediciosa insultó y amenazó á la representación nacional en las puertas mismas de su Palacio, con mengua y menoscupio de las autoridades que no supieron contener ni castigar semejante atentado. No faltó entonces quien aconsejase á S. M. el nombramiento de Leon para capitán general de Castilla la Nueva; pero la fatalidad del destino pesaba entonces sobre la Madre Augusta de Isabel II, que sin embargo no desconocía ni dejaba de apreciar la lealtad, el valor y los grandes servicios de Leon. Quiso premiarlos con el empleo de teniente general; pero Leon que había venido á la Corte huyendo del contagio político del cuartel general, no podía renunciar á la gloria de terminar la campaña, y su excesiva delicadeza no le permitía aceptar un ascenso que no hubiese sido ganado como los

anteriores en el campo de batalla. Hízolo así presente á S. M., añadiendo que esperaba conquistar en breve en la guerra el nuevo premio ofrecido; tan noble conducta le hizo entonces mas digno de la bondad de su Reina, que le concedió la distinguida honra de nombrarle su gentil-hombre. Muy lisonjeado Leon con el nuevo favor soberano, dispuso su regreso al ejército, y llegó á tiempo de empezarse las operaciones sobre Segura. Desde entonces hasta los sucesos de Barcelona, no se ve figurar á Leon en la esfera política.

Con la toma de la ciudad de Berga habia terminado la guerra, y el General en Jefe ocupado en Barcelona en operaciones de otra clase, se curaba entonces poco de la compañía de Leon. Situado este con su division á distancia de aquella ciudad, devoró en silencio y con amargura los agravios y los repetidos atentados contra la Magestad del Trono. Un rumor vago, de esos que suelen preceder á la adopcion de una medida grave, anunciaba ya por entonces que Leon debia salir del ejército para un mando importante; él, en su lealtad de sentimientos, consecuente con los hombres á quienes creyera un dia sus amigos, habló detenidamente con el Duque de la Victoria acerca

de las probabilidades de obtener el mando superior militar de Madrid. Manifestóle el Duque su desaprobacion á este proyecto ; pero poco despues cuando ya era positivo el nombramiento de Leon para la capitanía general de Castilla la Nueva, y en vísperas de conocerse el movimiento insurreccional de Madrid de 1.^o de Setiembre, el general Espartero dejó de manifestar toda oposicion, y el desgraciado Leon marchó á encargarse de su nuevo destino. Antes de llegar á Zaragoza se vió cercado de graves é inminentes riesgos, y le fué imposible penetrar en aquella ciudad insurreccionada tambien. Detenido en su marcha, escribió al Duque de la Victoria solicitando instrucciones, que este se negó á darle, recomendándole que se dirigiera á S. M., á la sazón en Valencia. Leon despachó al efecto un espreso con pliegos para el gobierno supremo, y por orden de este corrió á encargarse del mando de todas las tropas que se habian mantenido fieles, y se hallaban reunidas en Tarazona. Desde aquel punto contempló los progresos de la revolucion, sin hostilizarla, porque tales eran las instrucciones que se le habian dado. Tales eran tambien sus rígidos principios de obediencia y disciplina.

A la historia corresponde apreciar en su día, si en aquella disolucion social debía ó no prescindir de sus deberes militares, y obrar segun los generosos impulsos de su acrisolada lealtad.

Nombrado el Duque de la Victoria Presidente del Consejo, le vió pasar desde Madrid á Valencia con sus compañeros, y fácil le hubiera sido apoderarse de ellos, evitando tal vez de este modo el último golpe de destruccion; pero no lo intentó siquiera. Tal vez no halló cabida en su pundonoroso corazon la idea de los acontecimientos sucesivos. Desde Valencia le escribió el Duque de la Victoria en términos que no desmentian la antigua amistad, aconsejándole que renunciase el mando de Castilla la Nueva. A la hora de haber recibido aquella comunicacion, remitia á Valencia la dimision aconsejada y una solicitud de licencia para Francia. Fuéle esta concedida, y aunque se le recomendó que no la usase; como tampoco le fue permitido por el poder militar que imperaba entonces el entrar en Madrid y descansar al lado de su familia, partió para el vecino reino. Fue allí objeto de veneracion y respeto de parte de todos los militares ilustres: en Burdeos pasó una revista á las tropas de aquella division,

y sin visitar la capital de Francia , por un sentimiento de delicadeza que no se supo apreciar en el interrogatorio capcioso que despues se le hizo sufrir , regresó á Madrid , donde triste y silencioso pasó sus dias en la oscuridad y la miseria.

Evitaremos hacer una relacion del estado á que el pais habia quedado reducido á consecuencia del trastorno de Setiembre , y de los sucesos posteriores. Los hechos son demasiado recientes, y sabidos son de todos el malestar y el descontento que reinaban en todas las clases , y en el ejército en particular. Estas causas dieron lugar á los acontecimientos de Pamplona , Vitoria , Provincias Vascongadas , Zaragoza y otros puntos, cuyo objeto era la destruccion del Gobierno existente , y el restablecimiento de la Regencia de la Augusta Madre de Isabel II. Los generales que mas se habian distinguido en la última guerra, los que mas pruebas habian dado de valor y lealtad , tomaron parte en aquella insurreccion , cuyos detalles , asi como las causas de su mal éxito , no son todavia bien conocidas , ni tampoco de este lugar.

Desde el momento en que fueron conocidos en Madrid los acontecimientos de primeros de



Octubre en las provincias del Norte, decíase de público que iba á estallar una revolucion militar; hablábase de un pronto movimiento, lo que dió lugar á que el Gobierno redoblase su vigilancia, y mandase salir de Madrid á las personas que suponía cómplices ó autores del plan, las cuales habian desaparecido ya cuando fueron á buscarlas á sus domicilios, siendo una de ellas el general Leon. Separáronse el dia 7 de Octubre por la mañana á muchos oficiales del primer regimiento de la Guardia Real, y en la tarde de aquel mismo dia se dió orden á los sargentos de no dejar entrar en el cuartel á los oficiales separados, y á los centinelas de hacerles fuego si lo intentaban. Al anoecer resonaba por las calles de Madrid el ruido de los tambores de la Milicia Nacional tocando generala, y todo el mundo se persuadió que era llegado el momento de realizarse la sublevacion de que tanto se había hablado. El general Concha, con parte del regimiento de la Princesa y las compañías de la Guardia Real que estaban de servicio en Palacio, se había apoderado del Real Alcázar. Hallábase este rodeado por la Milicia y otras tropas de la guarnicion, sufriendo los subleva-

dos el fuego que desde el exterior se les hacia.

A las doce de la noche montó el general Leon á caballo vestido con su uniforme de húsar, y seguido de un ordenanza, atravesó por entre las tropas que circuian y hacian fuego al Palacio; penetró en él, arengó á las fuerzas alli reunidas, y subió en seguida por la escalera principal, con ánimo de poner en salvo á S. M. Mas al ruido y á los vivos dados por los agresores, previniéronse los 18 Guardias Alabarderos que daban la guardia interior, quienes hicieron una denodada resistencia. Los sublevados se presentaron delante de la puerta que conduce al salon de columnas, y alli se trabó un combate digno de mejor causa. La Reina, y su Augusta Hermana pasaron á la estancia mas retirada del edificio, donde permanecieron toda la noche abatidas y consternadas, pero seguras de todo riesgo, pues solo la mas negra villanía pudiera imputar el designio de atentar á tan preciosas vidas, á los que mil veces habian espuesto la suya por la conservacion de su Trono, y estaban dando una notable prueba de su lealtad.

Durante aquella infausta noche el ánimo y bizzarria del general Leon y de sus compañeros

esceden á cuanto puede concebirse. ¡Oh! para mas altas empresas debian haberse reservado aquellos ilustres caudillos. Lastima es que aventurasen empañar la gloria de tantos años, en los hazares de una infausta noche.

A las tres de la madrugada del 8, reducidos solo á 300 hombres los que habian quedado en Palacio, y perdida la batalla sin esperanza para ellos de capitulacion ni tregua, los generales Leon y Concha con algunos caballos y una compañía de infantería, salieron por el Campo del Moro, donde les dieron el *quién vive* las avanzadas enemigas; contestaron ellos, *ronda mayor*, y cuando se acercaron á reconocerlos, arrollaron á la avanzada y siguieron á escape hácia la puerta de Hierro, donde encontraron otra avanzada de caballería, y sufrieron una carga, en la que perdió el general Leon su caballo, viéndose precisado á tomar el de un soldado, en el que le prendieron las fuerzas de caballería que á las seis de la mañana habian salido en su persecucion, encontrándole solo á seis leguas de distancia, y conduciéndole preso á la capital, donde se le colocó en el cuartel de Nacionales. Igual suerte cupo á muchos de sus esforzados compañeros.

Nombrado el Consejo de guerra de Oficiales Generales para fallar las causas formadas con motivo de la insurreccion del dia 7, no sin notable infraccion de lo dispuesto en las Ordenanzas, ocupóse el fiscal en instruir el proceso del general Leon con celeridad poco acostumbrada, y el 13 á la una del dia se celebró el consejo. Componíase este del gefe de escuadra D. Dionisio Capaz, de los mariscales de campo D. Pedro Mendez Vigo, D. Nicolás Isidro, D. Pedro Ramirez, D. José Cortinez y D. José Grases, y del brigadier Don Ignacio Lopez Pinto, siendo fiscal el brigadier D. Nicolás Minuisir. De cuantos componian aquel consejo, dos solo tal vez habian podido admirar en los campos de batalla el heróico valor del que iba á juzgar. Sus votos no le fueron contrarios. El general Leon, acompañado de su defensor el general Roncali y de dos ayudantes, y conducido en un coche con la correspondiente escolta, atravesando un iumenso pueblo, que atónito y aterrado se agolpaba á su paso, se apeó en el Colegio Imperial, donde se celebraba el consejo, retirándose á un aposento mientras se estaba viendo su causa y conservando el público espectador un triste y espresivo silencio. Manifestaba el acu-

sado en su declaracion, que si bien sabia que existian planes para quitar la Regencia al Duque de la Victoria, nunca habia consentido en ponerse al frente del movimiento por mas instancias que se le hicieron. En la noche del 7 cuando oyó el toque de generala y vió la gente correr por las calles, él, que transitaba por la del Príncipe, se dirigió á su casa, y desde ella á la en que desde el 5 se encontraba escondido. Que alli hizo llevar por medio de un criado su uniforme de húsar, que le entregaron sin sable, y vestido con él se dirigió á Palacio á las doce y media de la noche, sin entrar en ningun cuartel ni pararse en parte alguna. Confesaba que al presentarse alli habia sido victoreado por los soldados sublevados, á quienes contestó, que donde estaba S. M. la Reina Doña Isabel II, solo á ella debia victorearse. Que despues se presentó á los Alabarderos pidiéndoles dejasen de hacer fuego, pues era el medio de que cesara por la parte contraria, y no se causara alarma á las Reales Huérfanas. Que no habiéndolo conseguido, se marchó á pocos momentos tomando el camino de la puerta de Hierro, perdiendo su caballo, que quedó sepultado en una zanja que intentó saltar, con-

tinuó su camino á pie hasta encontrar á dos cazadores de la Guardia Real á quienes compró un caballo, rehusando las ofertas que le hicieron de seguirle. Que al llegar á Colmenar, decidió volverse á Madrid, y entonces fue hallado por los húsares, á quienes él mismo se entregó. Disculpaba el haberse presentado en Palacio cumpliendo con su deber por haber, convenido con varios generales de cuartel en Madrid que aquel seria el punto de reunion en caso de alarma; declaracion confirmada por deposiciones de testigos.

Figuraba tambien en los autos una carta hallada en su cartera, sin fecha, escrita y firmada de mano del general Leon, y dirigida al Duque de la Victoria, del tenor siguiente:

¶ Sr. D. Baldomero Espartero.—Muy Sr. mio: habiéndome mandado S. M. la Reina Gobernadora del Reino Doña María Cristina de Borbon, que restablezca su autoridad usurpada y hollada á consecuencia de sucesos, que por consideracion hácia V. me abstengo de calificar; y como el honor y el deber no me permiten permanecer sordo á la voz de la Augusta Princesa, en cuyo nombre y bajo cuyo gobierno, ayudado por la nacion, hemos dado fin á la terrible lucha de

los seis años; para que no desconozca V. el móvil que me llama á desenvainar una espada que siempre empleé en servicio de mi Reina y de mi patria, y no en las banderías, ni privadas ambiciones; le noticio que en obediencia de las órdenes de S. M. y para el bien del Reino, he debido comunicar á todos los gefes de los cuerpos del ejército, que S. M. hallándose resuelta á recuperar el ejercicio de su autoridad, me previene llame al ejército bajo su bandera, la bandera de la lealtad castellana, y lo aperciba y disponga á cumplir las órdenes que en su Real nombre estoy encargado de hacerles saber.

» En su consecuencia las leales provincias Vascongadas y el reino de Navarra con todas las tropas que la guarnecen, á cuya cabeza se halla el general D. Leopoldo O' Donell, se han declarado en favor del restablecimiento de la legítima autoridad de la Reina: y como los gefes de los cuerpos que ocupan las demas provincias del Reino, han oido igualmente la voz del deber y del honor, y se hallan dispuestos á seguir la bandera de lealtad: el movimiento del Norte va á ser secundado por el del Mediodia y el del Este, y el Gobierno salido de la revolucion de Setiembre,

palpará bien pronto el desengaño de haber desconocido los sentimientos de fidelidad á sus Reyes, y á las leyes patrias, que animan al ejército y al pueblo español.

» Como esta situación va necesariamente á ponerme en pugna con el poder de hecho que V. esta ejerciendo, antes que la suerte de las armas decida una contienda que la justicia de la Providencia tiene ya decretada, habla en mí el recuerdo de que hemos sido amigos y compañeros, y dasearía evitar á V. el conflicto en que va á verse, á la historia un ejemplo de triste severidad, y al país el nuevo derramamiento de sangre española.

» Consulte V. su corazón y oiga su conciencia antes de empeñar una lucha, en la que el derecho no está de parte de la causa á cuya cabeza se halla V. colocado. Deje ese puesto que la rebelión le ofreció, y que una equivocada noción de lo que falsamente creyó sin duda exigía el interés público, pudo solo hacerle aceptar; y yo contaré todavía, como un día feliz aquel en que recibiendo en nombre de S. M. la dejacion de la autoridad revolucionaria que V. ejerce, pueda hacer presente á la Reina, que en algo ha

contribuido V. á reparar el mal que habia causado. »

«Reciba V. con esta la última prueba de la amistad que nos ha unido, la espresion de mi deseo de encontrar todavía en V. los sentimientos de un buen español, que son los que animan constantemente á su atento y seguro servidor Q. B. S. M.—DIEGO DE LEON. »

Despues de leido el proceso tomó la palabra su defensor el general Roncali, vertiendo abundantes lágrimas, y arrancándolas del numeroso auditorio, refirió los triunfos de su cliente en cien combates; examinó la acusacion fiscal en que se pedia la sangre de tan ilustre guerrero; examinó la composicion del Consejo de guerra, en el que veia personas que por su posición en la noche del 7 podian ser parciales, siendo testigos y jueces á la vez; probó que mal podia haber sido cabeza del motin quien permaneció cinco horas sin presentarse á sus soldados, y se marchó al poco tiempo de haber llegado á palacio. Tachó la acusacion fiscal de apasionada é incompleta; manifestó la crueldad que habia en juzgar por la ordenanza un crimen político; añadiendo que la Europa, en la que hasta se

habia encontrado indulto para el regicida, se estremecería al saber que se habia aplicado la última pena á semejante delito; y concluyó recordando en un sentido epílogo, que arrancó nuevo llanto á los circunstantes, los gloriosos timbres del general Leon, cuya lanza fue la última que en Berga puso fin á la guerra civil, y pidiendo al Consejo desechase la horrible idea de la pena capital, decretando la inmediata.

Presentóse despues ante el Consejo el general Leon y con reposado continente y sereno semblante dijo: que se le queria presentar como gefe del levantamiento y que era falso. «Si así hubiera sido, dijo, si yo me hubiera presentado en Palacio mandando los soldados, hubiera sido fácil encontrar mi cadáver entre los de los valientes, pero nunca se me habria hallado fugitivo.» Frases que arrancáron del concurso un grito de ¡bien! ¡bien! Se ratificó en su declaracion, y manifestó que la carta al Duque la tenia para entregarla á quien se le digera, puesto que él no queria tomar parte en lo que se intentaba: y reconvenido por el Presidente, por no haber dado parte al Gobierno y al Regente de los planes que se preparaban, contestó que ni sabia

bien estos, ni se creia obligado á ser delator.

El Consejo dió la sentencia siguiente: «Habiéndose formado por el brigadier D. Nicolás Minuistr el proceso que precede contra el teniente general D. Diego Leon, Conde de Belascoain, y el mariscal de campo D. Manuel de la Concha, acusados del delito de sedicion militar en la noche del 7 al 8 del que rige; en consecuencia de la órden inserta por cabeza que le comunicó el Excmo. Sr. Conde de Torrependo, Capitan general de este distrito, haciéndose por otro señor relacion de todo lo actuado, el Consejo de guerra permanente de Oficiales Generales, reunido en la capilla de S. Isidro de esta Córte, siendo jueces de él los Excmos. Sres. mariscales de campo D. Dionisio Capaz, gefe de escuadra, presidente; D. Pedro Mendez Vigo, D. Nicolás Isidro, Don Pedro Ramirez, D. José Cortinez, D. José Grasses, brigadier D. Ignacio Lopez Pinto, y asesor el auditor de guerra D. Pablo de la AVECILLA; compareció en él el citado general D. Diego Leon, y vistos los cargos con la defensa del Procurador, ha condenado y condena el Consejo, por mayoría de votos absoluta, á los referidos generales á ser pasados por las armas, con ar-

reglo á los artículos 26 y 42, trat. 8, cap. 10 de las Reales Ordenanzas; sin perjuicio de que si el general D. Manuel de la Concha se presentase ó fuese habido, se le oigan los descargos que pudiese dar. Madrid 13 de Octubre de 1841 á las ocho de la noche.—Siguen las firmas.

Segun de público se ha dicho, los generales Grases y Cortinez, y el brigadier Lopez Pinto votaron por la pena inmediata; resultando empate en la votacion, que decidió el voto del Presidente. ¿Qué diremos nosotros, simples biógrafos sobre este hecho? Los contemporáneos lo han juzgado, la historia no lo creerá. Contentémonos con transmitir aqui, en contraposicion de aquella conducta, algunos párrafos de la carta dirigida al Rey de Francia por el respetable mariscal Moncey, negándose á ser juez de su compañero el desgraciado Ney. «...Mi vida, mi fortuna, cuanto tengo de mas apreciado es de mi pais y de mi Rey; pero mi honor es mio, y no hay poder en lo humano que pueda arrebátarmelo.—¡Yo habia de decidir sobre la suerte del mariscal Ney! ¿Pero, Señor, permitid que pregunte á V. M., dónde estaban los acusadores cuando Ney recorria los campos de batalla? ¡Ah! Si la Rusia y

los aliados no pueden perdonar al vencedor del Moskowa, ¿puede olvidar la Francia al héroe del Beresina?—;Y condenaré yo á muerte á aquel á quien tantos franceses debeu la vida, tantas familias sus hijos, sus esposos, sus parientes! Reflexionadlo, Señor; quizá es lá vez postrera que la verdad llega á vuestro trono; es muy peligroso, muy impolítico, el ostigar á los valientes hasta la desesperacion.—;Ah! Tal vez si el desgraciado Ney hubiera hecho en Waterloo lo que tantas veces hizo en otras partes, no se veria ante una comision militar. Tal vez los que hoy piden su muerte implorarian su proteccion.»

La sentencia fue aprobada despues de haberse conformado con ella el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y á las doce del día 14^{ta} de Octubre de 1841, se presentó en la prision que ocupaba en Sto. Tomás el general Leon, el Fiscal de su causa, acompañado del Secretario que le leyó la sentencia: oyóla aquel valiente con la serenidad de ánimo que ostentaba en los combates, y solo exclamó: «este es el premio de haber peleado siete años por la libertad!» En todo aquel aciago dia continuó sereno y tranquilo arreglando sus asuntos particulares, con

admiracion de cuantos le vieron; comió acompañado de su defensor y de dos personas de su intimidad; que no le abandonaron en tan duro trance, los Sres. D. Manuel de Arizcun y Don Joaquin de Roncali. Paseó despues por mas de dos horas asido del brazo de uno de sus amigos, por su habitacion, y cerca de las once de la noche escribió su testamento y dos cartas para su desventurada esposa é hijo mayor. Despues de haber cumplido con tan sagradas obligaciones, con los deberes religiosos que su triste posicion le imponia; manifestó deseos de descansar, y encargó al general Roncali que cuidase de despertarle á las tres de la mañana. Llegada esta hora, dudó su afligido amigo si le privaría del último sueño que disfrutaba en esta vida, sueño dulce, apacible y sereno, el sueño de un héroe; hasta que por último, acercándose á la cama cumplió con tan triste encargo. Al despertar el desgraciado León no dió señal de sobresalto; no mostró la conmocion mas ligera: poseido del mismo valor que antes ostentara, cuando al través de la ventana distinguió la luz primera del infauso dia 15, asiendo del brazo á uno de sus inseparables amigos exclamó ¡¡EL ULTIMO DIA!!

Mientras en la prisión pasaban estas tristes escenas, la fisonomía del pueblo de Madrid presentaba el carácter verdadero que imprimen los sucesos cuando afectan los sentimientos de todos. Apenas se supo la fatal sentencia del héroe de Belascoain, vióse á un pueblo entero consternado, desiertas las calles y los paseos, y pintado en los semblantes de todos el pesar y la aflicción. Algunos abrigaban, sin embargo la esperanza de que satisfecha la vindicta pública con la sentencia, el clamor de algunos, los recuerdos de las pasadas glorias del acusado, y su antigua amistad con el Regente del Reino, alcanzarían de éste, en uso de sus facultades constitucionales, una conmutacion de pena, que todos deseaban, que todos hubieran recibido con márcadas muestras de agradecimiento. ¡Ah! vano esperar! En vano se publicó la tierna escena ocurrida con S. M., y su intercesion; en vano el capitán de nacionales herido el día 7 pedia gracia desde el lecho del dolor; en vano la imploró una gran parte de la Milicia Nacional; en vano rogó por la vida del general Leon una Señora que á instancia del mismo general habia pedido antes y alcanzado del Regente el indulto

para una criada suya que le habia robado crecidas cantidades; en vano el Sr. Beltran de Lis, que ha visto perecer en un patíbulo á sus hijos por la libertad, se dirigió á los sentimientos de la Milicia; en vano suplicaron los valientes Alabarderos que pelearon en aquella infausta noche; en vano pidió gracia el ilustre Decano de los generales el Duque de Bailen; todo fue inútil.

Acercábase la hora en que el general Leon debía dejar para siempre el mundo, y una patria en que habia recogido tantas glorias. Rodeábale ya la tropa encargada de ejecutar la fatal sentencia, y desconociendo el general el nuevo uniforme del regimiento de milicias de Alcazar de S. Juan, preguntó tranquilamente, qué tropa era aquella, y habiéndole contestado, replicó: «ah! si, ese es el regimiento que teniamos en Morella y que lo mandaba un coronel herido.» Dirigiéndose despues al general Roncali: «Camarada, le dije, ¿sabe V. que se me figura que no han de darme? ¡Son tantas las veces que me han tirado de cerca y no han acertado!» Palabras que en aquellos momentos, en boca del general Leon significaban la magnanimidad, la familiaridad con el peligro, la última ilusion del hé-

roe. A la una en punto salió el general Leon de su prision con paso noble y magestuoso, llevando el mismo traje de busar con que se presentó al Consejo de guerra, adornado con todas sus cruces y condecoraciones, cubierta la cabeza con el schakó de ordenanza, y creyendo en valor y heroismo subió al coche abierto que le estaba esperando, en compañía de su defensor y de un Sacerdote. Cubrian la carrera desde su prision hasta fuera de la puerta de Toldeo, sitio destinado para la fatal catástrofe, la Milicia Nacional y las tropas de la guarnicion. Durante todo el tránsito, no se oscureció un solo momento su mirada viva y fogosa, y al contemplar á su amigo y defensor el general Roncali, sin fuerzas para sobrellevar tan grande infortunio, le dijo: «¡alma, alma, Federico! no es ocasion de abatirse.» Llegado al fin al sitio designado, tomando una actitud noble y magestuosa delante de la bandera de las tropas que formaban el cuadro, con la mano derecha puesta en el schakó, se dispuso á oir la lectura de su sentencia.

El oficial Secretario de la causa, encargado de esta formalidad, no podia leerla, porque el

llanto se lo impedía; entonces Leon le dijo: «no hay motivo para tanto; si es necesario yo mismo la leeré.» Pocos instantes despues abrazó estrechamente, y por dos veces, á su amigo el general Roncali, diciéndole: «este abrazo para mi familia, y este para la de V.» Se despidió de su confesor, del Sacerdote afectuoso y tierno que habia derramado en su alma cristiana los consuelos de la religion; se preparó al fatal golpe; dió las tres voces de mando, y... espiró!.

Sus armas se rompieron por órden suya despues de su muerte.

Asi terminó su gloriosa existencia á los 34 años cumplidos de su edad el héroe de Belascoain y de Villarrobledo, el que en cien combates habia probado á los enemigos el poder de su lanza, y dado á su patria numerosos dias de gloria. Murió el general Leon, vencido, pero no infamado, porque solo un crimen político causó su muerte. Amigos y contrarios lloraron y lloran su pérdida, porque no ven ya en él al partidario de una opinion política, sino al insigne caudillo de los ejércitos nacionales, al bizarro caballero, honra y prez de las armas españolas, é inolvidable gloria de su nacion.

Su cadáver fue llevado desde allí al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde descansa bajo una losa negra que toca al suelo, y en la que se lee este breve epitafio:

D. DIEGO DE LEON,
CONDE DE BELASCOAIN.

Ni el día, ni el año, ni la edad, ni la clase del que allí se encierra, se leen sobre aquella losa: no hace falta: nadie lo pregunta: la breve y sangrienta historia que allí pudiera gravarse, está gravada hondamente en el corazón de todos los españoles.

El desgraciado general Leon ha dejado una esposa desconsolada y dos hijos varones, que sin duda imitarán las virtudes de que su padre les dió tan alto ejemplo.

Hemos concluido nuestra tarea bosquejando rápidamente la vida y las hazañas del gran soldado, del virtuoso ciudadano. Como hemos dicho antes, al principiar nuestra tarea, no es llegado todavía el momento de apreciar debidamente las causas que contribuyeron á su triste fin. Las generaciones futuras, los que no hayan tenido

como nosotros la triste dicha de conocer aquel hombre, los que como nosotros no hayan participado de las afecciones y antipatías que los partidos enjendran, podrán juzgarle con verdad. Nosotros nos hemos limitado á esponer sus hechos de armas, su vida pura é inocente; á comparar sus glorias y sus merecimientos, con el triste fin que tuvieron sus dias. Si hubiéramos querido engolfarnos en las consideraciones á que los últimos sucesos de su malograda vida daban lugar, ni hubiéramos podido prescindir de las afecciones de partido, ni tal vez hubiéramos conseguido hacer tan agradable la lectura de la vida de nuestro héroe, á los que de ellas cual nosotros no participen. Hemos referido los hechos, espuesto los acontecimientos; unos y otros son recientes, y cada cual puede investigar las causas, sacar las consecuencias, hacer las comparaciones á que dan lugar. Creemos haber cumplido con nuestro deber, consignando solamente los hechos de la vida del general Leon, cuya gloria vivirá siempre en la memoria de los españoles, asi como el triste recuerdo de su cruento sacrificio.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO PRIMERO.

D. GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS.

LORD WELLINGTON.

MR. THIERS.

MOHAMMED-ALY.

IBRAHIM-BAJA.

CONDE DE FLORIDABLANCA.

M. DE BALZAC.

D. MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

EL PRINCIPE DE METTERNICH.

D. MATEO JOSE ORFILA.

MR. O' CONELL.

D. DIEGO DE LEON.